



JANA
WESTWOOD

La heredera
II

Contenido

<u>Título</u>
<u>Créditos</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Epílogo</u>
<u>Nota de la autora</u>

La heredera II

Serie Sunset Bayou

Jana Westwood

© Jana Westwood
Portada: Jana Westwood
1.ª Edición: diciembre 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Capítulo 1

Septiembre de 1860. Sunset Bayou, Oakville.

Los campos de algodón se extendían hasta donde alcanzaba la vista y se mostraban orgullosos al cálido sol. El bosque que llevaba hasta el río hizo que se dibujara una sonrisa en sus rosados labios. Había vivido momentos maravillosos en su rincón preferido de aquella tierra. Un ligero rubor tiñó sus mejillas al pensar en esos momentos y en la persona que los hacía posibles.

Se giró al escuchar las risas del pequeño John, con el que su padre jugaba en la cama. Lo elevaba por encima de su cabeza como si fuese un pájaro y el niño emitía sonidos gorjeantes de alegría que provocaban una profunda calidez en su madre.

—Es hora de levantarse —dijo subiéndose a la cama y tomando al niño de brazos de su padre—. Tenemos trabajo que hacer y este pequeñín tiene que desayunar.

Olivia posó sus labios en los de su marido y eludiendo su abrazo bajó de la cama con el pequeño John en brazos.

—No escaparás muy lejos —dijo Tyler como si fuese una promesa.

Su mujer le dedicó una provocativa sonrisa antes de salir de la habitación.

—¿Vamos a desayunar con Betty? —le preguntó al pequeño mientras bajaban las escaleras.

—Sí —dijo John juntando las manos como si quisiera aplaudir.

—Buenos días a todas —saludó cuando entraron a la cocina.

—Buenos días, señora —dijo Bertha, la cocinera, a la que imitaron después sus dos ayudantes, Melisa y Patty.

—Buenos días —dijo Eliza, que estaba sentada junto a su nieta y se levantó para coger a John en brazos y llevarlo hasta la sillita que le había hecho Dominic, el carpintero—. ¿Cómo ha dormido este pequeñín?

Olivia se inclinó para dar un beso a Betty antes de responder.

—Estupendamente. Su padre lo ha metido en nuestra cama en cuanto se ha despertado —dijo divertida—. Si no juega con él un poco antes de bajar, no es un buen día. ¿Y tú, Betty? ¿Dispuesta a dar ejemplo a tus compañeros de aula?

—Ayer acabé todas mis tareas, tía Olivia —dijo la niña con una sonrisa orgullosa.

—Bi —la llamó John extendiendo la mano.

—¿Quieres una galleta? —preguntó la niña apresurándose a dársela.

—Eliza, voy a vestirme para desayunar.

—Vaya tranquila —dijo la criada con una sonrisa—. Yo me encargo de estas dos criaturas.

Olivia salió de la cocina y corrió hacia las escaleras para subir de nuevo a su habitación a vestirse. Tyler ya estaba levantado. Se había afeitado y ya estaba vestido.

—Sí que has tardado —dijo cogiéndola de la cintura y elevándola del suelo para besarla.

—¿Me has echado de menos? —preguntó ella cuando liberó su boca.

—Es extraño —dijo mirándola a los ojos—. Siempre te echo de menos, excepto cuando te tengo así, en mis brazos.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —dijo acariciándole el rostro—. A mí me pasa lo mismo.

Ahora fue ella la que lo besó despertando en él un deseo que parecía no descansar nunca.

Olivia se apartó en cuanto notó la erección que apretaba contra su vientre.

—Ahora no —dijo, rotunda, aguantándose la risa.

—Ahora sí —dijo él atrayéndola de nuevo y quitándole la bata.

—Tyler, no seas niño.

—No son cosas de niños lo que pienso hacerte ahora mismo —dijo arrastrándola hasta la cama sin dejar de besarle el cuello, mientras sus manos la acariciaban con maestría.

Olivia le rodeó el cuello con los brazos cuando lo tuvo encima y miró sus brillantes ojos azules.

—¿Nunca vas a cansarte de mí? —preguntó sabiendo bien la respuesta.

Tyler sonrió.

—¿Puedo cansarme de que mi corazón lata? Eres la sangre que corre por mis venas, Olivia Hudson, y no creo que ni estando muerto pudiera evitar desearte.

Su esposa le acarició la mejilla sin dejar de mirarlo con aquella intensidad con la que lo miraba últimamente. Tyler comprendió en lo que estaba pensando y con un suspiro se apartó dejándose caer a su lado en la cama. Durante unos segundos los dos miraron al techo sin hablar.

—Todo irá bien —dijo él tratando de infundir a su voz una seguridad que era más un deseo que una certeza—. El Sur recapacitará.

—«Una casa dividida contra sí misma no puede seguir en pie. Creo que este gobierno no puede continuar, de forma permanente, mitad esclavo y mitad libre...» —citó con voz grave.

—¿Traes a Lincoln a nuestra cama? —dijo Tyler levantándose mientras la miraba con ironía.

Olivia se levantó también y lo miró muy seria.

—Va a ser presidente, Tyler, y cuando eso ocurra el Sur se irá y provocará una guerra. Ayer escuché una conversación entre Thomas y Fred. Los esclavos también quieren la guerra, aunque sus motivos no coincidan con los de nuestros vecinos.

Su esposo se acercó al espejo y se peinó con los dedos. Después se volvió a mirarla muy

serio.

—Ciertamente, la situación es insostenible y los dos lo sabemos desde hace tiempo.

—¡Guerra, Tyler! —exclamó horrorizada—. Y no una guerra cualquiera, guerra entre hermanos.

—Todas las guerras son entre hermanos —dijo él con sarcasmo.

Olivia dejó caer los brazos, deprimida.

—Todos los que trabajan aquí deberían saber que serán libres en cuanto las cosas se calmen un poco... Quizá así comprendiesen que la guerra no es el camino.

Tyler negó con la cabeza, mirándola severo.

—Lo sé, lo sé —concedió ella—. Quedamos en que no se lo diríamos. Pero creo que te equivocas. Estoy segura de que lo entenderían y guardarían el secreto. Nos conocen bien y saben que cumplimos con nuestra palabra.

—No podemos arriesgarnos —sentenció Tyler—. La mejor forma de guardar un secreto es no contárselo a nadie. Solo hay que esperar unos meses más y entonces haremos lo que tengamos que hacer y solventaremos el problema de una plantación sin mano de obra.

Olivia asintió visiblemente preocupada.

—Unos meses... ¿La situación aguantará unos meses? Ya viste lo que pasó la semana pasada en la fiesta del fin de la cosecha, en casa de los Ward... Aquellos hombres clamaban contra sus políticos por no plantar cara a los norteños. Quieren la guerra, Tyler.

—No todos —dijo su marido poniéndose las manos en la cintura—. Algunos dimos nuestra visión del asunto.

—Y ya viste cómo te habló Ward —dijo intentando imprimir un tono suave a su voz.

El hecho de saber que aquel hombre era su padre hacía más incómoda la referencia al enfrentamiento que tuvieron delante de todos los invitados.

Tyler se acercó a ella y la cogió de la cintura mientras buscaba sus ojos con la mirada.

—No tienes que titubear cada vez que me hablas de él. —Sonrió—. Sabes que no me importa nada.

Olivia lo miró con ternura y le rodeó el cuello con los brazos.

—Prométeme que no lucharás en ninguno de los dos bandos si finalmente se impone la estupidez.

Tyler la miró con tristeza, no soportaba tener que negarle nada, pero en aquello no podía ceder. Al ver que no respondía, Olivia bufó y trató de apartarse de él con fiereza, pero su marido la tenía bien sujeta y no pudo alejarse ni un milímetro.

—Si estalla la guerra podemos irnos a Inglaterra —dijo Olivia aguantándose las ganas de llorar—. Mi padre lo decía en serio, esa es la mejor opción.

Tyler sonrió con ternura al recordar la intensa carta que le había escrito Stuart Turley, en la

que le había dado una nítida y sincera opinión sobre el problema al que se enfrentaban. En esa carta le ofrecía su casa y toda su ayuda en caso de que la guerra fuese imparable.

—No huiré, amor mío —dijo tratando de sonar sereno pero firme—. ¿Qué clase de hombre sería si lo hiciese? Permaneceré aquí y lucharé si es necesario.

Olivia inclinó la cabeza y la apoyó en su pecho. Sabía bien lo que pensaba y a pesar de las muchas veces que habían hablado del tema no había conseguido moverlo ni un ápice de su posición inicial. De hecho, estaba convencida de que lucharía con la Unión, aunque eso le supusiera el desprecio de todos sus vecinos y el destierro si el Sur ganaba esa hipotética guerra.

—Espero que Lincoln tenga la suficiente autoridad para parar esto cuando sea presidente —dijo ella con voz agotada.

—Pero si eso no sucede tú te irás y te llevarás a John y a Betty a Inglaterra, como planeamos —dijo Tyler apartándola para ver sus ojos.

Olivia sintió que estos se le llenaban de lágrimas cuando asintió.

—Te he dicho mil veces que no cambiaré de opinión. Pero mi vida se quedará allí donde tú estés, y sabes bien lo que quiero decir.

Tyler le acarició el rostro con ternura sin dejar de mirarla con sus azules ojos.

—¿Cómo voy a dejar que me maten sabiendo que tú estás esperándome? Sería capaz de ir a buscarte a Inglaterra a nado.

—Será mejor que me vista y baje a desayunar —dijo Olivia limpiándose una lágrima con disimulo—. Ve tú delante, ya te has entretenido demasiado.

Se puso de puntillas, le dio un rápido beso en los labios y lo empujó con suavidad para que se marchara. Tyler no puso objeciones, consciente de que quería quedarse sola.

Olivia se sacudió la melancolía y comenzó a vestirse. No era de esas personas a las que les gusta regodearse en malos pensamientos. Siempre se enfrentaba a los problemas con resolución y empuje. Pasara lo que pasara, saldrían adelante.

Terminó de arreglarse y se sentó para calzarse las botas de montar. Se miró en el espejo antes de salir y una perversa sonrisa se dibujó en sus labios. La mayoría de los días se vestía como un hombre y sabía que eso escandalizaba a las damas de Oakville, por eso se esforzaba en que no la viesan. Aún recordaba la regañina que le dio la señora Howells cuando se presentó en su casa llevando pantalones. No había vuelto a cometer un error semejante. Nunca se olvidaba de ponerse la falda encima cuando salía de Sunset Bayou.

—Amo Hudson, el amo Fairfax me ha mandado a pedir su ayuda —dijo Joshua, un joven esclavo de la plantación Fairfax, sujetando las riendas del caballo de Tyler.

—¿Qué ha ocurrido?

—Newby y varios esclavos más escaparon anoche.

—¿Su mujer y sus hijos?

—No —negó el muchacho—, él y cuatro hombres.

Tyler asintió sin mostrar la más mínima expresión y se giró hacia Moses.

—Avisa a Jayden y a Bobby y diles que se reúnan conmigo en la casa en una hora. —Esperó a que Moses echara a correr y volvió a poner su atención en Joshua—. Dile a Fairfax que Jayden, Bobby y yo barreremos la cañada del búho mientras él y sus hombres revisan los caminos.

Joshua asintió y se marchó sin más dilación.

—Mierda —masculló Tyler entre dientes.

Mientras regresaba a la casa en busca de comida y agua pensó en el testarudo e impulsivo Newby, preguntándose qué habría ocurrido para que escapara dejando a su familia atrás. Azuzó a su caballo para que galopara más rápido mientras organizaba una estrategia dentro de su cabeza.

Olivia entró en la cocina como una exhalación. Había salido corriendo de la escuela en cuanto Eliza envió a Sara para que la avisara de lo que ocurría.

—No temas, no pasará nada —la tranquilizó Tyler en cuanto la vio aparecer.

—Jesse y Casandra no han venido a la escuela —dijo refiriéndose a los hijos de Newby—. Ya me extrañaba que no apareciesen...

Tyler la cogió de los hombros y la miró a los ojos.

—No sé cuántas horas o días puede durar esto, pero no quiero que te preocupes, Olivia. Encontraremos a Newby y... haremos lo que podamos.

Su esposa sabía muy bien lo que quería decir y por qué no debía decirlo en voz alta ni siquiera delante de esclavos. Intentarían ayudarles a huir y, si no podían, al menos los convencerían para que fingiesen haberse entregado por voluntad propia. Eso calmaría a Fairfax y reduciría la dureza de su castigo.

—Aquí estoy —dijo Jayden entrando a grandes zancadas en la cocina—. ¿Nos vamos?

Tyler lo miró y asintió, después le señaló la bolsa de comida y Jayden se acercó a la mesa a cogerla.

Si Bobby era su mano derecha, Jayden Sexton era la izquierda. Era un sureño de ojos brillantes y risa fácil que había destacado por encima del resto de capataces de la plantación llegando a convertirse en un hombre de su total confianza. Era emocionalmente extraordinario, podía prever un conflicto antes de que se produjese y actuaba siempre con una calma admirable, lo que hacía que se ganase la confianza de todo aquel que tratase con él.

Los esclavos lo respetaban y mantenía con ellos una relación afable pero seria, lo que le permitía tener autoridad sobre sus actos sin necesidad de emplear técnicas disuasorias con ellos. Conocía bien el trabajo de la plantación, llevaba diez años trabajando en Sunset Bayou y amaba

aquella tierra con pasión.

—Te espero fuera —dijo antes de salir.

Olivia lo miró desaparecer con una expresión agradecida. Sabía que si Jayden estaba con su marido todo iría bien. Tyler la abrazó y después la besó en la boca delante de las esclavas, que rápidamente se pusieron a trabajar fingiendo no percatarse.

No se dijeron nada, tan solo mantuvieron sus miradas durante unos segundos dejando que ellas hablasen en silencio. Tyler le apartó un mechón de cabello y volvió a besarla en los labios. Olivia lo vio marchar y se contuvo para no seguirlo. Se abrazó y cerró los ojos un instante para encontrar la serenidad que necesitaba antes de volver con los niños.

—¿Quiere que le prepare una tisana? —preguntó la cocinera con cariño.

—No, Bertha, gracias —dijo caminando hacia la puerta del jardín—, debo volver a la escuela.

Una vez fuera de la casa se detuvo y respiró hondo varias veces poniéndose las manos encima del corsé, sintiendo que le apretaba demasiado. Últimamente aquellas batidas se habían endurecido y los dueños de esclavos huidos solían ser mucho más expeditivos en sus castigos, si lograban «cazarlos».

Durante el día se esforzó en estar ocupada. Por la mañana estuvo en la escuela y después de comer se pasó un buen rato preparando actividades para el día siguiente. Procuraba ingeniárselas para encontrar métodos que mantuviesen la atención de los muchachos. Estaban demasiado acostumbrados a vivir al aire libre y a retozar como cachorros para prestar atención a una cháchara aburrida. Después escribió varias cartas para Inglaterra y organizó el menú semanal con Eliza. Por la noche permaneció durante horas de pie frente a la ventana de su habitación esperando escuchar los relinchos de un caballo.

Dos días tardaron en regresar y lo hicieron exhaustos y de mal humor. Los cinco esclavos habían sido capturados. Fairfax estaba tan enfurecido cuando los «cazaron» que acribilló a tiros a Newby sin escuchar sus súplicas. Después de eso regresó a la plantación con el firme propósito de cortarles el tendón de Aquiles a los otros cuatro para que no pudiesen volver a intentarlo. Tyler había tratado de disuadirlo mientras cabalgaban de regreso, pero no consiguió que Callum Fairfax dejase en su empeño.

—¿Lo ha matado sin más? —Olivia sentía el frío de la cerrazón golpeando su entendimiento.

Tyler se quitó las botas y las lanzó lejos con rabia.

—Necesito darme un baño y quitarme el polvo que llevo encima —dijo irritado.

—Pero... la ley... él no puede...

Su marido la miró con cansancio. Tenía el pelo revuelto, los faldones de la camisa fuera de los pantalones y las manos caídas.

—Lo tiene todo pensado. Los cinco huían en dirección a Baton Rouge. Iban a pasar por la propiedad de Isla Fleming, que estaba solo a dos kilómetros de allí.

Olivia frunció el ceño, pensativa. ¿Qué tenía que ver la viuda de Robert Fleming en todo aquello?

—La señora Fleming vive sola con sus dos hijas. Cuando el juez abra una investigación Fairfax dirá que lo hizo para proteger a la pobre mujer, que esos esclavos habrían llegado hasta ellas y a saber lo que les habrían hecho.

—¿Por qué habrían de acercarse a ellas? Si lo que pretendían era huir lo más probable es que evitaran en lo posible cualquier lugar habitado.

—Olivia, cariño, no intentes aplicar la lógica a todo esto —dijo apretándose las sienes con gesto de dolor.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó acercándose. Lo cogió del brazo y lo llevó hasta la cama para que se sentara.

—Estoy sucio, voy a manchar...

—No importa —dijo ella empujándolo con suavidad, y una vez que estuvo sentado comenzó a masajearle los hombros y la cabeza—. Estás muy cansado y no hago más que torturarte a preguntas.

—A Fairfax no le pasará nada. Ningún juez lo condenará. Para ellos él es quien más pierde, ha sacrificado más de quinientos dólares al matar a Newby.

Olivia no dijo nada, la imagen de Jesse y Casandra, los hijos de Newby, se le hizo insoportablemente presente. Y la pobre Lucy... Dejó el masaje y se sentó en la cama, abrumada por sus emociones.

—¿Estás bien?

—¿Qué será de Lucy y de sus hijos? —preguntó.

—Callum ha insistido en que los venderá. Se pasó todo el camino despotricando sobre Newby, diciendo que separará a los dos muchachos de su madre para que todos entiendan que no se puede engañar a Callum Fairfax. Más tarde volveré a verle y trataré de convencerlo de que no lo haga.

Olivia asintió mordiéndose el labio y esforzándose en contener las lágrimas.

—No permitas que los separe —pidió con la voz rota—. Esos niños adoran a su madre...

«Como todos los niños a los que separan de sus madres», pensó Tyler. Pero no dijo nada, la rodeó con su brazo y la atrajo hacia él para que se recostara en su pecho. A ninguno de los dos les importó el olor a sudor ni el polvo del camino.

Capítulo 2

Olivia miraba a Maddison con expresión perturbada. ¿Había escuchado bien? ¿Acababa de anunciarle que iba a casarse con Ernest Kernighan? ¿El despreciable hijo de Harrison Kernighan que llevaba meses intentando conseguir los favores de Martha? Olivia sabía que si dejaba a sus esclavos asistir a las clases era únicamente para poder acercarse a la joven. Pero Martha lo despreciaba casi tanto como ella.

—Veo que te sorprende tanto como a mí.

—¿Desde cuándo...? —No le salían las palabras.

—Sé que estuvo prometido con Holly Wadle, pero finalmente ese compromiso se rompió por culpa de Holly. Supongo que oíste que se marchó a vivir a Filadelfia con una tía suya —explicó la señorita Goble—. Hace unos meses, el señor Kernighan y yo coincidimos en un evento en casa de los Fairfax y empezamos a vernos con... asiduidad.

—Oh.

La maestra frunció el ceño, mirándola decepcionada.

—Esperaba más entusiasmo por tu parte, querida —dijo con un mohín.

—Discúlpame, ha sido la sorpresa —dijo sirviendo el té.

—Los Kernighan piensan organizar una fiesta por todo lo alto e invitar a todo el pueblo —siguió Maddison—. Ernest está entusiasmado con la idea de que nos vayamos a vivir a nuestra propia casa, pero yo le he dicho que no podemos abandonar a sus padres, que ellos no quieren renunciar a su único hijo.

Olivia contuvo la sonrisa que empezaba a dibujarse en su boca. La casa de Ernest no hubiera sido tan lujosa como la de la plantación. Probablemente sería un pequeño edificio dentro de los terrenos. Seguramente Maddison prefería esperar a que su futuro esposo heredase toda la propiedad y mientras tanto viviría sin estrecheces y también sin responsabilidades.

—Habrás que buscar una nueva maestra —dijo Olivia ofreciéndole una taza y luego se sirvió la suya.

—Sí, claro. Ya he hablado con el reverendo Burnett, él se encargará de todo.

—Echarás de menos a los niños —dijo Olivia y bebió un sorbito de té.

—¿Echarlos de menos? —Maddison se rio a carcajadas—. Hablas como la señorita Rill, aunque no me extraña, casi siempre estáis de acuerdo en todo. Si no fuese hermana de Courtney

Rill juraría que lo es tuya.

Olivia sonrió con agrado al pensar en su amiga, era la única que tenía en Oakville, la única persona afín que había encontrado desde que llegó. Recordó la primera vez que hablaron. Solo se habían visto una vez y fue en su primera fiesta de la cosecha en casa de los Ward. Olivia había presenciado cómo un grupo de mujeres la despellejaba y Julia Rill fue la única que salió en su defensa, a pesar de que Maddison Goble también se hallaba presente. Unos días después, la señorita Rill fue a visitarla a Sunset Bayou y se disculpó en nombre de todas, aunque Olivia sabía que no había contado con nadie para ello.

Julia Rill era una joven dulce y encantadora, pero extremadamente tímida. Apenas era capaz de balbucir una palabra cuando había un hombre cerca. Con el único con el que parecía sentirse cómoda era con Daniel.

Pensar en su hermano la hizo suspirar, y Maddison frunció el ceño.

—¿A qué viene ese suspiro?

—Pensaba en Daniel y en lo mucho que lo echo de menos.

—Oh... —dijo moviéndose en el asiento—. ¿Crees que le interesará la noticia?

—¿Qué noticia? —preguntó Olivia con expresión de desconcierto.

—La de mi próxima boda —dijo la otra como si estuviese hablando con una criatura estúpida.

—¡Oh, eso! —Negó con la cabeza—. No veo por qué habría de interesarle. Quiero decir que... seguro que se alegra por ti y por... Ernest Kernighan, pero...

—Hubo un tiempo en que tu hermano y yo fuimos muy cercanos —dijo la maestra mirándola por encima de la taza que se acercaba a sus labios—. Aún conservo sus cartas...

Olivia creyó percibir un deje de amenaza en su voz.

—¿Y ya has decidido cómo será tu vestido? ¿Has mirado maniqués en la tienda del señor Yeates?

—¡Oh, sí! —exclamó la otra dejando la taza en el platito y ambos en la mesa—. Estoy segura de que causará sensación. He pedido las telas a París y cuando lo veas vas a morir de amor. La verdad es que llevo toda mi vida soñando con ese vestido y será maravilloso poder lucirlo al fin. Katie me acompañó y he de decir que tiene un gusto exquisito en cuanto a telas.

Katie Clark, la mujer del odioso Ryan Clark, causante de la muerte de Tommy, el esclavo al que acusó de mirar a su esposa. Detestaba a ese matrimonio y se compadecía de su pequeña hija Violet, porque la niña había heredado la mala sangre de sus padres.

—Por cierto, ¿cómo va esa escuela tuya? —preguntó Maddison con expresión inocente y la voz que utilizaba para fingir simpatía y que Olivia conocía tan bien.

—Va muy bien.

—¿No crees que sería bueno que dejases a John venir al pueblo a estudiar? No es beneficioso para el hijo del amo codearse con los hijos de los esclavos.

Olivia puso su mejor sonrisa.

—Te recuerdo que mi esposo vivió en el poblado con los esclavos hasta que mi tío lo envió a estudiar al Norte.

—Pero eso no es lo mismo...

—¿Ah, no? ¿En qué se diferencia?

—Tyler entonces no era nadie...

—Era una persona —la cortó.

—Ya sabes lo que quiero decir. No era el hijo de nadie importante, no tiene nada que ver con la situación del pequeño John.

Olivia se habría reído a carcajadas, pero bebió educadamente su té y sonrió con afectación aceptando sus palabras como si de un cumplido se tratase. Maddison se puso repentinamente seria y la miró preocupada.

—Lo cierto es que he venido a hablar contigo de algo y no puedo seguir fingiendo que esto es una visita de cortesía.

—Qué seria te has puesto —dijo Olivia sorprendida.

—El otro día escuché una conversación preocupante en casa de mi futuro marido. Sus padres organizaron una cena informal e invitaron a unos pocos amigos, entre los que estaban James Ward y Logan Rill, y saliste en la conversación.

—¿Yo?

—Sí, tú. Bueno, tu escuela, en realidad. Al parecer uno de los hijos de Courtney, Kyle, había tenido un estúpido incidente con un tal Isaac, hijo de uno de sus esclavos.

—Sé quién es Isaac. Es muy listo, no deja de sorprenderme.

—Pues al parecer violentó a Kyle delante de sus amigos dejándolo en ridículo con un problema matemático.

Olivia entrecerró los ojos.

—Ya sabes cómo son los críos —siguió Maddison—, lo veo todos los días. Les encanta presumir de lo poco que saben.

—Isaac no es así, suele ser muy comedido.

—Pues parece que con Kyle no lo fue. El niño tuvo que soportar que sus amigos se rieran porque uno de sus esclavos decía ser más listo que él.

—Hablaré con Isaac...

—Deberías cerrar la escuela —advirtió Maddison—. Esos hombres dijeron cosas muy desagradables. Te confieso que me dio miedo.

Olivia levantó una ceja.

—Sé que no les gusta, me lo han hecho saber de muchas formas, pero también sé que a esos niños les está haciendo mucho bien. No voy a cerrarla.

—Olivia... —Maddison se movió en el asiento para poder acercarse más a ella y puso una mano sobre las suyas dándole palmaditas—. Seguro que Tyler y tú querréis ampliar la familia, John necesita un hermanito y no deberías esperar mucho...

Olivia no pudo evitar que sus mejillas se ruborizaran. No le parecía aquel un tema para tratar con ella.

—Cuando llegue el momento de que yo deje la escuela, Martha estará más que capacitada para encargarse.

Maddison negó con la cabeza.

—Tendrías que haber oído lo que yo oí. No pensarías así.

—¿Oír el qué?

La voz de Tyler hizo que Olivia diese un respingo. Hubiera preferido que no escuchase aquella conversación, pero Maddison se apresuró a soltarle toda la información. Y tal y como imaginaba que pasaría, el rostro de su marido se fue transformando en una máscara pétrea mientras escuchaba su narración.

—Son bravuconadas —dijo Olivia quitándole importancia—. En el fondo ya se han acostumbrado a mis...

—Olivia, ¿podríamos hablar un momento a solas? —preguntó Tyler visiblemente contenido.

Maddison Goble se levantó rápidamente.

—Yo ya me tengo que marchar...

—No es necesario que te vayas, Maddison —dijo Olivia—, mi esposo y yo podemos hablar más tarde.

—No, de verdad que ya tengo que irme. —La maestra se despidió de ellos y salió del salón dejándolos a solas.

—Eso no ha estado bien, Tyler —lo reprendió—, no se puede tratar así a...

—Tienes que cerrar la escuela —la cortó tajante.

Olivia suspiró. Sabía que no podía eludir el tema por mucho que quisiera. Se acercó a él y le abrazó la cintura.

—Ya lo hemos hablado muchas veces —dijo suavemente—. Los niños me necesitan y la escuela es lo único que puedo hacer por ellos.

—Esos hombres son más peligrosos de lo que crees. Porque te invitan a sus casas y sus mujeres se sientan a charlar contigo no percibes el peligro, pero está ahí. Yo los he visto golpear a un hombre hasta la extenuación, romperle los huesos y...

—¡Basta! —Olivia se apartó de él.

—Tienes que escucharme. He dejado que te salieras con la tuya durante mucho tiempo, pero no puedo seguir mirando para otro lado. Ya no se molestan en disimular. ¡Hablaron de esto delante de la señorita Goble sabiendo que es amiga tuya! ¿Es que no lo ves? Nos están mandando un

mensaje.

Olivia dejó salir el aire de sus pulmones de golpe y después de unos segundos recuperó su sonrisa.

—Escúchame —dijo—. No cogeré a nuevos alumnos de momento, solo mantendré los que tengo. Además, hablaré con los niños y les explicaré que durante una temporada no han de mencionar a nadie lo que hacemos en las clases. Ni siquiera deberán mencionar que hacen clases. Te prometo que seré comedida y tendré un comportamiento ejemplar delante de todo el mundo. — Volvió a rodearle la cintura con sus brazos—. Por favor, no te enfades. Voy a ser una buena esposa y un ejemplo para todos, ya lo verás. Y ahora bésame.

Tyler observó sus muecas tratando de mantener su enfado, pero finalmente se dio por vencido y la besó. Fue un beso dulce y tierno, un beso de complicidad que decía: somos uno y juntos avanzamos.

—¿A qué has venido? —preguntó Olivia sin soltarse de su cintura mientras él la mecía.

—Necesito quitarme esta ropa sudada, tengo que ir al pueblo a por algunas cosas.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó repentinamente entusiasmada—. Julia me ha enviado una nota para que vaya a visitarla. Podemos ir juntos, será más divertido el viaje.

—Y así no irás a caballo, provocando el enfado de todas las damas de Oakville por tu indecente manera de montar —dijo él apretándola contra su cuerpo.

Olivia lo miró con pícaro inocencia.

—¿Qué tiene de malo mi forma de montar? A Wako le gusta —dijo nombrando a su caballo.

—Y a mí —dijo él con voz ronca al tiempo que se inclinaba a besarla de nuevo.

Aquel fue un beso dominante, que exigía una rendición absoluta. Un beso intenso que la dejó sin respiración y nubló su mente haciéndole olvidar todo lo que no fuese su lengua torturándola dulcemente. Tyler sabía cómo jugar con ella, cómo llevarla hasta un punto en el que Olivia perdía por completo sus inhibiciones y se convertía en una fuerza de la naturaleza. Y también sabía cómo parar a tiempo.

—Dejemos el resto para esta noche —dijo cogiéndole la cara entre las manos y mirándola con tanta ternura que Olivia se abrazó a él como una niña—. Imagino que esta ansia que siento se calmará con el paso de los años.

Olivia levantó la cabeza bruscamente para mirarlo.

—¿Vas a dejar de amarme?

Tyler soltó una carcajada.

—Eso es imposible —dijo sin dejar de reír—. Me refiero al deseo de hacerte el amor a todas horas. Hace tres años que estamos casados y mi cuerpo se excita con solo mirarte.

Olivia sonrió traviesa.

—Pues yo espero que no se te pase nunca —dijo y se mordió el labio mientras se apartaba de

él y caminaba hacia la puerta—. Voy a quitarme este vestido y a ponerme algo más cómodo para ir a ver a Julia. Dame unos minutos antes de subir, no quisiera que me encontraras desnuda en medio de nuestra habitación y provocar algún tipo de reacción involuntaria por tu parte.

—Eres malvada, Olivia Hudson —dijo él entrecerrando los ojos.

Julia Rill era la hermana de Courtney Rill, la mujer más odiosa de todo Oakville, a la que Olivia escuchó decir cosas horribles sobre ella en la fiesta de la cosecha en casa de los Ward. Pero Julia no tenía nada que ver con su hermana, era una joven dulce y agradable, muy culta y con una fina ironía que a Olivia le resultaba divertidísima.

No fue superficial la amistad que iniciaron en cuanto pudieron mantener una charla sincera y sin interrupciones, gracias a que Julia se presentó en su casa para disculparse por aquel desagradable suceso en casa de los Ward. Desde entonces se hicieron inseparables y ambas solían visitarse con asiduidad.

Julia era de carácter abierto y no se guardó ni el más mínimo suceso de su vida en aquella primera conversación. No era una mujer a la que le gustase hablar de los demás, al menos no tanto como hacerlo sobre sí misma, pero no había maldad en ella, lo hacía de un modo nada presuntuoso y exento por completo de fingimiento.

Olivia comprendió que su carácter y su personalidad habían sido forjados a la sombra de una hermana repelente y egoísta y que ello podía excusarla de una, a veces, excesiva sinceridad.

Julia Rill tenía veinticuatro años y estaba convencida de que se quedaría soltera. A pesar de ello era una romántica empedernida, tenía una mente imaginativa y soñadora que le había causado algunos problemas, al ver en más de un joven sentimientos que no existían.

Curiosamente, era completamente inmune a los encantos de Jayden Sexton. Olivia se había percatado en más de una ocasión de cómo la miraba el capataz. En cambio, cuando le hablaba de él, Julia solía arrugar la nariz de manera imperceptible, mostrando un desinterés manifiesto.

—¿Lo has visto ya? —preguntó Julia en cuanto se saludaron haciéndose las preguntas de cortesía y buen trato.

Olivia frunció el ceño.

—¿A quién?

—Al cirujano.

—¿Cirujano? ¿Tenemos cirujano en Oakville? Hasta ahora solo estaba el doctor Blakey.

Julia mostró una enorme y excitada sonrisa.

—Entonces no lo has visto. No te preocupes, yo te cuento. Resulta que el doctor Blakey llevaba tiempo queriendo traerse a un cirujano para que lo ayudase. No tardará mucho en jubilarse el hombre, ya está cansado. Pero antes de hacerlo debía buscar un sustituto y por su experiencia

sabía que sería muy acertado que fuese un cirujano. Él ha tenido que hacer las veces de tal, sin haber tenido los conocimientos.

—Vaya —dijo Olivia sorprendida. Realmente no se enteraría nunca de nada si no fuese por Julia.

—¡Es guapísimo! —exclamó la otra poniendo los ojos en blanco—. El hombre más guapo que he visto jamás. Bueno, no es cierto, Daniel es más guapo.

Olivia sonrió orgullosa. Su hermano era difícilmente desbancable.

—Se llama Alexander Hockton y viene de Illinois. Eso ha levantado algunas ampollas, ya sabes, cosas de política, pero estoy segura de que es un hombre cabal.

Olivia sabía a lo que se refería, en Illinois no aprobaban la esclavitud y alguien de ese Estado sería recibido con muchos prejuicios. Se sintió secretamente regocijada con la noticia y esperaba que, en este caso, los prejuicios estuviesen justificados. A pesar de eso no dijo nada al respecto, y es que había una cosa en la que Olivia y Julia jamás estarían de acuerdo: en la cuestión de la esclavitud. Julia era una perfecta dama sureña, amante de las tradiciones y costumbres con las que había sido educada.

Al principio de su amistad habían tenido unos cuantos rifirrafes al discutir sobre ello. Julia estaba convencida de que los esclavos eran más felices teniendo un dueño y un día se propuso demostrárselo fehacientemente. Olivia recordaba perfectamente aquella conversación porque marcó un antes y un después en su relación.

«—Si los liberásemos, ¿a dónde irían? ¿De qué vivirían? No saben cuidar de sí mismos ni proporcionarse bienes para el futuro. Te lo demostraré».

Julia llamó entonces a su doncella, Libby, y le dijo que estaban hablando de cuál sería el mejor modo de darle la libertad. Fingió que ese era su deseo e incluso le contó un plan en el que la pondría en contacto con una familia del Norte que le daría trabajo en su casa. Libby había escuchado con atención y en silencio, pero cuando Julia le preguntó qué opinaba sobre todo ello, la joven esclava se echó a llorar desesperada. Aquel era su hogar y no conocía otra cosa. Le aterraba la idea de vivir con desconocidos. ¿Por qué quería hacerle eso? ¿Es que no era una buena doncella? Juró trabajar más y mejor el resto de su vida si le permitía quedarse allí para siempre.

Julia creyó demostrarle algo que Olivia sabía perfectamente. Algunos esclavos, los que tenían una vida tranquila y unos amos relativamente buenos, pensaban como Libby. Pero eso no variaba un ápice el hecho de que poseer a una persona era algo inhumano. Libby vivía haciendo oídos sordos al hecho de que estaba expuesta a cualquier decisión que su ama tomase por ella. Julia podría venderla a un amo cruel que la maltratase y la hiciese tener hijos como si fuese una máquina de hacer esclavos. Conocía el modo de pensar de algunos terratenientes que no dudaban en plantar ellos mismos la semilla para esa prole. No. La esclavitud debía erradicarse definitivamente y no había ninguna opinión contraria que Olivia quisiera escuchar, por eso decidió

no volver a hablar del tema con Julia. Si seguían haciéndolo, acabaría su amistad.

—Háblame de ese cirujano —dijo sonriendo afable.

—Es un hombre apuesto y elegante. Tiene el cabello del color del trigo y sus ojos... ¡Oh, Olivia! ¡Tiene los ojos de un verde brillante y cuando sonríe parecen volverse aún más claros!

Olivia sonrió divertida. Estaba claro que Julia había sucumbido por completo a los encantos del cirujano.

—Se me está ocurriendo que podríamos organizar una cena en Sunset Bayou —dijo pensativa—. Invitaríamos al señor Hockton, a Steven Parry y a ti, por supuesto.

—¿Yo sola para dos caballeros? —preguntó abrumada—. Debería haber otra dama, ¿no crees?

Olivia contuvo la risa que asomaba a sus labios.

—No será necesario —dijo con fingida naturalidad—. Así podrás elegir.

Martin Sudley se acercaba a caballo y llevaba tras él a dos esclavos atados a su montura. Tyler lo vio desde lejos y miró a Dominic con preocupación, pero el carpintero estaba concentrado en su trabajo y no se percató de nada. Bobby le hizo un gesto silencioso dándole a entender que él se encargaría de vigilarlo y Tyler subió a su caballo para ir al encuentro del capataz.

—Buenos días, Hudson —dijo Sudley cuando estuvieron frente a frente—. Deberías controlar mejor a tus esclavos. Si no tienes cuidado podrían escaparse.

Tyler lo miraba muy serio con las manos apoyadas en su silla y una expresión de fría advertencia.

—Suéltalos —ordenó.

El capataz de Kernighan bajó del caballo con parsimonia y se acercó a los dos muchachos.

—Los encontré cuando iban a cruzar el río —dijo al tiempo que los desataba—. Si no hubiese estado por allí ahora tendrías dos esclavos menos.

—No íbamos a escaparnos, amo... —Leo corrió hasta Tyler—. Solo queríamos ir a la granja de los Colwell, a ver a Lisi.

Tyler tuvo que contener una sonrisa y se esforzó por mantener la misma dura expresión de su rostro.

—Volved al trabajo. Vuestro padre os necesita.

Los dos muchachos echaron a correr mientras Sudley guardaba la cuerda antes de montar de nuevo sobre el caballo.

—La próxima vez que te tropieces con uno de mis esclavos —advirtió Hudson—, te agradeceré que lo dejes en paz. Ningún esclavo de Sunset Bayou se ha escapado jamás y no

necesito que te preocupes por mi propiedad.

—La señora Gardner dice que tus muchachos merodean a menudo por su casa —dijo el capataz con una sonrisa torcida—. Es una mujer mayor y está sola, comprenderás que eso la asuste.

—La señora Gardner aseguró hace un año haber visto a Lincoln en su porche. Estaba sentado en la mecedora de su difunto esposo fumándose una pipa mientras cantaba *Sweet Charlotte*.

Sudley echó la cabeza atrás y rio a carcajadas al recordar aquel suceso.

—Cierto, cierto —dijo cuando pudo parar de reír—. Fue un episodio muy divertido. Pero no es lo mismo y tú lo sabes. Este tipo de rumores, y más en esta época, resultan muy inquietantes para nuestros vecinos. Te aconsejo que no dejes a tus esclavos deambular por ahí a sus anchas. Podría ocurrirles algo inesperado, y sería una pena.

—Tan solo van a ver a una muchacha que les gusta —dijo Tyler torciendo el gesto—. No hacen daño a nadie con eso.

—Te equivocas. Para ir a la granja de los Colwell atraviesan varias propiedades, y las personas que viven en ellas no quieren ver a negros deambulando por sus tierras a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde. Las cosas han cambiado en estos últimos tiempos, la gente está nerviosa...

—Está bien —dijo Tyler moviendo lentamente a su caballo para regresar—, advertiré a mis esclavos de que no atraviesen las tierras de mis vecinos a horas intempestivas.

—Mejor diles que no las atraviesen nunca si no han sido invitados —advirtió Sudley. Tyler levantó una ceja y le hizo un gesto tocándose el sombrero.

—No saldréis de Sunset Bayou. —Dominic miraba a sus hijos con preocupación.

—Pero yo quiero ver a Lisi, se buscará a otro si no voy a verla —dijo Leo—. Al señor Colwell no le importa que nos reunamos en su granja.

—Pero para ir hasta allí pasáis por otras propiedades y sus dueños os harán responsables de cualquier cosa mala que ocurra en sus tierras.

—¿De verdad no podemos salir de la plantación, señor Hudson? —preguntó Leo, compungido.

—Vuestro padre tiene razón, la situación es un poco complicada. Podéis veros en problemas si os acusan de algo. Quizá Lisi podría venir aquí...

—¿Y para ella no sería peligroso? —dijo Leo enfadado—. No dejaré que nadie le haga daño por mi causa.

Hudson comprendió que iba a ser imposible impedir que Leo siguiese acudiendo a la granja de Colwell.

—Amo Hudson —intervino Zachary—, ¿y usted no podría comprar a Lisi? Eso lo

solucionaría todo.

—Puedo intentarlo —dijo asintiendo pensativo—, pero primero debo hablar con ella, no querría separarla de sus padres y sus hermanos sin estar seguro de que eso es lo que ella quiere.

Leo lo miró con tal agradecimiento en su rostro que Tyler se sintió incómodo.

—No te hagas ilusiones, muchacho, no querría que esa mujer te rompiese el corazón.

—De todos modos, hasta que todo esto se solucione de un modo u otro, no volveréis a salir de la plantación —ordenó su padre con expresión severa.

Los dos muchachos asintieron, obedientes.

Capítulo 3

—Su profesión es apasionante —decía Tyler al tiempo que rellenaba la copa de vino de su invitado.

—La verdad es que para mí lo es —respondió Alexander Hockton con expresión seria—. La medicina en general.

Olivia lo miraba con curiosidad. Julia no había exagerado, a pesar de que era lo que había esperado dado su largo expediente de exageraciones, en cuanto a la percepción del atractivo masculino de sus congéneres. Alexander Hockton era el hombre más atractivo que había visto nunca. Quizá era su aplomo al hablar y la seguridad que desprendía con sus movimientos. O el discurso inteligente y calmado. Movi6 el pie nerviosa bajo la mesa. ¿Por qué negarlo? Era tremendamente atractivo, no solo por aquellos ojos verdes que parecían dos piedras preciosas, además, se adivinaba un cuerpo bien formado bajo la ropa. Miró a su amiga y se prometió hacer todo lo que estuviese en su mano para emparejarlos.

—Y, cuéntenos, señor Hockton, ¿qué le parece Oakville?

El médico la miró y sonrió antes de responder provocándole cierto nerviosismo.

—Es un pueblo muy bonito y agradable, aunque aún no conozco a fondo los alrededores.

—Seguro que la señorita Rill podría enseñárselo. ¿Qué te parece, Julia? El pobre señor Hockton no conoce a mucha gente y sería una pena que se perdiera los magníficos parajes que componen esta maravillosa tierra, ¿no crees?

—Oh, yo... estaría encantada... si usted quiere —dijo la otra entre entusiasmada y moribunda.

El médico sonrió y asintió levemente antes de responder.

—Se lo agradecería mucho. El doctor Blakey se ofreció a mostrarme lo más emblemático de Oakville y me llevó al pantano.

—Muy propio del doctor —dijo Julia riendo—, tiene una percepción un poco distinta de lo que pensaría la mayoría por algo emblemático.

—También me dijo que visitara Sunset Bayou —dijo el cirujano mirando de nuevo a Olivia—. Según él estas tierras son el paraíso.

—No sé si eso es demasiado —respondió la anfitriona—, pero desde luego nunca he vivido en un lugar más bello que este.

Tyler le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Usted es escritor —dijo el médico dirigiéndose al señor Parry—. ¿No ha pensado en ambientar alguna de sus novelas aquí, en esta plantación?

Steven sonrió y cogió su copa.

—Llevo años trabajando en ello —dijo y después bebió un sorbo—. Algún día pienso contar la historia de John Caswell, el tío de Olivia.

Olivia lo miró con afecto.

—Desde que lo conozco le he oído hablar de ese libro —dijo sonriendo—. Parece que Steven quiere esperar a que las cosas se resuelvan antes de escoger un bando.

—Espero el momento propicio, sí.

—Lo cierto es que me muero de ganas por leer lo que tenga que contar sobre mi tío —dijo sincera.

—Tranquila, será la primera persona en leer el manuscrito y prometo no publicar nada con lo que no esté de acuerdo. Tan solo quiero dar a conocer al mundo la figura de un prohombre de nuestro tiempo. Alguien digno de ser inmortalizado.

—Pero ¿has empezado a escribirlo? —preguntó Tyler con evidente ironía.

—No os burléis. Es una obra que requerirá más tiempo de lo normal.

—Sobre todo porque no deja de escribir otras cosas —dijo Olivia.

—Me debo a mis lectores —dijo el escritor con un gesto de excusa.

—No sabía que su tío era un hombre tan eminente —dijo el cirujano—, aunque es cierto que he oído hablar de él.

—Cuando lea mi libro se sentirá como si lo hubiese conocido —dijo el escritor sonriendo satisfecho.

—Siempre que nosotros demos el visto bueno —aclaró Tyler con un gesto de complicidad.

—He leído algunas de sus novelas —intervino Hockton— y, después de leer cómo describió a la emperatriz Isabel de Baviera, no parece alguien que se deje amilanar fácilmente. No creo que el emperador Francisco José esté muy satisfecho con algunos de los detalles que menciona en su libro.

—Isabel de Baviera, emperatriz de Austria y reina de Hungría —enumeró el escritor con una gran sonrisa—. Ah, qué mujer tan especial.

—¿Es cierto que siempre lleva encima un amuleto? —preguntó el médico.

—Totalmente cierto —afirmó el escritor—. Contra el mal de ojo.

—Su hija murió de disentería hace un par de años —dijo Julia—. Debería aprender que los amuletos no sirven de nada.

—Es una mujer extraña —dijo Steven pensativo—. Se muestra alegre y cercana, pero tiene un velo en la mirada, no creo que sea muy feliz... Sin embargo, adora a sus perros y a su caballo y

estoy seguro de que ellos le son totalmente fieles.

Alexander Hockton sonrió y miró a los demás comensales.

—Parece que la emperatriz dejó una profunda impronta en nuestro amigo.

Steven sonrió sin acritud.

—Es una mujer hermosa y culta, lo que no es menos importante, pero demasiado complicada para mí. Soy de gustos sencillos, señor Hockton. Las mujeres complicadas se las dejo a hombres como mi amigo Tyler.

Hudson levantó su copa para brindar por ello.

—¡Caballeros! —exclamó Olivia—. ¿Están diciendo que soy una mujer complicada?

—¡Noooo! —exclamaron los dos a la vez y después se echaron a reír a carcajadas.

Olivia movió la cabeza con mirada severa, como si pretendiera reprenderles, pero en realidad sabía que Parry había dicho aquello como un cumplido. En ese momento se escuchó un afinado grito y el revuelo propio de algún inesperado suceso.

—Thomas —dijo Olivia—, por favor, ve a ver qué ha ocurrido.

El mayordomo volvió enseguida.

—Matha se ha clavado un clavo en el pie. La que ha gritado ha sido Bertha al verla aparecer con el pie sangrando y el clavo que lo atravesaba.

—¡Dios santo! —exclamó Olivia poniéndose en pie para ir a verla.

—Será mejor que la acompañe —dijo el doctor Hockton saliendo tras ella.

—No es nada, señora —dijo Martha cuando la vio llegar con expresión preocupada—. Estaba organizando las tareas de mañana en la escuela y al volver me tropecé...

—¿Por qué vas siempre descalza? —la regañó Olivia mientras el médico se arrodillaba para explorar la herida—. Te tengo dicho que debes proteger tus pies.

—Tengo que sacar el clavo —dijo Hockton mirando a Martha a los ojos—. Te va a doler mucho, pero será rápido.

La esclava asintió y durante unos segundos sus ojos se quedaron prendados de aquella mirada verde y cristalina. Las pupilas de Alexander se encogieron como la cabeza de un alfiler y después se dilataron como si alguien hubiese apagado la luz por completo.

—No se preocupe —dijo Martha con timidez.

Olivia la cogió de la mano.

—Apriétame fuerte cuando te duela —dijo con cariño—. Y si quieres gritar puedes hacerlo, no seas tonta.

Martha asintió mirando al cirujano y este realizó una concienzuda maniobra para sacarle el enorme clavo que se había incrustado entre los metatarsos sin dañar los tendones.

—Eres una muchacha muy valiente —dijo Alexander terminando de atarle el vendaje—. Deberás curarte la herida tres veces al día como he hecho yo, y nada de caminar descalza. Hay

que evitar que se infecte.

Olivia había tenido que ausentarse un momento. John se había despertado asustado, probablemente por el agudo grito de Bertha. En ese momento Alexander y Martha estaban solos y el médico terminaba de atarle el vendaje. La ayudó a levantarse y a apoyar el pie en el suelo con delicadeza.

—Muchas gracias, doctor —dijo sonriendo.

Alexander pensó que jamás había visto una sonrisa tan bonita como aquella.

—Has sido muy valiente —dijo con voz dulce—, no has soltado ni una lágrima.

—Me daba vergüenza llorar delante de usted —dijo Martha bajando la cabeza.

—Tengo entendido que eres maestra —dijo él sin soltarle la mano.

—Ayudo a la señora en la escuela.

—También me ha dicho que te gusta mucho leer.

Martha asintió.

—A mí también —dijo el médico.

La esclava lo miró repetidamente emocionada.

—El señor Caswell creó una enorme biblioteca. Creo que no tendré vida suficiente para leer todos los libros que hay en ella, pero le aseguro que pienso intentarlo.

—Me encantaría verla —dijo el médico sonriendo por su entusiasmo—. Por desgracia no he podido traerme muchos libros. Vivo en casa del doctor Blakey y no quería abusar de su hospitalidad.

—Pronto formará su propia familia y le darán una casa —dijo Martha visiblemente turbada—. Es la costumbre.

—Veo que ya estás de pie —dijo Olivia al entrar en la habitación—. ¿Te duele mucho?

—No, señora, estoy bien —dijo Martha con las mejillas coloreadas.

—Martha me estaba hablando de su biblioteca —dijo el médico—. Según ella tienen una enorme cantidad de ejemplares.

—Así es —dijo Olivia sonriendo orgullosa—. Mi tío era un gran amante de los libros y creó una magnífica colección con muchas primeras ediciones y algún incunable.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido—. ¡Qué maravilla!

—Puede visitarnos cuando quiera y disfrutar de un rato de lectura. Será siempre bienvenido.

—Le tomo la palabra —dijo Alexander.

—Será mejor que vaya a ver a Bertha y me coma lo que me haya preparado si no quiero que me dé con el palo de la escoba —dijo Martha cojeando.

—Espere —dijo Alexander cogiéndola en brazos sin dar ocasión a que se negara—, no debe apoyar el pie.

—No era necesario...

—Usted indíqueme el camino.

Olivia los vio alejarse y entornó los ojos con expresión curiosa. Movi6 la cabeza para desvanecer los pensamientos que su peregrina imaginaci6n haba inventado y regres6 al comedor con el resto de sus invitados.

—¿Y convivi6 con los Comanches durante un a6o? —Julia miraba al m6dico con expresi6n asustada.

Habían terminado de cenar y disfrutaban del postre en el sal6n aderezándolo con una copa de licor.

—Así es. Me interesaba mucho aprender sus conocimientos sobre medicina indígena, y lo cierto es que fue una convivencia muy interesante.

—¿Y no temió que lo mataran? —preguntó de nuevo Julia—. ¿Son salvajes!

—Cabía esa posibilidad, es cierto —asintió Hockton sonriendo—, pero el hombre se ha aventurado a navegar hacia lo desconocido y gracias a ello se han hecho enormes descubrimientos. Nosotros no estaríamos aquí de no ser por esos hombres intrépidos, ¿no cree?

—Cierto —confirmó Julia—, pero aun así...

—¿Cómo son realmente esos comanches? —preguntó Olivia con sincero interés.

—Son muy arrogantes. Una vez les pregunté cuántos comanches había en toda América y me contestaron que tantos como estrellas en el cielo —dijo sonriendo al recordarlo—. Les gusta divertirse y son muy bromistas. Les encanta cantar, bailar y gritar y no rechazan nunca una apuesta. Pero su pasi6n, sin lugar a dudas, son los caballos. Les encantan las carreras y las acrobacias...

—Son unos jinetes increíbles —apuntó Tyler—. Los mejores a caballo sin lugar a dudas. Son capaces de descolgarse por un flanco de su montura para protegerse de los disparos de sus enemigos.

El m6dico asintió dándole la raz6n.

—Se quedan en posici6n horizontal, utilizando el cuerpo del caballo como parapeto, con el tal6n sujeto a la grupa —añadi6—. Y en esa pose los he visto lanzar sus flechas y acertar en el blanco.

—Hablan de ellos como si los admirasen —dijo Julia con expresi6n aterrada—. Son monstruos, capaces de las mayores atrocidades.

—Es cierto que no dudan en matar a mujeres y ni6os —asintió Steven—. Tienen un c6digo de honor muy diferente al nuestro.

—Ocupamos su territorio —dijo Olivia sin poder contenerse.

Su esposo la mir6 con una expresi6n que parecía más divertida que sorprendida.

—Ellos estaban aquí y los estamos obligando a replegarse. No nos detendremos hasta

hacerlos desaparecer.

—En el caso concreto de Luisiana fueron los españoles los que llegaron primero a este territorio —dijo Steven Parry.

—¿Qué más da? —dijo Olivia—. La cuestión es que mantenemos un acoso constante, queremos que se marchen, que desaparezcan sin defenderse, y nos sorprendemos cuando se enfrentan a quienes ellos consideran invasores.

—Hablas como si fuesen unas pobres víctimas —dijo Julia—. Sabes las historias que cuentan sobre ellos. Su extrema crueldad resulta aterradora... ¿Es que has olvidado lo que pasó en el fuerte Parker?

—¿Cómo voy a olvidarlo? —preguntó Olivia con semblante apesadumbrado—. Cada vez que se saca el tema de los comanches alguien menciona lo que le ocurrió a la familia Parker en 1836.

—Solo querían vivir en paz. No pretendían echar a nadie de ningún lado. Ocuparon unas tierras fértiles, rodeadas de bosques de robles, con vastas y ondulantes praderas sin...

—Construyeron un fuerte, Julia —cortó Olivia—. Nadie construye un fuerte si no es porque sabe que está en un lugar peligroso.

—Claro que sabían que era peligroso —dijo Julia con vehemencia—, esos salvajes atacan a las personas de bien sin motivo. Creen que la tierra es suya, sin que nadie se la haya otorgado. ¿Quién les dio el título de propiedad?

Olivia no quería reírse de su amiga, pero aquella frase le pareció de lo más infantil.

—Los Parker solo pretendían vivir en paz —insistió Julia—. Criar a sus hijos y cuidar la tierra, nada más.

—Me temo que la cosa es un poco más complicada que eso —dijo el cirujano poniéndose de parte de Olivia—. Los Parker se instalaron en territorio indio, no había allí ningún otro colono. Sabían muy bien que estaban invadiendo sus tierras y por eso levantaron un fuerte.

Julia lo miró horrorizada.

—¿Está usted justificando que mataran a aquellas personas y que se llevaran a las mujeres y a los niños?

—No, por supuesto que no —dijo Hockton—. Me parece abominable el modo de actuar de aquellos hombres, solo trato de evidenciar que los Parker no eran inocentes granjeros en busca de buenas tierras. En realidad eran la cabeza de lanza que utilizó el estado para penetrar en un bastión que hasta ese momento había sido inexpugnable. Se metieron en la boca del lobo.

Olivia recordaba perfectamente la primera vez que escuchó la historia del fuerte Parker. Se la explicó su tío cuando tenía dieciséis años y entonces le pareció el relato más atroz que había escuchado nunca.

«La mayoría de los hombres estaban trabajando en los maizales, mientras las mujeres y los niños hacían sus tareas en el interior del fuerte. El portón estaba abierto, la familia se había

acostumbrado a la tranquilidad que se respiraba en una tierra en la que parecían ser los únicos habitantes y en la que no percibían el menor peligro. A media mañana cien Comanches llegaron a caballo hasta la puerta del fuerte. Había mujeres y hombres entre los jinetes. Llevaban una bandera blanca y eso tranquilizó a los granjeros que salieron a recibirlos.

Benjamin Parker se presentó ante ellos desarmado. Les preguntó qué querían y ellos le dijeron que una vaca. Benjamin les dijo que no podía darles la vaca, pero que les daría algo de comida. Cuando entró al fuerte para buscar los alimentos le contó la conversación a su hermano Silas, que desconfió de las buenas intenciones de los indios y le pidió que no volviese a salir. En ese momento el abuelo Parker, su esposa y otra mujer escaparon por una puerta trasera y, al verlo, otra de las familias que vivían en el fuerte los siguieron.

Los comanches rodearon a Benjamin, lo atravesaron con lanzas, lo golpearon y jugaron con él clavándole sus flechas. Al final le arrancaron la cabellera, como hacían siempre. Rachel Plummer lo vio todo y huyó aterrada con su hijo en brazos. No llegó muy lejos, la golpearon y después la arrastraron del cabello hasta un grupo de indios. Uno de los jinetes le quitó a su hijo y las mujeres la golpearon con un látigo.

Los demás indios seguían en su persecución incansable a todos los que intentaron huir. Los trataron con extrema crueldad, obligándolos a desnudarse y utilizando sus hachas para golpearlos hasta la muerte. A la abuela Parker la clavaron al suelo con las lanzas, la violaron y la dieron por muerta, pero milagrosamente sobrevivió.

Después de matar a todo el que no pudo escapar se llevaron a dos mujeres y tres niños, el bebé de Rachel Plummer, Cynthia Ann Parker, de nueve años, y su hermano John Richard, de siete».

Olivia se estremeció al recordar el agobio insoportable que la invadió al escuchar aquella macabra historia y la furia que sintió contra aquellos hombres y mujeres capaces de hacer algo tan abyecto. No había nada que pudiese justificar una barbarie y crueldad tan irracional. Pero eso no quitaba que pudiese ver el problema en su conjunto y se esforzase en entender a ambas partes, hablando filosóficamente. Su tío le había narrado el sufrimiento de aquellas tribus indígenas que habían vivido durante siglos en unas tierras que consideraban suyas y cómo los habían masacrado implacablemente, año tras año, expulsándolos de sus territorios. John solía decir: «ellos también tienen hijos a los que aman». Y ahora que era madre no sabía lo que sería capaz de hacer por proteger a su hijo.

—No todos son tan violentos —dijo Alexander Hockton como si pudiera escuchar sus pensamientos—. Algunas tribus huyen de la lucha y solo quieren vivir en paz.

—Quizá deberíamos buscar un tema de conversación menos... beligerante —dijo Tyler mirando a su esposa con una divertida sonrisa—. El señor Hockton visita nuestra casa por primera vez, no es necesario que le mostremos nuestra peligrosa costumbre de meternos en

asuntos delicados desde el primer día. Deberíamos hacer que se sintiese a gusto.

Olivia se mordió el labio sintiéndose culpable. Ciertamente aquel no era el mejor tema de conversación para una amigable cena de bienvenida.

—Lo siento —dijo el doctor, apenado—. Supongo que me he excedido.

—No se disculpe, por favor —dijo Olivia mirándolo con simpatía—. Normalmente soy yo la que saca temas poco... adecuados.

—He oído hablar mucho de usted y de su fervor dialéctico —dijo mirándola de un modo demasiado intenso—, me hubiera encantado participar en una de sus... discusiones.

—Qué modo tan sutil de decirlo —dijo ella sonriendo seductora—. Estoy segura de que no es así como se lo han explicado.

—No suelo hacer caso a las habladurías. Prefiero ver las cosas por mí mismo.

Tyler los miraba a ambos desde el borde de su copa, que sostenía con ambas manos frente a su rostro. Entornó los ojos centrando su atención en el joven médico. No es que él fuese un entendido en belleza masculina, pero estaba claro que Hockton era atractivo y que su conversación le resultaba agradable a Olivia. Respiró hondo y muy despacio procurando no atraer la atención de ninguno de sus invitados, que en ese momento estaba centrada en la conversación del médico. Era un hombre culto y con vivencias dignas de ser contadas. Había estado en Europa, vivido entre comanches, era capaz de operar a un hombre y salvarle la vida... Realmente era un hombre digno de admiración. ¿Qué significaba aquel rubor en las mejillas de Olivia? ¿Por qué se mordía el labio de un modo tan sensual?

Tyler se dio cuenta de que era la primera vez que se sentía así frente a otro hombre y no le gustó nada la experiencia.

Capítulo 4

Olivia arropó al pequeño John, que dormía plácidamente en su cunita.

—Eliza dice que debería trasladarlo a su habitación. Dice que no es bueno que duerma con un matrimonio tan... afectivo —dijo volviéndose a mirar a Tyler con una gran sonrisa—. Creo que tiene razón. Mañana me pondré a organizar su cuarto. Lo decoré para un bebé y si me descuido será demasiado mayor para una cuna.

Tyler no dijo nada y Olivia frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan callado? —dijo metiéndose en la cama y buscando rápidamente el hueco entre sus brazos.

—No quiero despertar a John —dijo él en un susurro—. Como bien dices, ya es hora de cambiarlo de habitación.

Olivia se apoyó en el codo para mirarlo. Algo le pasaba, estaba claro. Hacia el final de la velada apenas había hablado y estaba segura de que había bebido demasiado, cosa que no era nada habitual.

—¿Estás enfadado conmigo por algo? Lo siento mucho, sea lo que sea que he hecho.

Tyler negó con la cabeza y se colocó de lado dándole la espalda.

—No pasa nada, solo estoy cansado.

Olivia se quedó mirándolo incrédula. ¿Ni un beso de buenas noches?

—Tyler... —Al ver que no respondía lo sacudió con firmeza—. ¡Tyler!

—Shssssss —se volvió él a mirarla—, vas a despertar a John.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te comportas así? ¿Qué he hecho?

—¿Quieres discutir ahora? —dijo señalando la cuna de su hijo.

Olivia apretó los labios y se levantó de la cama para ir a la habitación contigua. Tyler la siguió sin ganas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella cerrando la puerta tras él.

—He visto cómo mirabas a Hockton.

Olivia frunció el ceño sin comprender. Poco a poco su rostro se fue transformando hasta que sus labios dibujaron una enorme sonrisa.

—¿Cómo miraba a Hockton?

Tyler bufó por la nariz y se dirigió hacia la puerta para regresar a la otra habitación, pero

Olivia lo agarró del brazo y se puso delante para cortarle el paso.

—¿Estás celoso?

Él evitó su mirada y posó los ojos en la estantería esquinera que había en el rincón.

—¿He hecho algo indebido? —siguió preguntando Olivia, que en el fondo se sentía eufórica

—. ¿Crees que me he comportado mal con nuestro invitado? Tan solo he sido amable.

Tyler la miró con semblante enfadado.

—¿Amable? Te derretías de gusto.

Olivia abrió la boca sorprendida al escucharlo hablar de ese modo.

—¿De qué estás hablando?

—Tus ojos echaban chispas y tus mejillas estaban sonrosadas. ¿Y por qué te mordías el labio?

Sabes lo que provocas con ese gesto.

Olivia buscaba las palabras para responder a todo eso, pero no encontraba ninguna apropiada.

—¿De verdad piensas que he intentado seducir a nuestro invitado?

—Dime la verdad —dijo él mirándola con fuego en los ojos—, dime que no te parece atractivo, que no te gustaba el modo en el que te miraba.

—Claro que es atractivo —dijo poniéndose las manos en la cintura—. Es el hombre más guapo que he visto nunca.

Tyler apretó los puños y gimió entre dientes. Si en ese momento hubiese tenido a Alexander Hockton al alcance de la mano...

—¿Crees que porque te amo he dejado de ver el atractivo en otros hombres? ¿Acaso no ves tú cuándo una mujer es hermosa?

—Eso no tiene nada que ver. Soy un hombre.

—¡Claro! Mis ojos funcionan de un modo diferente a los tuyos. Ahora cuando veo a un hombre siempre tiene cara de borrico. Como tú ahora mismo.

—Será mejor dejar esta conversación ahora que aún estamos a tiempo —dijo él tratando de esquivarla.

—De eso nada, mostrenco —dijo cortándole el paso y poniendo una mano en su pecho.

—¿Qué me has llamado?

—Mostrenco —repitió.

—¿Además de tener cara de borrico, también te parezco ignorante? No me extraña que hayas puesto tus ojos en el doctorcito.

—¿Por qué lo llamas doctorcito? Es cirujano. Podría sacarte una bala...

—Y Jack Delaney también y solo es barbero.

Olivia pasó su dedo por la piel del pecho que asomaba por la abertura de la camisa de dormir masculina.

—Así que piensas que me gusta el doctorcito... —dijo y acto seguido se mordió el labio del

modo más sensual que él le hubiese visto nunca—. Si tú quieres, estoy dispuesta a demostrarte quién me gusta de verdad.

Bajó los hombros de su camisión y lo dejó caer al suelo, después cogió una mano de su esposo y la colocó sobre uno de sus pechos.

—Puedes ponerte tan celoso como quieras —susurró poniéndose de puntillas para llegar a sus labios—, siempre que eso no altere tu capacidad para hacerme el amor.

La besó con ansia, explorando su boca como si la descubriera por primera vez. Se separó un instante para librarse de la camisa de dormir y de nuevo sus brazos la envolvieron con fuerza y la apretaron contra su cuerpo desnudo. Olivia se dejó elevar y lo rodeó con sus piernas, ágiles y flexibles, sintiendo la presión de una rotunda erección. Tyler la llevó hasta la cama y se tumbó sobre ella penetrándola con dureza. Estaba terriblemente excitado y su cuerpo quería dominarla por completo, hasta lo más profundo. Olivia gimió presa de un súbito paroxismo. Se arqueó colocando los brazos por encima de su cabeza, exponiendo sus pechos enhiestos y provocadores y elevando su pelvis con fuerza. Tyler se dejó arrastrar a una dulce agonía que lo llevó hasta el clímax, estallando dentro de ella y derramándose con un largo y estremecedor gruñido.

Alexander Hockton había sido llamado para acudir a la hacienda de los Coulson. Al parecer había sufrido un desmayo y su mujer se asustó al ver que no reaccionaba a ninguno de sus estímulos. El doctor Blakey lo había enviado a él diciendo que debía familiarizarse con los habitantes de la zona.

—Se tomará esto durante tres días, ya verá como mejora —dijo después de examinarlo y ver su estado de nerviosismo—. Hay algo que le preocupa.

—Cuéntaselo, Ben —suplicó su esposa—. Doctor, hace una semana que apenas duerme y come como un pajarito.

—Calla, mujer. El doctor no tiene tiempo de escuchar tus lamentos —dijo el hombre malhumorado.

—Es por los esclavos —dijo la señora Coulson viendo que su marido no quería hablar—. Tenemos que venderlos y eso lo atormenta.

Hockton miró al hombre y comprobó que aquel era el motivo de su angustia al ver cómo le temblaban las manos y se agitaba su respiración.

—Señora Coulson —pidió el médico girándose a mirarla—. ¿Le molestaría dejarnos unos minutos a solas? Creo que su marido se sentirá más cómodo hablando con un desconocido si no hay testigos delante.

Rebecca Coulson asintió agradecida y salió de la habitación con los ojos llenos de lágrimas. Hockton centró entonces su atención en el paciente.

—Señor Coulson, estoy seguro de que le hará bien hablar de lo que le preocupa —dijo—. Soy médico y eso es casi como ser un confesor. Nada de lo que me diga saldrá jamás de este cuarto.

El hombre suspiró visiblemente angustiado.

—Para mí es muy difícil hablar de esto. Si hablara delante de mi mujer se derrumbaría. Llevo muchos meses aguantando una tensión insoportable.

—Hable sin miedo —dijo el médico recostándose en su silla dispuesto a escucharlo.

—Tengo una enorme deuda que no puedo pagar. No soy un buen gestor. Decidí plantar tabaco en lugar de algodón, en contra de lo que hace todo el mundo por aquí, y me ha ido muy mal. Estas tierras las heredé de mi padre, que a su vez las heredó del suyo. Mi abuelo era un buen hombre, muy trabajador e inteligente. Él nos transmitió su manera de ver el mundo y en esta plantación los esclavos siempre han sido bien tratados. Son como de la familia y se les quiere.

El médico asintió para que viera que lo entendía.

—Hace dos años las cosas empezaron a irnos muy mal y no he sabido reconducir la situación. —Giró la cabeza en la almohada apartando la mirada de Hockton como si se avergonzara—. Al principio creí que alquilando a algunos de mis esclavos podría sacar un dinero extra que pudiera ayudarnos, pero entonces ocurrió lo de Samuel...

—¿Samuel es un esclavo?

Coulson asintió y volvió a fijar sus ojos en el médico.

—El mejor que tengo —dijo—. Es fiel, honrado y siempre he confiado en él. Se lo cedí a Harrison Kernighan porque su mujer se quedó admirada del jardín de Rebecca. Tiene unas manos de oro y adora las plantas y cualquier cosa que tenga vida. Le expliqué a Harrison la alta estima que le tengo, pero ese hombre no tiene corazón. Tuve que ir a buscarlo y traerlo a casa en una carreta. No podía caminar, le habían dado setenta latigazos porque le llevó la contraria a su esposa y se negó a cortar un sauce. Tuvimos que llamar al doctor Blakey porque le subió la fiebre y no había forma humana de bajarla.

—Se le infectarían las heridas —dijo Hockton tratando de no mostrar emoción alguna.

—Fue horrible. Mi mujer se puso enferma también y no dejaba de llorar. Entonces me juré que no volvería a alquilar a ninguno de mis esclavos. No iba a permitir que nadie los maltratase... Y ahora tengo que venderlos. No puedo hacer nada por más que quiera. Si no los vendo perderé la casa y las tierras y tampoco podré cuidar de ellos.

—Entiendo —dijo el médico—. Por eso está tan agobiado.

El señor Coulson asintió.

—Va a ser terrible cuando les dé la noticia. Se van a poner a llorar y se me partirá el corazón —dijo—. Si pudiera quedarme al menos con Samuel, pero no puedo separarlo de su familia, se moriría de pena si no tuviera cerca a Belinda y los niños. Sobre todo a Prissy, esa niña es su

tesoro.

—Quizá pueda escogerles un buen amo. Asegurarse de que no caen en manos de hombres como Kernighan.

—Ese es el problema. Las normas de Oakville son muy tajantes en estos temas. Debo ofrecerlos en subasta y no puedo interferir en la venta. De hecho, todo lo organiza James Ward en su finca.

—Ya veo —asintió el médico mientras pensaba en alguna solución.

—¿Quiere conocer a Samuel? —Ben Coulson se levantó de la cama con sorprendente agilidad y en un momento se había puesto un batín y calzado sus zapatillas—. Venga, tomaremos un vinito y le mostraré a algunos de mis esclavos. Venga.

El cirujano lo siguió gratamente sorprendido ante tan evidente mejoría.

—Samuel, este es el doctor Hockton. Es cirujano.

—Encantado, amo Hockton —respondió el esclavo inclinando la cabeza.

—Oh, no —dijo el médico ofreciéndole la mano para que la estrechara—. Yo no soy amo de ningún esclavo.

—Bueno, doctor —dijo el señor Coulson entregándole una copa de vino—, dese tiempo. Primero debe encontrar una buena mujer y hacerla su esposa. ¿Verdad, Samuel?

—Así ha de ser —dijo el esclavo asintiendo, mientras permanecía de pie frente a los dos hombres, que se habían sentado en sendas butacas.

—Y cuéntale, Samuel, dile al doctor lo mucho que te gustan las plantas.

—Sí, señor, son mi vida. Esas pequeñas necesitan muchos cuidados y a mí me gusta protegerlas.

—Buen trabajo es ese, Samuel —dijo Hockton, que se sentía incómodo con la situación.

—Samuel, dile a Prissy que venga y que se traiga a Ben con ella.

—Ahora mismo, amo.

El enorme y afable negro salió del salón y Coulson miró al cirujano con evidente orgullo.

—¿Qué le decía yo? ¿A que es un magnífico ejemplar?

Aquella forma de referirse al esclavo le produjo cierta repulsión, pero Alexander se limitó a asentir mientras se llevaba la copa a la boca.

La puerta se abrió y Samuel hizo pasar a una niña de ojos brillantes y sonrisa embriagadora acompañada de un niño más pequeño que caminaba con andares saltarines.

—¡Prissy! Aquí está la esclava más bonita de todo Oakville —dijo el hombre—. Acércate, acércate para que el doctor vea esos enormes ojos que tienes.

La niña se acercó y Hockton sintió una punzada en el estómago. La jovencita hizo una ligera reverencia y se inclinó con tal gracilidad que el cirujano se sintió conmovido. Se puso de pie para devolverle el saludo de cortesía.

—Encantado de conocerla, señorita Prissy.

Ben Coulson soltó una carcajada.

—¿Has visto, Prissy? El doctor te ha hecho una reverencia, fíjate si eres bonita.

La niña se ruborizó y Hockton volvió a sentarse conmovido por el futuro que le esperaba. Aquella niña en una subasta sería como fruta madura, todos querrían quedársela y la mayoría con malas intenciones.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Catorce —dijo orgullosa.

Alexander tragó aquella píldora con dificultad y rogó mentalmente porque no sucediera lo que se temía. Miró a Coulson tratando de ver si el viejo era capaz de darse cuenta del peligro que acechaba a aquella niña, pero él estaba centrado en dar palmadas para que el pequeño Ben bailase.

—¡Bien, muchacho! —dijo Coulson dándole palmaditas en la cabeza cuando terminó su baile—. ¡Muy bien hecho!

El niño lo miraba con sus enormes ojos esperando algún premio y el viejo cogió un puñado de dulces de un cuenco que había sobre la mesa y se los dio.

—Ahí tienes tu premio —dijo riendo.

Al niño se le cayeron unos pocos al suelo y se agachó rápidamente a cogerlos dando graciosos saltitos que provocaron más risas en su amo. Alexander sintió un rechazo instintivo hacia el comportamiento de Coulson. Aquel hombre sentía afecto por sus esclavos, pero en realidad los trataba como a animales domésticos, como a un perro que te hace compañía, te da cariño o diversión. Sintió de nuevo una punzada en el estómago y respiró hondo por la nariz tratando de calmar las náuseas.

Se levantó de su butaca con cierta precipitación y dejó la copa sobre la mesa.

—Debo irme ya —dijo mirando a su paciente—. Tómese la medicina que le he dado y trate de estar lo más tranquilo posible los próximos días.

—¿Ya se marcha? —preguntó el señor Coulson apesadumbrado.

—Tengo pacientes que atender —dijo esquivando su mirada.

—Samuel, acompañadlo hasta su caballo.

—Sí, amo.

—Tú quédate, Ben, quiero ver esas volteretas tan divertidas que haces.

Samuel y Prissy acompañaron al médico y cuando Alexander estuvo sobre su caballo los miró con preocupación.

—Es un buen hombre —dijo Samuel y sus ojos mostraban una inteligencia que conmovió a Hockton—. Se porta bien con nosotros.

El médico asintió, pero no pudo emitir el más mínimo sonido. Dio la vuelta a su caballo y se alejó de allí con oscuro ánimo.

Tyler se dirigía al camino que llevaba a la plantación de los Fairfax cuando vio a Betty sentada en una piedra en actitud reflexiva. Dirigió a su caballo hacia allí y se detuvo frente a la niña.

—¿Qué haces aquí, Betty?

La niña lo miró con expresión seria.

—Me han expulsado de la clase por pelearme con ese idiota de Jos.

—¿Por qué os habéis peleado?

—Estábamos hablando de árboles y de cómo producen sus frutos y Jos me ha susurrado que yo soy como una bellota en un Magnolio —dijo la niña, apesadumbrada.

—¿Y por qué te ha dicho esa tontería?

—Porque mi padre era blanco y mi madre negra.

Tyler frunció el ceño. ¿Cuándo se había enterado de eso? Bajó del caballo y se acercó a la niña mirándola unos segundos desde su altura. Después se sentó a su lado y los dos permanecieron un rato en silencio.

—Betty, ¿has visto el rosal que hay en el jardín de la casa? ¿Ese que tiene rosas de varios colores?

La niña asintió con la cabeza. Era un rosal precioso que daba rosas blancas, rojas y amarillas.

—¿Sabes por qué sus rosas son de tres colores? Resulta que a Olivia le gustan mucho las rosas de esos colores y solía ponerlas juntas en un jarrón. Yo me fijé y pensé que sería bonito que un mismo rosal diese rosas de sus tres colores preferidos, así que hice un injerto.

—¿Qué es un injerto?

—Pues es cuando juntas dos plantas de la misma familia y creas una nueva flor o fruto. Una que la naturaleza por sí misma no ha sido capaz de crear.

La niña asintió al tiempo que cogía un palito del suelo y comenzaba a dibujar en la tierra.

—¿Eso soy yo? ¿Una nueva flor que la naturaleza no ha sido capaz de crear?

Tyler sonrió, Betty era muy inteligente.

—¿No te gusta la idea? ¿Preferirías ser una más del montón?

La niña giró la cabeza para mirarlo y después de pensarlo se encogió de hombros.

—No lo sé, nunca he sido una más del montón. Mi padre fue John Caswell y mi madre una esclava. Todos me miran de un modo distinto a como miran a los suyos. Supongo que tendré que acostumbrarme a no pertenecer a ninguno de los dos lugares.

—¿Nosotros te hemos hecho sentir así?

—Bueno... Vivo en la casa grande. Tengo mi propia habitación, pero no soy hija de la señora, así que cuando el señor Lincoln libere a todos los esclavos del mundo yo tendré que marcharme

o... trabajar aquí como criada.

Tyler sintió el impulso de decirle que ella era una persona libre, que no necesitaba que nadie viniese a liberarla. Pero se contuvo. No era buena idea decirle algo así a una niña como Betty, sufriría enormemente teniendo que guardar semejante secreto.

—¿Crees que Lincoln va a liberar a todos los esclavos del mundo? —preguntó divertido.

Betty tiró el palito lejos y después se sacudió las manos para limpiarse la tierra.

—Ya sé que Lincoln no puede hacer eso, no es presidente de todo el mundo. Pero estoy convencida de que cuando libere al Sur su enseñanza se extenderá por toooodos los lugares en los que hay esclavos y estos serán liberados.

Tyler la miró admirado y orgulloso. Aquella niña era digna hija de su padre. Se puso de pie y subió a su caballo, después se inclinó y le tendió la mano.

—Vamos, sube, te llevaré de vuelta a la escuela antes de ir a casa de los Fairfax.

La niña sonrió y aceptó el ofrecimiento.

Tyler entró en el salón al que lo llevó el mayordomo de los Fairfax y se sentó en una butaca mientras esperaba a la señora de la casa.

—Señor Hudson —dijo, saludándolo al entrar, con evidente sorpresa—. Mi esposo no está en este momento...

—Venía a verla a usted, señora Fairfax —dijo devolviéndole el saludo de cortesía.

—¿A mí? Qué sorpresa —dijo sonriendo interesada—. ¿Y a qué debo tan inesperada visita?

—Pues verá, querría hablar con una de sus esclavas, Lisi.

—¡Oh! ¿Es que ha hecho algo indebido? Esa muchacha ha sido un dolor de cabeza desde que nació. Mi marido ha amenazado con venderla tantas veces que si una mañana ya no estuviese con nosotros, no me sorprendería.

—Pues precisamente de eso he venido a hablar. Resulta que uno de mis muchachos está prendado de ella y creo que sería bueno para él tomar esposa y formar una familia.

—Ya veo, se trata de Leo, el hijo de su carpintero. Sé que se han estado viendo en la granja de los Colwell.

—Así es —afirmó Tyler.

—¿Y quiere comprarla? —dijo pensativa—. Bien, por mí no habría problema, no es que me sirva de mucho.

—Pero antes de hacerlo me gustaría hablar con ella —dijo Tyler—. No quisiera dar por hecho que es su deseo y después encontrarme con un problema.

—¡Oh! No se preocupe, esa niña hará lo que se le diga. Si decidimos que debe casarse, pues casada será.

Tyler sonrió paciente.

—Aun así, si me lo permite, querría hablar con ella.

—Está bien, está bien —dijo Hanna Fairfax levantándose—. Le pediré a Grace que lo acompañe hasta la cocina.

Lisi era una jovencita alegre de ojos grandes y voz cantarina. Tyler la había visto unas cuantas veces y no le extrañó que Leo se fijase en ella. Era un complemento perfecto para el ceñudo y serio muchacho.

—Lisi, ven —dijo acercándose a la joven, que lo miró sorprendida.

—Señor Hudson...

—Sécate las manos y vamos fuera, tengo algo que hablar contigo.

Salieron de la casa y se alejaron lo suficiente de las ventanas para que las otras esclavas no cotillearan.

—¿Le ha ocurrido algo a Leo o a Zachary, señor?

Aquella preocupación satisfizo a Tyler, que sonrió abiertamente.

—No, tranquila, los dos están perfectamente. Pero es precisamente por Leo que he venido a verte. Me ha pedido que te compre.

Lisi frunció el ceño mostrando cierta confusión.

—¿Leo le ha pedido que me compre?

—Sí, quiere casarse contigo.

La muchacha abrió la boca para decir algo, pero finalmente cerró los ojos y se mordió el labio con evidente conmoción y necesitó de unos segundos para poder hablar.

—No voy a comprarte si tú no quieres, por eso estoy aquí —aclaró Tyler algo confuso con la reacción de la joven—. Si no es lo que deseas, no te separaré de tu familia.

—Eso no me importa. Todos tenemos que formar nuestra propia familia un día u otro. Además, soy una esclava, pueden venderme en cualquier momento y desde muy pequeña me prepararon para ello.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Yo no amo a Leo —dijo rotunda—. Es un buen muchacho, me gusta charlar con él... Pero a quien quiero es a Zachary.

Aquello no se lo esperaba y el rostro de Tyler no pudo evitar mostrar la enorme sorpresa que lo embargó.

—Pero...

—Leo debería saberlo, pero me parece que es de las personas que no ve lo que no quiere ver. Siempre es Zachary el que me hace reír y con el que paso la mayor parte del tiempo cuando nos vemos. Lo que pasa es que él nunca ha dado el paso porque sabe lo que siente su hermano. Señor Hudson, me encantaría que me comprase y vivir en Sunset Bayou. Todo el mundo sabe que sus

esclavos son los mejor tratados de toda Luisiana, pero no quiero casarme con Leo. Si lo hiciese sería muy desgraciada porque tendría que ver a Zachary todo el tiempo y es a él a quien quiero. Así que le pido que no me compre. Déjeme aquí y dígame a Leo que no quiero volver a verlos a ninguno de los dos. Es peligroso y no nos llevará a nada. Creí que Zachary acabaría dando el paso, pero si han llegado a pensar que podría casarme con Leo es que no lo va a hacer.

Tyler no sabía qué decir. La joven había hablado con gran inteligencia y fortaleza. Tenía la oportunidad de salir de aquella casa donde no la querían demasiado y sabía que en Sunset Bayou estaría bien. Pero, aun así, prefería quedarse para no traicionar sus sentimientos.

—Está bien —dijo él asintiendo. Se planteó mostrarle un nuevo escenario, pero decidió que era mejor hablar primero con los hijos de Dominic—. Puedes volver a tu trabajo.

La esclava lo saludó y regresó a la cocina donde las otras esperaban noticias con gran interés. Pero Lisi no contó nada y volvió a los cacharros que fregaba. De vez en cuando se limpiaba los ojos con el antebrazo para que no le entrase jabón en los ojos, mientras pensaba en el esbelto y torpe Zachary, incapaz de luchar por ella.

Capítulo 5

—¿Una subasta? —Olivia miró a Tyler con preocupación, mientras sostenía al pequeño John en sus brazos.

—La plantación Coulson ha quebrado y el viejo Ben tiene que deshacerse de sus cuarenta esclavos si quiere sobrevivir y no perderlo todo —explicó su marido colocándose la camisa por dentro del pantalón.

—¿Y tú vas a ir?

—Intentaré traerme a algunos, los que tengan niños pequeños.

Olivia sintió una oleada de amor que la hizo abrazarlo con un brazo porque con el otro sostenía a John, lo que provocó una carcajada en su marido.

—Cómpralos todos —pidió mirándolo con aquellos ojos dulces y adorables—. Aquí estarán bien.

—No creo que pueda —dijo cogiendo a su hijo y elevándolo por los aires—. Los otros terratenientes no me lo permitirán y debo tener cuidado, ya lo sabes.

—Está bien —dijo mohína—, haz lo que puedas.

—¿Qué es esto? —dijo él rodeando su cintura con la mano libre para atraerla de nuevo—. ¿Si no me quedo con todos ya no me quieres?

—Claro que te quiero, tonto, pero no soporto pensar que puedan caer en manos de Kernighan o cualquiera de los que son como él.

—Intentaré impedirlo —dijo Tyler y salió de la habitación seguido de su esposa, mientras el pequeño John participaba de la conversación con su media lengua.

—¿No puedo ir contigo? —pidió Olivia cuando llegaron frente a la puerta—. Me portaré bien.

Tyler sonrió al tiempo que le devolvía a su hijo. La besó en los labios y después cogió el sombrero y el arma de manos de Thomas.

—¿Qué opinas, Thomas? ¿Crees que puedo fiarme de ella? —preguntó mirando al mayordomo.

—La señora tiene un corazón demasiado grande, amo —dijo el esclavo muy serio—. En cuanto vea a esos pobres diablos asustados va a querer salvarlos a todos.

—Ya lo has oído —dijo Tyler mirándola divertido—. No puedo arriesgarme.

Olivia miró a Thomas con mirada asesina y le hizo un gesto para advertirle que no olvidaría aquella traición. El esclavo contuvo la risa mientras se alejaba.

—Vamos, Tyler, déjame ir.

—Lo siento, querida, pero no puede ser.

Jayden lo esperaba con su caballo frente a la puerta, Tyler subió de un salto y obligó a su montura a dar la vuelta para dirigirse al camino.

—No estés preocupada —dijo su marido elevando la voz—. Regresaremos pronto.

—Dile adiós a papá. Adiós, papá, vuelve pronto.

El niño imitó a su madre y dijo adiós agitando la mano de manera entusiasta, a los dos hombres, pero sobre todo a los caballos, a los que adoraba.

Aquel día de mediados de octubre, el sol brillaba en lo alto mientras los colores iban transformando el paisaje en una acuarela casi perfecta. Pero cuando Tyler y Jayden se detuvieron frente a la casa de los Kernighan fue como si una gran nube devorase al sol, que poco a poco se perdió dentro de sus fauces. No se escuchaba ninguno de los sonidos propios de una tarde de otoño, tan solo los cuchicheos y comentarios de los que se habían congregado para conseguir almas al menor precio posible. Aun así, Tyler sentía el silencio de los esclavos como un grito atronador e hiriente y, como siempre que se encontraba en una situación semejante, se aleccionó mentalmente para no salirse de su papel.

Ninguno de aquellos esclavos había sido vendido jamás. Todos habían nacido en la plantación de Ben Coulson y habían formado allí sus familias. Allí tuvieron a sus padres hasta que murieron y ahora descansaban en un campo tranquilo resguardados por la sombra de sauces llorones. La plantación Coulson era su hogar y jamás creyeron que saldrían de allí. No dejaban tan solo un lugar que consideraban suyo, allí también se quedaban sus recuerdos, y sus corazones temblaron asustados ante la posibilidad de ser separados de sus familias.

Aunque en realidad todos eran como una familia, pensaba Ben Coulson en ese momento, mirándolos desde lo alto de la escalera. Se sentía triste y fracasado, jamás pensó tener que deshacerse de su bien máspreciado para salvar la casa y las tierras. Aunque aquellas tierras sin mano de obra para trabajar pronto no valdrían nada. Su familia tendría que sobrevivir con el dinero que sacase de la venta y lo poco que tenía ahorrado.

Ben Coulson había heredado la plantación de sus padres y antes fue de sus abuelos. Dos generaciones Coulson habían hecho crecer las tierras hasta tener más de sesenta esclavos, lo que no estaba nada mal. Pero desde que él se hizo cargo de todo, las cosas empezaron a desmoronarse. Quizá su afición al juego y a la bebida habían sido un factor importante, pero también su escasa visión de negocio.

A pesar de ello Ben Coulson era un buen hombre y ver a sus esclavos encogidos y tristes,

sabiendo que probablemente iban a separarlos, le partía el corazón. En especial lo atormentaba ver al pequeño Ben, el hijo de Chloe, al que su madre apretaba con fiereza tratando de ocultar la rabia y la angustia que sentía en esos momentos. Coulson recordaba cada una de sus palabras cuando se enteró de que iba a venderlos. Sus lágrimas y súplicas desesperadas pidiendo que no los separaran. No había podido tranquilizarla, no había nada que él pudiese hacer al respecto. Iba a echarla mucho de menos, había sido un gran consuelo para su viejo corazón. Y aquel niño le había devuelto la alegría de la juventud, pero no podía hacer distinciones. De haber podido hacerlas jamás se habría desprendido de su mejor esclavo.

Sus ojos se encontraron con los de Samuel y sintió un escalofrío recorriéndole la espalda como la cola de un látigo. Él no había dicho nada cuando supo la noticia, tan solo lo miró con aquellos ojos, como ahora. Una mirada interrogadora que mostraba una total incomprensión, tan desgarradora que no pudo mantenérsela. Apartó sus ojos dispuesto a no volver a mirarlo jamás.

—Ahora que ya ha llegado el señor Hudson, podemos empezar —dijo Martin Sudley tomando la palabra—. Vosotros, poneos en pie y estad atentos a lo que los amos os digan. No habrá quejas ni desobediencia de ningún tipo. El amo que os compre se llevará una opinión del comportamiento que tengáis hoy, y que vuestro futuro sea agradable puede depender de ello. No mostréis signos de...

Alexander Hockton se había acercado a Tyler y se quedó a su lado mientras Sudley aleccionaba y preparaba a los esclavos.

—Ojalá no tengan que separarse —dijo el médico con tono firme.

—Ojalá —respondió Tyler sin apartar la mirada de los esclavos, atento a cualquier gesto de Jayden, que ya había hablado con ellos.

—Ojalá alguien compre el lote completo —insistió Hockton—. Siempre han vivido juntos. La mayoría son familia en mayor o menor grado.

Tyler comprendió lo que pretendía y lo miró un instante con una expresión clara en su rostro. Después se tocó el sombrero para despedirse y se dirigió al lugar de la subasta.

Los esclavos esperaban de pie. Los habían agrupado por familias, teniendo en cuenta que Sudley consideraba familia a padres con hijos pequeños. A los hijos mayores de doce años y a los abuelos los colocó separados como si no tuvieran nexo común. Los esclavos parecían agotados, estaba claro que no se habían alimentado bien, sus cuerpos escuálidos así lo constataban. Tyler supuso que Ben Coulson había ajustado las raciones de comida en un intento de mantenerlos con él más tiempo, pero estaba claro que matarlos de hambre no era una solución.

Jayden le hacía gestos. Tenía el brazo estirado y pegado al cuerpo, pero sus dedos se movían hablándole con un código que solo Tyler conocía. Con su información supo la composición de familias completas y por quiénes tenía que empezar a pujar.

—Date la vuelta —ordenó Fairfax a Samuel—. Levántate la camisa.

Los latigazos en la espalda eran señal de rebeldía y eso podía suponer problemas para el dueño. Nadie querría un esclavo de la talla de aquel que Fairfax tenía delante sabiendo que podía dar problemas. Callum lo rechazó de inmediato.

—Me lo quedo —dijo Tyler señalándolo y mirando a Martin Sudley para que lo anotara—. A toda la familia.

El esclavo fornido lo miró con tal agradecimiento que resultó conmovedor.

—¿Cuál es tu nombre?

—Samuel, amo.

—Espero que sabrás comportarte como debes, Samuel —dijo con voz airada fingiendo dureza.

—Sí, mi amo —dijo bajando la cabeza.

—A esos dos jóvenes los quería yo —dijo Nagel señalando a los niños con el ceño fruncido.

—Pujemos, pues —dijo Tyler dispuesto—. Yo ofrezco trescientos por cabeza.

—Cuatrocientos —dijo el otro.

—Seiscientos —dijo Hudson rotundo.

—No los necesito tanto —dijo Frederic Nagel, encogiéndose de hombros.

Tyler hizo un gesto a Sudley para que los anotara y se dispuso a continuar.

—A esa ya me la había anotado yo —dijo Ernest deteniéndolo con una sonrisa torcida.

Señalaba a Prissy, la niña de catorce años cuyos ojos brillantes miraban con terror a Tyler.

Hudson se giró hacia Ernest con expresión seria.

—He comprado a toda su familia.

—Menos a ella —insistió el hijo de Kernighan.

—Vaya, vaya, Ernest —dijo Tyler sonriendo con malicia—. ¿Es un regalo para tu futura esposa?

El otro mudó su expresión por una sorprendida.

—Podría ser, perfectamente.

—Perfectamente —confirmó Tyler—. Estoy seguro de que a la señorita Goble le encantará tener una muchacha tan... atractiva a su servicio. Es muy bonita, ¿verdad? Cualquiera esposa joven y recién casada querría tener a una esclava así. Siempre y cuando el marido no tuviese la fama de tomarse demasiadas libertades con las doncellas jóvenes. Entonces, quizá pudiera molestarle... Aunque los dos sabemos lo comprensiva que es Maddison Goble. Aunque el episodio en casa de los Howells...

Ernest apretó los labios visiblemente contrariado al imaginar a su prometida montándole otra escena como la que todos pudieron ver durante la cena en casa de Ben y Daisy Howells y que casi hizo que rompieran el compromiso. Había sido un estúpido al no tomar precauciones, pero Martha era un manjar demasiado exquisito como para dejar de intentarlo. Esa zorra era increíblemente

fuerte...

—Está bien, tienes razón. Será mejor que te la quedes tú, no quiero molestar a mi esposa con tonterías como esta —dijo alejándose visiblemente enfadado.

Tyler miró a Martin y el capataz asintió con la cabeza.

Hudson sentía una repugnancia innata en aquellos eventos, era algo visceral que no mejoraba con el paso del tiempo, el hecho de haberlo vivido muchas veces no suponía un cambio cualitativo destacable. Siempre era igual, sus tripas se retorcían y sus manos se crispaban al ver cómo hombres que se consideraban cultos y elegantes no tenían problema en examinar a aquellos negros, hombres también, con tan poca consideración. Les abrían la boca para verles los dientes, les obligaban a mostrar sus atributos para estar seguros de que funcionarían como sementales. Les hacían agacharse y saltar para asegurarse de que sus piernas estaban perfectamente y que no sufrían dolores que pudieran indicar alguna enfermedad, mientras los bombardeaban con preguntas relacionadas con sus logros y su fuerza.

Aunque lo que más repugnaba a Tyler era ver el trato que daban a las mujeres. Ni siquiera les amedrentaba el hecho de que estuvieran sus hijos junto a ellas. Les bajaban las camisas y dejaban sus pechos al aire, manoseándolas como si no pudieran sentir. A las más jóvenes las obligaban a desnudarse por completo y las tocaban sin pudor haciendo burlas y diciéndoles obscenidades. Ellas, en cambio, se mantenían serenas y firmes, con el respeto y decoro digno de una dama, contestando tan solo cuando se les preguntaba.

Tyler observó a Ben Coulson mientras firmaba los documentos de venta. Su pose era la de un hombre derrotado y triste que no olvidaría aquel día mientras viviese. No le gustaba ese hombre, a pesar de que no tenía nada que ver con Fairfax o Kernighan en cuanto al maltrato hacia sus esclavos, lo cierto era que su forma de tratarlos le provocaba la misma repugnancia. Para él eran como animales a los que se podía querer. Los trataba como mascotas dejándoles siempre claro que estaban supeditados a él. En lugar de beberse su dinero y de tirar la fortuna familiar en mesas de *whist* podría haberlos liberado y haber llevado una vida más humilde, pero también más justa. Sin embargo, prefirió dilapidar todo lo que su abuelo y su padre construyeron y sacrificar a aquellas cuarenta almas por su estupidez. ¿Qué iba a hacer con una plantación en la que no podría trabajar nadie? Aquellas tierras estaban perdidas igualmente. Habría sido mucho más cristiano vender la propiedad y salvar a aquellos hombres y mujeres que le habían servido fielmente durante generaciones.

—Treinta y cuatro —dijo Sudley cuando Tyler recogió los papeles de propiedad firmados por Ben Coulson—. Menuda compra. Solo ha dejado ir a seis esclavos.

Hudson levantó una ceja con indiferencia.

—Tengo una gran plantación.

—Cierto —reconoció el otro capataz—, pero los niños que ha comprado no le ayudarán

mucho. Exceptuando esa pequeña de ojos brillantes, que estoy seguro de que sabrá devolverle su inversión con creces.

Tyler no se inmutó y terminó de recoger los documentos dispuesto a llevarse a sus esclavos.

—¿Qué prisa tiene? —preguntó Martin haciendo que se detuviera—. Tómese una copa con el señor Coulson y conmigo.

Tyler frunció el ceño, pero no quería problemas así que volvió sobre sus pasos y aceptó el vaso de *whisky* que le ofrecía el capataz. Coulson se apresuró a coger el suyo, al parecer estaba muy necesitado, pero se alejó de ellos consciente del desprecio de Hudson.

—Cuando me encuentro con usted —dijo Sudley—, siempre pienso en que un día fue como yo.

«Yo nunca fui como tú, imbécil».

—¿Alguna vez imaginó que sería el dueño de Sunset Bayou?

—No tengo mucha imaginación —dijo Tyler burlón.

—Entonces hablemos de política, es un tema que deja poco lugar a la imaginación, ¿no cree?

Hudson lo miró con prevención, entraban en terreno peligroso.

—No me gusta mucho el tema.

—Vivimos tiempos convulsos en los que no se nos permitirá mantenernos al margen. ¿A qué candidato prefiere? Si me permite la pregunta. Yo lo tengo claro, Breckinridge es mi candidato. Está dispuesto a extender la esclavitud a los futuros estados del oeste, y eso nos hará más numerosos a la hora de discutir sobre el tema que nos interesa, ¿no cree? Los abolicionistas han crecido mucho en el Norte, por eso nos vemos en el problema en que estamos. Si no hubiésemos dejado extenderse esa ciénaga, ahora no estaríamos hablando de guerra.

—Probablemente —dijo Tyler asintiendo.

—¿Y usted? ¿Qué opina? ¿Breckinridge? ¿O tiene a otro candidato?

—Aún no me he decidido. Breckinridge ha sido vicepresidente y no me gusta mucho. Quizá Douglas —dijo refiriéndose al candidato demócrata, que también abogaba por mantener la esclavitud en el Sur.

—Douglas está bien —aprobó Martin—, pero Breckinridge es mejor.

Unos desgarradores gritos hicieron que Tyler soltase el vaso sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando a Sudley.

—A veces las esclavas no quieren hacer lo que se les manda. —El capataz torció el gesto y se encogió de hombros.

—A juzgar por sus gritos le están mandando que se saque las tripas.

—Ya sabe cómo son, les encanta el drama.

Jayden entró en la casa con el rostro tenso y mirada apremiante. Tyler entrecerró los ojos, se despidió de Sudley con un ligero gesto y salió de allí con su capataz.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando estuvieron fuera.

Entre el grupo de esclavos que había comprado vio que había una mujer llorando desconsolada en los brazos de Samuel, el hombretón de las cicatrices en la espalda.

—Ernest se ha llevado a la esclava que quería comprar —dijo Jayden con voz tensa.

Tyler lo miró confuso. ¿Cómo que se había llevado a la esclava? Siguió la mirada del capataz y chocó contra la puerta del granero.

—¿Esos gritos...? —Como si una luz se hubiese encendido en su cerebro lo entendió.

Jayden no intentó detenerlo, aunque tampoco habría podido hacerlo. Tyler corrió hacia el granero seguido de Jayden y el doctor Hockton. Prissy sollozaba desconsolada en el suelo y el médico acudió rápidamente a socorrerla, mientras Tyler se lanzaba contra Ernest, que no se percató de lo que se le venía encima hasta que sintió el primer golpe.

—Hijo de puta —dijo entre dientes al tiempo que lo agarraba por la camisa y le sacudía como si de un saco de boxeo se tratase—. ¿No tienes ni un ápice de hombría?

Jayden se adelantó a Martin Sudley y sujetó a Tyler para que dejase de golpear a Ernest, que gritaba como un niño pidiendo auxilio.

—¿No vas a hacer nada? —le espetó el hijo de los Kernighan a su capataz—. ¡Dale una paliza!

—¿Quieres que te denuncie por dañar mi propiedad? —lo amenazó Tyler—. Esa esclava ya es mía y no te he dado permiso para usarla.

—Tiene razón —musitó Sudley tratando de que se calmara—. Puede denunciarte, y no creo que a tu padre le guste la idea.

Ernest miró a Tyler con odio.

—Algún día me pagarás por todos los golpes que me has dado en tu vida. Estás avisado, Tyler Hudson.

—Vámonos —susurró Jayden.

Tyler miró a su capataz con la furia bailando en sus ojos, pero su amigo no se inmutó y sostuvo su mirada hasta que reaccionó. Se fue hacia la niña, la cogió en brazos y salió con ella del granero musitando palabras de consuelo.

—¿La quieres para ti solo? —le gritó Ernest siguiéndolo—. ¿Tu mujer está demasiado ocupada con esa escuela de mierda para cumplir con sus obligaciones?

Tyler se detuvo en seco y se volvió para ver cómo Jayden se dirigía decidido hacia el hijo de los Kernighan. Martin Sudley se interpuso entre ellos.

—Estoy seguro de que no quieres hacer esto —musitó entre dientes.

—¡Jayden! —lo llamó Tyler.

El capataz apretó los dientes y respiró hondo para recuperar el control de sus emociones. Apartó a Sudley con firmeza y siguió a Tyler.

—Ernest... —Martin lo cogió del brazo mientras los otros terratenientes miraban con desaprobación el espectáculo que estaba dando. Harrison Kernighan no tardaría en aparecer y acabaría culpándolo a él—. No lo empeores, él tiene razón...

Ernest le dio un sopapo y lo apartó con rabia. Martin se detuvo con las manos levantadas en señal de rendición, aunque en su mente se vio a sí mismo propinándole la paliza de su vida.

—Iré con usted por si me necesitan —dijo el doctor Hockton caminando al lado de Tyler y Jayden.

Hudson llegó hasta su caballo y sentó a la pequeña Prissy al modo amazona para no causarle más dolor. Jayden le hizo un gesto a la madre para que se acercase también y la ayudó a subir a horcajadas detrás de su hija para que pudiera abrazarla y consolarla. Tyler lo miró complacido y agarró las riendas para marcharse de allí. Todos los esclavos que había comprado lo siguieron en silencio.

Su cuerpo no dejaba de sudar a causa de los enormes esfuerzos que había tenido que hacer para controlar la furia que sentía. Apenas podía levantar la mirada del suelo, como un toro antes de embestir.

Jayden tampoco se había subido al caballo y caminaba a su lado sujetando las riendas. No dijo nada, sabía que ahora no había nada que decir, necesitaba tiempo para calmarse. Lo admiraba y respetaba profundamente. Era un hombre de fiar y un excelente gestor del que había aprendido mucho en aquellos diez años. Aún se acordaba del día que llegó a Sunset Bayou pidiendo trabajo. John Caswell lo había mirado de arriba abajo y le había hecho una sola pregunta: «¿Por qué debo contratarte?». Jayden había esperado durante dos horas a que el dueño de aquella enorme plantación pudiese atenderlo. En ese tiempo había observado el trabajo de los hombres y mujeres que allí vivían y no tardó en darse cuenta de que Sunset Bayou no era como las otras plantaciones. Cuando Caswell le hizo esa pregunta no dudó un instante en su respuesta: «Quiero aprender de usted», le había dicho. «¿Quieres ser dueño de una plantación?». Jayden había negado con la cabeza sin dejar de mirar a aquel gran hombre a los ojos. Entonces tenía veintitrés años y llevaba desde los dieciocho viajando de estado en estado desde Carolina del Norte. «No, no quiero posesiones. Lo que busco es aprender». John lo había mirado con sorpresa. «¿Aprender?». Jayden había asentido con una franqueza inusitada. «Estoy interesado en el comportamiento humano. Usted es un ser humano del que me interesa aprender. Si quiere enseñarme». «Curiosa respuesta, muchacho», había dicho John sonriendo divertido. Lo cogió del hombro y lo hizo entrar con él en la casa. «Ven, te presentaré a Tyler, creo que os llevaréis bien».

Y sí, se llevaron bien, aunque no se hicieron amigos hasta después de que Hudson y Olivia se casaran. Unos meses después Tyler lo había ascendido haciendo que sus decisiones importasen tanto como las de Bobby.

Jayden sentía una profunda y sincera devoción por Olivia. No era un afecto carnal sino un

sentimiento fruto del respeto y la convicción de que aquella era una mujer excepcional. También apreciaba mucho a Bobby y lo admiraba por su manera de trabajar y mantenerse siempre firme en sus creencias.

Nunca había permanecido tanto tiempo en ninguna parte desde que abandonó su hogar en Carolina del Norte. Aún recordaba la conversación con su padre poco antes de abandonar su hogar. William Sexton hizo salir a todos del salón y le pidió a su hijo menor que se sentara en la butaca que había frente a él, junto a la chimenea.

«—Hijo mío, como sabes es costumbre que el hijo mayor herede las posesiones de su padre y, por ello, tu hermano Jacob se hará cargo de la plantación cuando yo muera. Tus hermanas se casarán y, si no tienen fortuna, permanecerán a su lado, saben que con Jacob nada les faltará. Aquí siempre tendrás tu hogar, sé que tu hermano nunca te abandonará, pero he estado pensando mucho en ello y creo que esa no debería ser tu elección. Desde niño has tenido una insaciable curiosidad y una percepción extraordinaria para captar la esencia de las personas. Tu mente inquieta siempre anda en busca de nuevos descubrimientos y por eso creo que debo ayudarte a extender tus alas y volar.

»Si decides marcharte para descubrir qué hay más allá de estas tierras te daré una cantidad suficiente de dinero para que puedas mantenerte sin problemas al principio, aunque debes tener claro que has de aprender a conseguir lo que necesites por ti mismo. Viaja, conoce otros lugares y aprende de otras personas. Todo el mundo tiene algo que enseñar y no olvides nunca que los conocimientos son mucho más valiosos que el oro. Aprender de los que saben ahorra tiempo, y ese es el único valor que no puede multiplicarse».

Después de eso su padre le había pedido que hablase con total libertad y la conversación se alargó durante horas en las que William Sexton le contó sus aventuras con los Cherokee, cómo conoció a Linda, su madre, una mexicana fuerte y audaz que lo había domado como a un caballo salvaje.

Jayden se sentía enormemente orgulloso de sus orígenes. Orgulloso de dónde venía y satisfecho de hacia dónde iba. Giró la cabeza para mirar hacia atrás, hacia aquellos hombres y mujeres que habían tenido la desgracia de nacer en el lado equivocado de un mundo injusto. Después miró a Tyler Hudson y sonrió. Los hombres como Hudson eran como la aguja de una brújula que señala el camino correcto. A su padre le habría gustado. Sin duda.

Samuel empezó a cantar una canción con voz grave y serena. Su voz era potente y transmitía tanta emoción que Tyler sintió cómo sus músculos se relajaban y se soltaban los nudos que la tensión había provocado en su espalda. El resto de esclavos no tardó en unirse a él.

Swing low, sweet chariot
Coming for to carry me home,
Swing low, sweet chariot,

Coming for to carry me home...

Capítulo 6

—¿Cómo te llamas, pequeña? —Olivia se inclinó mirándola con cariño.

—Prissy, señora —dijo su madre al ver que la niña no respondía y se apretaba contra su cuerpo.

Todavía se veía en su rostro el rastro que habían dejado las lágrimas, y solo el consuelo de su madre la mantenía en una relativa calma.

Olivia asintió con la cabeza mirando a la mujer con complicidad de madre y después se irguió para dirigirse a los recién llegados.

—Bienvenidos todos a Sunset Bayou. Aquí se os tratará con respeto y justicia. El tío Nat os acompañará al poblado y os mostrará dónde viviréis hasta que estén hechas vuestras casas. Trabajaréis con Dominic, nuestro carpintero, para fabricarlas. Podéis preguntarle todo lo que queráis al tío Nat y él me transmitirá cualquier petición o duda que tengáis. Cuando estéis instalados en vuestros hogares iré a veros.

—Venid conmigo —dijo el anciano haciendo un gesto con la mano.

—Esperad un momento —dijo Olivia dirigiéndose a los padres de la niña—. ¿Cuáles son vuestros nombres?

—Yo soy Samuel, señora, y ella es mi esposa, Belinda.

Olivia les sonrió al tiempo que asentía.

—Me ha dicho mi marido que entiendes de plantas.

—Sí, señora. Mi tarea era encargarme de cuidar el jardín de la señora Coulson —dijo solícito.

—Bien, pues ese será tu trabajo aquí también —dijo Olivia—. ¿Y tú, Belinda? ¿Qué hacías tú en la plantación Coulson?

—Pues... Coser, señora. Yo cosía los vestidos de la señora, de las señoritas y de los criados, así como la ropa de cama y las cortinas. La señora siempre decía que las otras damas pensaban que sus vestidos se los traían de París —dijo con orgullosa timidez sin soltar a su hija en ningún momento—. Disculpe mi franqueza, ama.

Olivia sonrió abiertamente.

—Es una virtud que admiro —dijo afable—, te agradeceré que la mantengas mientras vivas con nosotros. Bien, pues serás la costurera de Sunset Bayou. En cuanto a Prissy...

La niña seguía con la mirada fija en el suelo, en un apretado abrazo con su madre. Olivia sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Tyler le había explicado lo que había ocurrido y también la conminó a librarse de la rabia visceral que sentía, tal y como había tenido que hacer él, porque eso no ayudaría en nada a la niña.

—Aquí estará muy bien —dijo con serenidad—. Betty será su amiga, estoy segura.

—¿Betty es su hija, señora? —preguntó la muchacha sin levantar la vista.

—No —negó Olivia conmovida—, mi hijo se llama John y es muy pequeño. Betty es... algo así como mi ahijada. ¿Sabes lo que es una ahijada?

Prissy negó con la cabeza.

—Su madre murió y me dejó a mí como su protectora. Mira —señaló Olivia—, ahí viene.

Betty caminaba hacia ellas con su precioso vestido verde y dos trenzas atadas con un lazo del mismo color.

—Betty, esta es Prissy —dijo presentándolas—. Prissy vivirá ahora con nosotros en Sunset Bayou y he pensado que podríais ser buenas amigas.

Betty sonrió afable al tiempo que asentía con la cabeza.

—Eres muy guapa, Prissy —dijo sonriendo abiertamente—, mucho más guapa que yo, pero a mí no me importa. Bienvenida.

Le tendió la mano para que se la estrechara, pero Prissy siguió abrazada a su madre. Belinda miró a Olivia suplicante, no quería que su nueva ama se enfadara con la niña.

—Tranquila —musitó Olivia haciéndole un gesto para mostrar que lo entendía.

—Prissy está un poco asustada —le dijo Olivia a Betty—. Necesitará unos días para acostumbrarse a Sunset Bayou. ¿Te encargarás de explicarle cómo funciona la escuela y ayudarla en lo que necesite, Betty? Prissy nunca ha ido a la escuela, así que en eso es como si tú fueses la mayor.

Betty ensanchó su sonrisa y asintió.

—La escuela es muy divertida, se aprende mucho. Y también jugamos. Son juegos inteligentes, pero aun así son divertidos.

Prissy la miró por primera vez y sus ojos brillantes por las lágrimas conmovieron a la niña. Betty miró a Olivia con preocupación.

—Betty, ¿por qué no les acompañas hasta el poblado? El tío Nat ya se ha llevado a los demás y no conocen el camino. Así yo podré hablar con el tío Tyler. ¿Te parece bien?

—Claro —dijo la niña, consciente de que a Prissy le había ocurrido algo malo y no debía preguntar—. Vamos, venid conmigo.

La madre de Prissy miró a Olivia con lágrimas en los ojos.

—Gracias, ama —dijo tratando de contener los sollozos—. Que Dios la bendiga.

Olivia asintió mordiéndose el labio.

—Todo va a ir bien —dijo con ternura—. Aquí estará bien. Todos lo estaréis.

Martha observó cómo Alexander Hockton entraba en la casa y lo siguió, consciente de que no estaba bien. Entró en la biblioteca con sigilo y lo vio sentado en una butaca, con los codos apoyados en las rodillas mientras las manos le sujetaban la cabeza. Tenía la vista clavada en el suelo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con timidez.

Alexander levantó la cabeza sorprendido y sus ojos brillaban desolados. Martha se acercó muy despacio y a una prudencial distancia se arrodilló en el suelo y se sentó sobre sus pies apoyando las manos sobre su falda.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz ronca por la emoción que lo embargaba después de haber presenciado todo lo ocurrido en la venta de esclavos.

—Si le molesto, me iré. No quiero que se sienta solo. Está triste.

Alexander asintió con la cabeza y sus ojos se humedecieron.

—¿Cómo pueden soportarlo? Había escuchado muchas cosas, muchas historias sobre los esclavistas, pero nada puede compararse a lo que estoy viendo con mis propios ojos.

Martha lo pensó muy bien antes de hablar. Era una esclava y no conocía a aquel hombre lo suficiente como para estar segura de que podía confiar en él. Aun así, sentía que podía hacerlo, era algo que no podía explicar, pero Alexander Hockton no parecía un blanco más.

—Esa niña, Prissy... —El cirujano apretó los labios hasta que solo fueron una línea—. ¿Qué clase de hombre ultraja de ese modo a una criatura inocente y desvalida? ¿Cómo pueden actuar de un modo tan cruel? Esos hombres tienen hijos, se supone que son lo mejor de nuestra sociedad y he visto cómo manoseaban los pechos de las esclavas y metían sus manos en...

Martha apartó la mirada sintiéndose incómoda.

—Discúlpame —pidió el cirujano—. Por Dios, estoy hablando como un descerebrado.

—En este pueblo hay toda clase de personas, señor Hockton —dijo Martha—. Hombres y mujeres viles y crueles, pero también buena gente que cierra los ojos para no ver lo que no le gusta y endurece su corazón para no sentir la desolación que lo ha embargado a usted. Cuando lleve un tiempo viviendo en el Sur, su corazón también se endurecerá.

—Dios me libre —dijo él negando con la cabeza.

—Es inevitable. Ver el sufrimiento ajeno sin poder intervenir para evitarlo puede destruir al más fuerte de los hombres.

—¿De verdad no puede hacerse nada?

Martha suspiró sintiendo cómo se encendía en su pecho una llama que creía apagada para siempre.

—Los propietarios ganan dinero con sus esclavos. Hombres y mujeres que trabajan por un poco de comida y un jergón en el que dormir. Esos propietarios son los que van a misa los domingos y votan en las elecciones. Tienen todos los palos de escoba y solo ellos pueden barrer.

—Pero hay que tener maldad para dejarse arrastrar. Los Hudson son buena gente, lo he visto. Y, sin embargo, tienen esclavos.

Martha asintió con la cabeza.

—Ellos son diferentes. Cada esclavo que compran es un esclavo que salvan. Cada esclavo que vive en esta plantación es un hombre, mujer o niño al que le han evitado caer en las garras de un amo cruel capaz de las mayores atrocidades. El señor y la señora son ángeles en esta tierra, señor Hockton, enviados de Dios para protegernos.

El cirujano sonrió con ternura.

—Veo que los quieres de verdad.

Martha asintió.

—¿Por qué no te sientas en una butaca? —preguntó él mirándola a los ojos sin ambages.

—Estoy bien aquí —dijo Martha sonriendo—. ¿Está mejor?

Alexander asintió conmovido por su preocupación.

—No sé si voy a poder acostumbrarme a esto —reconoció sincero—. Creo que acabaré ganándome la enemistad de mis vecinos. El otro día visité al señor Coulson y cuando me fui de allí sentía deseos de vomitar. Al principio creí que era un buen hombre, pero después...

—El señor Coulson trataba bien a sus esclavos —dijo Martha.

Alexander entornó los ojos para mirarla con mayor atención.

—¿Te haces la tonta conmigo?

—¿Por qué dice eso?

—Si hay algo que se me da bien es catalogar a la gente y sé, sin ningún género de dudas, que eres una joven muy inteligente.

La esclava bajó la mirada, pero no fue capaz de ocultar una incipiente sonrisa.

—¿Lo ves? —dijo él riendo—. Ahí está, te estás riendo de mí.

—¡Oh, no! Señor, no diga eso, no pretendía...

—Ya lo creo que sí. Te estabas riendo y no me extrañaría nada que luego fueses a contárselo a la señora Hudson y os rierais las dos a mi costa.

—Jamás haría eso —dijo ella con mirada pícaro.

—¿Puedo pedirte algo?

Martha asintió.

—Sé sincera conmigo —dijo muy serio—. Y no me refiero a ahora, quiero decir siempre. Me gustaría que fuésemos amigos, si eso es posible, pero solo si me prometes que serás sincera.

—Usted y yo no podemos ser amigos... amo —dijo ella con toda la intención.

—¿Por qué me has llamado así? —dijo él poniéndose de pie visiblemente molesto.

Martha se levantó también y lo miró muy seria.

—Porque eso es lo que es. Podría comprar un esclavo mañana mismo.

—Para eso tendría que tener el dinero.

—Oh, seguro que lo tiene —dijo Martha con soberbia.

—Jamás compraría a un ser humano —dijo con dureza—, me ofende que lo insinúes siquiera.

—¿Ah, no? —dijo ella retándolo con la mirada—. ¿Y si yo se lo pidiera? ¿Si le pidiera que me comprase para salvarme de un amo cruel?

Alexander frunció el ceño.

—Pero eso sería distinto...

—¿Seguro? ¿No estaría comprando a un ser humano igual?

—Pero lo haría para salvarte, e inmediatamente te daría la libertad.

—¿Tiene dinero para ir regalándolo por ahí? ¿Y qué haría yo entonces?

—No lo sé. Buscar un trabajo, supongo.

—¿Dónde? —dijo ella acercándose más—. ¿Dónde buscaría un trabajo? En Oakville no, desde luego, nadie me contrataría. Y, entonces, ¿qué haría yo por esos mundos sola y sin protección? ¿Cómo evitaría que alguien me secuestrase, rompiese mis papeles y volviese a esclavizarme?

Alexander había empalidecido y no supo qué decir.

—Esto es mucho más complejo de lo que parece —dijo Martha—, no intente entenderlo en unos pocos días. Necesitará años.

—Espero y deseo que eso no sea necesario —dijo rotundo.

—¿Se refiere a Lincoln? —preguntó Martha, a lo que Alexander asintió—. Yo también lo deseo.

Durante unos segundos se miraron en silencio.

—Soy una privilegiada —dijo Martha al fin—, no tengo de qué quejarme. No hay más que ver esta biblioteca para darse cuenta de que nacer en Sunset Bayou fue una bendición para mí.

—Ciertamente este es un lugar privilegiado para un lector —dijo pasando su mirada por los ejemplares perfectamente colocados—. ¿Quién te enseñó a leer?

—El tío Nat.

—He oído hablar de él. El doctor Blakey me explicó que John Caswell y él estaban muy unidos.

—Oh, sí, eran inseparables. El tío Nat fue su primer esclavo.

—Qué curioso...

—El amo era un hombre peculiar, sí.

—Como su sobrina.

Martha asintió.

—La señora Olivia es una mujer excepcional. Estoy segura de que si el amo pudiese verla se sentiría orgulloso de ella.

Ahora fue el médico el que asintió. La conocía desde hacía poco tiempo, pero era evidente que era una mujer con un enorme corazón y una gran inteligencia. Por lo que había visto en su trato a los esclavos estaba seguro de que no pondría ninguna pega a su futura liberación.

—Imagina que Lincoln ha ganado las elecciones —dijo sonriendo—. Eres libre, ya no tienes nada que temer y puedes ir a donde te plazca. ¿A dónde irías?

Martha sonrió al tiempo que se mordía el labio.

—Al Norte.

—¿Algún lugar más concreto?

—A Pensilvania o Nueva York. Más lejos, incluso. La señora me ha hablado mucho de Londres y creo que me gustaría vivir allí. En cualquier lugar en el que no se permita la esclavitud.

—Pero hemos dicho que ya no hay esclavitud en ninguna parte.

Martha sonrió con desprecio.

—¿Cree que para estas personas será fácil aceptar algo así? ¿Que simplemente dejarán ir a sus negros como si tal cosa? —Negó con la cabeza—. No va a ser tan fácil. Nos odiarán por ello aún más de lo que ya nos odian.

Alexander frunció el ceño, reflexivo.

—No había pensado en ello.

—Me iría a un lugar en el que ya estén acostumbrados a vernos como personas.

—Yo te veo como una persona. Una preciosa y dulce persona.

El médico la miró con tal intensidad que la obligó a apartar la mirada.

—Tengo esperanzas de que pronto puedas vivir donde te plazca —dijo Alexander con timidez—. Lo cierto es que yo vivía en un lugar como esos que describes. De hecho, el socio y mejor amigo de mi padre es un liberto.

Martha lo miró sorprendida.

—¿De dónde es usted?

—De Illinois. Mi padre y Solomon son sastres y se ganan bien la vida. Gracias a eso pudo darme una educación.

—Sastre... —dijo Martha sorprendida.

Alexander sonrió y la miró divertido.

—¿No conoces a ningún sastre?

Martha negó con la cabeza, aunque era evidente que su sorpresa no era debida a eso.

—Y ese hombre...

—Solomon.

—Sí, Solomon, ¿es un negro libre?

—Sí, su padre lo compró a él y a su madre después de que su amo lo liberara, allá en Kentucky. El viejo Clem era un virtuoso del violín, encontró a otros libertos que sabían tocar un instrumento y formó un cuarteto que tocaba en fiestas y celebraciones. Así ganó dinero suficiente para comprar una casita y vivir decentemente. Solomon y mi padre se conocían desde niños, la casa de mis abuelos estaba muy cerca de la suya.

—¿Y cómo aprendió Solomon a ser sastre?

—Mi padre aprendió el oficio de su padre y él, a su vez, de mi bisabuelo. Solomon demostró interés por el trabajo y mi padre se ofreció a enseñarle.

—¿Y ya está? ¿En Illinois un negro puede ser sastre y vivir como un blanco?

Alexander asintió con la cabeza.

—Solomon y mi padre han trabajado codo con codo toda su vida. Yo crecí jugando con sus hijos, Harry y Clem. Harry toca el piano y Clem ha aprendido el oficio de su padre y será quien continúe con el negocio familiar.

Martha lo miraba abrumada. Había escuchado historias semejantes, pero eran historias contadas por esclavos y cualquiera sabía que a los esclavos les encantaba fantasear.

—¿De verdad toda esa historia es cierta?

Alexander asintió con una enorme sonrisa.

—Hay un mundo muy distinto lejos de aquí, Martha.

Fue algo extraño oírle decir aquella frase. Quizá fue por el tono íntimo con el que pronunció su nombre o por la intensa mirada fija en sus ojos, pero lo cierto es que Martha se sintió extrañamente cercana a él y una cálida sensación la embargó.

—Me gustaría verlo alguna vez —musitó.

Alexander dio un paso hacia ella imbuido por un sentimiento desconocido. Se detuvo a unos pocos centímetros y sus ojos quedaron hipnotizados en aquellos carnosos y húmedos labios. Lentamente se inclinó y de pronto Martha se apartó dando varios pasos inseguros hacia atrás.

—Yo... —Alexander parecía confuso—. Perdóname, no sé...

—Soy una esclava —dijo ella emocionada y sintiendo una profunda tristeza.

—Para mí el color de tu piel no significa nada —dijo el cirujano con la voz ronca por la emoción que sentía.

La esclava negó con la cabeza y se dio la vuelta dispuesta a salir de la biblioteca sin perder ni un segundo. Alexander la alcanzó y la sujetó del brazo para impedirselo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó asustada.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. No quiero que te alejes. Me gusta hablar contigo. Me gusta tenerte cerca...

—Si un hombre blanco se acerca a una esclava joven seguro que quiere algo más que hablar.

Alexander se apartó ofendido.

—¿Eso piensas de mí? —preguntó contrariado—. ¿Crees que pretendo...?

Martha soltó el aire de sus pulmones de golpe y lo miró con una furia desconocida.

—No sé lo que pretende, pero no vuelva a acercarse a mí de ese modo o se lo diré a la señora.

Echó a correr y salió de la casa sin mirar atrás. No se detuvo hasta llegar al *Garçonnière* y una vez allí, sintiéndose sola y a salvo de miradas indiscretas, rompió a llorar con desesperación y rabia. Aquello no estaba bien y no podía ser. Aquel hombre sería su perdición si no se andaba con cuidado. Involuntariamente le vino a la mente la imagen de Clarissa, la hija de Thomas y Eliza. Su historia de amor con John Caswell era un secreto a voces. Betty era la prueba viviente de ese amor. ¿Por qué ella no podía amar a un blanco? ¿Es que no había un corazón latiendo dentro de su pecho? Cayó de rodillas y escondió la cara entre las manos. Ella no era Clarissa y Alexander no era John Caswell. Aquello era imposible y cuanto antes se lo quitara de la cabeza, mejor.

Sacarlo de su corazón iba a ser más difícil.

Zachary se acercó a su hermano que trabajaba en los muebles para los recién llegados. A él lo habían puesto a trabajar en la construcción de las casas con su padre.

—Ya casi has acabado con esa silla —dijo revisando el respaldo—. Es muy bonita, ¿para quién es?

—Para esa niña —dijo Leo sin levantar la vista.

Zachary asintió, sabía a quién se refería. Todos conocían lo que el monstruo de Ernest Kernighan había hecho. Pero él no estaba allí para hablar de Prissy.

—Leo, no has hablado conmigo desde lo de Lisi.

—No hay nada de lo que hablar —dijo su hermano—. Ella te prefiere a ti, fin de la cuestión.

Zachary se agachó esforzándose en interceptar la mirada de su hermano y obligándolo a aceptar aquella conversación.

—¿Qué quieres que te diga, Zach? Me duele un montón, no sé cuándo va a dejar de doler.

—Pero yo no tengo la culpa, Leo. No he hecho nada...

—¡Ya lo sé! —exclamó el otro, agobiado al tiempo que se ponía de pie.

—No siento nada por Lisi —dijo Zach colocándose frente a él—. La veía como a una hermana. Siempre creí que eso es lo que sería.

—Pues ya ves que no. Ella está enamorada de ti y deberías tomarla por esposa. El amo...

—¡No quiero casarme con ella! ¿Estás loco? No la quiero y sé que tú sí, ¿cómo crees que haría algo así?

—Ella sería más feliz aquí —insistió Leo—. Los Fairfax no son buenos con sus esclavos. Y tú la tratarás bien.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Zach lo miraba dolido—. Te he dicho que no la quiero.

—Aprenderás a quererla. Y por mí no tienes que preocuparte, en cuanto el amo se vaya a luchar me iré con él.

—Escúchame bien, cabeza de chorlito —dijo Zach señalándolo con el dedo—, yo iré adonde tú vayas. Así que si te vas a la guerra, yo iré a la guerra. No voy a casarme con Lisi, lo siento por ella, pero no la quiero.

Leo lo miró unos segundos y al final los dos hermanos se fundieron en un cálido abrazo. No había nada más que decir.

Capítulo 7

—¿Cómo pudo ser tan salvaje? —Olivia lloraba desconsolada—. ¿Por qué no lo impediste?

—No lo vi venir —dijo su esposo tratando de consolarla.

Tyler la había sacado del comedor cuando vio el estado emocional en el que estaba y ahora estaban en el salón los dos solos.

—¿Qué ha pasado, Olivia? —preguntó él agachándose frente a ella en el sofá.

—Encontré a Belinda llorando y supuse que era por esto. Al preguntarle me dijo que temía por su hija, que se negaba a comer y que apenas dormía. Me ofrecí a hablar con ella y le dije que podía traerla esta tarde. Oh, Tyler, me costó mucho que empezara a hablar, pero cuando lo hizo...

Tyler sentía una rabia profunda contra Ernest, pero comprendía que para Olivia, mujer y madre, aquello resultaba aún más doloroso.

—Cariño, no podemos hacer nada con lo que pasó —dijo sentándose junto a ella para tratar de reconfortarla—, pero cuidaremos de ella a partir de ahora y entre todos conseguiremos que lo olvide.

Olivia cerró los ojos y durante unos minutos permanecieron abrazados en silencio, recuperando la calma.

—Cuando ese desgraciado intentó forzar a Martha en casa de los Howells, creí que no podría caer más bajo —dijo Olivia—. No he vuelto a llevarme a ninguna doncella a eventos por si él estaba presente.

Tyler le acarició el cabello sin soltarla.

—Sé que no pudiste impedirlo —dijo ella, con la mejilla apoyada en su pecho.

—Sudley me retuvo —susurró él—. Ahora sé que lo hizo a propósito. Todo fue un plan de esos dos desgraciados.

—No te mortifiques —dijo ella apartándose para mirarlo a los ojos—. Perdóname por recriminarte, sé perfectamente que si hubieses podido impedirlo lo habrías hecho.

Tyler asintió y se puso de pie.

—¿Quieres una copa de vino? —preguntó mostrando una ligera sonrisa—. Apenas hemos cenado, pero nos sentará bien.

Olivia asintió y esperó a que volviese a sentarse frente a ella.

—Tenemos que poner una fecha para liberarlos —dijo después de beber un pequeño sorbo—.

Me gustaría que fuese después de Navidad. Sería un regalo maravilloso para ellos.

—Sé que dijimos que lo haríamos en diciembre, pero es posible que debamos posponerlo.

Ella frunció el ceño y apretó los labios en un gesto que no auguraba paz.

—Estoy preocupado —reconoció Tyler—. Con todo lo que está pasando los ánimos están muy caldeados. Ernest Kernighan está fuera de control...

—No se atreverá a hacer nada —dijo ella con firmeza—. Los que quieran quedarse aquí podrán hacerlo, pero libres y recibiendo un sueldo justo por su trabajo. Y los que quieran irse podrán elegir a dónde y les ayudaremos a llegar...

Tyler bajó la cabeza y dio vueltas a su copa durante su silencio. Habían hablado mucho aquellos años y lo tenían todo muy bien planificado, pero las circunstancias eran muy complejas en aquellos momentos...

—Lo haremos de manera progresiva, no temas —siguió Olivia—. Les buscaremos una ocupación, una casa, les proporcionaremos algo de dinero para que empiecen una nueva vida en algún lugar en el Norte. Hay organizaciones que se encargan de buscarles alojamiento y trabajo. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Pero no creo que sea buena idea hacerlo en medio de un conflicto como el que estamos viviendo —dijo Tyler poniéndose de pie y moviéndose por el salón visiblemente inquieto—. Se han creado milicias que persiguen a todo abolicionista que sea considerado activo, y peligroso y me temo, señora Hudson, que tu marido cumple todas las premisas. Desde el ataque de John Brown a Harpers Ferry las cosas han cambiado mucho, y lo sabes. Si ahora nos significamos de este modo, nos estaremos poniendo una diana en la espalda.

Olivia sabía perfectamente que había utilizado el plural por mera cortesía. El único que corría verdadero peligro era él. Bueno, Jayden y Bobby también. Y Steve, el escritor. Realmente eran muchos los que corrían peligro.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó—. ¿Esperar a que el Sur declare la guerra al Norte? Y si eso pasa, ¿de qué lado nos posicionaremos?

Tyler se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo con enorme tensión. No quería pensar en ello porque cada vez que lo hacía se lo llevaban los demonios.

—Debemos mantener la calma. Steven llegará de Washington en unos pocos días y traerá noticias de nuestros... contactos.

—Con eso también debemos tener cuidado, hay que asumir que Parry ya no es bienvenido en Oakville.

—Lo sé, pero todo el mundo sabe que es nuestro amigo. No voy a darle la espalda.

Olivia se puso de pie, se acercó a él y lo abrazó apoyando de nuevo la mejilla en su pecho. Tyler la rodeó con sus brazos y cerró los ojos un momento disfrutando del aroma que desprendían sus cabellos y la suavidad de su contacto.

—Sé que han sido unos días duros —dijo ella sin apartarse—. Lo comprendo y te pido disculpas, no debería preocuparte más. Se supone que yo debo ser el remanso de paz del guerrero.

Tyler la apartó un poco, lo justo para que lo mirase a los ojos.

—Tú eres lo único que me mantiene cuerdo en los malos momentos —dijo con una sonrisa triste.

—Si crees que debemos esperar, esperaremos —dijo con resignación—. Lo importante es que cuando lo hagamos su seguridad esté garantizada.

—Te prometo que, antes de que viajes de regreso a Inglaterra con nuestro hijo, los liberaremos a todos.

—Los que no quieran irse podrán ocuparse de la plantación —dijo haciéndose la fuerte, no quería pensar en el momento de su partida.

Tyler asintió y la meció suavemente en sus brazos mientras una sonrisa sincera iba dibujándose en sus labios.

—Si tú gobernaras el país no habría guerra, ni esclavos, solo amor, mucho amor...

—Ward y Kernighan no apoyarían esa moción —dijo ella sonriendo también—. Y eso ha sonado muy cursi, señor Hudson.

—¿No se me permite ser sensible, señora Hudson?

Se inclinó y lentamente posó sus labios sobre los de ella.

El mes de octubre se llevó consigo hasta el último recuerdo del verano. Sunset Bayou acogió a sus nuevos esclavos con total normalidad, y en poco tiempo comprendieron que la vida les había hecho un regalo al llevarlos hasta aquella plantación.

Las elecciones presidenciales se celebrarían el seis de noviembre y los ánimos estaban cada vez más alterados. No se hablaba de otra cosa en las tertulias, y Olivia procuraba mantener un perfil bajo para no llamar la atención y atraer hacia ella las miradas de los cada vez más enfurecidos sureños. Apenas salía de casa y se limitaba a cumplir con las tareas que ella misma se había impuesto y a disfrutar de la apacible vida de la plantación.

—Debéis organizar alguna celebración. —Steven Parry los miraba con preocupación—. Es un error que os mantengáis apartados de todos. La gente habla...

—¿Has escuchado algo? —preguntó Olivia.

—Ya sabéis que en la mayoría de las casas de Oakville en las que antes era uno de los invitados fijos, ahora se me evita como a la peste. Aun así, hay un par de buenos vecinos que siguen ofreciéndome su confianza. Howells y Lutt, para ser exactos. Y, claro, tenía que ocurrir que en alguna de mis visitas a esos dos amigos coincidiese con los miembros más beligerantes. Ernest Kernighan va a casarse con la señorita Goble, por cierto.

—Lo sabemos. En primavera —confirmó Olivia.

—Ernest también habló de vosotros, concretamente se mostró bastante enfadado con la escuela de Olivia —dijo esto mirando a Tyler—. Deberíais plantearos la idea de cerrarla.

Tyler miró a su esposa con una expresión de lo más elocuente.

—No puedo quitarles eso a los niños —dijo Olivia sin darse por aludida—. Precisamente si no puedo cerrarla es sobre todo por esos dos energúmenos que has mencionado. Los esclavos de sus plantaciones son los más necesitados. Mientras están en la escuela perciben lo que es que te traten con educación y respeto, y están aprendiendo que pueden ser algo más que un burro de carga. No sabéis el bien que les está haciendo.

—Ahora entiendo por qué creen que hay que cerrar la escuela —dijo Steven con una sonrisa—. Olivia es más peligrosa que Lincoln.

—Al final nos explotará en la cara —dijo Tyler con mal humor.

—Bueno —dijo Parry—, dejando a un lado el tema de la escuela, en el que ya veo que no estáis de acuerdo, hay algo más.

Olivia lo miró con curiosidad.

—¿Algo más? —Miró a su marido, interrogadora, y después de nuevo al escritor, que jugaba con su copa—. Apenas salgo de la plantación, me mantengo aislada para no dar que hablar...

—No eres tú el problema —dijo Steven después de beber de su copa—. Están molestos con el doctor Hockton.

Ahora sí que ninguno de los dos entendía nada.

—¿Qué tiene que ver el médico con nosotros? —preguntó Tyler.

—Dicen que os visita demasiado y que anda detrás de una de vuestras esclavas.

Olivia lo miró entornando los ojos al tiempo que pensaba en las visitas que Alexander les había hecho últimamente. Era cierto que iba a menudo, pero ella creía que era por la biblioteca de John. Tyler y ella se miraron confusos.

—¿Tú sabes algo? —preguntó su marido.

Olivia negó con la cabeza.

—No... —dijo reflexiva—. Creía que venía por los libros.

—Nunca lo he visto con ninguna de las esclavas —dijo Tyler pensando también.

—¿A qué esclava se refieren? —preguntó Olivia.

—A Martha.

—¿Martha? —Olivia abrió la boca sorprendida—. Ahora que lo pienso... Les vi hablando un día, discutían sobre *La máscara robada*, de Wilkie Collins. Me hizo mucha gracia porque Martha argumentaba muy bien y no lo dejaba hablar.

Tyler frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—¿No notaste nada?

—¡No! —exclamó ella desconcertada—. Pero ¿cómo iba a notar nada? Solo hablaban de un libro. Los dos son unos apasionados de la literatura...

—Pues parece que sus pasiones van más allá de los libros, a juzgar por lo que se comenta en los salones de vuestros «amigos» —añadió Parry.

—No son nuestros amigos —dijo Olivia malhumorada. Aquella situación no era buena para ellos. ¿Cómo se le ocurría a Martha hacer algo así?

—Mi consejo es que no os aisléis del resto de vuestros vecinos —dijo el escritor—. La gente se mueve por instinto y si dejan de veros os convertiréis en presa fácil para gente como Kernighan o Ward, capaces de alentar cualquier clase de rumor que crean que puede perjudicaros.

Olivia frunció el ceño sin entender qué quería decir. Ella estaba muy a gusto evitando a aquellas personas que tanto la irritaban.

—Organizad un evento —dijo el escritor—. Un baile. Agasajad a vuestros vecinos y amigos, dadles de beber y de comer hasta caer rendidos. De ese modo acallaréis esas voces que dicen que no sois de los suyos. Que vean vuestra abundancia, que crean que sois tan esclavistas como ellos. Convencedlos de que pueden confiar en vosotros. Y que Martha se haga ver también, que mantenga las distancias con el doctor. Incluso si puede ser un poco antipática con él...

Tyler miró a Olivia interrogadoramente.

—Obviando esa estupidez sobre Martha y el doctor Hockton —dijo Olivia—, lo cierto es que solo hemos organizado un baile, y fue hace dos años. Podríamos hacerlo, sí, aunque no me apetece en absoluto.

—Opino que Steven tiene razón —dijo Hudson.

—Hagámoslo entonces —dijo ella mirándolo con una sonrisa cómplice—. Les mostraremos lo sureños que podemos llegar a ser.

Tyler soltó una carcajada y brindó por ello con Steven Parry.

Olivia observaba a Martha mientras barría el aula. Limpiaban la gran sala central en la que habían colocado los preciosos pupitres que había hecho Dominic, como hacían todos los días después de las clases, mientras el pequeño John se entretenía en un rincón con una caja de piñas que habían recogido los alumnos para hacer un trabajo. Las dos maestras solían charlar mientras hacían sus tareas, pero hoy ninguna parecía tener ánimo dicharachero. Olivia tenía en la cabeza la conversación del día anterior con Steven Parry y no sabía cómo abordar el tema.

—¿Sabes si hoy vendrá el doctor Hockton? —preguntó centrando la atención en la escoba que se movía sobre el piso.

Martha levantó la mirada del pupitre que limpiaba, con expresión confusa.

—¿Por qué iba yo a saber eso?

—Bueno... He sabido que últimamente habláis mucho.

Martha sintió que el calor subía a sus mejillas y después se extendía por todo su cuerpo como una llamarada. Se acercó rápidamente a Olivia y la miró con ojos llorosos.

—Señora, lo siento muchísimo. Sé que no es apropiado el modo en el que... Yo no sabía qué debía hacer.

Olivia empalideció.

—¿Te ha molestado el doctor Hockton?

Martha frunció el ceño sin comprender al principio a qué se refería, pero enseguida se hizo la luz en su mente y negó rápidamente con la cabeza.

—Oh, no, señora, de ningún modo. El señor Hockton es el hombre más gentil y bueno que he conocido nunca. Sería incapaz de hacer daño a nadie.

Olivia entornó los ojos para mirarla con más atención y después de unos segundos de escrutinio dejó la escoba y, cogiéndola de la mano, llevó a Martha hasta el lugar en el que había colocadas varias sillas y se sentaron.

—Cuéntame lo que pasa —pidió ya sin fingimientos.

Martha bajó la cabeza avergonzada y Olivia la cogió de la barbilla y le hizo levantar la mirada mostrándole una cálida sonrisa.

—No tienes que esconderte de mí, Martha. Creía que después de estos años juntas me tendrías más confianza.

—Oh, señora, no sabe la confianza y el afecto que le tengo —murmuró nerviosa—. Pero es que esto es...

—¿Sientes algo por el doctor Hockton? —preguntó Olivia directamente.

Martha se mordió el labio, consciente de que estaba a una palabra de convertir su secreto en una verdad a voces. Asintió levemente con la cabeza.

—¿Y él ha dicho...?

—Señora, qué vergüenza. Por supuesto que no hemos hablado de esto. Nos reímos, ¿sabe? Nunca me he reído tanto con nadie. Nos gusta pasear y hablar de libros y... —Miró a Olivia con el corazón en los ojos—. Oh, señora no me mire así, le juro que no hemos hecho nada malo.

Olivia asintió. Empezaba a comprender que aquello era mucho más serio y complicado de lo que habría parecido a simple vista. Durante unos minutos se quedó callada dándole vueltas a la situación.

—No me había dado cuenta —dijo en voz alta después de unos minutos—. Me tengo por una persona perspicaz, pero no vi lo que ocurría. Al contrario que algunos de nuestros vecinos. La gente habla de vosotros en sus tertulias, claro que cualquier excusa es buena para criticar a la arrogante y lunática inglesa que vive en Sunset Bayou. Si me lo hubieses contado desde el principio, podríamos haber pensado qué hacer cuando aún no era un problema, pero ahora...

—No volveré a verlo —dijo Martha adelantándose. La esclava era consciente de la situación

en la que había puesto a su señora, a la que adoraba, y lo último que quería era perjudicarla de ningún modo—. Me mantendré alejada de él, lo prometo. No quiero causarle ningún problema...

Olivia asintió despacio viendo cómo las lágrimas afloraban a sus ojos.

—Sí, eso sería lo más sencillo para todos —dijo reflexiva—. Pero no tengo ninguna autoridad sobre el doctor Hockton y no sé hasta qué punto él está interesado en esas... conversaciones que mantenéis.

—Hablaré con él una última vez —dijo Martha limpiándose una lágrima con disimulo—. Le explicaré la situación y seguro que aceptará lo que le pida.

—No —negó Olivia—. Yo hablaré con él y después te diré lo que he decidido. Escúchame, Martha. En estos tres años te has ganado mi total confianza, eres la única que sabe, aparte de Bobby y del tío Nat, que voy a liberaros a todos. Te respeto y no te considero un bien de mi propiedad.

—Lo sé, señora, lo sé —dijo la esclava sin poder parar ya el torrente de lágrimas.

—No pretendo decirte lo que debes hacer, ni controlar lo que sientas, siempre que esos sentimientos no sean reprobables. Hablaré con el doctor y después ya veremos.

—Pero no hay blancos que vivan con mujeres negras, si no es en pecado... —dijo Martha apartando la mirada.

—¿Hablas del tío John y Clarissa? —Olivia movió la cabeza apesadumbrada—. Dejando a un lado el hecho de que viviesen en pecado o no, hay una gran diferencia entre ellos y vosotros. Mi tío tenía un poder que el doctor no tiene, Martha. Él es un simple médico y, además, lleva muy poco tiempo en Oakville, no se ha granjeado aún un nombre ni un prestigio. —Olivia la cogió de las manos y la miró a los ojos con total sinceridad.

—Si él me comprara y me tuviera a su servicio a nadie le importaría lo que hiciera conmigo —dijo Martha dolida—. El señor Brandon McCutcheon vive con Patty y ella se comporta como si fuese la señora de la casa. Organiza té para sus amigas esclavas y va vestida como una dama...

—Pero sigue siendo su esclava —sentenció Olivia—. Es horrible, pero es así. Si Alexander Hockton te comprara para que le sirvieses nadie se metería en vuestros asuntos, pero no puede comprarte porque eres una mujer libre.

Martha se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Habían hablado mucho sobre ese tema y ella quería ser libre por encima de todo. Pero ahora sentía algo tan devastador en su pecho que no sabía cómo afrontarlo.

—El señor Lincoln acabará con todo esto —dijo entre sollozos—. Él derribará las barreras que nos separan...

Olivia la abrazó tratando de consolarla. No podía decirle lo que pensaba sobre ello. Se tardarán siglos en derribar barreras que se tardaron siglos en levantar. Lincoln quizá liberaría a los esclavos de sus amos, pero se tardaría mucho más tiempo en liberar a esos amos de su forma

de pensar.

—*Maza tiste...* —El pequeño John estaba frente a ellas con una piña en las manos y haciendo pucheros.

—¡Oh, mi niño precioso! —exclamó Martha cogiéndolo en brazos—. No estoy triste, es solo que tengo dolor de tripa, como tú cuando comes muchos pasteles de la abuela Eliza.

—*Pateles icos* —dijo el niño riendo.

—Sí, pasteles ricos —dijo Olivia, con un peso en su corazón.

—No hables con él. —Tyler la miraba con aquella pose tan suya: manos en la cintura, rodilla flexionada y cabeza ligeramente inclinada.

—¿Quieres que lo deje estar?

—No, no quiero que lo dejes estar. Quiero que cierres la escuela, que le des a Martha su carta de libertad y la envíes lejos, a Boston, por ejemplo, a casa de Ethel Spinghar.

—¿Qué tiene que ver la escuela con todo esto?

Tyler cogió aire y lo soltó de golpe como si quisiera darse un tiempo para calmarse.

—Escúchame bien, Olivia. Los hombres como Alexander no ven el color de la piel y nada los detiene cuando aman. Tu tío era así y nadie hubiese podido separarlo de Clarissa por mucho que lo hubiesen intentado.

—Mi tío era rico.

—¿Crees que hubiera sido distinto de haber sido pobre? —Soltó una carcajada y se frotó la nuca tratando de relajar la tensión—. El doctor Hockton viene de Illinois, su padre es socio de un liberto, ha crecido con un muchacho negro al que ve como a su hermano. No conseguirás nada hablando con él.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó sorprendida.

—Hemos hablado.

—¿Habéis hablado? ¿Por qué?

—Quería asegurarme de algo.

Olivia lo miró con severidad.

—¿Asegurarte?

—Fue antes de saber que estaba enamorado de Martha.

—No sabemos si está enamorado de Martha.

Tyler se encogió de hombros.

—Y ¿qué crees que voy a decirle? —preguntó entornando los ojos con curiosidad—. No voy a pedirle que deje a Martha por ser una esclava, ya que no lo es.

Tyler endureció su rostro.

—No vas a decírselo.

Olivia cerró los ojos un momento y suspiró cansada. Lo había pensado, ese había sido su primer impulso, pero era consciente de que no podía hacerlo.

—No, no voy a decírselo. Todavía no sé si puedo confiar en él, aunque mi instinto me dice que sí. Pero tampoco pretendo ordenarle que deje en paz a Martha. Quiero hablar con él, saber lo que siente de verdad y cuáles son sus planes. Quizá nos estamos precipitando y su interés es meramente amistoso.

Tyler sonrió ahora con semblante cínico.

—¿No ves posible la amistad entre un hombre y una mujer?

—En determinadas circunstancias, no —dijo acercándose a ella y agarrándola de la cintura en actitud posesiva.

—No empieces...

—No sabes cómo me excitas cuando te pones tan guerrera. Casi puedo imaginarte a lomos de un caballo y blandiendo una espada.

Olivia sonrió al tiempo que apoyaba las manos en su pecho sin dejar de mirarlo.

—La protectora de los desamparados —susurró él acercándose a su boca.

—No hemos terminado de hablar —dijo sintiendo su aliento haciéndole cosquillas en la nariz.

—Usted siga hablando, mi bella dama...

Tyler moldeó con sus labios los de su esposa y exigió el fuego y la pasión que él mismo le ofrecía. Olivia le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo no dejando espacio para nada más.

Capítulo 8

—Gracias por venir, doctor Hockton —dijo Olivia ofreciéndole asiento—. ¿Le apetece un café?

—Sí, por favor —dijo el médico acompañando su afirmación con un gesto de cabeza.

Después de pedir que les sirviesen café y pastas, Olivia volvió a sentarse frente a su invitado.

—He oído que está disfrutando mucho de nuestra biblioteca —dijo sonriendo afable.

—Espero no haber abusado de su generosidad...

—No, no, al contrario, estoy encantada de que alguien más disfrute de esos maravillosos libros.

—Pues le aseguro que estoy disfrutando muchísimo.

Durante unos minutos charlaron sobre sus predilecciones, en cuanto a lectura se refiere, hasta que Sara les trajo el café y algunos pasteles para acompañarlo. Olivia le dio su taza, después de verter el oscuro líquido, y se dispuso a acometer la tarea que se había impuesto.

—Le he llamado para hablar de un tema un poco... delicado.

Alexander Hockton no era un hombre que se amilanase fácilmente. Había visto y hecho cosas que pocos hombres resistirían sin desmayarse o sin llorar como niños, así que pocas veces se arrugaba frente a un conflicto.

—Se trata de Martha.

El médico empalideció. La señora Hudson había dado con su talón de Aquiles.

—Tengo entendido que han estado... viéndose a menudo.

—Señora Hudson, le aseguro que no ha ocurrido nada inapropiado entre nosotros, yo...

Olivia le hizo un gesto con la mano para que se detuviese sonriéndole con simpatía.

—No tiene que defenderse, doctor, sé que es un hombre digno de confianza.

—Lo soy —afirmó rotundo.

—Verá... —buscaba las palabras adecuadas—. Mi postura frente a la esclavitud es diferente a la que tienen los ciudadanos de Oakville...

—¿Incluido su esposo?

—Prefiero no meter a Tyler en esto, si me lo permite —dijo protectora—. De hecho, él no quería que hablase con usted.

Alexander se mantuvo erguido y sin apartar la mirada, esperando que dijese lo que tenía que decir y preparado para darle una contundente respuesta.

—Martha me es muy querida —empezó Olivia, algo nerviosa—, no quiero que sufra.

—En eso estamos de acuerdo.

—Sé que se han hecho buenos amigos y me gustaría conocer su opinión sobre esta situación.

—¿Va a pedirme que deje de hablar con Martha porque es su esclava? —preguntó Hockton directamente y sin ambages.

—No pretendo pedirle nada, doctor. Tan solo quiero que hablemos sobre el tema y me exponga sus... planes.

Alexander reflexionó durante un momento sobre lo que deseaba decir y bebió un sorbo de café antes de responder.

—Mi mejor amigo es negro, señora Hudson, y es como un hermano para mí. Crecí en un hogar en el que el color de la piel era tan poco importante como el color de los ojos —dijo muy serio—. Reconozco que mi llegada a Oakville ha supuesto un choque frontal a mis convicciones. Nunca imaginé que personas, que se consideran devotos cristianos, fuesen capaces de crueldades indecibles contra seres humanos indefensos cuyo único pecado es tener una piel más oscura. He hablado con un hombre bueno, con temor de Dios y fuertes convicciones cristianas, que ha vendido a esclavos que le han sido fieles toda su vida y que habrían dado la vida por él sin dudar. Esos son mis pensamientos, señora Hudson, espero que le sirvan.

Olivia sentía el corazón acelerado y tembloroso. Entendía sus palabras y compartía la emoción que emanaba de él, era como estar frente a su hermano o a ella misma.

—Señor Hockton, no soy esclavista —dijo con sinceridad—. Heredé doscientos veintitrés esclavos de mi tío, un hombre al que respeté y amé en vida y mucho más después de muerto, cuando supe lo que había estado haciendo por estas personas, utilizando las herramientas que Dios puso en sus manos. Mi marido y yo misma pensamos liberar a todos nuestros esclavos cuando llegue el momento propicio. Si no lo hemos hecho ya es únicamente por la situación inquietantemente incierta en la que vivimos. Martha me es muy querida y, por supuesto, puede considerarla una mujer libre. No voy a pedirle que deje de verla, tan solo quiero que pensemos juntos en el mejor modo de protegerla de la inquina y el rencor de algunos de nuestros vecinos. Como Ernest Kernighan, por ejemplo. Debe saber que ese hombre no nos tiene el más mínimo afecto ni a mi marido ni a mí, por lo que es de esperar que actúe contra nosotros de cualquier modo que le sea posible.

El doctor apretó los dientes y su mandíbula se marcó proporcionándole dureza a su rostro.

—¿Cree que puede hacer daño a Martha?

—Debemos tener mucho cuidado con lo que hacemos —dijo Olivia asintiendo.

—Creo que lo primero que debería hacer es hablar con ella, ¿no le parece?

—Por supuesto. Martha sabe que puede contar conmigo para lo que sea.

—Le agradezco su franqueza, señora Hudson —dijo Alexander con sinceridad—. Es un alivio

tener a alguien con quien poder hablar sin tapujos.

—¿Asistirá a la fiesta de esta noche? —preguntó Olivia poniéndose de pie para dar por terminada la conversación.

—Si aún estoy invitado, por supuesto.

Ella sonrió y lo acompañó a la puerta sonriéndole con afecto.

—Siempre será bienvenido a esta casa, señor Hockton. Pero acépteme un consejo antes de marcharse: no hable conmigo con tanta sinceridad en presencia de cualquier otra persona. Libre o esclava —dijo incisiva—. Ha encontrado un alma gemela, doctor, pero no debe arriesgarse. Los ánimos están muy alterados y pueden estallar en cualquier momento. Significarse ahora no es nada inteligente. Recuerde que no podrá ayudar a nadie si está colgando de una soga.

El médico asintió repetidamente y haciendo una inclinación salió del salón dejándola sola. Olivia juntó las manos frente a su rostro con preocupación. Sentía una profunda emoción en la que se entremezclaba el miedo y la alegría de un modo incompatible.

Los salones de la casa en Sunset Bayou brillaban iluminados por lámparas de cristales y el olor de las velas se mezclaba con el que emanaba de las bandejas de comida, que los criados iban llevando por esos salones e incluso por el jardín. La fiesta estaba siendo un rotundo éxito y Olivia se sentía satisfecha y orgullosa de lo que había conseguido. Todo el mundo parecía estar pasándolo muy bien y la había felicitado por ello.

—Doctor Hockton, usted podrá ayudarnos —dijo Ernest cogiéndolo del hombro y acercándolo al grupo de hombres con los que mantenía una cuestionable conversación—. Seguro que ha visto cómo es un negro por dentro, quiero decir, todos hemos visto que tienen sangre y huesos como nosotros, pero yo me refiero a su corazón y su cerebro. ¿De verdad son iguales a los nuestros?

—Completamente iguales —dijo el médico sintiendo un visceral desprecio por aquel hombre.

—No puede ser —dijo Ernest riéndose—, seguro que no son idénticos. No sé, quizá tienen otro color o distinta forma...

—Exactamente iguales e indiferenciables, señor Kernighan. Doy fe de ello.

—La suya es una profesión escalofriante —dijo Ernest con ánimo de pincharle—, abrir a la gente y hurgar ahí dentro... Reconozco que no entiendo cómo puede haber gente a la que le guste hacer eso.

—No es que me guste «hurgar» en la gente, simplemente debo hacerlo para salvarles la vida.

—Me parece algo casi tan repugnante como saber que hay hombres que se enamoran de esclavas —siguió Kernighan, que había tomado más espumoso del que debería—. No digo que un hombre no pueda disfrutar de las carnes prietas de una negra. Dios sabe que sí puede. —Los otros

hombres rieron con él, aunque parecían algo incómodos—. Pero ¿amor? ¿En serio?

—El viejo Brandon McCutcheon trata a Patty como si fuese su esposa —dijo Frederic Nagel.

—Por eso nadie lo visita ni se le invita a ningún hogar respetable —añadió Callum Fairfax.

El doctor temía que la ira que inundaba su pecho acabase por hacerse visible. Las palabras de la señora Hudson aquella mañana instándole a tener cuidado hicieron que respirara hondo y fuese capaz de hacer aflorar una sonrisa a sus labios, aunque sus ojos siguiesen helados.

—Si me disculpan, debo visitar a un enfermo en el poblado de esclavos. Cuanto antes vaya antes podré disfrutar de la fiesta. —Hizo una ligera inclinación de cabeza y abandonó el salón.

Salió al exterior de la casa con el ánimo encendido. Hubiese querido golpear a aquel hombre hasta hacerlo sangrar. ¿Cómo podía ser tan miserable? El rostro de Martha inundó su mente, sus delicadas manos que acariciaban los libros con ternura, sus brillantes ojos que lo miraban todo con una curiosidad irresistible. La imaginó de su mano entrando en la sastrería de su padre y toda la angustia y la rabia desaparecieron como por ensalmo.

Aceleró el paso deseando llegar a la fiesta que se celebraba en el poblado. Martha le había dicho que el tío Nat quería hablar con él y que lo esperaba a esa hora. Cuando llegó se dirigió al lugar en el que bailaban una música hipnótica que en nada se parecía al baile que se desarrollaba en el salón de la gran casa. Había gente tocando instrumentos y otros que bailaban en un corro. Vio a Martha de pie a un lado y tuvo la impresión de que lo estaba esperando. Estaba hermosa vestida con aquel vestido anaranjado. La tela se ceñía a su generoso busto realzándolo y marcaba su pequeña cintura. Cuando lo vio sonrió, pero no se acercó a él. En lugar de eso atravesó el círculo que daba palmas y golpeaba el suelo con los pies, y empezó a bailar.

Enseguida se quedó sola en medio de aquella pista improvisada y todos la animaban con sus palmas y cánticos. Martha movía su cuerpo de un modo sensual, cadencioso e hipnótico, como la música. Alexander sintió cómo su propio cuerpo respondía a la llamada de la naturaleza y gotas de sudor resbalaron por su nuca colándose por dentro del cuello de su camisa. Ella lo miraba y parecía hablarle con cada movimiento, enroscándose dentro de él, agitándolo como un trueno en plena noche. El doctor sentía en la punta de sus dedos el tacto de su piel, sedosa y tersa. Miró sus mullidos labios y tuvo que cerrar los ojos un instante cuando los sintió chocando contra los suyos.

Martha se movía sin apartar la mirada, consciente de que estaba entregándole su corazón delante de todos los allí presentes. Aquel era un baile demasiado expresivo, un baile de una mujer que declara ante los suyos que ya ha escogido a su hombre. Todos miraban al médico con expresión sorprendida, pero nadie dejó de dar palmas o de cantar por ello. Ella era libre de escoger a quien deseara sin importar lo irracional que fuese esa decisión ni el resultado de la misma.

—Bienvenido, doctor Hockton —dijo una voz tras él.

Alexander se volvió y se encontró con el rostro perspicaz del tío Nat.

—¿Le apetece compartir conmigo un poco de vino? —preguntó el viejo al tiempo que le señalaba el camino.

Se marcharon de la fiesta sin que Alexander pudiera evitar girar la cabeza una y otra vez. Cuando llegaron a la cabaña del tío Nat se sentaron en sendas mecedoras, uno junto al otro, contemplando el cielo estrellado y la redonda luna mirándolos. Se escuchaba la música a lo lejos y algunos niños jugaban frente a una casa.

—Martha me ha hablado de usted —dijo el tío Nat preparando su pipa—. Dice que es un buen hombre, que ayuda a la gente sin importarle su color.

—Me honra —dijo Alexander sonriendo satisfecho—. Es una gran mujer.

—Lo es.

Durante unos segundos permanecieron en silencio. Alexander estaba nervioso, se sentía como si estuviese ante el severo padre de la mujer a la que amaba, y temía que de un momento a otro sacase un revólver con el que le apuntaría a la cabeza.

—Así que el viejo doctor Blakey se jubila definitivamente —dijo Nat meciéndose suavemente—. Aún recuerdo el día que llegó a Oakville. John me envió a buscarlo para invitarlo a comer. Hicieron buenas migas enseguida.

—Me ha tratado muy bien —dijo Alexander—. Dice que puedo contar con él para lo que necesite, que no se deshará de su maletín hasta que yo esté seguro de que puedo solo con todo.

—Bien pensado —dijo el viejo esclavo sin dejar de mecerse—. ¿Le gusta Oakville?

Alexander tardó unos segundos en responder.

—Unas cosas me gustan más que otras.

—Viene de Illinois, ¿no?

El médico asintió con la cabeza y bebió un sorbo de vino.

—Todo es muy diferente aquí —dijo como si hablase para él.

—Martha me ha hablado de su padre. Y de Solomon.

El médico lo miró y una sonrisa fluyó natural a sus labios.

—¿Qué le hace gracia? —preguntó el tío Nat.

—Veo que Martha le ha hablado mucho de mí.

—¿Y le extraña?

—No, es solo... —Su sonrisa se hizo aún más grande.

—Tenga cuidado, doctor —dijo el tío Nat poniéndose muy serio—, la gente por aquí no tiene sentido del humor. He visto cosas que borrarían esa sonrisa de sus labios para siempre. No dé nada por hecho y piense que Martha es una esclava. A los ojos de la ley que rige en estos lares, no tiene más valor que un perro o esa mecedora en la que está sentado.

Alexander lo miró a los ojos y mantuvo la mirada durante unos segundos. Quería que viese en ellos antes de volver a hablar.

—Señor, jamás podría darle a ningún ser humano el valor de un animal o una mecedora, aunque debo decirle que cuando era niño tuve un perro al que quise muchísimo.

El tío Nat sonrió con simpatía. Nunca nadie lo había llamado señor. Asintió con la cabeza y siguió meciéndose con su pipa en la boca y el vaso de vino en la mano. Hacía una noche preciosa.

—Ha estado hablando con el tío Nat —dijo Martha tratando de ocultar lo mucho que la cohibía ese hecho.

Caminaban de vuelta a la casa a paso lento, como si ninguno de los dos quisiera llegar a su destino. Alexander debía hacer acto de presencia si no quería dar más que hablar, y habían quedado en separarse antes de llegar para que no los viesen hacerlo juntos.

—Creí que sería tu padre el que querría hablar conmigo —dijo el médico.

—Mi padre le pidió al tío Nat que fuese él quien lo hiciese. Todos respetamos mucho al tío Nat, es el hombre más sabio que conocemos.

—En otra ocasión me gustaría conocer a tus padres.

Martha apartó la mirada.

—Mi padre es un hombre sencillo y no ve con buenos ojos nuestra... amistad. Mi madre ha intercedido para que no me prohibiese volver a verle.

—Ya veo —dijo Alexander asintiendo—. ¿Soy demasiado pálido para ellos?

Martha lo miró sorprendida y enseguida vio que se trataba de una broma.

—Veo que disfruta burlándose de mí —dijo fingiendo enfado.

El médico sonrió ampliamente.

—Reconozco que tu atrevida inocencia me cautivó desde el primer momento.

Martha apartó la mirada de nuevo sintiéndose demasiado vulnerable bajo su escrutinio.

—Le has hablado mucho de mí —dijo mirándola divertido con su turbación—. Al tío Nat, digo.

—Bueno... es que... usted... yo...

—Resultan muy claras tus explicaciones —dijo el médico, y se echó a reír a carcajadas, provocando que Martha se contagiase de su risa—. Es la primera vez que te veo reír así. Voy a llevar un control exhaustivo de estas cosas.

Martha lo miró cambiando por completo de expresión.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que voy a apuntarme cuándo fue la primera vez que te hice reír, cuándo fue la primera vez que te vi bailar... —Se colocó delante de ella y se detuvo haciéndola parar también—. Y cuándo fue la primera vez que te besé.

Martha sintió que su cuerpo se tensaba. No sentía temor, por alguna razón estaba segura de

que podía confiar en él, pero un instintivo sensor de alarma se había encendido en su cerebro. Todo aquello era demasiado peligroso para ella. La conversación con Olivia seguía grabada a fuego en su mente.

—No voy a robarte ese primer beso —dijo Alexander quedándose quieto—. Esperaré a que tú quieras besarme. Si es que alguna vez quieres.

Martha se acercó a él y poniéndose de puntillas lo besó en los labios. Un beso corto y suave como el terciopelo, pero suficiente para que el médico supiese que tenía su aprobación. Alexander le cogió la cara entre las manos y convirtió aquel beso en algo mucho más profundo y excitante. Sus labios eran jóvenes y generosos y saborearlos era algo en lo que llevaba pensando desde el mismo instante en que la vio por primera vez. El cuerpo de Martha temblaba y él la rodeó con sus brazos sintiendo aquel temblor como una promesa de felicidad.

Se apartaron del camino sin separar sus bocas y se adentraron en una zona boscosa tenuemente iluminada por la brillante luna. Se besaban como si no les quedase aliento y necesitasen de ese contacto para sobrevivir. Martha sentía un ansia desconocida en su vientre, algo que nunca antes había experimentado y que hacía que su corazón latiese desbocado.

—Eres preciosa —dijo él mientras su boca bajaba por su cuello y volvía a subir como si no supiese qué hacer.

—¿Qué es esto? —preguntó ella gimiendo—. ¿Qué me pasa?

Alexander se apropió de nuevo de su boca, mordió suavemente su labio inferior y tiró de él para después volver a besarla con fuerza, como si no encontrara alivio para su ansiedad. Sentía el fuego que le quemaba las entrañas y estaba duro como una piedra.

El médico sabía perfectamente cómo calmar aquella ansia que lo empujaba contra ella, pero no quería hacerlo allí, en medio del bosque, así no podía ser su... ¿primera vez?

—¿Has estado alguna vez con un hombre? —preguntó apartándose de ella lo suficiente para poder verle los ojos—. Quiero decir si has intimado como hacen las parejas.

Martha negó con la cabeza.

—Te quiero, Martha —dijo sin soltar su rostro para asegurarse de que no dejaba de mirarlo—. Y te deseo, te deseo como nunca he deseado a otra mujer. Sueño contigo desde el primer día que te vi y me muero por hacerte mía, pero si me dices que te suelte y que me aleje de ti, lo haré, lo haré aunque me duela el alma por ello.

—No quiero que me suelte —dijo ella negando con la cabeza—. Deseo que me haga suya...

Alexander miró a su alrededor buscando un lugar menos agreste.

—Podemos ir al *Garçonnière* —dijo ella nerviosa—, está cerca, a unos cinco minutos de aquí.

—¿La escuela?

—Tenemos alfombras mullidas y no nos verá nadie —dijo Martha con timidez bajando la

cabeza—. Creo que hacen falta esas cosas, ¿no?

Alexander sonrió feliz y asintió, después la besó en los labios una vez más y cogiéndola de la mano echaron a correr.

No encendieron ninguna lámpara, tan solo dejaron que la luna bañase sus cuerpos desnudos a través de los cristales de las ventanas. Martha sentía que flotaba entre sus manos y cada caricia y cada beso quedaron impresos en su piel como una candente marca. Alexander no dejaba de mirarla y sus ojos centelleantes la estudiaban como si quisieran memorizar cada detalle.

—Eres demasiado hermosa —susurró mientras sus dedos jugaban con la protuberancia de uno de sus pezones.

—¿Qué es esto que siento? —preguntó ella.

Él sonrió con ternura y bajó su mano hasta colocarla entre sus piernas. Con suaves movimientos, buscó el lugar de donde nacía su ansia y la acarició inclemente, disfrutando de su sorpresa. Siguió torturándola con sus dedos hasta que el cuerpo de Martha se arqueó y se sacudió repetidamente.

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella al borde de las lágrimas.

—Aún no hemos terminado, amor mío —dijo él inclinándose sobre su pecho.

—Voy a morir —gimió ella sintiendo que su cuerpo volvía a llevarla al lugar del que acababa de salir, y su corazón se aceleró de nuevo como un caballo encabritado.

—Nadie va a morir aquí —dijo él con ternura al tiempo que se situaba entre sus piernas—. Tranquila, no tengas miedo, ha llegado el momento de que seas mía.

Alexander se apoyó en los codos y la miró a los ojos mientras iniciaba el acoso. Martha gimió al sentir la dureza de su empuje, convencida de que no iba a poder pasar.

—Es imposible... —susurró asustada.

—Tienes que relajarte, amor mío —susurró él inclinándose para atrapar uno de sus pezones con los labios—. Separa más las piernas, ábrete para mí. Un poco más...

Martha respiraba con dificultad y se agarró a la alfombra, asustada por lo que sentía.

—Agárrate a mí —dijo él con la voz ronca al tiempo que la penetraba lentamente.

Alexander había llegado a un punto de no retorno y sin más pausas la penetró completamente de una rápida embestida provocando un largo y contenido grito que Martha ahogó en su garganta.

—Ya está —dijo él dejándose caer sobre ella con suavidad y besándola en los labios.

—¿Ya está? —preguntó ella algo decepcionada y con los ojos llenos de lágrimas.

Lo sentía en su interior y su cuerpo se contraía involuntariamente abrazándolo por dentro. Alexander sonrió divertido al ver la decepción en su mirada.

—Tranquila, aún no hemos terminado, tan solo le estoy dando a tu cuerpo un poco de tiempo para que se acostumbre a mí.

Se movió ligeramente y ella gimió dolorida.

—No se mueva —pidió—, me duele...

—¿Quieres que pare? —dijo él mirándola con los ojos enfebrecidos y utilizando su voz más dulce y tierna—. Lo haré si me lo pides. Aún te dolerá un poco más, pero te prometo que la próxima vez será mucho mejor. Tu cuerpo y el mío serán solo uno.

—No... no pares —dijo ella tratando de sonreír, aunque seguía asustada.

—Haré que sea placentero para ti —dijo él con la voz ronca—, te lo prometo.

—¿Cómo antes de... esto?

Alexander sentía tanta ternura por su inocencia que temió no poder continuar si no dejaban de hablar. Empezó a moverse sin pausa pero despacio, ignorando los gemidos de Martha, primero de dolor, luego de sorpresa y finalmente de placer. Cuando llegó hasta el punto en el que ella se movía con él cambió de táctica y sus movimientos se volvieron más exigentes y duros.

Martha lo abrazó mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás arrastrando a su cuerpo. Su boca se abrió buscando aire para sus pulmones y gemía de un modo demasiado excitante para que Alexander pudiese ignorarlo. Se movió cada vez más rápido y más fuerte haciendo que ella sintiera una mezcla de dolor y placer insoportables.

Un latido. Profundo y largo. Otro. Y otro. Y otro.

Martha lo miró con los ojos llenos de lágrimas y Alexander, sin apartarse de ella, le acarició el rostro con ternura.

—¿He sido demasiado brusco? —preguntó preocupado.

—Me dolía, pero también me gustaba. Ha sido muy extraño, nunca había sentido algo parecido.

Él sonrió con ternura y se tumbó a su lado con un suspiro de alivio.

—¿Cómo te sientes? —preguntó al tiempo que pasaba el brazo por debajo de sus hombros para atraerla hacia él.

—Soy muy feliz —dijo Martha acurrucándose entre sus brazos.

Capítulo 9

—Señora. —Eliza se acercó a su ama con disimulo—. Debería venir a la cocina.

Olivia se excusó con las damas junto a las que estaba sentada y acompañó a Eliza hasta la cocina. Al entrar se encontró con un inesperado espectáculo que la dejó en *shock*. Amy, una de las doncellas de Kernighan, se hallaba sentada en el suelo con una botella de *brandy* en la mano y la falda subida, cantando a voz en grito.

—¿Qué pasa aquí?

—Amy se ha emborrachado, señora —explicó la cocinera—, y el señorito Ernest le dará una paliza si la descubre en este estado.

Las damas de Oakville se llevaban a una doncella allí a donde iban y Ellie Kernighan solía escoger a Amy. Podría requerir los servicios de Amy en cualquier momento, ya fuera para que la abanicara o para que le proporcionase alguna vianda que deseara y no estuviese en las bandejas que ofrecían los lacayos.

—Bertha, prepara café bien fuerte. Eliza, devuelve esa botella de *brandy* a su sitio —dijo esto al tiempo que se inclinaba para coger a la esclava y hacer que se levantase del suelo—. Ven, Amy, siéntate en una silla.

—¿Para qué, señora? Yo soy como las cucarachas. ¿Pondría a una cucaracha en sus bonitas sillas? ¡No!

A pesar de sus palabras, se dejó llevar y aceptó las decisiones de Olivia sin resistirse.

—¿Por qué haces esto, estúpida loca? —preguntó Bertha al tiempo que hacía lo que su señora le había mandado—. Te van a moler a palos como se enteren...

—¿Y qué me importa que lo hagan? —dijo la otra apoyando la cabeza en las manos—. ¿Qué me importa nada? ¡Ojalá el señorito me rompa el cuello de una vez! Desde que cumplí los once años lo he escuchado amenazarme con ello. Desde la primera vez que me arrinconó contra aquel árbol y me metió su cosita. Yo no sabía ni lo que estaba haciendo, no entendía nada, solo que me hacía mucho daño. —Soltó una carcajada—. ¡Daño! Entonces no sabía lo que era sufrir de verdad. ¿Dónde está la botella? ¿Quién se la ha llevado?

Olivia se había puesto roja de ira al escucharla. Odiaba profundamente a Ernest Kernighan, pero parecía que nunca iba a odiarlo lo suficiente. Se sentó junto a la esclava y trató de cogerle la mano, pero ella se la rechazó mirándola con desprecio.

—A Louis le gusta mucho la escuela —dijo enrabiada—. Siempre está hablando de lo mucho que le gusta. Usted se piensa que es diferente porque no pega a sus esclavos. Pero podría hacerlo si quisiera, ¿verdad? Eso la hace igual a ellos. Igualita. Esto es por su culpa. ¡Por su culpa!

Trató de ponerse de pie, pero todo le daba vueltas y volvió a sentarse agarrándose la cabeza con las manos para que dejase de girar.

—Estas se creen que están a salvo —dijo refiriéndose a las esclavas de Sunset Bayou—. Hablan siempre bien de sus amos, «ellos no van a pegarnos, no van a vendernos nunca». Están seguras de que el señor Hudson no meterá su cosita en ninguna de sus hijas. —Soltó otra sonora carcajada que la hizo parecer aún más loca.

—Cuéntame qué ha pasado, Amy —pidió Olivia, consciente de que algo muy malo tenía que haberle ocurrido para estar tan desesperada para comportarse de aquel modo—. ¿Le ha ocurrido algo a Louis?

No supo si fue el tono dulce de su voz con el que pronunció el nombre de su hijo o la suave y blanca mano acariciando la suya, pero las lágrimas acudieron a los ojos de la esclava y un torrente imparable cayó de ellos provocando una oleada de compasión fraternal.

—Mi niño, señora, mi pequeño Louis...

Bertha se acercó despacio a la mesa.

—¿Qué le pasa a Louis? —preguntó con temor.

—El señor Ernest se lo ha jugado al *whist* esta tarde y lo ha perdido, se lo ha llevado un comerciante de esclavos de Jackson. De nada ha servido que le suplicara a la señora que pagase por él. Le he dicho que trabajaré más y mejor cada día de mi vida, que mi hijo será un buen hombre y les hará ganar mucho dinero con sus fuertes brazos. Ella solo decía que las mujeres no pueden meterse en cosas de hombres y que su hijo sabía bien lo que hacía. Pero no es cierto, señora Hudson, ese hombre no sabe lo que hace. Es malo, muy malo. En cuanto pone los ojos en una niña de la plantación esta se convierte en una presa para él. Es un monstruo y ahora me ha arrebatado lo único bueno que he tenido en mi vida, ¡mi pequeño tesoro! —Entonces la miró con odio y endureció su voz—. Todo por su culpa.

—¡Amy! —gritó Eliza acercándose a zarandearla—. ¿Cómo te atreves a...?

—Déjala hablar —ordenó Olivia, que había empalidecido hasta que su piel se hizo casi traslúcida—. Di lo que quieras, nadie te reprenderá por ello.

—El señorito Ernest le había cogido manía a mi Louis porque siempre estaba hablando de su maldita escuela. Le dije que no hablase de ella delante de él, pero el niño estaba tan ilusionado con lo que aprendía que no paraba de contárselo a todo el mundo. ¡Mi niño! ¿Qué será de él? ¡Mi pobre, pobre niño!

Sus sollozos eran desgarradores cuando se derrumbó sobre la mesa. Olivia no pudo contener ya sus propias lágrimas, pero apretó los puños con fiereza y se puso de pie.

—Dime quién es ese comerciante —ordenó—. Dime su nombre, mandaré a buscarle y yo misma compraré a Louis.

Los sollozos cesaron de golpe y la esclava levantó la cabeza para mirarla incrédula.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Dime su nombre.

—Jack Heller.

—¿Que vas a hacer qué? —Tyler tenía las manos en la cintura y trataba de mantener la calma, aunque tener la casa llena de gente no ayudaba.

Se habían metido en la biblioteca con disimulo, era el lugar con mayor intimidad de toda la casa en esos momentos, y Olivia le había explicado la situación que había en la cocina.

—Voy a mandar a Bobby a buscar a ese comerciante para comprar a Louis —repitió ella con el estómago aún retorciéndose.

—¿Ahora? ¿Vas a mandar a Bobby, que por si lo has olvidado es un esclavo, a hablar con un comerciante esclavista para que le venda a Louis?

—Tienes razón —dijo como si despertara de un sueño—, no puede ir Bobby. Tendrá que ir Jayden. O tú.

—Olivia, tenemos la casa llena de invitados. Y te recuerdo que esos de ahí fuera son personas a las que deseábamos dar la impresión de que somos de los suyos. ¿Cómo les vas a explicar que abandono la casa para ir a comprar un esclavo al que Kernighan ha vendido? Podrías idear un modo más sencillo de ponerlo en nuestra contra, pero ya sé que no te gustan las cosas sencillas —dijo visiblemente enfadado.

—Ven conmigo —dijo ella caminando hacia la puerta—, ven conmigo a la cocina y le dices tú a Amy que se olvide de su hijo...

Tyler la alcanzó y la cogió del brazo para detenerla.

—¿Crees que no me importa? Tengo el corazón agotado de ver tanto sufrimiento, de ser testigo de cosas como esta y otras mucho peores...

—Amy cree que es por mi culpa —dijo encarándolo con los ojos llenos de lágrimas—. Louis no dejaba de hablar de la escuela y ese... ese monstruo lo odiaba por ello. No entiendo por qué deja que vengan sus esclavos si me odia tanto.

—Para vigilarte.

—¿Vigilarme?

—Por eso no vamos a hacer nada. Me importa Louis, claro que me importa, pero debo protegerte a ti y a nuestro hijo antes que a nadie. —Se apartó de ella tratando de serenarse—. Me encantaría salir ahí fuera y partirle la cara a ese energúmeno de Ernest, pero no puedo, Olivia, no puedo hacerlo.

Olivia respiró hondo y cerró los ojos tratando de devolver las lágrimas a su lugar. Sabía que su marido tenía razón, no había forma de hacer aquello precisamente en ese momento, cuando estaba la casa llena de invitados. Era algo que debía hacerse con mucho disimulo y tacto...

Se acercó a él por detrás y lo abrazó con fuerza para transmitirle su apoyo. Sabía que no era indiferente a las desgracias de los esclavos, lo sabía mejor que nadie.

—Algún día me contarás esas cosas que has visto —dijo sin soltarlo—. No importa que me causen daño, mereces que alguien te escuche y saque de tu corazón un dolor que no te pertenece.

Tyler se dio la vuelta para abrazarla y la apretó contra su pecho con tanta fuerza que Olivia apenas podía respirar.

—Si os pasara algo a John o a ti no podría soportarlo. Ningún dolor imaginable podría compararse a ese —dijo con la mejilla apoyada en su pelo—. Piensa en ello siempre que pretendas ponerte en peligro.

—Hablaré con Amy. Le diré que buscaremos a su hijo y lo traeremos, pero que tendrá que esperar a que todo el mundo se marche de...

Tyler la miraba con tristeza al tiempo que negaba con la cabeza muy despacio.

—No vamos a traerlo. —La mantuvo en un apretado abrazo cuando ella trató de soltarse—. No puedo justificar de ningún modo el interés de semejante acto frente a los demás propietarios. Y menos que a nadie, a Kernighan. Louis no es un esclavo especial, no se diferencia en nada de los demás niños. Sería una declaración de principios que no me puedo permitir. Lo siento muchísimo, amor mío, sé que te parte el corazón escucharme, pero es la verdad. No puedo ni imaginar el dolor que estará sintiendo Amy en estos momentos, pero no puedo traer a su hijo. No podemos.

Olivia se mantuvo erguida, mirándolo y luchando contra la rabia y la impotencia que sentía.

—Enviaré a Jayden para que localice al comerciante y seguiré la pista de Louis —siguió diciendo él—. Te prometo que me aseguraré de que lo compra alguien decente que no le hará daño. Cuando la situación lo permita lo traeré de vuelta, te doy mi palabra, pero no debes decirle nada a Amy, ¿lo entiendes? No dejaría de preguntar cuándo íbamos a traerlo y Ernest acabaría sabiéndolo.

Olivia asintió muy despacio y se abrazó a él. Tyler le acarició el cabello como haría con una niña que necesitase consuelo.

—Intenta tranquilizarla, pero sin ponernos en evidencia. Debes hacerle creer que no vamos a interferir en la decisión de su amo.

—Haré lo que dices —dijo ella apartándose y limpiándose las lágrimas que se habían escapado—. Será horrible, pero lo haré. Solo espero que Lincoln gane las elecciones y, si finalmente hay una guerra, ojalá que el Norte arrase este maldito y putrefacto Sur para siempre.

—¡Ama! —Amy corrió hacia ella en cuanto la vio aparecer en la cocina y se tiró a sus pies—.

Perdone todo lo que le he dicho, hablaba el alcohol, no yo. Bendita sea, señora, que Dios la bendiga a usted y a todos los suyos. Al señor, al pequeño John...

—Levántate, Amy —dijo ayudándola—, no traigo buenas noticias.

Olivia sentía un frío intenso en todo el cuerpo y miró instintivamente hacia la ventana como si no fuese consciente de que aquel frío nacía y moría en ella.

—No vamos a poder traerte a Louis por ahora —dijo aguantándole la mirada—. Te prometo que cuando las cosas se calmen yo misma haré lo que pueda porque vuelva contigo.

—¿No van a mandar a buscarlo? Usted dijo... —La esclava dejó caer las manos a los lados y de pronto todo su cuerpo pareció desmadejarse como si no lo sostuviese un esqueleto.

—Sé lo que dije —dijo Olivia conteniendo la angustia que sentía—. Mírame, Amy. No apartes tus ojos de mí. Sé paciente. Vive. Si te emborrachas y provocas a tu amo acabará por matarte a golpes y cuando tu hijo regrese y pregunte por su madre, ¿qué le dirán? ¿Que se había vuelto una borracha y murió a palos? ¿Eso quieres?

—¡Ay, señora! No podré soportarlo... —Amy cayó al suelo como un saco y escondió la cara entre las manos llorando desconsolada.

Olivia se agachó y la abrazó meciéndola como si fuese una niña.

—Ten fe, Amy, ten fe y Dios te responderá —susurró.

—¿Ya ha acabado la celebración en el poblado? —preguntó Olivia al ver a Martha, con la que se encontró cuando regresaba al salón con sus invitados.

—No, señora —dijo la muchacha evitando su mirada—, pero quise venir a ver si hacían falta más manos.

Olivia la miró extrañada, había algo diferente en la maestra, pero su ánimo no estaba ahora para hacer indagaciones.

—Voy a regresar a la fiesta —dijo—, hemos tenido un pequeño problema en la cocina.

Se alejó y Martha la observó con preocupación, nunca había visto una mirada tan triste.

Al llegar al salón Olivia vio que Alexander Hockton entraba desde el jardín y su instinto le hizo observarlo con atención. También parecía distinto, tenía un brillo especial en su mirada y su ropa estaba algo arrugada. Giró la cabeza como si pudiera ver a Martha en el *hall* y comprendió. Demasiados problemas para una sola noche.

El resto de la velada se mantuvo en su papel de perfecta dama sureña, hablando de temas insustanciales y sin prestar atención, aparentemente, a las conversaciones que mantenían los hombres. Hizo un nudo en su corazón obligándose a no pensar en Amy y el pequeño Louis.

—¿Entonces no va a darme su predicción, señora Hudson? —insistió Ward con expresión amigable después de que ella tratase de eludirle hasta en tres ocasiones.

Olivia no dejó de sonreír con simpatía, aunque era consciente de las miradas desconfiadas de Harrison Kernighan y Callum Fairfax.

—Por supuesto que no, señor Ward. ¿Qué podría saber yo del resultado de las elecciones? Solo tengo clara una cosa: el señor Lincoln no ganará. Les he escuchado demasiadas veces asegurarlo en estos salones como para no haber tomado buena nota de tan firme pronóstico —dijo riendo despreocupada.

Las otras damas rieron también y pareció que Ward se daba por vencido.

—¿Quién le gustaría a usted que ganase? —preguntó Ernest.

Olivia se concentró en disimular el profundo desprecio que sentía hacia él y las ganas de echarlo de su casa.

—Pues, si le soy sincera, me encantaría que ganase el Rey Algodón —dijo con una enorme sonrisa refiriéndose a un eslogan que se escuchaba mucho en los últimos tiempos—. Después de todo es el más poderoso de todos los participantes en esta batalla dialéctica con los yanquis, ¿no les parece?

Ernest la miraba con expresión algo aturdida.

—Pero ¿cómo va a ser presidente del país el algodón, señora? —lo dijo como si pensara que era tonta.

—«Sin disparar un arma, sin sacar una espada, si nos hicieran la guerra, podríamos poner a todo el mundo en pie. ¿Qué pasaría si no se suministrara algodón durante tres años? Inglaterra se derrumbaría y se llevaría consigo a todo el mundo civilizado, salvo nuestro Sur. El algodón es el rey».

—¿Ha citado a James Henry Hammond! —dijo Andrew Lutt sorprendido de que conociese siquiera al senador de Carolina del Sur.

Ward soltó una carcajada.

—Muy bien traído, señora Hudson. Veo que no ha perdido su interés por la política, como quería hacernos creer. Me alegro, me había preocupado, pero ahora sé que solo trataba de engañarnos con un subterfugio.

—No diga eso, señor Ward —dijo Olivia poniendo cara inocente—. No querrá que mi marido me castigue...

Olivia no apartó la mirada de James Ward, que se reía a carcajadas, pero con su visión periférica pudo constatar el gesto de preocupación de Tyler.

—¿Qué tal tu pedido de París, Amber, querida? —preguntó Alice Ward, a quien el tema de la política le aburría soberanamente—. Espero que la seda haya llegado en perfecto estado.

—Así es —confirmó Amber Nagel—, creo que no había visto una tela más preciosa en toda mi vida. Organizaré un té para que vengáis a casa y podáis verla mientras disfrutamos de una agradable merienda. Una maravilla. ¡Qué colores!

Olivia contuvo el deseo de suspirar de aburrimiento. Solo de pensar en esa «agradable merienda» le entraba un irresistible deseo de enfermar.

—¿Quién es ese Openshaw? —preguntó Howells después de que Ward lo mencionase con un comentario airado.

—Es un traidor al Sur, uno de esos necios que apoyan las estúpidas ideas de John J. Crittenden sobre la guerra —explicó Harrison Kernighan.

—Pretende que nos bajemos los pantalones frente al Norte si gana Lincoln —dijo Fairfax—. Ese Openshaw está recorriendo el Sur en busca del voto para el candidato de Crittenden.

—Pero el senador Crittenden aboga por una solución pacífica al conflicto —dijo Tyler mostrándose confuso—, quiere blindar la esclavitud en los estados esclavistas.

—¡Ja! —exclamó Fairfax—. Se piensa que nos va a engañar con sus artimañas. Ese hombre cree que Lincoln va a ganar la presidencia y quiere hacernos creer que está de nuestra parte para, al final, formar parte de su cuadrilla.

—¿Crittenden no está vinculado a su familia, señor Ward? —preguntó Tyler entornando ligeramente los ojos—. Recuerdo que John me contó que fue el abogado defensor en el juicio por asesinato de un primo suyo.

James Ward miró a Tyler a través del humo de su pipa con expresión taimada.

—El acusado era Matt, el primogénito de mi primo Robert. Y sí, Crittenden fue parte del equipo de abogados que contrató Robert para defenderlo.

Los otros invitados miraron a James con perplejidad.

—No sabía que ese hombre tuviese algo que ver contigo —dijo Kernighan con cierta ironía—. No te oí mencionarlo cuando se habló del caso.

—Apenas tengo relación con Robert, hace años que no nos vemos —se excusó Ward visiblemente incómodo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué juzgaban a tu primo? —preguntó Fairfax.

—Por asesinato —se adelantó Tyler ahondando en la herida.

Olivia escuchaba con atención mientras fingía estar atenta a la señora Nagel y a las demás, que hablaban de telas y vestidos.

—Al hijo menor de Robert le abrió un expediente el director de su escuela, la *Louisville Male High School*. Matt, que era el mayor, se ofreció a hablar con el director para tratar de solventar el problema de su hermano y que su padre no tuviese que intervenir —explicó Ward viendo que no podía eludir el tema—. En el encuentro parece ser que el director lo atacó y Matt sacó su pistola y lo mató. Crittenden demostró que fue en defensa propia y el muchacho salió absuelto. Fin de la historia.

—Espera... —dijo Lutt con gesto pensativo—. Ahora lo recuerdo. Se armó un gran revuelo por aquel juicio... El fiscal solicitaba la pena de muerte y mucha gente no quedó conforme con el

veredicto. Decían que había habido sobornos y falsos testimonios.

Todos miraban a Ward de manera inquisitiva, excepto Tyler, que parecía enormemente relajado.

—Eso es falso —negó Ward—. Siempre se acusa a los poderosos cuando salen vencedores. Para la plebe es imposible que alguien que tiene dinero, como es el caso de Robert, no lo utilice para corromper a los demás. Lo único cierto es que Matt fue absuelto y que esas hienas no se cobraron su presa injustamente.

—Crittenden fue muy criticado por ese caso —dijo Howells.

—¿Crittenden? ¡La casa de Robert fue apedreada y su hijo tuvo que escapar de Louisville! Desde entonces vive en la plantación de su abuelo.

Ward miró a Tyler sin disimular su enfado y Olivia se preguntó cómo nadie se había dado cuenta nunca del parecido físico que había entre aquellos dos hombres.

—Martha, Martha... —Ernest Kernighan la pilló por sorpresa cuando llevaba una bandeja a la cocina y a punto estuvo de caérsele al suelo al escuchar su desagradable voz. Tuvo que recordarse que estaba en casa y a salvo para no salir corriendo.

—Señor Kernighan —dijo saludándolo apresurada—, debo volver a la cocina.

—Espera, espera...

La cogió del brazo y se puso delante de ella con aquella sonrisa perversa.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —preguntó Ernest—. Te veo más... guapa. ¿Y ese brillo en la mirada a qué se debe?

Martha bajó los ojos y trató de mostrarse lo más sumisa posible. Sabía bien que a él le excitaba que se mostrasen rebeldes. En cualquier momento alguno de los lacayos saldría del salón con otra bandeja, así que no tenía nada que temer.

—Si no te conociera pensaría... —Entornó los ojos para mirarla con mayor atención—. Tienes los labios hinchados...

La doncella estaba cada vez más nerviosa. ¿Cómo podía ser tan avisado para algunas cosas y tan imbécil para otras?

—Vaya, vaya, Martha. Así que esas tenemos. ¿Y has dejado que ese misterioso hombre te hiciera cositas ahí abajo?

Martha levantó la mirada y clavó sus acerados ojos en él. No iba con ella ser sumisa y estaba claro que ese hombre no la dejaría en paz hiciese lo que hiciese.

—Déjeme en paz, señor Kernighan, o se lo contaré al señor Hudson. Los dos sabemos lo que ocurrirá si hago eso, usted ya ha probado los puños de mi amo en más de una ocasión. Es un hombre pequeño, insatisfecho y cruel, y puede estar seguro de que antes que rendirme a sus deseos

preferiría colgarme de la rama de un árbol hasta morir.

Kernighan soltó una carcajada.

—¿Ha sido él? ¿Hudson te ha montado ya?

Martha lo miró con desprecio y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Cómo te atreves a darme la espalda? —dijo él sujetándola del brazo y haciendo que las cuencos que llevaba en la bandeja cayeran al suelo con gran estrépito—. Algún día te recordaré tus palabras, maldita negra de mierda. Y ahora recoge todo eso. Es para lo único que sirves, para eso y para...

Tobías salió del salón con una bandeja en dirección a la cocina y se detuvo al verlos. Ernest Kernighan se dio la vuelta y se alejó.

—¿Te estaba molestando? —preguntó Tobías agachándose junto a ella para ayudarla.

—No creo que vuelva a acercarse a mí —dijo ella respirando aliviada—. Pero me alegro de verte.

Los dos se dirigieron a la cocina y no volvieron a mencionar el tema.

Prissy estaba escondida detrás de una acequia y lloraba desconsolada. Zach la había visto correr y esconderse allí y se acercó dejando que sus pasos lo anunciaran para no asustarla.

—¿Qué ocurre, Prissy? —preguntó con suavidad.

—Está aquí —gimió la niña—, él está aquí.

—¿Hablas del señor Kernighan? —preguntó él agachándose a su lado.

Prissy se apartó instintivamente con temor.

—Creía que ya había quedado claro que nadie aquí va a hacerte ningún daño —dijo con la misma suavidad—. No tienes nada que temer, Prissy. El señor Kernighan no vendrá al poblado, nunca lo hace. Pero, si lo hiciera, te prometo que no dejaré que se te acerque.

La niña miró al muchacho y vio en sus ojos, oscuros como la noche, que decía la verdad.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Zach.

Prissy asintió después de unos segundos y se limpió las lágrimas con el puño de su manga. Zach se sentó dejando un palmo entre ambos, dobló las rodillas y las rodeó con sus brazos sujetándose la muñeca derecha con la mano izquierda. Después miró a Prissy y sonrió.

—Cuéntame algo más de tu antigua vida. ¿Tu casa allí era tan bonita como la que tienes aquí? Espero que no, porque esta la he construido casi toda yo y no me gustaría saber que no es la mejor que has visto nunca.

—Esta es muchísimo mejor —dijo la niña con una sonrisa—. En la otra plantación vivíamos en barracones todos juntos. Cuando era pequeña era divertido, así podía jugar con mis amigas, pero al crecer se volvió incómodo.

—¿Y qué me dices de la silla que te hizo mi hermano?

—Es preciosa. Nunca he visto una silla más bonita —dijo sonriendo aún más.

—Leo tiene unas manos de oro —dijo admirado—. Algún día la gente pagará mucho dinero por sus muebles, estoy seguro.

—Tenéis mucha suerte de haber nacido aquí —dijo la niña con expresión melancólica.

Zach sonrió abiertamente.

—Ahora tú también vives aquí. Y no debes olvidar nunca que nos preocupamos los unos por los otros, Prissy.

—No lo olvidaré —dijo sonriendo por primera vez—. Gracias, Zach.

Capítulo 10

El domingo 4 de noviembre de 1860, Ben Howells no se despertó. A pesar de ser un eminente ciudadano de Oakville, su muerte quedó en un segundo plano para las gentes de aquel pueblo de Luisiana, preocupadas por lo que iba a suceder tan solo dos días después.

Las elecciones presidenciales se produjeron el día 6, y acapararon la atención de todo el país. El triunfo de Lincoln pasó por encima de los estados esclavistas como un tornado devastador y mortífero.

El 21 de noviembre, la viuda Howells seguía lamentándose de la insensibilidad de sus conciudadanos con la muerte de su esposo.

—Fue un gran hombre —dijo enjugándose una lágrima—. Y ya ve, tan solo les importa ese maldito Lincoln. Los que asistieron a su funeral no dejaron de hablar de política ni un momento.

—Estoy segura de que todos sienten mucho su pérdida —dijo Olivia para consolarla.

—¡JA! —exclamó irónica.

—Mamá —dijo su hija Margaret cogiéndola de la mano—, no te sulfures, papá era un hombre muy querido, pero la posibilidad de una guerra tiene a todo el mundo asustado.

—Lo sé, lo sé —dijo la mujer sonriéndole con ternura—. No me hagas caso, hija. Señora Hudson, ¿quiere más té?

—No, por favor —dijo Olivia poniéndose de pie—, debo irme ya.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo la mujer al tiempo que asentía—. Gracias por venir a pasar un rato conmigo. Es usted una mujer muy bondadosa. Siempre me cayó bien, a pesar de lo que dicen algunas lenguas viperinas.

—¡Mamá! —la regañó su hija—. Discúlpela, señora Hudson.

—No se preocupe —la tranquilizó Olivia con una sonrisa—. No ha dicho nada que no sepa.

—Olivia... —La señora Howells se levantó para cogerle la mano—. Cree usted que habrá guerra, ¿verdad?

—Desearía decirle que no, pero lo cierto es que, lo que era un susurro, ahora suena como el rugido de un oso. Los ánimos están encendidos y los hombres se están preparando para lo peor.

Daisy Howells asintió al tiempo que le daba palmaditas en la mano.

—Si eso sucede, debe marcharse —le dijo—. Regrese a Inglaterra, Olivia. Los hombres crueles lo son mucho más cuando hay guerra, son capaces de hacer las mayores atrocidades. Su

marido tendrá que luchar en el frente y la dejará sola. No permita que eso pase, no con hombres como Ernest Kernighan cerca.

Olivia asintió agradecida por su preocupación.

—Ese hombre es el demonio —siguió la anciana volviendo a sentarse en el sofá—. Mire lo que le ha hecho a la pobre Amy, esa pobre muchacha no va a dejar de sufrir nunca.

Olivia frunció el ceño y la miró con preocupación.

—¿Le ha ocurrido algo a Amy? —preguntó.

—Madre... —Su hija le hizo un gesto para que no hablara.

—Veo que no se ha enterado —dijo la anciana apesadumbrada—. La otra noche ese monstruo organizó una partida de cartas en su casa e invitó al mismo comerciante que se llevó a Louis. Ella al verlo se tiró a sus pies y le suplicó que le dijese dónde estaba su pequeño. ¿Qué madre no intentaría descubrir el paradero de su hijo? Seguro que esa pobre muchacha soñaba con ir a buscarlo algún día. Todos los esclavos están fantaseando con la idea de que van a ser libres gracias a Lincoln. Al parecer Amy se puso muy insistente, como es natural, y el hijo de Kernighan la obligó a elegir al hijo de otra de las esclavas para servirle de apuesta. Cuando ella se negó, él cogió el látigo para obligarla a golpes. Por más latigazos que le dio no consiguió que diese su brazo a torcer y él siguió golpeándola y golpeándola hasta que creyó que la había matado.

Olivia sentía cómo la rabia y la desesperación se iban apoderando de su cuerpo.

—¿Amy está...?

—No, no está muerta, aunque estoy segura de que lo desearía. Ese energúmeno la ha desfigurado por completo y Ellie ya no la quiere de doncella, no soporta ver su rostro desfigurado. Y lo peor es que si Amy se encuentra algún día con su hijo él ya no podrá reconocerla.

—Dios mío... —Olivia se vio sacudida por un incontrolable sollozo y se tapó la boca para tratar de contener sus emociones.

—Jamás he maltratado a mis esclavos —siguió diciendo Daisy Howells, también compungida—. Soy justa con ellos, incluso magnánima. Mi marido y yo siempre los tratamos bien y sé que son felices aquí. No puedo entender que haya hombres como ese Kernighan y su hijo. En el fondo me da pena Ellie, no debe ser fácil vivir con dos seres tan...

—¿Pena? —Olivia no pudo contener su furia—. Ellie Kernighan golpeó a Amy con una vara dos días después de que le robaran a su hijo. ¡Y usted estaba delante!

—Lo sé —dijo la mujer bajando la cabeza—, fue horrible.

—Señora Hudson, debería calmarse —pidió Margaret Howells.

—No soy insensible a su sufrimiento —dijo la anciana visiblemente afectada—, me apena mucho que se los maltrate.

Olivia sabía que era mejor callar y no decirle lo que pensaba sobre su sensibilidad hacia los

esclavos. Escuchó la voz de su marido susurrándole en el oído: «no puedes cambiarlos».

—Discúlpeme, señora Howells —dijo tras recuperar la compostura—. Usted no tiene la culpa. Perdona mi impulsivo comportamiento, a veces me olvido de dónde estoy. Gracias por todo, que tengan un buen día.

Hizo una inclinación de cabeza y abandonó el salón.

—Qué mujer tan vehemente —dijo Margaret cuando la puerta se hubo cerrado.

Daisy Howells asintió con la cabeza.

—No vivirá mucho si no regresa a Inglaterra cuando aún sea tiempo.

—¡Lincoln ganó sin un solo voto del Sur!

Ward dio un golpe encima de la mesa y todos los hombres allí congregados se removieron incómodos en sus sillones. Todos excepto Tyler, que se sentía secretamente regocijado con el enfado general.

—¡Debemos abandonar la Unión! ¡Que nos declaren la guerra si se atreven! —gritó Ernest Kernighan poniéndose de pie.

—Aún no es momento de hablar de guerra —lo cortó su padre mirándolo con gravedad—. Siéntate.

Ernest obedeció abochornado. Cada vez soportaba peor que su padre lo pusiera en evidencia delante de los demás.

—No deberíamos haber esperado —dijo Callum Fairfax—. Cuando hace un año John Brown se atrevió a llegar hasta Harpers Ferry, armado hasta los dientes, entonces debimos dar el paso para salir de la Unión.

—Maldito cabrón —masculló Ernest entre dientes—. Colgarlo fue demasiado caritativo, deberíamos haberlo descuartizado vivo.

—No sabía que nos habíamos convertido en salvajes comanches —dijo Frederic Nagel.

—¿Tú qué habrías hecho si en lugar de a Harpers Ferry hubiera venido a Oakville con mil picas de acero para armar a los esclavos? —preguntó Fairfax visiblemente enfadado—. ¿Qué crees que harían tus negros con esas picas? Metértelas por el...

—Señores, calma —intervino Lutt—. No tiene caso hablar ahora de John Brown, fue ahorcado como merecía y, aunque es cierto que eso abrió una brecha insalvable entre los abolicionistas y nosotros...

—Brown recibía el dinero de esos estirados yanquis que quieren acabar con nuestro modo de vida —lo cortó Ernest Kernighan—. Ellos financiaron todas sus correrías.

—Falta una semana para la Navidad —insistió Lutt—, creo que deberíamos calmarnos hasta que pasen estas fechas tan señaladas.

—Espero que nuestros esclavos no estén planeando celebrarla rebanándonos el gaznate cuando estemos durmiendo plácidamente —dijo Ernest, que no parecía dispuesto a ceder en su empeño—. ¿O es que ya os habéis olvidado de Nat Turner?

—¡Santo Dios! —exclamó Lutt llevándose la mano al pecho.

—Nadie se imaginaba entonces que algo así pudiera pasar —siguió Ernest—. Mientras sus amos les daban de comer y les proporcionaban cobijo, esos monstruos planeaban matarlos a hachazos. No escucharon las súplicas de las mujeres ni el llanto de los niños, Turner y su banda los acuchillaron en sus camas y persiguieron a los que huyeron sin mostrar compasión. Y luego queréis que yo sea compasivo con esa basura.

—Y Turner decía que era un hombre de Dios —añadió Ryan Clark—. Esos negros nos odian y disfrutarían rajándonos el gaznate.

Tyler se estremeció al escuchar aquel relato. Tío Nat les contó la historia de la revolución de Nat Turner cuando Bobby y él no eran más que unos críos, y aún le provocaba escalofríos pensar en ello.

—*¿Te llamas igual que él?* —preguntó Tyler con curiosa morbosidad.

El tío Nat había asentido mientras chupaba su pipa con deleite.

—*El pobre Nat Turner tuvo una vida muy dura —empezó a relatar—. Era muy inteligente y sabía leer, pero tuvo amos que no supieron tratarlo.*

—*¿Mató a muchos blancos?* —preguntó Bobby.

—*Alrededor de sesenta.*

—*¿Por qué lo hizo?* —Ahora fue Tyler quien habló.

El tío Nat se mecía en su mecedora mientras pensaba cómo explicarle a un niño blanco de solo nueve años y a su propio hijo qué llevó a un esclavo a matar a hombres, mujeres y niños solo por el hecho de ser blancos.

—*Vio cosas que lo llenaron de odio como se llena el bacín de heces.*

—*Cuéntanos cómo pasó, tío Nat —pidió Tyler abrazándose a sus rodillas y apoyando la espalda en la viga del porche mientras Bobby permanecía tumbado bocabajo en el suelo de tablones.*

—*¿Estáis seguros de que queréis escucharlo? Es una historia terrible, con mucho dolor y sufrimiento. —Los niños asintieron—. Está bien, os la contaré, porque creo que de esta narración podéis sacar una buena enseñanza.*

Los niños asintieron de nuevo, ansiosos por escuchar la historia.

—*No es difícil que un esclavo odie a su amo, al contrario, es algo bastante común, en especial para aquellos que son maltratados. Pero, curiosamente, nosotros no albergamos una excesiva capacidad para el odio. Somos gente alegre a la que gusta reír más que llorar y solemos buscar motivos para ello. Nos gusta cantar y bailar y amamos con ternura a quien nos*

trata bien. En cierta manera, la mayoría de los esclavos se comportan como niños. Solo los que son maltratados se consumen de dolor y de pena hasta morir. Pero hay un esclavo distinto. Uno que posee una inteligencia especial y es capaz de entender la maldad que impera en el mundo. Que puede hacerse preguntas trascendentales y dar respuesta a muchas de ellas. Que no puede tolerar la injusticia. Y, a veces, se producen hechos tan humanamente insoportables para ese esclavo que su alma y su corazón se endurecen hasta volverse de piedra. Entonces es cuando germina el odio en él, pero un odio puro y verdadero, un odio profundo que no se compadece ni con la mayor demostración de afecto. Y ese es el odio que creció en el corazón de Nat Turner.

—Hablas de él como si le conocieras —dijo Tyler.

—No, no le conocí, pero en el fondo de mi corazón sé que no debía diferenciarse mucho de mí. Tan solo sus circunstancias fueron diferentes. La mayoría de esclavos crecen rodeados de hermanos que trabajan como él, acompañados por capataces que, de vez en cuando, pueden levantar el látigo para azuzarles y que con ello les provocarán resentimiento. Tanto los capataces como los amos no son demasiado severos y sus esclavos tan solo reciben unos pocos golpes sin demasiado entusiasmo, lo que hace que sus vidas sean más o menos cómodas. Ese esclavo del que te hablo nunca odia profundamente, su corazón aún es tierno y puede aceptar su destino, aunque sienta dolor y de vez en cuando se pregunte el porqué de su injusta vida.

—Como nosotros —dijo Bobby.

—¡No, hijo! John Caswell es un hombre cabal y justo, jamás lo he visto golpear a un hombre que no pudiera defenderse. No, no hay amos en Oakville que puedan compararse a John Caswell. Los amos a los que me refiero son como Ben Howells. De vez en cuando castiga a algún negro que saca los pies del tiesto, pero nunca con saña. ¿Lo entiendes?

Bobby asintió repetidamente, y Tyler se impacientó deseando que continuara con la historia del negro asesino de blancos.

—Nat Turner sabía leer y era muy aficionado a la Biblia —siguió el tío Nat—. Estaba convencido de que Dios hablaba con él. De hecho, creyó que fue Dios el que le indicó cuál era su misión en la vida.

—¿Matar blancos puede ser una misión de Dios? —preguntó Tyler.

—Parece ser que Nat así lo creyó. En fin, entremos en el meollo del asunto. Lo que os voy a relatar ocurrió el mes de agosto de 1831, Turner salió acompañado de unos cuantos negros a los que había captado durante la preparación de su plan. Estaban dispuestos a matar a todo blanco con el que se cruzasen, irían casa por casa y matarían a sus habitantes, ya fuesen hombres, mujeres o niños. No dejarían a nadie vivo para que no pudieran delatarles y acabar con el punto fuerte de su plan: la sorpresa.

—¿Sorpresa? —preguntó Bobby con el ceño fruncido—. ¿Los blancos no piensan que sus esclavos pueden matarlos mientras duermen?

Tío Nat miró a su hijo con preocupación.

—Espero que no digas esas cosas delante de nadie —lo reprendió—. De hecho, no vuelvas a decirlas ni siquiera delante de mí.

El muchacho bajó la cabeza y aceptó la reprimenda consternado.

—Lo cierto es que no, los blancos no pensaban en eso. Supongo que creían que ningún negro en su sano juicio se aventuraría en una empresa que terminaría con él colgando del cuello hasta morir. Además, los blancos son mucho de pensar que Dios les protege.

—Cierto —confirmó Tyler mirando a su amigo—. Rot siempre decía que nada malo puede pasarte si eres blanco, porque Dios está de tu parte.

—Con razón Rot cabeza de huevo es tan tonto.

Los dos muchacho se rieron a carcajadas.

—Bueno, bueno —tío Nat los hizo callar—, esta no es una historia para reír.

—Perdón, padre.

—Perdón, tío Nat.

—Prosigo, pues. Aunque tenéis razón, aquellos blancos a los que mató la cuadrilla de Turner eran tan estúpidos como Rot —dijo el viejo esclavo meciéndose con parsimonia—. Pero volvamos a la narración. Lo primero que hicieron fue matar al amo de Nat, a su esposa Sarah y sus hijos, incluido su bebé.

—¿Mataron a un bebé? —preguntó Tyler sorprendido.

Tío Nat asintió con la cabeza.

—Después de matar a sus amos siguieron camino hasta la siguiente casa y luego hasta la siguiente. Mataban sin excepción a todo blanco que encontrasen y trataban de convencer a los negros para que se uniesen a ellos. De ser unos dieciséis acabaron siendo cerca de ochenta esclavos rebeldes.

—¿Ochenta? ¡Son muy pocos! Solo en esta plantación hay más de doscientos esclavos —dijo Bobby decepcionado.

—Por eso fue una revolución fallida, hijo, y Nat Turner acabó colgando de una soga.

—¿Qué pretendía conseguir, tío Nat? ¿Liberar a los esclavos? —preguntó Tyler.

El esclavo pensó en qué respuesta debía darles.

—Si ese hubiese sido su deseo quizá no habría fracasado con tanto estrépito. Mataron a personas inocentes que se habían portado bien con ellos. Pero estaban ciegos de odio, eran esclavos de malos amos, amos crueles e inhumanos que sembraron en ellos la semilla de la maldad. Es fácil pensar que cuando uno ha sufrido demasiado su capacidad para separar el trigo de la paja estará muy mermada. No podemos saber qué fue lo que pensó o sintió exactamente. Ni si tuvo remordimientos ante alguna de las muertes que provocaron, pero lo cierto es que esto enseña una lección que los blancos no deberían olvidar: los amos pueden

maltratar, torturar e incluso matar a sus esclavos mientras estos no se resistan. Pueden apretar la soga y mantenerlos vivos durante mucho tiempo. Pero también puede pasar que no sepan ver el peligro y un día se despierten y se encuentren con un rostro negro como la noche sosteniendo un hacha frente a su cama. Esto es así y no deberían olvidarlo.

Tyler regresó de su viaje a la niñez y observó a aquellos hombres que seguían debatiendo sobre separarse del Norte para crear su propio país. Su mirada se detuvo en el rostro iracundo de Ernest Kernighan. Él era uno de esos hombres a los que el tío Nat se refería. Y su maldad era una raíz podrida que había que arrancar de cuajo y sin contemplaciones.

—Debemos acallar el más mínimo signo de sublevación —dijo Ward en ese momento.

—Dios mío —se lamentó Frederic Nagel—. Nuestras mujeres no van a vivir tranquilas a partir de ahora.

—Si nos organizamos y mantenemos un férreo control sobre los esclavos no se atreverán a pensarlo siquiera —dijo Kernighan—. Nada de permisos. No deben salir de sus plantaciones bajo ningún concepto. Y doblaremos la vigilancia. Yo pienso contratar a más hombres, tengo demasiados esclavos, si se les pasara por la cabeza...

—El miedo es nuestro mayor enemigo, no deben vernos asustados —dijo Ward—. Todo debe hacerse con cuidado, pero con firmeza. ¿Qué opina, Hudson?

Tyler no movió un músculo de su cara y mantuvo la misma actitud serena.

—¿No sería más efectivo tratarlos bien? Quiero decir, que vean que con nosotros vivirán mejor que con los yanquis, si es que finalmente llegamos a una guerra —dijo evitando mirar a Kernighan para que su tono no se viese afectado.

—No va a haber guerra —intervino Lutt—. Debemos hacer todo lo posible por evitarla.

—¿Evitarla? La guerra es inminente, Andrew, y mejor será que vayas haciéndote a la idea —dijo Harrison Kernighan—. Estamos a un paso de salir de la Unión, no te quepa duda, y ese Lincoln no querrá dejar escapar a la gallina de los huevos de oro.

—Pero de ese modo el Norte perdería nuestro algodón. No —insistió Lutt con expresión preocupada—, no nos declararán la guerra, ya lo veréis. Una guerra no beneficiaría a nadie.

—Estoy seguro de que en caso de conflicto Inglaterra nos apoyará —dijo Ward convencido—. Cuando sepa que su suministro de algodón peligra se pondrá de nuestra parte, ya lo veréis. El Norte va a saber lo que es bueno cuando no reciba el producto que necesita para que sus fábricas sigan funcionando. Cuando peligre el trabajo de sus obreros y sus empresas estén amenazadas con tener que cerrar, Lincoln se meterá en sus asuntos y nos dejará en paz.

—Ahora más que nunca debemos tener los ojos bien abiertos —dijo Ernest—. No podemos permitir que se nos cuelen infiltrados. Cualquiera puede ser un espía del Norte. Ese Steve Parry no debe entrar en ninguna de nuestras casas. Hasta ahora hemos hecho la vista gorda, pero de aquí en adelante las cosas se van a poner feas y hay que ser muy riguroso.

—¿Parry? —Tyler frunció el ceño—. Hace años que lo conocemos, es solo un escritor...

—¿Y eso qué demuestra? Puede llevar años trabajando para esos asquerosos abolicionistas.

—Claro, y escribe libros para entretenerse —dijo Tyler torciendo una sonrisa con ironía—. Libros que lo han hecho famoso en el mundo entero.

—Repito que eso no demuestra nada —insistió Ernest retándolo de nuevo con la mirada—. Y no solo debemos vigilar a Steve Parry, también podemos tener espías entre los que creemos «de los nuestros».

—¿Y cómo vamos a averiguar eso? —preguntó Lutt frunciendo el ceño, confuso.

—Pues teniendo los ojos abiertos y valorando los actos de cada uno —respondió Ernest—. ¿No lo decía La Biblia? «Por sus hechos los conoceréis». Todo aquel que trate de beneficiar a los esclavos de modo extraordinario debe ser considerado una amenaza.

Tyler vio ahí una clara advertencia y supo que no podía obviarla, tal y como estaban los ánimos.

—¿Estás queriendo decirme algo? —preguntó acercándose a Ernest—. Puedes hablar sin miedo a que te dé una paliza, estamos rodeados de gente, alguien me lo impedirá.

El otro levantó el mentón, orgulloso.

—Yo no te tengo miedo —dijo con más ganas que confianza—. No necesito esconderme detrás de nadie. Y sí, estoy queriendo decirte algo. Los actos de tu esposa son una declaración anti-esclavista en toda regla.

—Antes de hablar de mi mujer tendrías que lavarte esa sucia bocaza que tienes.

—Señores, señores, haya paz —pidió Frederic Nagel intentando separarles.

—Su escuela es una provocación constante —dijo Ernest, dando un paso atrás por si acaso—, una vergüenza para nuestros hijos, ya te lo hemos dicho muchas veces.

—No sabía que tú tuvieses hijos, aunque no me extrañaría, con la cantidad de esclavas de las que has abusado. Y que tengas claro que lo que yo haga en mi propiedad es cosa mía.

—Veremos por cuánto tiempo... —lo amenazó Ernest por encima del hombro de Nagel, que seguía interponiéndose entre ellos.

—Por supuesto —intervino James Ward— que nadie le va a decir cómo debe llevar sus asuntos. Aunque es cierto que esa escuela no es... digamos... una buena idea en estos momentos. Lo último que necesitamos son esclavos que sepan leer y escribir y se crean iguales a nosotros.

Tyler respiró hondo para calmarse, sabía que no podía rebatir sus argumentos sin ponerse en evidencia. Y no podía ponerse a todos aquellos hombres en contra.

—Estoy de acuerdo, e intentaré convencer a mi esposa de que se dedique a otros asuntos —dijo intentando sonar seguro y no parecer débil.

—Estoy seguro de que sabrá cómo convencerla —dijo Ward.

Capítulo 11

Estaba tumbado en la manta que habían extendido sobre la alfombra y que Martha guardaba en un pequeño arcón que le había hecho Dominic. La esclava estaba de pie frente a la ventana mirando las estrellas. La Luz recortaba su sinuosa figura envuelta en otra manta y Alexander sonrió sintiéndose afortunado.

—Vuelve aquí —pidió.

Martha se giró para mirarlo y sonrió también.

—Hace una noche preciosa —dijo—. Querría memorizar cada detalle y guardarlo en mi retina para siempre.

Él le hizo un gesto para que se acercase y ella se dejó convencer. Se acurrucó bajo las mantas y se pegó a él. El *Garçonnière* se había convertido en su lugar secreto. Estaba apartado de todo y allí no molestaban a nadie. Martha le pidió permiso a Olivia y la señora Hudson no solo le dio sus bendiciones, sino que fue ella la que le pidió a Dominic que les construyera un arcón para guardar todo lo que pudiesen necesitar. Estaban a finales de diciembre y las noches eran muy frías.

Alexander acarició su espalda sonriendo al sentir cómo las pestañas de Martha le hacían cosquillas en el pecho.

—Pronto podremos vivir como queramos —dijo mirando al techo sin dejar de acariciarla—. Nada nos impedirá casarnos y formar una familia.

Martha se incorporó, apoyó la mano en su pecho y la cabeza en la mano para mirarlo.

—¿Lo crees de verdad?

Alexander asintió.

—Lincoln liberará a todos los esclavos del país.

—No es eso lo que dicen —dijo sentándose y mostrando con ello sus turgentes y provocadores pechos—. Parece que ha ofrecido que las cosas sigan igual en los estados esclavistas si aceptan el compromiso de no extender la esclavitud al resto de territorios.

—El Sur no va a aceptar eso. Habrá guerra.

Martha se sentó sobre sus pies y lo miró enfadada.

—¿De verdad quieres que haya guerra?

Él también se sentó y la miró con determinación.

—No, no lo quiero, pero si es el precio que hay que pagar para que toda esta ignominia acabe,

lo pagaré con gusto.

—¡Pero morirá mucha gente! —exclamó horrorizada—. Y nosotros seremos los primeros. ¿Qué crees que harán los amos con sus esclavos? ¿Antes de liberarlos los matarán a todos!

—¿Cómo van a matar a sus esclavos? —dijo él negando con la cabeza—. El Sur está convencido de que si hay guerra vencerán. No matarán a nadie, querrán que todo siga como está y protegerán lo que es suyo.

—Pero si los yanquis ganan ellos se desharán de todo antes de rendirse —dijo Martha—. He leído muchos libros de Historia, así es como actúan los hombres.

Alexander se mordió el labio, reflexivo. Se sentía tremendamente orgulloso de ella, las conversaciones que mantenía con Martha eran muchísimo más interesantes que ninguna que hubiese tenido con hombres versados en cualquier tema. Era espontánea, atrevida y muy apasionada. Y la amaba.

Con un sentimiento intenso grabó a fuego en su mente aquel instante, memorizando cada porción de su cuerpo. El cabello rizado rodeando su cabeza como una corona brillante, los ojos curiosos y de mirada luminosa, los labios ligeramente curvados en una inocente sonrisa, las manos suavemente apoyadas en sus muslos y sus pechos irreverentes y firmes desafiando las leyes de la física con inusitada soberbia. Quería guardar cada detalle en su memoria para estar seguro de que podría regresar allí en el futuro.

—«Aunque el resplandor que
en otro tiempo fue tan brillante
hoy esté por siempre oculto a mis miradas.

Aunque mis ojos ya no
puedan ver ese puro destello
Que en mi juventud me deslumbraba

Aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.

En aquella primera
simpatía que habiendo
sido una vez,
habrá de ser por siempre
en los consoladores pensamientos
que brotaron del humano sufrimiento,
y en la fe que mira a través de la

muerte.

Gracias al corazón humano,
por el cual vivimos,
gracias a sus ternuras, a sus
alegrías y a sus temores, la flor más humilde al florecer,
puede inspirarme ideas que, a menudo,
se muestran demasiado profundas
para las lágrimas».

Martha lo miraba emocionada.

—Es la *Oda a la inmortalidad* de William Wordsworth —dijo Alexander con voz ronca—. Y en este mismo instante he comprendido unas palabras que me cautivaron desde la primera vez que las leí, pero de las que no había extraído su verdadero mensaje.

La sonrisa de Martha se hizo más grande y tembló en sus labios a causa de la emoción.

—Conozco muy bien la obra del señor Wordsworth y siempre me ha emocionado. Nunca pensé que alguien recitaría sus versos para mí —dijo con ojos húmedos.

Alexander la agarró de la cintura y se tumbó sobre ella.

—Para mí siempre serás ese resplandor brillante, Martha. Tu fuerza, la pasión que pones en todo lo que haces o piensas será como una antorcha en medio de la oscuridad. Te amo con toda mi alma.

La besó con una dulzura conmovedora y de improviso, como si de una pluma se tratase, la levantó del suelo.

—¿Qué haces? —dijo ella riendo cuando empezó a moverse al ritmo de una música imaginaria.

—Estamos bailando —dijo él sonriendo también—. Estamos en nuestra casa de Illinois y hemos invitado a unos amigos para celebrar la Navidad.

—¿Desnudos?

—No, no estamos desnudos —dijo él con aquella mirada soñadora e infantil que a ella tanto le gustaba—. Tú llevas un precioso vestido de color marfil y tu piel se ve luminosa bajo las luces titilantes de las lámparas. Se ciñe a tu cintura como mi abrazo...

La apretó aún más fuerte, entre ellos no habría cabido ni una pluma. Martha soltó su mano y le rodeó el cuello con los brazos sintiendo el roce de su piel contra sus pezones, algo que la excitó aún más de lo que ya lo estaba.

—¿Podría tomar una copa de champán? —preguntó Martha.

—Por supuesto, *milady* —dijo él, haciendo ademán de coger una copa de una bandeja que le ofrecía un criado para ofrecérsela a ella después.

Martha le siguió el juego y, después de dejar la copa en la bandeja de nuevo, rodeó su cuello

con las manos y comenzó a tararear una canción de amor que cantaba su madre y que siempre le había gustado. Alexander se mecía con ella mientras la escuchaba y cuando terminó la besó en los labios como si le fuese la vida en ello.

—Juro por mi vida que te haré mi esposa, contra todo y contra todos...

Ella le puso rápidamente la mano en la boca para enmudecerlo.

—No digas eso —dijo asustada—. No debes jurar por tu vida.

Él sonrió con ternura y la llevó hasta las mantas, donde la tumbó con tanta delicadeza que Martha sintió por un momento que era capaz de levitar.

Aquella noche se amaron con asombro y ternura, como si se descubriesen por primera vez y se reconociesen de otras vidas. Alexander sentía en las entrañas una voracidad insaciable y en el corazón un amor que derrochó sin medida. Martha lo amó como ama un alma inmortal, como ama aquel que no concibe el mundo sin el ser amado. Y los dos se dejaron arrastrar por la pasión, una y otra vez, incansables, exhaustos y felices. Como si el mundo fuese a acabarse esa noche.

El veinte de diciembre amaneció gris y Olivia bajó a desayunar con un fuerte dolor de cabeza. Pensaba ir primero a la cocina y pedirle a Bertha que le preparase una infusión que aliviase ese dolor, pero Eliza apareció corriendo cuando bajaba las escaleras.

—Señora, ha ocurrido algo. Dominic está en la cocina, él se lo explicará.

—Vamos —dijo Olivia llevándose una mano a la frente.

—¿Le ocurre algo?

—Me duele la cabeza —dijo con cara de fastidio.

—Se acostó muy tarde y madruga mucho, debería dormir más —dijo la gobernanta.

—Esas reuniones son importantes —explicó Olivia—. Tal cómo están las cosas debemos asistir a todas las cenas, reuniones y fiestas a las que nos inviten.

Entraron en la cocina y el carpintero se acercó a ellas con cara de preocupación.

—Señora, alguien entró anoche en el *Garçonnière*. Lo han destrozado todo.

El rostro de Olivia mantuvo una serena frialdad aunque por dentro estaba temblando. Había aprendido a conservar la calma en situaciones de tensión, consciente de que era en parte responsable de la tranquilidad de todos los que vivían en Sunset Bayou. Se volvió a mirar a Eliza.

—¿Dónde está Martha? —preguntó, y al ver que la esclava negaba con la cabeza ordenó que fuera a buscarla.

Eliza salió corriendo de allí.

—¿Qué han destrozado? —le preguntó a Dominic.

—Han roto los muebles, las ventanas, la puerta... Pero... Señora, había sangre en el suelo.

Mucha sangre.

Olivia dio un paso atrás y se apoyó en la mesa con una mano crispada.

—Nadie oyó nada. Ese edificio está muy aislado... Quien lo haya hecho sabía que podía actuar con total impunidad y se tomaron su tiempo para hacer el mayor daño posible.

Eliza volvió a entrar en la cocina.

—Nadie la ha visto esta mañana —dijo con enorme preocupación. Martha era muy responsable y nunca faltaba a sus obligaciones.

—Ay, señora —se lamentó Bertha—. A lo mejor fue esta mañana temprano hasta la escuela y se topó con esos maleantes.

Bertha no sabía lo que ocurría en el *Garçonnière* tres noches a la semana. Pero Olivia sí y por eso no dejaban de temblarle las piernas.

—Hoy no habrá clases —dijo Olivia sobreponiéndose a sus miedos—. Eliza, encárgate de que lo sepan los niños y avisad a los que vienen de otras plantaciones para que regresen a sus casas. Dominic, ve al pueblo y busca al doctor Hockton. Dile que venga. —El esclavo frunció el ceño sin comprender—. Intenta evitar al señor que averigüemos lo que ha pasado.

El hombre asintió y salió de la cocina sin más dilación.

—Eliza, envía a alguien al poblado para ver si Martha se ha quedado allí esta noche por algún motivo y sin avisar. Dios quiera que sea eso —musitó—. Si no la encuentran allí, que le digan al tío Nat que venga, por favor.

—Sí, señora —asintió Eliza—. Bertha, prepara algo para el dolor de cabeza de la señora.

La gobernanta salió de la cocina mientras la cocinera se ponía rápidamente a la tarea que le había encomendado.

Olivia trataba de contener el río de pensamientos que amenazaba con desbordarla y retorció sus manos ansiosa. Cuando Bertha le hubo preparado la infusión se quemó la lengua al beber demasiado deprisa. El dolor de cabeza era ahora insoportable, millones de agujas clavándose en su cerebro y los ojos que parecían querer salirse de sus órbitas.

Se sentó en una de las sillas mientras las mujeres seguían con su trabajo en la cocina tratando de disimular su propia preocupación. Bebió a sorbos pequeños la infusión maldiciéndose en silencio por permitir que el doctor y Martha se encontrasen en secreto. ¿Y si alguien había descubierto lo que pasaba? ¿Alguien que les diese algún mal? Cuando terminó de beberse el brebaje que Bertha le había preparado salió de la cocina sin decir nada y se fue directamente a la puerta. Esperaría fuera, allí tendría más aire para respirar.

El tío Nat llegó a caballo y bajó con agilidad, a pesar de sus años, seguía siendo un buen jinete.

—¿No se sabe nada?

Olivia negó con la cabeza y al borde de las lágrimas. El anciano la agarró del brazo y la llevó

hasta una de las sillas colocadas a la sombra.

—Debemos esperar antes de dar por hecho nada, señora.

—No debí dejarles verse —dijo angustiada—. Tyler me advirtió que era una mala idea. Oh, tío Nat, si les ha pasado algo...

—Tranquila —dijo el viejo dándole golpecitos en la mano—, no deje que su mente vuele, centrémonos en lo que sabemos.

—Había sangre, tío Nat. ¿Y si les han hecho daño? ¿Quién puede haberles atacado? El *Garçonnière* está alejado de todo, nadie debería haber visto nada.

El esclavo asintió con la cabeza, pensativo.

—Por eso era un buen lugar para sus encuentros.

—No debería haberlo permitido —repitió Olivia al tiempo que se apretaba la frente—. Este dolor de cabeza me está matando.

El viejo se puso de pie y colocó una mano en su frente y la otra en la nuca, en diagonal. Apretó con fuerza y soltó, volvió a apretar y a soltar. Cambió de posición las manos haciendo otra diagonal que cruzaba la anterior y repitió. El dolor de cabeza de Olivia se calmó de repente y sus ojos sintieron un instantáneo alivio. El tío Nat siguió haciendo aquellas presiones durante un buen rato hasta que el dolor desapareció. Olivia lo miró sorprendida y el viejo sonrió.

—Era lo que me hacía mi Molly cuando me dolía la cabeza —dijo asintiendo—. Esa mujer tenía unas manos de oro y una sabiduría que no era de este mundo.

Olivia se sentía agradecida y suspiró aliviada.

—Ahora debe permanecer lo más tranquila que pueda —dijo el esclavo—, el dolor sigue ahí, solo está dormido, y volverá a molestarla si lo despierta.

Después de unos minutos de espera vieron un carro que se acercaba en la distancia y Olivia se puso de pie en cuanto reconoció la figura de George en el pescante. Bajó los escalones antes de que el vehículo se detuviese frente a la casa.

—¿No lo has encontrado? —preguntó ansiosa.

—No, señora, no estaba en su casa y nadie lo ha visto desde ayer por la tarde.

Olivia se había llevado la mano a la boca. Ahora sí que estaba aterrorizada.

—¡Dios mío! —susurró.

—Hay que avisar a Tyler —dijo el tío Nat mirando a Olivia con expresión seria—.

Enseguida.

—George, ve a buscarlo —pidió Olivia.

Cuando Tyler entró en la cocina Olivia corrió a abrazarlo, pero el frío con el que la recibió le hizo dar un paso atrás.

—He organizado una cuadrilla —dijo con expresión serena y voz firme—. Necesito una prenda de ropa de Martha.

—¿Va a usar los perros? —Eliza lo miró asustada.

—Mis perros no le harán daño si yo no lo ordeno, Eliza. Llévelo la prenda a Jayden, está en la puerta esperándome.

La criada asintió apesadumbrada y salió de la cocina. Todo el mundo parecía de luto. Tyler se fue sin despedirse y Olivia corrió tras él y lo detuvo en el vestíbulo.

—¿Te vas a ir así, sin decirme nada? —preguntó dolida—. Estoy aterrada, Tyler.

—Habla cuando vuelva —dijo evitando su mirada.

—Tyler, por Dios, mírame. Crees que es culpa mía, ¿verdad? Es eso...

Su marido respiró hondo y soltó el aire de golpe.

—La escuela se cierra —dijo mirándola con dureza.

Olivia sintió una presión en su estómago, consciente de que nunca lo había visto así. No era un simple enfado. Había una determinación, fría e inmutable, que emanaba de todo su cuerpo. Una violencia silenciosa que consiguió asustarla.

—¿Ahora quieres hablar de eso?

—No hay nada que hablar, la escuela está cerrada.

Olivia suspiró.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Esto tiene que ver con la relación de Martha con el doctor, y en eso debemos centrarnos ahora.

—Otra cosa que te pedí que no hicieras, ¿verdad? Y no se te ocurrió un lugar peor para sus encuentros. Pareciera que estabas facilitándoles el trabajo a nuestros enemigos, así matan dos pájaros de un tiro.

Olivia se sintió profundamente dolida. ¿Era consciente de cómo se sentía?

—Estás siendo cruel conmigo —dijo.

Tyler dio un paso hacia ella y la sujetó por los hombros sin apartar su acerada mirada de los ojos de su esposa.

—Escúchame, Olivia, escúchame bien porque no tengo tiempo para perder en discusiones que no llevan a ninguna parte. A partir de hoy las cosas van a ser diferentes aquí. Yo tomaré todas las decisiones y tú me obedecerás.

Su esposa también endureció su expresión y se liberó de las manos que la sujetaban con la misma firmeza que había empleado él en mantenerlas.

—No me hables como si mandarás sobre mí —dijo con frialdad—. Te recuerdo que esta relación es igualitaria.

Tyler se esperaba aquella reacción y no movió un músculo.

—A partir de ahora no.

Olivia apretó los labios y se dio unos segundos, no quería decir nada de lo que luego tuviese que arrepentirse.

—Sé que estás enfadado y no sabes lo que dices. Te estás comportando como un... un... —no le salían las palabras—. No puedes tomar decisiones sin mi aprobación y lo sabes, mi tío lo dejó bien claro en su testamento.

—Ya se han cumplido los tres años del contrato. Ahora nuestro vínculo es completamente emocional y te aseguro que sé lo que puedo y no puedo hacer. Te juro, Olivia, que a partir de ahora me obedecerás aunque para ello tenga que hacer algo por lo que tenga que odiarme.

—¿Me estás amenazando? —Lo miraba asombrada, sin poder asimilar lo que pasaba.

—Tómalo como quieras. No voy a permitir que nadie haga daño a los míos, aunque para ello tenga que hacer que me odies. Lo siento, Olivia, esto va de eso, aunque aún no te hayas dado cuenta. Y las cosas van a ser mucho más duras de lo que imaginas, mucho más de lo que estás preparada para soportar. Pero yo os mantendré a salvo, cueste lo que cueste, y no permitiré que tu cabezonería me lo ponga más difícil.

Olivia temblaba, por primera vez estaba verdaderamente asustada.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué crees que...?

—No tengo tiempo para esto ahora, me están esperando y cada minuto cuenta. Si me he detenido a decirte esto es porque creo que necesitarás tiempo para asimilar la nueva situación y es muy posible que cuando regrese no pueda... —Enmudeció de golpe y respiró hondo para tratar de contener sus emociones.

—Nunca se atreverán a hacernos daño —dijo insegura—. Estás exagerando.

—Quemaron la casa de Sullivan con toda su familia dentro. No fue un incendio fortuito —dijo Tyler con ojos desorbitados y los puños apretados—. ¡Querían matarlos a todos, maldita sea! No quería que supieras cómo están las cosas ni que vivieras asustada, pero es que eres un peligro para ti y para nuestro hijo. Vives pensando que tus ideas pueden salvarte, pero no es así, son esas ideas las que nos llevarán al desastre. Y ya no puedo seguir permitiéndotelo, Olivia, lo siento, pero no puedo.

—Está bien, a partir de ahora pensaré muy bien todo lo que haga, y no haré nada sin consultarte —dijo ella cediendo.

—Demasiado tarde —dijo él caminando hacia la puerta.

Olivia se le adelantó y lo sujetó del brazo.

—¿Quieres convertirme en una de «esas» mujeres? ¿Que me sienta en el salón a hacer calceta mientras tú decides lo que va a pasar con nuestras vidas?

—Exactamente eso es lo que quiero —dijo él con la mano en el pomo de la puerta.

—No puedo aceptarlo, lo siento —dijo Olivia con los ojos llenos de lágrimas—. No permitiré que me dejes al margen de las decisiones importantes que afecten a nuestra vida o a la

de los esclavos. Estoy dispuesta a...

—No tienes otra opción —la interrumpió él volviéndose a mirarla con dureza—. Si no me obedeces te repudiaré.

Olivia empalideció por completo y sintió que una inexplicable debilidad tomaba posesión de su cuerpo.

—No lo dices en serio...

—Mira mi cara —dijo amenazador—. ¿Te parece que no hablo en serio? Te repudiaré y volverás a Londres.

—¿Eso es lo que pretendes? —Las lágrimas le quemaban la garganta—. ¿Haces todo esto para que John y yo nos marchemos? Prometí hacerlo si tenías que luchar, no hace falta que seas cruel conmigo.

—No me has entendido, no te llevarás a John a ninguna parte. Te irás tú sola.

Las lágrimas se congelaron en sus ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Si no aceptas las condiciones que te impongo, te quitaré a John, Olivia.

—No te atreverías...

—Te he dicho que haré lo que sea necesario para protegeros —siguió Tyler con la misma dureza—. Cualquier cosa.

Olivia sentía que su corazón latía cada vez más despacio y lo escuchaba dentro de sus oídos como el retumbar de un tambor, lento y amenazador.

Tyler la observaba sin mover un músculo, con absoluta firmeza y seguridad. Había cruzado a las filas enemigas y ya no podía regresar. Su voz sonó como el trueno en medio de la tormenta, rotundo y convencido.

—Desde hoy, yo tomaré las decisiones importantes y las acatarás sin discusión —sentenció—. Todas las decisiones. Deberás consultarme cualquier cosa que quieras hacer. Te diré incluso qué ropa ponerte o qué amigas puedes tener. Nadie volverá a hablar de ti porque no habrá nada que decir.

Estaba petrificada sin poder reaccionar. ¿Quién era ese extraño que estaba frente a ella? ¿Dónde estaba el tierno y dulce hombre al que amaba?

La tensión en el cuerpo de Tyler era más que evidente, sentía una furia descomunal hacia todos aquellos que lo habían obligado a hacer algo tan mezquino y ruin como lo que estaba haciendo. Sería capaz de matar a cualquiera que intentase hacer daño a Olivia o a John y sabía que su obligación era protegerlos, contra su voluntad si era necesario. Pero actuar de aquel modo, ladino y traicionero, le revolvió las tripas y se odiaba a sí mismo por ello. Aun así, no cedería un milímetro.

—¿Renunciarás a John por salirte con la tuya?

—Jamás me separaré de mi hijo —musitó ella sin apenas voz.

—Eso pensaba.

Tyler abrió la puerta y salió de la casa con paso rápido y firme convicción. Olivia lo vio subir a su caballo y esperó que en el último momento la mirase y le sonriese dándole un rayo de esperanza. Pero él no se volvió. Los hombres se alejaron al galope dejando tras de sí una nube de polvo.

Capítulo 12

Martha abrió los ojos y parpadeó varias veces antes de que las imágenes fuesen inteligibles para su cerebro. Le dolía terriblemente la cabeza y no podía moverse. Siguió esforzándose en aclarar su mente y empezó a analizar el entorno. No reconoció el lugar en el que estaba. Trató de mover las manos y los pies, pero algo se lo impedía, había una cuerda atada a sus muñecas y a sus tobillos. Levantó la cabeza y vio que estaba completamente desnuda, pero no fue eso lo que la horrorizó. Tenía el cuerpo repleto de heridas en las que la sangre seca había ido formando costras. Trató de gritar, pero le habían metido un trapo en la boca y no podía escupirlo. Poco a poco las imágenes de lo ocurrido la noche anterior se fueron haciendo sitio en su maltrecho cerebro y el terror se apoderó de ella al tiempo que los sollozos sacudían su cuerpo. Gritó, gritó con todas sus fuerzas, pero el sonido salió amortiguado por aquel trapo y solo las lágrimas encontraron un lugar por el que escapar.

Sabía que Ernest Kernighan era un hombre cruel, pero nunca, ni en sus peores pesadillas, pudo imaginar cuánto. No se había contentado con abusar de ella y obtener lo que tanto había deseado desde hacía tiempo. No. Además, se entretuvo en torturarla de mil y un modos que Martha no podía ni siquiera repasar, porque eso sería como revivirlo de nuevo y no le quedaba apenas un hilo de cordura para soportarlo. Su único anhelo, el único motivo por el que aún no estaba muerta, era la necesidad de saber que Alexander estaba bien.

La puerta se abrió y Ernest entró en el cuarto. Se colocó frente a la cama y la miró con una bobalicona sonrisa.

—Buenos días, holgazana. Hay que ver lo que has dormido —dijo como si le divirtiese—. Claro que después de lo que nos divertimos anoche, no me extraña que estuvieses cansada.

Martha lo miró suplicante y gimió para que se compadeciese.

—Debes estar hambrienta. Por desgracia no puedo colarme en la cocina sin arriesgarme a llamar la atención. Espero poder traerte algo en algún momento del día.

Se acercó a la cama y se sentó en ella. Colocó una mano sobre uno de sus pechos y le pellizcó un pezón, con más fuerza de la necesaria, para después pasarle una uña por encima de una de las heridas. La joven esclava gimió con más fuerza y más lágrimas cayeron de sus ojos.

—¿Estás tratando de excitarme? —preguntó él riéndose—. No hay nada que me ponga más cachondo que ver a una mujer llorar. No sé qué tienen vuestras lágrimas... Estas heridas están muy

feas. Creo que me pasé con el cuchillo. Lo cierto es que anoche me dejaste seco y pensé que no podría volver a hacerlo tan pronto, pero empiezo a darme cuenta de que con un poquito de esfuerzo por tu parte conseguiré volver a metértela hasta la empuñadura. Lo estás deseando, ¿a qué sí?

Martha giró la cabeza y fijó la mirada en la pared para que no la viese llorar. Debía ocultarle su terror si no quería volver a sufrir el suplicio al que la sometió la noche anterior.

—¿Sabes? Tengo una gran noticia. Carolina del Sur se ha marchado de la Unión —dijo entusiasmado—. Y no tardaremos en seguirla, por supuesto. No sabes la alegría que me he llevado cuando mi padre me lo ha dicho. Lo único en lo que podía pensar era en venir a celebrarlo contigo.

Martha comprendió que estaban en la propiedad de los Kernighan, pero no podía ubicar el lugar exacto. Aquella habitación era extraña, muy pequeña, y era evidente que nadie entraba allí a limpiar, así que supuso que estaba alejada de la casa. Cuando sintió la mano que sobaba su sexo se revolvió en un gesto involuntario. Sabía que no debía resistirse, que eso era lo que más lo excitaba, pero ¿cómo no hacerlo cuando sentía tanta repugnancia y dolor?

—Si me prometes que no vas a gritar, te quito la mordaza. No es que haya nadie que pueda escucharte, pero odio los gritos. La única que sabe de este sitio es Amy y te aseguro que esa loca descerebrada no dirá una palabra.

Martha asintió repetidamente mirándolo suplicante. Ernest sonrió afable y liberó su boca.

—Si no creyera que eres capaz de arrancármela de un mordisco, te dejaría que me la chuparas. Pero no voy a arriesgarme —dijo riendo.

Martha rezó porque cambiase de opinión.

—Si me dices... —empezó a hablar con mucha dificultad—, si me dices...

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó él inclinándose para acercarse a su oído.

—Hockton...

—¡Ah! ¡Eso! —Se incorporó de golpe—. ¿Estás preocupada por el doctorcito? Fue todo un espectáculo verlo montándote. Que chica más mala eres.

Su expresión y aquella malévola sonrisa resultaban perturbadoras.

—Haré todo lo... que... quieras —dijo suplicante.

—Oh, lo harás de todos modos. No vas a salir de aquí con vida, Martha. Lo siento —dijo encogiéndose de hombros—. No puedo dejarte ir. Como bien dijiste aquella vez, Hudson me mataría.

Martha asintió, no le importaba morir y si podía elegir prefería que fuese cuanto antes, pero necesitaba saberlo.

—Me resistiré... —susurró—. Me resistiré hasta el final.

Ernest frunció el ceño. Le encantaba apretarles el cuello mientras se las follaba, pero solo

funcionaba si se resistían y en cuanto Martha se dio cuenta de que eso era lo que él quería, dejó de hacerlo.

—¿Lo prometes? —preguntó muy serio—. Sea lo que sea lo que le haya pasado al doctorcito, ¿te resistirás?

—Lo juro.

El hijo de Kernighan hizo un gesto de admiración y asintió con la cabeza.

—Pues verás, lo llevamos al bosque y lo colgamos.

Martha lanzó un grito de angustia que él ahogó poniéndole la mano en la boca rápidamente.

—Ey, ey, ese no era el trato, recuerda que no tienes que gritar.

Martha lloraba angustiada y al borde de la rendición.

—Pero no lo matamos —dijo él sonriendo perverso—. Verás, le atamos las manos a la espalda y lo colgamos a la altura justa para que uno de sus pies tocara el suelo con la punta de los dedos.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, desquiciada por completo.

—Sí, de ese modo solo se ahorcará si él quiere. O sea, no querer, querer, ya me entiendes. Cuando no pueda aguantar más el cansancio y el dolor que le provoque la soga apretándole la garganta, se dejará ir y morirá asfixiado... Después de mucho rato. Horas, quizá. Es una muerte agónica —dijo asintiendo orgulloso—. Ese método me lo enseñó mi padre.

Martha lloraba en silencio.

—Y ahora a pagar lo que me debes —dijo poniéndose de pie para quitarse los pantalones—. ¿Te resistirás hasta el final?

Martha asintió aliviada al saber que iba a morir. Dejó de llorar y se dijo que pronto Alexander y ella volverían a estar juntos en el cielo, porque los dos debían ir allí si es que Dios era justo. Entonces sintió una tristeza, profunda y desgarradora, al comprender que Dios ya le había demostrado que no era justo, permitiendo que hubiese hombres como el que acababa de sentarse encima de ella y la manoseaba sin la menor delicadeza, incidiendo con saña en aquellas heridas que más dolían.

Ernest la penetró de un empujón y colocó sus manos en el cuello de Martha ejerciendo una ligera presión. La miraba con el ceño fruncido, esperando que cumpliera su juramento.

Martha pensó en la escuela y en las risas de los niños sorprendidos por lo que les enseñaban. Pensó en las tardes de otoño, cuando la señora Olivia se sentaba a leer con ella en la biblioteca y en los muchos ratos que habían charlado sobre los libros que leían. Pensó en Alexander y lo mucho que la había amado...

«—Te amo, Martha y algún día te convertiré en mi esposa. Lo juro por mi vida».

—¡Zorra! —Ernest le dio una fortísima bofetada—. Lo has prometido. Y te juro, que si no cumples tu promesa te mantendré con vida hasta que no quede de ti más que los huesos.

Martha abrió los ojos y lo miró con ojos de loca. De pronto empezó a gritar con desesperación al tiempo que se agitaba con tanta fuerza que por un instante él temió que fuese capaz de librarse de sus ataduras. La agarró del cuello y apretó con fuerza mientras se movía dentro de ella con la salvaje fiereza con la que le gustaba hacerlo. Con la misma salvaje fiereza con la que ella trataba de resistirse llevándolo hasta el paroxismo más absoluto. Poco a poco los gritos se convirtieron en guturales sonidos de asfixia, de manera que, cuando Ernest Kernighan culminó su proeza, Martha ya había dejado de moverse.

—¡Parad! —gritó Tyler prestando atención. Hizo un gesto a Bobby para que escuchara y cuando volvió a oír el casi imperceptible sonido que había llamado su atención el esclavo asintió—. ¿Lo has oído?

—Sí, lo he oído. Viene de allí —dijo Bobby señalando hacia el este.

—Yo también lo he oído —dijo Jayden.

Tyler guió su caballo en esa dirección y a unos pocos metros encontraron a Alexander, que trataba desesperadamente de mantenerse erguido sobre uno de sus pies. Lo habían atado y amordazado, pero lo más urgente era desatar la cuerda que lo asfixiaba.

Tyler cortó la soga mientras Jayden y Bobby lo sujetaban para que no cayera a plomo. Lo sentaron en el suelo con cuidado y le quitaron la mordaza que le impedía hablar.

—Se han llevado a Martha —dijo con desesperación.

—¿Quiénes eran? —preguntó Tyler con la mirada fija en sus ojos.

—Llevaban máscaras con rayas escarlata, no pude verles la cara —explicó casi sin voz—. Había uno que daba las órdenes a los demás, pero no pude escuchar su voz, les hablaba al oído y ellos las ejecutaban. Ese hombre quería hacerme daño, puso mucho interés en que presenciara cómo abusaba de Martha mientras los otros nos sujetaban. Eran cinco hombres en total. El que hablaba me dijo que, si sobrevivía, esto me enseñaría a comportarme como un hombre decente. Tenemos que buscar a Martha —dijo poniéndose de pie con mucha dificultad.

Tyler apoyó la mano en su hombro para tratar de infundirle algún tipo de consuelo. Aunque el único consuelo que el médico quería era el de encontrar a la joven esclava.

Jayden lo miraba con expresión reflexiva.

—El doctor no era el objetivo —dijo mirando a Tyler—, se libraron de él enseguida.

Tyler comprendió lo que su capataz estaba pensando, pero no dijo nada. Además de Jayden, Bobby y Leo, con ellos estaban Lutt, Stuart, el capataz de Fairfax y Ryan Clark, y ninguno de esos hombres aceptaría una actuación que implicase acusar a un Kernighan.

—¿Sabe quién puede haber hecho esto? —preguntó Lutt acercándose a ellos—. El que haya

sido debe pagar por ello, es un peligro para nuestras esposas e hijos.

—Lo es —afirmó Tyler.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Alexander enfadado—. Estoy seguro de que los dos sabemos de quién se trata. ¡Vamos a por él!

—Usted no puede venir —dijo Tyler—. Tobías lo llevará a Sunset Bayou...

El médico se encaró a él y su mirada era de absoluta determinación.

—He aguantado durante horas colgado de esa rama con una soga al cuello. Nadie va a impedirme ir en busca del monstruo que se ha llevado a Martha.

—Está bien —dijo Tyler consciente de que él haría lo mismo. Le señaló uno de los caballos—. Si es capaz de subirse a ese caballo, viene con nosotros.

—Bien —dijo el médico caminando hacia el animal.

—Señor Hudson, esto es muy irregular —dijo la señora Kernighan cuando la avisaron de que el dueño de Sunset Bayou y otros caballeros estaban en la puerta de su casa acompañados por algunos esclavos—. Mi esposo está en el pueblo y nuestro capataz, el señor Sudley está con él. No hay nadie aquí que pueda atenderles. Vuelvan mañana.

—Lo siento, señora Kernighan —dijo Tyler dispuesto a permanecer allí lo que fuese necesario—, no deseamos molestarla, pero es urgente que haga que avisen a su hijo.

—¿Qué ha ocurrido para que sea tan imperativo que haga venir a Ernest? —insistió la mujer mirando a los perros que no dejaban de ladrar.

—Tenemos una cosa que preguntarle y es algo que no puede esperar.

Ellie Kernighan se acercó a los caballos para ver mejor al doctor Hockton.

—Doctor, ¿qué le ha ocurrido? ¿Está usted herido!

—Señora Kernighan, por favor —pidió el doctor mirándola desde lo alto de su caballo—, haga que avisen a Ernest. Los que me han hecho esto podrían hacérselo a alguien más si no los capturamos. Usted misma no está segura...

—¡Oh, Dios mío! —dijo llevándose la mano a la boca—. ¿Y para qué necesitan a mi hijo?

—Es posible que tenga alguna información al respecto y pueda ayudarnos a capturarlos —dijo el médico, que parecía haber tomado las riendas de la situación.

—Está bien, está bien. Moses —dijo volviéndose hacia su mayordomo—, ve a buscar al señorito.

—Señora —dijo el esclavo bajando la voz—, dijo que nadie lo molestara bajo ningún concepto y ya sabe cómo se pone si no le obedecemos. Además, no sabemos dónde está.

Tyler los miraba con atención y leyó los labios del esclavo.

—Pero estos señores lo buscan... —dijo la mujer asustada.

La mirada del mayordomo le recordó el mal carácter de su hijo y lo que era capaz de hacer si lo contrariaban.

—Señor Hudson, lo siento, pero mi hijo no puede ser molestado en este momento. No se preocupe, le diré que lo necesitan en cuanto acabe con lo que está haciendo. Él irá a verlo a Sunset Bayou.

—No podemos esperar, señora —insistió Tyler empezando a perder la paciencia—. Moses, ve ahora mismo a avisar a tu amo y dile que venga inmediatamente. O dínos donde está y lo iremos a buscar nosotros mismos.

—¿Cómo se atreve? —exclamó la señora Kernighan ofendida—. ¡Y haga callar a esos perros de una vez! Me van a volver loca.

—No envíen a ese negro baboso a avisar al señorito —dijo Amy acercándose a Tyler—. No sabe dónde está y si lo supiese lo único que haría sería avisar a esa rata cobarde.

—¡Amy! —gritó Ellie Kernighan—. ¡Cómo te atreves! Moses, haz que se calle.

Tyler se colocó delante del viejo esclavo.

—Usted no puede inmiscuirse en los asuntos del amo... —dijo Moses con soberbia.

Tyler siguió mirándolo con fijeza y no se movió de donde estaba.

—Estoy seguro de que no quieres enfrentarte a mí, Moses.

—No, no quiero, amo, pero el señorito Ernest me despellejará vivo si no lo hago. Usted no me despellejaría vivo, ¿verdad, señor Hudson?

—No, no te despellejaría vivo —dijo el otro muy serio—, pero si me pones la mano encima delante de estos caballeros tu vida habrá terminado, Moses. Conoces bien la ley. Y, además, sabes también que no servirá para nada porque puedo tumbarte con un solo brazo. Así que vuelve con tu señora, que va a desmayarse de un momento a otro, y nosotros explicaremos a todo el mundo lo mucho que trataste de impedirnos llegar hasta Ernest.

—Ven aquí, Moses —sollozó la señora Kernighan—. Tiene razón ese hombre. Estás demasiado viejo para esto.

Cuando el mayordomo dejó de ser un problema, Tyler se volvió hacia la pobre esclava a la que Ernest había desfigurado por completo y que apenas veía por uno de sus ojos.

—¿Puedes llevarnos hasta donde está, Amy?

La esclava asintió con la cabeza, pero entonces fijó la mirada en los perros que se movían inquietos.

—Me parece que esos perros también conocen el camino —dijo señalándolos.

Tyler los observó un segundo y les dio la orden de seguir a su presa.

Ernest escuchó ladrar a los perros a lo lejos desde mucho antes de que los soltaran, y no tardó en imaginar lo que significaban sus ladridos nerviosos. Miró a la exánime Martha y sonrió. Sin

testigos, lo único que debía hacer era huir de allí lo más rápido que pudiese. Ya pensaría en una historia creíble cuando estuviese a salvo. Cogió su arma y su chaqueta, revisó la habitación de una ojeada para asegurarse de que no se dejaba nada que pudiera incriminarlo y se apresuró a salir de la cabaña. Subió al caballo que había dejado en la parte de atrás y espoleó al animal para largarse de allí como alma que lleva el diablo.

Alexander se bajó del caballo de un salto cuando aún el animal no se había detenido del todo y cayó de bruces al suelo. Lanzó un gruñido áspero y sacó fuerzas de algún recóndito lugar de su cerebro para ponerse de pie y correr hacia la puerta de la cabaña adelantándose al resto de grupo.

Lo primero que sintió al entrar fue un olor nauseabundo, fruto de la mezcla de diferentes fluidos, humanos y no humanos, que no habían sido limpiados en mucho tiempo. Quizá nunca. Pero su capacidad olfativa quedó completamente anulada en cuanto la vio. Un sollozo le estalló en el pecho cuando se acercó y vio el cuerpo desnudo de la mujer que amaba acuchillado, asaeteado y con marcas rojas en el cuello.

—Martha —la llamó tratando de encontrar el latido de su corazón—. Martha, despierta. Estoy aquí, no me dejes.

Cuando Tyler entró en la habitación aguantó la respiración de manera instintiva.

—¿Respira? —preguntó sacando el cuchillo de su cinturón y cortando las cuerdas que la ataban.

—Apenas —dijo el médico—. Capto ligeramente los latidos de su corazón, que son lentos y espaciados. No recibe suficiente aire, tenemos que sacarla de aquí.

Tyler la cogió en brazos y la sacó al exterior. Lo primordial era que respirase aire limpio.

Bobby cogió una manta de su caballo y la extendió en el suelo y Jayden hizo lo propio para taparla con la suya.

El doctor se arrodilló junto a ella y le abrió la boca para soplar en ella.

—¿Qué hace? —preguntó Leo a Bobby, a lo que el esclavo respondió encogiéndose de hombros.

—Imita a Paracelso y su fuelle —dijo Andrew Lutt riéndose, pero Tyler lo miró con expresión grave recordándole que no había nada gracioso allí.

Hudson miraba inquieto a su alrededor, debería ir tras Ernest, pero no quería dejar al doctor y a Martha por temor a que pudieran volver a atacarlos.

—Llévate a Bobby y a Stuart —dijo Jayden sabiendo lo que pensaba—. Los demás nos quedaremos para protegerlos y los llevaremos a casa en cuanto el doctor lo permita.

Tyler miró al capataz de Fairfax, que se encogió de hombros. No es que tuviese muchas ganas de salir a cazar a Ernest Kernighan, pero quizá su padre le agradecería que hubiese alguien que vigilase a Hudson cuando lo encontrase.

—Vamos —dijo Tyler dirigiéndose a su caballo.

Capítulo 13

El *Garçonnière* estaba completamente vacío. No quedaba ni rastro de la escuela ni de lo ocurrido aquella nefasta noche del 20 de diciembre. Eliza se había encargado de que se limpiara todo, pues sabía que verlo la torturaría. Dominic y Zachary habían arreglado las ventanas y la puerta, pero el silencio y el vacío de aquella sala que en otro tiempo estuvo llena de niños le provocaba una profunda tristeza.

La escuela se había terminado, no solo porque Tyler se lo hubiese ordenado, ella misma la habría cerrado después de lo ocurrido. Se sintió estúpida al pensar en lo orgullosa que se sentía de lo que había conseguido. Que había sido todo un logro que los propietarios dejaran que algunos de los hijos de sus esclavos acudiesen a las clases.

Olivia sabía que James Ward estaba en contra de su iniciativa y que la había criticado duramente en multitud de ocasiones. Ninguno de los esclavos del terrateniente había pisado la escuela y, según sus propias palabras, jamás lo harían. Por eso debería haberle resultado sospechoso que todos los demás diesen un paso contra esa doctrina. Ahora estaba segura de que no había sido algo fortuito. Aquellos hombres enviaban a esos niños con el consentimiento de Ward, aunque no llegaba a entender cuál era la finalidad de tal comportamiento.

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y los sollozos la sacudieron inclementes. Llevaba sin dormir bien desde que trajeron a Martha. Se tapó la cara con las manos y lloró casi con desesperación. La pobre muchacha seguía en un estado de perturbadora indiferencia desde entonces. Durante el día estaba despierta, pero su mirada perdida no respondía a ningún estímulo. Ni siquiera la presencia del doctor Hockton conseguía hacerla reaccionar. Y cuando dormía... ¡Oh! Eso era mucho peor porque entonces la asaltaban las pesadillas en las que revivía todo lo que le hizo ese...

El tío Nat dijo que sería mejor llevarla al poblado y que allí la atendiesen las mujeres, en lugar de estar en la casa, pero Olivia se negó rotundamente. No dejaría que la sacasen de la casa, de algún modo se sentía culpable por lo que le había ocurrido y consideraba su deber cuidarla y protegerla. Durante días la madre de Martha se mantuvo junto a la cama de su hija, después de que Olivia la liberase de todas sus ocupaciones.

Nunca olvidaría la Navidad de 1860, se quedaría en su retina para siempre y el futuro no vaticinaba un escenario halagüeño.

Carolina del Sur abandonó la Unión la misma noche que Ernest Kernighan creyó haber matado al doctor Hockton y se llevó a Martha a su cabaña de torturas. Misisipi, Florida, Alabama y Georgia la siguieron y todo apuntaba a que Luisiana lo haría de manera inminente. Esos estados habían creado la Confederación y Lincoln debía estar haciendo planes para declararles la guerra. Si no lo había hecho ya era porque aún no había sido investido presidente. Las nubes de tormenta se cernían por encima de sus cabezas irremediamente y el Sur se frotaba las manos orgulloso de su bravuconada.

Durante todo ese tiempo, con tan graves acontecimientos, Olivia se sintió sola y profundamente triste. Y también egoísta y culpable por compadecerse de sí misma cuando Martha había sufrido tanto y el país caminaba decidido hacia el abismo. La separación emocional que Tyler había instaurado en su relación resultaba dolorosamente insoportable para ambos, pero ninguno había sido capaz de desandar el camino y regresar a los brazos del otro. Los silencios, las veladas recriminaciones, los rechazos... Por eso aquel día de finales de enero, sin fuerzas ya para seguir disimulando, había ido hasta el *Garçonnière* y dado rienda suelta a sus emociones. Necesitaba estar sola para desahogarse y sacar de dentro toda la angustia y la tristeza que había acumulado durante todo ese tiempo.

Agotada, secó sus lagrimas, se puso de pie y se sacudió el vestido. Ojalá llevase sus pantalones de montar. Ojalá nada de todo aquello hubiese pasado y Tyler no se hubiese convertido en el ser duro e inflexible capaz de amenazarla con lo que más daño podría hacerle en el mundo. Maldijo una y mil veces a Ernest Kernighan y a su repugnante corazón, capaz de torturar de un modo tan atroz a una dulce criatura como Martha, por arrastrar con ello todo cuanto encontró a su paso, incluido su matrimonio.

Se movió por el aula tratando de calmar aquella furia que la atacaba a oleadas y que debía contener, como cuando escuchaba las conversaciones de aquellos hombres que hablaban de los negros como si fuesen poco menos que animales. Que se jactaban de utilizar mano dura con ellos cuando se «salían del redil», y excusaban las veces que se les iba la mano y acababan dejándolos lisiados o muertos. Aquellos que «lamentaban» lo que le había ocurrido a Martha, pero negaban cualquier implicación de uno de sus eminentes vecinos.

Pero ella era una dama y debía actuar como tal. Así se lo había ordenado su marido. Ese desconocido que convivía con ella y que se había llevado al amor de su vida a un lugar oscuro y secreto del que temía no volviese jamás.

Una dama. Siempre sonriente, siempre despreocupada. ¿Cómo había catalogado Ellie Kernighan lo que le había sucedido a Martha? ¡Como un desgraciado accidente! La madre de Ernest se presentó en Sunset Bayou con un pedazo de tela «para que Belinda le hiciese un vestido a esa pobre muchacha». Cuando Olivia le explicó que estaba muy mal y que no sabía cuánto tiempo tardaría en recuperarse, Ellie sonrió condescendiente y respondió: «nadie más que yo

gusta de mimar a estas negritas, pero no se deje engañar, les encanta haraganear».

Olivia sonrió perversa al recordar cómo la había llevado hasta la habitación en la que tenían a Martha y la obligó a ver el estado en el que la había dejado su hijo. Le explicó cada una de las heridas, mordiscos y golpes que había recibido sin escatimar en detalles y cuando la mujer se negó a creerlo, destapó a la víctima y le mostró las crueles heridas. La señora Kernighan no pudo ya disimular más y sollozó horrorizada sin poder apartar sus ojos de la mirada perdida de Martha.

«Mi hijo no ha hecho esto...», había repetido una y otra vez. A lo que Olivia le había respondido: «Sabe que su hijo ha hecho esto y cosas mucho peores. Lo sabe y sé que eso la horroriza, pero no debe excusarlo nunca más, señora Kernighan, porque eso ha permitido que extienda su reino de terror por toda esta tierra». Después de eso la mujer se marchó de Sunset Bayou completamente desolada y los criados la vieron subir a su carruaje deshecha en llanto y jurando que no volvería a pisar aquella casa.

Cuando Tyler supo lo que había pasado la regañó con severidad, sin dejarla hablar. Le ordenó no volver a violentar a ninguno de sus vecinos y le advirtió que no le convenía acabar con su paciencia.

De pronto volvió aquella rabia que la atravesaba como un cuchillo. Odiaba aquella tierra, la odiaba y la amaba al mismo tiempo. Era un lugar hermoso, un lugar donde el sol brillaba y los campos de algodón se extendían blancos y brillantes como un manto nacarado. Una tierra en la que había encontrado el amor y donde había nacido su hijo. Pero también era el lugar en el que residían aquellos retrógrados inmisericordes que habían emponzoñado la belleza cubriéndola de lágrimas y sangre inocente.

Sabía que la guerra era el peor de todos los males, porque la única que sale vencedora de ella es la muerte. Si había guerra no obtendrían más que sufrimiento. Sufrirían los hombres llamados a luchar y las mujeres que esperarían ansiosas el regreso de sus maridos e hijos, conscientes de que muchos no volverían jamás.

Y, sin embargo, si alguien le hubiese concedido un deseo habría pedido convertirse en Atenea, la diosa de la guerra, y que la dejasen lanzar sus huestes contra un mundo enfermo para el que ya no había esperanza.

—No podemos seguir buscándolo, debemos asumir que ha escapado —dijo Bobby mirando a Tyler con preocupación—. Tienes que aceptarlo de una vez.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Bobby? —dijo mirándolo por encima de su vaso de *whisky*.

—No significa que nos olvidemos de él. Ese hijo de puta no permanecerá siempre escondido.

—Sabía que Ernest me tenía ganas, pero nunca pensé que se atrevería a tanto. De haberlo

sabido...

—No fue por ti. Estoy seguro de que no pensó que te lo tomarías como algo personal. Si lo hubiese hecho no los habría tocado.

—Si quiere hacerme daño de verdad sabe qué es lo que más quiero —dijo con la oscuridad en su mirada.

—No creo que ese estúpido tenga capacidad para pensar más allá de su polla —dijo Jayden con desprecio—. No volverá, tranquilo, ya viste cómo se puso su padre. El viejo Kernighan no lo quiere cerca.

Tyler se llevó una mano a la cabeza y se agarró el pelo tirando de él como hacía siempre que la furia lo poseía. Dejó el vaso sobre la mesa, se dirigió a la puerta y salió sin despedirse.

Desde el caballo contempló el *Garçonnière*. Dominic había reparado los destrozos y se veía igual que siempre, pero por algún motivo él seguía viendo las ventanas arrancadas de los goznes y convertidas en astillas y los pedazos de la puerta amontonados en un lado junto a la pared. Si por él fuera, le habría prendido fuego. Apretó los dientes y su mandíbula se marcó rotunda, al tiempo que respiraba hondo para intentar sosegar su ánimo antes de entrar. Desmontó y dio dos vueltas a las riendas alrededor de la rama de un árbol.

Olivia se giró y se encontró con una mirada entre confusa y enfadada.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Tyler con dureza.

—Necesitaba estar sola y nadie viene ya por aquí.

—No quiero que te alejes de la casa, y menos tan tarde. Está a punto de anochecer.

—¿Ahora también soy tu prisionera?

Su marido apretó los labios, enfadado. Tenía la misma expresión que el día que buscó consuelo en sus brazos después de su infructuosa persecución. Ella se había subido el camisón y le había pedido que lo hiciese rápido mientras le giraba la cara como si le repugnase su contacto. No imaginaba que se pudiera sentir semejante desolación y tristeza. Sintió que le arrancaba el corazón de cuajo. Desde entonces no habían vuelto a dormir juntos y el abismo entre ellos se iba haciendo más y más profundo.

—¿Has venido caminando? —preguntó con la misma expresión enfadada—. Al menos podrías haber traído tu caballo.

—No me dejas montar a horcajadas, así que prefiero caminar.

Tyler vio en su rostro el rastro que habían dejado las lágrimas e imaginó por qué había buscado aquel lugar para desahogarse. Igual que él.

—Si piensas venir por aquí a menudo debes decírmelo para que ponga vigilancia.

Olivia suspiró y movió la cabeza desviando la mirada.

—¿Te parece mal que quiera protegerte? —le exigió él.

Su esposa lo miró con expresión cansada.

—Si he venido aquí es para estar sola. ¿Entiendes el concepto de «sola»? Si me pones vigilancia tendré a uno o varios hombres esperando ahí fuera mientras lloro, grito o lo que sea que necesite.

—Lo siento —dijo sincero—, sé que todo esto está siendo...

Estaba emocionalmente exhausto. Sabía que hacer lo que hizo le iba a suponer un distanciamiento de Olivia, pero no imaginaba que sería tan terriblemente doloroso.

—Vamos —dijo haciéndole un gesto para que saliese de allí—, volveremos juntos.

—No es necesario —dijo ella temblando solo de pensar en subir a su caballo y sentirlo tan cerca.

—Sí lo es —dijo rotundo.

Olivia apretó los labios molesta. Si había algo para lo que sus padres nunca la prepararon fue para convertirse en una mujer sumisa, y aquella situación iba a acabar con sus nervios.

Salieron los dos del *Garçonnière* y Olivia esperó a que su marido juntara las manos y la ayudara a montar, pero Tyler se subió ágilmente, se inclinó y la elevó agarrándola de la cintura y sentándola delante de él.

Hizo que el caballo caminara sin prisa y Olivia lo maldijo por tomarse su tiempo. Lo tenía pegado a ella y sentía el brazo que la rodeaba rozando uno de sus pechos a pesar de sus esfuerzos por cambiar de posición.

—¿Cómo está Martha? —preguntó Tyler con voz profunda tratando de poner su atención en el camino y no hacer caso de sus sentidos, que se embriagaban con el aroma de su cabello.

—Igual —respondió Olivia con tristeza—. Sigue sin decir una palabra. Las heridas de su cuerpo se están curando, pero me temo que para las del alma no tenemos nada.

—Hockton se encargará de eso —dijo él.

Olivia asintió y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas al recordar con qué cariño y esmero la cuidaba Alexander.

—Me dio las gracias —dijo Olivia casi sin voz—. Me dijo que poder verse en el *Garçonnière* había sido lo más maravilloso que nadie había hecho jamás por él.

Tyler sintió cómo el frágil y adorado cuerpo de su esposa se agitaba y supo que estaba llorando antes de escuchar los sollozos. No dijo nada, pero su abrazo se hizo más apretado y también más tierno.

—Señor Hudson. Señora. —Thomas los recibió en la entrada, nervioso—. El señor Ward lleva esperándolo un buen rato en el salón.

Tyler bajó del caballo con el ceño fruncido y ayudó a Olivia a descabalgarse, depositándola en el suelo con delicadeza.

—¿Ward? —preguntó extrañado.

—Sí, señor —afirmó el esclavo—. Dice que tiene algo urgente de lo que hablar con usted. Olivia se volvió a su marido.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó.

—No —dijo él negando con la cabeza—. Ve a descansar un poco.

Olivia lo miró con tristeza. No pudo evitar acordarse del tiempo en el que hacían esas cosas juntos. Sin decir nada más entró en la casa.

—Encárgate de que lo cepillen bien y le den de comer —dijo Tyler poniendo las riendas de su caballo en la mano del mayordomo.

Thomas lo vio entrar en la casa con expresión preocupada. Todos sabían que el matrimonio de sus señores no iba bien y eran conscientes de que ninguno de los dos era feliz en esos días.

—Siento haber venido a estas horas sin avisar —dijo Ward cuando vio aparecer a Tyler.

«Que avisara no le haría menos molesto», pensó el otro estrechándole la mano.

—¿Le apetece tomar algo? Falta un buen rato para la cena y a mí me sentaría bien una copa.

—Nunca digo que no a un poco de *whisky* —dijo Ward sonriendo.

—¿Y a qué debo su visita? —preguntó Tyler sentándose en una butaca frente a Ward cuando ya disfrutaba de su *whisky*.

—Antes que nada, ¿cómo está Martha? —preguntó solícito.

—Mal —dijo Tyler sin apartar la mirada de aquellos ojos insensibles.

—Cuánto lo siento —dijo el otro sin variar su expresión—. Aún no puedo creer que Ernest hiciese algo tan poco...

Tyler esperó viendo que le costaba encontrar la palabra justa.

—No es mal muchacho —siguió Ward dándose por vencido—. Lo conozco desde que era un crío y aún me cuesta creer que hiciera esas cosas que dicen.

Tyler mantuvo la mirada expectante y una sonrisa neutra en su boca. No pensaba decir nada que le pusiera en evidencia.

—No voy a excusarlo como hace su padre, algo, por otro lado, comprensible. Pero debo decir que su cabeza no debía estar bien cuando se atrevió a secuestrar al doctor Hockton y a colgarlo como a un esclavo.

Tyler mantuvo la misma sonrisa en sus labios y bebió un largo trago de *whisky*.

—Pero no he venido a hablar de Ernest, sino a informarle de algunos asuntos importantes y a discutir con usted una postura común ante lo que se nos viene encima —dijo Ward entrando en materia—. Mañana Luisiana abandonará la Unión y se unirá a la Confederación. No todo el mundo en Oakville estará contento con la noticia y debemos prepararnos para problemas ocasionales.

—¿Está pensando en alguien en concreto? —preguntó Tyler con mirada irónica.

—Como todos, usted está al corriente de los sucesos que provocaron la marcha de Oakville de la familia Sullivan. Bien, aquel accidente generó una corriente de incomodidad entre los pequeños granjeros. Ya sabe, Hurlock, Colwell...

Tyler asintió dos veces y se recostó acomodándose en su butaca.

—Bien —siguió Ward—. Esos pobres hombres no tienen apenas peso en la toma de decisiones, sus recursos son muy limitados y bastante tienen con sobrevivir cada invierno. Pero son unos cuantos y ya se sabe que el número también importa.

Tyler lo miraba sin poder evitar percatarse de los detalles en el rostro de Ward que veía cada mañana al mirarse al espejo. Aquella constatación de su parecido físico provocó un instintivo sentimiento de desprecio hacia aquel hombre que se había aprovechado de la inocencia de su madre y la había abandonado después.

—... y aunque en otro momento esa asociación no tuviese la menor importancia, en las presentes circunstancias puede ser algo incómodo.

—¿Los granjeros se han asociado? —Tyler volvió a la conversación deshaciéndose de aquellos pensamientos.

Ward asintió y, consciente de que no le estaba escuchando, suspiró impaciente y le resumió la situación.

—No les gustó lo que pasó con Sullivan, se sintieron amenazados y han decidido organizarse para protegerse entre ellos cuando llegue el momento de luchar. Sé que no les gusta el hecho de que nuestros hijos no estén obligados a ir a la guerra...

—Supongo que le parece raro —dijo Tyler con cinismo.

—Nosotros somos grandes propietarios, aportaremos otra clase de «efectivo». Además, el hecho de que no estén obligados a hacerlo no significa que no vayan. Mi hijo Henry, sin ir más lejos, será de los primeros en alistarse, no le quepa duda.

—Como oficial.

—Evidentemente —asintió Ward—. Como usted mismo, imagino.

Tyler no dijo nada y le mantuvo la mirada hasta que a su visitante le resultó incómodo.

—Bien, dejando el tema de la guerra aparte, me gustaría seguir con el motivo de mi visita.

—Adelante.

—Esos hombres de los que le he hablado no tienen esclavos y, por ese motivo, siempre nos han mirado con envidia. Ellos tienen que trabajar sus tierras y apenas sacan para sobrevivir. La envidia es la semilla de todo mal, señor Hudson.

Tyler entrecerró los ojos, pensativo. Comprendía muy bien la preocupación que había llevado a ese hombre hasta su casa y sentía una mano retorciéndole las tripas, empujándole a decirle todo lo que pensaba de él y de los que eran como él. El Sur estaba dividido y Oakville no era una excepción. Por una parte los grandes propietarios querían seguir manteniendo su posición y su

forma de vida, pero por otra eran muchos más los que formaban el tejido social y estos no abogaban por mantener un sistema que en nada los beneficiaba. Teniendo en cuenta que los grandes propietarios poseían la mayor cantidad de la riqueza del país, estaba claro que aquellos humildes campesinos poco podían hacer para evitar lo inevitable.

—Soy consciente —siguió Ward— de que, a pesar de ser usted el mayor propietario en muchas millas a la redonda, esos granjeros no lo ven como a uno de nosotros. Supongo que su origen humilde les da... confianza.

—Probablemente —confirmó—. El ser humano es gregario, tiende a agruparse con los que considera afines.

—Eso pensaba —dijo Ward.

—¿Y qué quiere que haga al respecto?

—Lo que queremos es que explote esa consideración, que se acerque a ellos y averigüe qué tramaman. Sabemos que los yanquis tienen ojos en todas partes y no querríamos que esos desgraciados pasaran información delicada o perjudicial para el resto.

Tyler frunció el ceño.

—¿Creen que están confabulados con el Norte? —preguntó riendo.

—Cuando entremos en guerra cualquiera puede ser nuestro enemigo. Podrían pasarles información, allanarles el camino...

—¿Y cómo harán eso? ¿Con señales de humo, como los indios?

Ward sonrió también aunque sus ojos mantenían una mirada fría, lo que hizo su expresión perversa.

—No debemos bajar la guardia, señor Hudson. Y si quiere proteger a su familia entenderá que esto es mucho más peligroso de lo que parece. Cualquiera puede boicotearnos desde dentro. Cuando empiece la guerra no seremos nosotros los que invadamos el Norte, serán ellos los que vengan a quitarnos lo que es nuestro. No lo olvide.

—No lo olvidaré —dijo Tyler poniéndose serio.

—Desde que se produjo el desgraciado incidente en su *Garçonnière* se ha mantenido aislado de todo. No ha asistido a las reuniones que hemos tenido para hablar de la situación política y sentar las bases sobre las que deberíamos actuar en adelante.

—He estado muy ocupado buscando a Ernest y asegurando la protección de mi familia —dijo Tyler sin mostrar expresión alguna.

—No voy a ocultarle que algunos de los miembros de nuestro selecto grupo se sienten... ¿Cómo lo diría? Más cómodos sin su presencia. Aunque las cosas han cambiado notablemente desde que su esposa cerró la escuela.

Tyler mantuvo la tensión a raya y la boca cerrada.

—Sabe que la actitud de la señora Hudson respecto a algunas de nuestras costumbres —siguió

Ward— provocaba cierta incomodidad en algunos de nuestros amigos. Pero todos hemos visto que por fin usted decidió tomar las riendas y ponerla en el sitio que le corresponde. Eso ha relajado los ánimos.

Ward se puso de pie para dejar el vaso en el lugar de donde Tyler lo había cogido y aprovechó para llenar su pipa junto a la chimenea.

—Reconocerá que las cosas se pusieron un poco tensas el otoño pasado con esa criada de los Kernighan...

—¿Se refiere al suceso con Amy? —Tyler entornó ligeramente los ojos.

—Así es.

—Desde que nació nuestro hijo mi mujer es muy sensible a todo lo que tiene que ver con la maternidad.

—Es comprensible —dijo Ward con aquella desagradable sonrisa—. Pero estará conmigo en que no puede compararse el sentimiento de una esclava con el de una madre de verdad.

—No sabía que las esclavas no fuesen madres de verdad.

—Ya sabe a lo que me refiero. Una mujer de nuestra sociedad no podría soportar verse separada de un hijo. Esas mujeres no tardan en olvidarse de ellos. Y lo digo por experiencia. Con unos pocos días y teniendo sus amos una actitud paciente, continúan con su vida como si tal cosa.

«Posiblemente porque no tienen otra opción aparte de la de morirse», pensó Tyler manteniendo la indiferencia de su expresión.

—Olivia tiene un corazón enorme y no puede asumir que una madre sea capaz de superar que le arrebaten a su hijo. —Al decir esas palabras su corazón tembló traspasado por un cuchillo. Eso era exactamente con lo que él la había amenazado.

—Lo entiendo, las mujeres, ya se sabe. Pero es nuestro deber controlar esa... excesiva sensibilidad. ¿No cree? Una actuación como la que tuvo su esposa frente a Ellie Kernighan puede suponer un enfrentamiento indeseable entre sus maridos.

—La señora Kernighan golpeó a Amy con una vara porque el té se había quedado frío —dijo Tyler con voz tensa—. Y eso sucedió tan solo tres días después de que Ernest se jugara a las cartas al pequeño Louis. Convendrá conmigo en que fue un episodio muy desafortunado por parte de Ellie Kernighan.

—No conozco los motivos exactos y no es de mi incumbencia —dijo Ward con expresión grave, y después aspiró con fruición el humo de su pipa—. Y tampoco lo es de su esposa. Sé que puede sonar duro, pero cuanto antes comprendan que su criterio está supeditado al nuestro, mejor nos irá a todos.

Tyler mantuvo una indiferente expresión, aunque por dentro le hervía la sangre. ¿En eso se había convertido frente a Olivia? ¿Así era como ella debía verlo ahora?

Ward asintió mientras aspiraba el humo de su pipa, como si estuviese leyendo sus

pensamientos y le diese la razón.

—Su mujer actuó de un modo imperdonable al quitarle la vara a la señora Kernighan en su propia casa y frente a una esclava. Pero estoy convencido, a juzgar por lo mucho que ha cambiado en estos últimos dos meses, de que ha conseguido que lo entienda. Y convendrá conmigo en que es un placer indescriptible domar a una buena hembra. Yo disfruté mucho cuando me casé, sobre todo al principio que es cuando hay que medir fuerzas.

Tyler tuvo un estremecimiento, pero supo hacer que no fuese visible. Se mantuvo en silencio y apuró el contenido de su vaso.

—Bien, no quiero molestarlo más —dijo Ward dando por terminada su visita—. Cuento con usted para vigilar a esos granjeros.

Tyler asintió ligeramente y ambos hombres se despidieron sin más ceremonia. Una vez solo se sentó de nuevo y se recostó contra el respaldo cerrando los ojos unos segundos. Debía pensar muy bien lo que iba a hacer. Acercarse a Hurlock, Colwell y los demás granjeros era más peligroso de lo que pudiese parecer a simple vista. Hurlock era un hombre cabal y muy honrado, con un estricto código de honor que jamás se saltaba, pero también era un hombre perspicaz y muy astuto y en eso solo Colwell podía hacerle sombra. Los dos serían contendientes brillantes en una batalla dialéctica. Y ahí estaba su mayor peligro, porque podrían descubrirle si despertaba su curiosidad. ¿Cómo ser quien eres, con personas a las que respetas y cuyas ideas compartes, haciendo que los demás propietarios creen que finges? ¿Y cómo mostrarse sincero con esos granjeros sin que sus perspicaces mentes descubran que has ido mucho más allá y has intervenido, de manera mucho más concreta, llevando justicia allí donde no la había?

Capítulo 14

Olivia entró en el salón y cerró la puerta con tanto cuidado que Tyler no se percató de ello y se sobresaltó al escuchar su voz.

—No has venido a cenar. ¿Qué quería Ward?

Tyler tardó un poco en responder.

—Es mejor que no lo sepas —dijo al fin.

Olivia parecía demasiado cansada como para enfadarse.

—Está bien. —Se dio la vuelta para salir.

—Olivia, por favor —pidió él con voz tierna poniéndose de pie—. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir castigándome?

Se acercó a su mujer, que se había detenido sin darse la vuelta, y se quedó a su espalda.

—Intenta comprenderme...

Ella soltó el aire despacio y se volvió hacia él con una expresión que no dejaba lugar a dudas.

—¿Comprenderte? Me duele el corazón solo de recordar lo que me dijiste, ¿cómo podría comprenderte? En los últimos dos meses he vivido con la amenaza de tu repudio y el miedo de que me quitases a mi hijo.

—A nuestro hijo —aclaró él.

—Me has culpado de lo que Ernest les hizo a Martha y al doctor...

—Yo no te he culpado —dijo él con aspecto cansado.

—Sí, lo has hecho. Si yo no les hubiese dado permiso para reunirse en... ¡Oh, no quiero hablar de esto! —dijo dándose la vuelta para salir de allí.

Tyler se interpuso en su camino mirándola decidido.

—No quería decir que fuese culpa tuya.

—Sí querías decirlo. Es exactamente lo que quisiste decir. Si yo no hubiese abierto la escuela nada de todo esto habría pasado. Pero ¿sabes qué? Si no hubiese venido a este país, tampoco.

—No digas eso —suplicó él—. No imagino mi vida sin ti.

—¿Ah, no? Y aun así me habrías repudiado y echado de tu lado. Me habrías devuelto a Inglaterra como una herramienta defectuosa. —Tenía los ojos llenos de lágrimas y una mirada tan dolida en ellos que Tyler sintió una mano que le estrujaba el corazón—. ¿Cómo pudiste decirme algo así? ¿De verdad me quitarías a mi hijo?

—Eres una mujer inteligente y razonable, supuse que entenderías mi situación —dijo mirándola enfadado por querer obligarlo a repetirlo—. Solo te exijo obediencia en aquello que puede poneros en peligro. ¡Quiero protegeros!

Olivia respiraba con agitación. Los últimos dos meses habían sido los peores de su vida con diferencia y la tensión que había acumulado pugnaba por salir de modo violento. Aun así, ansiaba perdonarlo, tan solo tenía que decirle una palabra y ella correría a sus brazos. Necesitaba que le demostrase que seguía siendo el mismo hombre del que se había enamorado, alguien incapaz de hacerle daño fuesen cuales fuesen las circunstancias.

—No puedo asumir que mi marido puede ser cruel, injusto y despiadado conmigo —dijo mirándolo a los ojos—. Pero tampoco puedo aceptar que quieras privarme de ser quien soy, que pretendas convertirme en una marioneta en tus manos utilizando la violencia si lo consideras necesario.

—Jamás te he puesto una mano encima.

—Hay muchas clases de violencia. No se me ocurre ninguna peor que amenazarme con quitarme a mi hijo si no hago lo que quieres.

—Todo lo que hago es por vuestro bien —dijo incrédulo—. ¿De verdad no lo entiendes?

—No soy ninguna estúpida, puedo entender cualquier cosa que me expliques. Cualquier preocupación podemos discutirla y encontrar la solución juntos. No tienes por qué mangonearme y dirigirme a tu antojo. Y tampoco tienes por qué amenazarme.

—No es cierto, Olivia, no entiendes cualquier cosa que te explique. No cuando estás convencida de tener razón. Entonces da igual el argumento que utilice, no atiendes a nada ni a nadie. Esa escuela ha sido un peligro desde el principio y te lo dije muchas veces. Te supliqué que la cerrases, que esperases a que amainase el temporal político antes de volver a abrirla, pero no me quisiste escuchar. Cuando algo no te interesa cambias de tema y lo zanjás sin que mi opinión te importe una mierda.

—No me hables así.

—¿No te ha quedado claro ya la clase de hombre que es Ernest Kernighan? ¡Podrían haber quemado la escuela con todos dentro! ¡Nuestro hijo, Olivia!

—Eso no...

—¿No qué?

Olivia temblaba como una hoja. Todos aquellos pensamientos habían ocupado su mente desde que encontraron a Martha. No lo había admitido frente a él porque si lo hubiese hecho habría sido como reconocer que tenía razón, que había puesto a su hijo en peligro de manera irresponsable. Pero es que jamás imaginó que...

—Dime que confiarás en mí —pidió Tyler muy serio—. Dime que harás lo que te diga que hagas, sin protestar, que me harás caso cuando te explique que hay algún peligro. Dímelo y te juro

que jamás volverás a oírme decir lo que te dije.

Estaba fuera de sí, sus músculos estaban tensos y su mirada era fiera e intimidante. Olivia había empalidecido y le temblaban las piernas.

—Primero contesta a mi pregunta —dijo ella con voz temblorosa pero firme—. ¿Serías capaz de separarme de mi hijo?

—¡Maldita sea! —Mordió las palabras como si no quisiera dejarlas salir—. Eres la mujer más tozuda que he conocido en mi vida. Crees que se puede cambiar el mundo hablando, que solo es una cuestión de voluntad. Pero te equivocas, Olivia.

Ella dio un respingo reaccionando a la violencia que emanaba de su cuerpo.

—¿Yo te doy miedo? ¿No temes a esos animales y me temes a mí? Pero ¿qué clase de persona crees que soy? ¿Alguna vez te he dado motivos para pensar que...?

Se apartó de ella y apoyó las manos en la pared como si quisiera empujarla y derribarla. Bajó la cabeza sintiendo cómo la adrenalina se extendía por todo su cuerpo y temiendo que sus músculos se tensaran hasta romperse.

Olivia fue consciente de pronto de lo mucho que estaba sufriendo. Durante aquellos dos meses, su propio dolor no le había permitido comprenderlo. Ahora, al verlo tan derrotado, al sentir los enormes esfuerzos que hacía para no romperse frente a ella, sintió una extraña emoción. No era alegría, no quería verlo sufrir, pero había cierto regocijo en aquel sufrimiento compartido. De algún modo su amenaza los había dañado a ambos y nadie se hace daño a sí mismo si no es por una muy buena causa. ¿Qué sería capaz de hacer ella para proteger a aquellos a los que amaba?

Se acercó lentamente y puso una mano sobre su hombro. Tyler gimió temiendo no poder contener su angustia, no quería llorar como un niño, así que se apartó, fue hasta la botella de *whisky* y vertió una generosa cantidad en un vaso. Bebió un largo trago antes de volverse a ella.

—Te contaré lo que quiere Ward —dijo él mirándola a los ojos.

Olivia asintió y se sentó en el sofá escuchando atentamente el relato de su marido.

—¿Entonces crees que los granjeros no están de acuerdo en abandonar la Unión? —preguntó ella cuando hubo terminado.

—No —dijo Tyler, que se había sentado en la butaca situada frente a ella—. Y se han organizado antes de que Luisiana siga a los otros Estados. No sé qué pretenden, pero a nuestros vecinos no les gusta que haya esta clase de movimientos cuando estamos ante una inminente guerra.

—Ya no lo pones en duda —dijo ella con perspicacia.

Tyler negó con la cabeza y después dio un largo trago a su bebida. Tenía el estómago vacío y no debería beber si...

—Voy a pedir que te traigan algo de comer —dijo Olivia poniéndose de pie.

—No es necesario...

Antes de que terminara la frase, Olivia había salido del salón. Regresó al cabo de unos minutos con una bandeja en la que había fruta y un emparedado. La depositó sobre una mesilla que colocó frente a él.

—Gracias —dijo Tyler mirándola, pero ella evitó que se cruzaran sus miradas.

—¿Y por qué crees que Ward te lo ha pedido a ti? —preguntó Olivia volviendo al tema.

—Sabe que Hurlock y los demás no me consideran una amenaza. Pero sé cómo es Ward y estoy seguro de que no dejará todos los huevos en una sola cesta. Le habrá pedido a alguien más nos espíe. A mí incluido.

—Una vez hablé con la señora Hurlock —dijo Olivia con inesperada timidez. Hacía demasiado tiempo que no mantenían una conversación—. Me pareció una mujer agradable.

—Lo es, y su marido también. Son personas sencillas que no lo han tenido fácil —explicó Tyler mientras comía—. Entre esos granjeros hay algunos a los que verdaderamente les repugna la idea de que se pueda poseer a seres humanos. Pero hay otros a los que solo los mueve la envidia y sienten el mismo desprecio por los esclavos que los terratenientes. Si a esos hombres les regalaran unos cuantos negros para trabajar sus campos, los aceptarían sin dudarlos siempre que no tuvieran que darles de comer.

Olivia se puso cómoda recostándose indolente. La miseria humana no tenía un escalafón social, campaba ampliamente de una clase a otra sin hacer distinciones.

—¿Y crees que Ward confiará en ti?

Tyler apartó la bandeja, satisfecho, y la miró con ojos vidriosos y cansados.

—No lo creo, seguro que tiene un topo para vigilarme a mí.

—Entonces deberías haberle dicho que no.

Tyler torció una sonrisa.

—Algún día le diré que no a James Ward, pero aún no ha llegado ese momento. ¿Te he contado aquella vez que Henry trató de hacerse mi amigo? Ward no lo permitió, claro, para él yo solo era un zarrapastroso y un don nadie, a pesar de que John me había acogido bajo su protección.

Durante un buen rato Tyler se relajó hablando de aquellos tiempos y consiguieron olvidar lo ocurrido durante los dos meses anteriores. Poco a poco sus sentidos se relajaron y pudieron incluso reír despreocupados con anécdotas sobre Rot cabeza de huevo.

Olivia subió las piernas y reclinó la cabeza sobre el brazo del sofá, mientras Tyler apoyaba los pies en el escabel y la cabeza en el respaldo de su butaca. Se miraban con intensidad, como si todo volviese a ser como antes. Durante mucho rato permanecieron así, sin hablar y sin moverse, como si ninguno se atreviese a dar el paso. Hasta que de pronto Olivia se incorporó, bajó los pies al suelo y se puso de pie dispuesta a marcharse. Sintiendo que su corazón latía demasiado acelerado y temiendo que él pudiese escucharlo.

—Buenas noches —dijo caminando hacia la puerta, pero Tyler fue más rápido.

—Sé que no vas a perdonarme nunca, pero también sé que me amas —dijo su marido con voz ronca y mirada decidida—. Yo también te amo y esta noche no voy a dejar que me apartes de ti.

Olivia dio un paso atrás, aunque no pudo modificar su mirada anhelante cuando él la sujetó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—No voy a forzarte —musitó Tyler muy cerca de su boca—. Pero si no me lo impides voy a cogerte en mis brazos y voy a llevarte a nuestra cama para hacerte el amor como si fuera nuestra última noche juntos. Ahora, Olivia.

Ella temblaba y su corazón latía desbocado. Quería apartarlo, pero sus manos no la obedecían y su boca solo podía sentir su aliento especiado rozándole los labios.

La tomó en sus brazos y la levantó como si de una pluma se tratase. Ella sentía sus fuertes brazos rodeándola y sus pasos firmes, decididos y casi ansiosos.

—Desnúdate —ordenó cuando la dejó en el suelo de su habitación.

Olivia se alegró de que John ya durmiese en su habitación. Una vocecita en su cabeza le gritaba que lo echara, que fuese inflexible con él o haría con ella lo que quisiera. Sintió rabia por desearlo tanto, pero sobre todo, por ser incapaz de traicionarse a sí misma.

—Antes no has contestado a mi pregunta —dijo temblando.

Tyler cerró un instante los ojos como si esperase y temiese aquella reacción.

—No —dijo mirándola a los ojos.

—¿No quieres contestarme?

—No os habría separado —dijo mostrando las palmas de sus manos en señal de derrota.

Olivia sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y apretó los puños furiosa.

—¿Cómo has podido? —lo golpeó fuera de sí—. ¿Cómo has podido hacerme tanto daño?

Tyler la abrazó inmovilizándola.

—¿Que yo te he hecho daño? —susurró él—. Casi me vuelvo loco al darme cuenta del peligro que corrías. Agradece que no te encerrase en un cuarto bajo llave.

Olivia trató de soltarse de su abrazo, pero su marido tenía los brazos de acero y apenas la dejaba moverse.

—Hubiese preferido que me golpearas —dijo mordiendo las palabras.

Tyler la miraba con ojos que la devoraban. El peinado se le había deshecho y el cabello caía libre sobre sus hombros. Tenía una mirada salvaje que lo excitaba de un modo irresistible. Se inclinó sobre ella y la besó con tanta ternura y tanto amor que Olivia perdió toda su fuerza y se derritió entre sus brazos.

—Desnúdate —susurró él contra su boca.

La dejó moverse sin interferir aunque su respiración agitada y la prominencia en su pantalón demostraban el estado físico en el que se encontraba. Olivia se deshizo de las horquillas que

permanecían enganchadas en su cabello y comenzó a quitarse la ropa mientras él la observaba. Se quedó completamente desnuda frente a él, sintiéndose poderosa y más libre que nunca.

—Ahora tú —ordenó ella sin timidez.

Tyler sintió un dolor sordo y voraz. La necesidad y la angustia que llevaba soportando los dos últimos meses lo arrolló como una fuerza de la naturaleza. La deseaba como nunca y sus más primitivos instintos anularon por completo sus inhibiciones.

—Sabía que amarme no te iba a resultar fácil —dijo él sin dejar de mirarla mientras se desnudaba—. Tu espíritu indómito no iba a permitir que te sometieras a mí. Aun así, no me importó, porque lo único en lo que podía pensar era en que quería apoyar la cabeza en tu regazo y sentir tus manos enredando mi pelo y acariciando mi espalda.

Ya desnudo cogió una de las pequeñas manos de Olivia y la llevó hasta su duro miembro.

—Necesito sentir la piel de tus senos bajo mis dedos, besarte hasta que me duelan los labios, poseerte hasta quedarme completamente seco... —dijo mirándola con fijeza—. Perdóname si no soy muy delicado.

Al tiempo que hablaba la llevó hasta la cama y la hizo inclinarse bocabajo sin mover los pies del suelo. Olivia se dejó hacer completamente obnubilada. Sintió la presión de su miembro y se contrajo involuntariamente. Nunca lo habían hecho de ese modo y sentía una excitación desconocida.

—Ahora serás mía y solo mía —dijo Tyler con aquella voz ronca y áspera mientras se metía dentro de ella.

Olivia gimió de placer agarrándose con fuerza a la colcha para tratar de contener las arremetidas, mientras su carne aferraba aquel arma que él blandía con extraordinaria maestría.

—Tu cuerpo me obedece, me responde con cada fibra de tu ser —dijo sintiéndose poderoso—. Haré que me supliques...

Olivia cerró los ojos y se mordió el labio. Sus sentidos habían perdido por completo el control y se arrastraban entre sensaciones de intenso placer que la llevaban al límite de su resistencia.

Tyler se apartó cuando sintió las contracciones contra su miembro y la levantó de la cama tirando de ella sin delicadeza.

—¡Ay! —exclamó ella sorprendida.

El sudor perlaba la frente de Tyler y su pecho se movía agitado con su respiración.

—¿Duele?—dijo entornando los ojos—. Estabas a punto de llegar al clímax y no te lo he permitido. ¿Es eso de lo que te quejas?

Olivia le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó con rabia, exigiéndole con su lengua una compensación. Tyler se colocó entre sus muslos dejando caer todo su peso sobre ella. Le cogió las manos y las elevó por encima de su cabeza.

—Pídemelo —exigió sin moverse.

Olivia estaba a punto de perder la cordura de tanto como lo deseaba, pero sabía que la estaba castigando, aunque el castigo fuese lo más placentero que habían hecho nunca.

—Suplicame —repitió él.

—Acábalo —susurró—. Por Dios, déjame llegar...

Tyler sonrió perverso y se apartó tumbándose junto a ella.

—Tendrás que hacerlo tú.

Lo dijo en un tono que hizo que se erizase el vello de su nuca. Olivia se movió despacio y se colocó sobre él, en el punto exacto, dispuesta a dejarlo sin aliento. Tyler la miraba de un modo intenso y perplejo, como si no pudiera asimilar las emociones que sentía mientras ella iba deslizándolo en su interior. Se sintieron como si aquella fuese la primera vez para ambos.

—Ahora es tu cuerpo el que me obedece —dijo Olivia cuando lo sintió llegar hasta el fondo. Se inclinó ligeramente hacia atrás y dejó caer la cabeza, de manera que la punta de sus largos cabellos acarició los muslos de Tyler.

—Dios... —gimió él presa de una excitación insoportable que debía controlar si no quería que todo acabase abruptamente.

La agarró de las caderas dispuesto a controlar aquella fiera que amenazaba con hacerlo quedar como un adolescente en su primera vez. Y de un salto consiguió cambiar de posición y colocarse en una mucho más rentable para sus deseos. Olivia se quejó, pero enseguida los firmes movimientos de Tyler acabaron con sus reticencias.

Tyler cogió sus manos de nuevo y las subió por encima de su cabeza, mientras con su peso impedía que se moviera a su antojo. Quería ser él quien decidía cada uno de sus movimientos y la presión que ejercía en ellos. Olivia temblaba, de pies a cabeza, cada vez que él alcanzaba el lugar más profundo, y se arqueó bajo su cuerpo tratando de acomodarlo allí para siempre.

Los dos se estaban quedando sin fuerzas. Y entonces él se detuvo, soltó sus manos y agarró su cara obligándola a mirarlo.

—Soy tu marido —dijo con dureza—. Podría hacer contigo lo que quisiera. Podría tumbarte en el suelo y poseerte como un animal. Podría llevarte fuera en plena noche y tomarte mientras tu cuerpo tiritaba de frío. Podría ingeniar las locuras más desquiciantes y hacértelas tantas veces como quisiera. Eres mía, ¿lo entiendes? Mía.

Olivia se puso pálida y su cuerpo se envaró. Trató de moverse, pero la tenía sujeta y su cuerpo era demasiado pesado para siquiera moverlo.

—Hay hombres que disfrutan haciendo daño a sus mujeres —siguió en el mismo tono—. Las golpean con la fusta con la que azuzan a sus caballos... Yo podría hacerte todo eso y más. Podría tomarte contra tu voluntad. Y hacerlo tantas veces como me viniese en gana. Y podría golpearte, como me has dicho antes que preferías.

Olivia lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Pero tú jamás me harías daño —dijo sintiendo la emoción que le estallaba en el pecho.

—Yo jamás te haría daño —dijo él suavizando su voz y con lágrimas en los ojos—. Jamás te haré nada que tú no quieras que haga. Me cortaré un brazo antes que levantarte la mano.

—Lo sé —dijo ella asintiendo.

—Si mañana te despertaras y descubrieras que ya no me amas, te dejaría ir. Sin recriminaciones ni amenazas. Soy incapaz de agredirte en modo alguno y ya deberías saberlo. — Las lágrimas caían de sus ojos yendo a parar al pecho de Olivia—. ¿Cómo pudiste creer que separaría a mi hijo de su madre y lo llevaría al lugar oscuro y solitario en el que pasé mi infancia?

Olivia rodeó su cuello con los brazos y lo besó entregándole sus sollozos. Y juntos terminaron lo que habían empezado, con una emoción sublime y extremadamente intensa.

Tyler miraba a Zach apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados frente al pecho y una expresión inquisitiva.

—¿Para qué voy a hacer eso? —preguntó el hijo mayor de Dominic—. Lisi dejó claro que no le interesa.

—De eso hace ya mucho tiempo, quizá sus sentimientos hayan cambiado con la ausencia. No tienes nada que perder, Zach. Puedes hacerle llegar el mensaje y si acude a la granja de Colwell... Yo me reúno con esos granjeros a menudo y tú puedes acompañarme. Nadie te meterá en problemas estando conmigo.

Zach dejó el trabajo que estaba haciendo y miró a su señor con curiosidad. De verdad se preocupaba por él y no es que no se lo hubiese demostrado un montón de veces, pero, a pesar de todo, seguía sorprendiéndole. Asintió muy despacio.

—Le enviaré un mensaje.

Tyler sonrió.

—Así me gusta —dijo y sin más se dio la vuelta y se alejó de allí.

Lisi estaba cambiada. El tiempo que habían estado sin verse la había hecho reflexionar. Dejar de reunirse con los dos hermanos la devolvió a su vida rutinaria y aburrida como lo era antes de esos encuentros. Era evidente que Leo no sentía lo mismo que ella y Lisi no era de esa clase de mujer que alimenta amores imposibles. Se esforzó en quitárselo de la cabeza y una vez liberado su corazón comenzó a alimentarlo con otros ojos y otras palabras. Zach era un buen muchacho y estaba segura de que podría llegar a quererlo si no se distraía con otros candidatos.

No era una cuestión de esfuerzo, tan solo había que dejar que el roce hiciese el cariño.

—Los pobres son los que lucharán en su guerra —dijo Hurlock con sereno desprecio—. Los señores de las plantaciones se quedarán en sus mansiones azuzando a sus esclavos para que trabajen, mientras pobres diablos como nosotros nos sacamos la tripas por sus intereses.

Todos los presentes miraron a Tyler con incomodidad y él sonrió burlón sin decir nada.

—El señor Hudson sabe que a él no lo consideramos de esa calaña —aclaró Hurlock—. De ser así no estaría aquí.

—Pobres hay muchos —dijo Colwell rellenando su vieja pipa—, y para luchar hacen falta muchas manos. Está claro que tendremos que luchar aunque esta no sea nuestra guerra.

—¿Y en qué bando lucharemos? —preguntó Harry Shah—. Porque yo no estoy dispuesto a dejarme la sesera en un campo para defender que los Ward y los Kernighan puedan tener esclavos que les hagan todo el trabajo. No me da la gana.

—Eso es lo que hemos de discutir —dijo Colwell—, pero no creáis que lo tendremos fácil para elegir. Si queremos luchar por la Unión primero tendremos que llegar hasta ellos y que no nos maten por el camino.

—Y, si nos pillan antes, nos colgarán por traidores —dijo otro de los participantes de la reunión.

—Además, está el hecho de que después de la guerra, si no nos han rajado y dejado nuestro cuerpo tirado por ahí, tendremos que regresar a casa y dar la cara para que nos la partan —apuntó Isaac Beatson, al que Tyler conocía de cuando eran niños y los dos le hacían el trabajo sucio a *Rot cabeza de huevo*.

—No si ganan los yanquis —dijo Hurlock—. Y tampoco penséis que todo el peligro estará en el frente. Si nos quedamos aquí también seremos señalados y probablemente encuentren un motivo para lincharnos. En esta maldita guerra tendremos un papel muy poco favorable.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Isaac—. Si nos quedamos nos darán estopa y si nos alistamos nos la darán también.

—¿Qué opina usted, señor Hudson? —preguntó Colwell.

A Tyler no le gustaba decirles a los demás lo que debían hacer, era un hombre demasiado prudente y sabía que cada uno es él y sus circunstancias, pero no podía obviar una pregunta tan directa. Suspiró después de pensar un rato su respuesta.

—Todos tenéis familia e hijos. Deberíais intentar no participar en la guerra.

—Vendrán a buscarnos —dijo Isaac—. Solo los ricos y poderosos pueden elegir no acudir a un reclutamiento.

—Si eso ocurre no tendréis nada que decidir, Isaac —dijo Tyler—. Lo que digo es que no os adelantéis a los acontecimientos. No os ofrecéis voluntarios, Hurlock tiene razón. En cuanto al bando que deberíais elegir... yo os recomiendo luchar con los confederados.

—¿Qué? —Colwell lo miró estupefacto—. Creíamos que usted...

—No voy a deciros con quién lucharé yo, llegado el caso, aunque creo que ya lo sabéis, pero tengo claro que vosotros deberíais luchar con los nuestros. Como bien ha dicho Isaac, después de la guerra todos tendremos que regresar.

Colwell lo miraba con atención y después de unos segundos de tenso silencio se levantó de su silla y fue en busca de una botella de vino y vasos para todos.

—Bebamos —dijo escanciando la bebida—. Yo voto porque cada uno haga lo que le parezca mejor, pero a los que queden después de la guerra les pido que no se olviden del resto.

Levantó el vaso para brindar y todos hicieron lo mismo antes de apurar el contenido de sus vasos.

Capítulo 15

—Tío Nat, ¿es cierto lo que dicen? —Un grupo de hombres se había acercado a la casa del viejo esclavo para preguntarle—. ¿El señor Lincoln va a venir a liberarnos?

—A ti seguro que no —dijo el viejo sin dejar de chupar su pipa y meciéndose suavemente en su mecedora—. ¿Para qué le iba a servir al presidente un negro tan haragán como tú, Joseph?

Todos los presentes se echaron a reír, incluso Joseph.

—Seguro que es cierto —dijo Tobías—. Los amos de las otras plantaciones están rojos de ira contra ese Lincoln y solo hablan de la guerra. Dicen que el señorito Ernest ha comprado el título de capitán y que es la mano derecha del mayor Norris.

—¿Y quién es el mayor Norris? —preguntó Zachary.

—¿Y cómo voy a saber yo eso? —preguntó Tobías con el ceño fruncido—. Pues un hombre importante.

—Ojalá llegue hasta aquí la guerra —dijo George entre dientes—. Así tendré un fusil para matar al señorito Ernest cuando me lo encuentre,

Nat movió la cabeza y fijó su mirada en el hermano de Martha. Con una ceja levantada y sin soltar su pipa, aspiró varias veces provocando una columna ascendente de humo.

—¿Te parece que esa es una buena manera de pensar, George? —El joven asintió repetidamente y con cara entusiasmada—. ¿Sabes acaso lo que es una guerra, pedazo de borrico?

El joven frunció el ceño visiblemente molesto, pero apretó los labios y no respondió.

—Aquí nadie va a ir a la guerra —dijo Tobías—. El amo Hudson y su esposa son muy buenos con nosotros. ¿Para qué vamos a querer ir a que nos maten?

—Ya veo —dijo el viejo mirando al muchacho y a los demás, que asentían con la cabeza satisfechos de verse libres de la contienda—, pensáis que los yanquis van a luchar por vosotros sin que tengáis que hacer nada.

—Yo lucharé —dijo Samuel, el padre de Prissy—. Lucharé y moriré si con eso mis hijos dejan de ser esclavos.

—Bien dicho, Samuel —dijo Nat con tono afable—. ¿Y qué pasará con tus hijos si te matan? ¿Has pensado en eso?

—¿No te parece bien que los yanquis quieran liberarnos, tío Nat? —preguntó Leo extrañado.

—Claro que me parece bien, incluso ahora siendo un viejo que no sirve para nada, me

gustaría poder ver a todos los esclavos de Luisiana libres. Pero no os toméis la guerra a la ligera. Las balas no hacen distinciones, matarán por igual en ambos bandos. Las balas siembran muerte y los que quedan son quienes recogen la cosecha. No habléis de guerra a la ligera y no penséis que nadie va a hacer nada por vosotros sin pedir algo a cambio.

Todos lo escuchaban con atención y en silencio.

—Ahora más que nunca tenemos que andarnos con ojo, vigilar nuestras espaldas. Debéis estar atentos a lo que oís y veis y no decir nada que pueda hacer enfadar a ningún blanco. Los amos se volverán mucho más beligerantes, sus castigos serán más duros y crueles.

—El amo Hudson nunca nos castiga con dureza —dijo Tobías.

—No, él no, pero están los otros amos y pueden poner al señor en problemas. Ahora más que nunca debéis tener cuidado —insistió.

—Tú eres un viejo —dijo George con rabia—. Hablas como un viejo y piensas como un viejo.

—¡George! —lo regañó Zachary.

—Déjalo hablar —pidió el tío Nat.

George dio un paso al frente.

—No quiero hacerte enfadar, tío Nat, perdóname si ha sonado mal lo que he dicho. Pero no quiero que nadie intente quitarme de la cabeza lo que yo pienso. Iré a luchar. Me uniré a esos yanquis y mataré a Ernest Kernighan. Juro que le rebanaré el pescuezo como a un cerdo y dejaré que se desangre sin apartar la mirada de sus suplicantes ojos.

Todos miraron a George con tristeza.

—Espero que así sea, George —dijo Samuel, al que le hervía la sangre al pensar en lo que ese bastardo le había hecho a su hija—, y ojalá yo esté presente para ayudarte a hacerlo.

Todos asintieron compartiendo la rabia de los dos hombres.

—«Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas» —dijo el tío Nat.

George miró a Samuel, sin comprender.

—¿Qué significa eso? —preguntó el joven desconcertado.

El viejo aspiró el humo de su pipa antes de responder.

—John Caswell solía decir que aquel que se obsesiona con la venganza ya está muerto.

—Pues yo estoy vivo y bien vivo —dijo George muy serio—. Y mataré a ese hombre o no seré libre jamás.

Martha era muy querida para todos y su desgracia era una herida abierta para ellos. Entendían muy bien lo que George sentía.

—Yo también lucharé —dijo Leo.

—Y yo —se unió Zach.

—¿Cree de verdad que es posible que algún día seamos libres, tío Nat? —preguntó el padre

de Prissy.

El anciano tardó unos segundos en responder. Se mecía lentamente mientras fumaba con la vista puesta en el horizonte. Después miró a Samuel y asintió lentamente.

—Estoy seguro de que un día todos los hombres serán libres —dijo.

Los esclavos sonrieron alegres y se felicitaron convencidos de que ese día estaba ahora más cerca, gracias a Lincoln. Poco a poco todos se fueron alejando, en pequeños grupos o solos, para regresar a sus casas. Samuel no se había movido y seguía mirando al tío Nat, que fumaba de su pipa y miraba el horizonte mientras la noche se cerraba sobre ellos.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Samuel convencido de que había un mensaje oculto en aquella afirmación.

—Estoy seguro de que a ti y a tu familia os irá bien en el nuevo mundo que quedará después de la guerra —dijo Nat mirándolo con sus inquisitivos ojos y quitándose la pipa de la boca—. Si sobrevivies.

El viejo se levantó de su mecedora y se apoyó en una de las vigas que sostenía el porche, mientras observaba el cielo pintado de nubes.

—John y yo hablamos muchas veces sobre la libertad de los esclavos. Él era un idealista y soñaba con que algún día la esclavitud sería tan solo un mal recuerdo. Una historia de miedo que les contarían los padres a sus hijos, negros y libres, sentados frente al calor de una chimenea. Pero yo nunca fui optimista en ese aspecto porque he aprendido que el mal, igual que el bien, está en la esencia misma del hombre, que su afán por conquistar y dominar lo consume y que siempre encuentra el modo de sacar partido de los demás. La experiencia me ha enseñado que el ser humano siempre encuentra el modo de esclavizar a otros, ya sea con o sin cadenas.

—¿Y entonces? Has dicho que crees que algún día todos los hombres serán libres... —dijo Samuel confuso.

Nat volvió a meterse la pipa en la boca y la agarró haciendo equilibrios con las pocas muelas que le quedaban.

—Todos seremos libres cuando estemos muertos.

De nada sirvió que Crittenden tratara de evitar lo inevitable presentando sus desesperadas propuestas en Washington para proteger la esclavitud. El día que el general del ejército confederado, Pierre Beauregard, atacó el Fuerte Sumter en Charleston y expulsó al mayor Robert Anderson y a sus hombres, el Sur dio el paso definitivo hacia la guerra. En Carolina del Sur la gente salió a las calles para celebrar lo que consideraban una demostración de superioridad incontestable.

Pero el Norte no podía permitir semejante ofensa y también en Nueva York y en otros estados

de la Unión los ciudadanos se manifestaron para pedir a su presidente que diese el paso definitivo.

Había tenido que disfrazarse para llegar sano y salvo a su proclamación como presidente. En su ánimo la sombra de la guerra pesaba de manera evidente y luchó enconadamente por evitarla. Pero el Sur estaba eufórico y resuelto a proteger lo que creía era su seña de identidad. No se iban a detener.

Y Lincoln respondió.

—Mañana parto hacia Washington —dijo Steven Parry cuando se sentaron a la mesa.

Olivia y Tyler habían organizado una cena para sus amigos, Steven, Alexander Hockton y Julia Rill. Todos asintieron conformes. Había una atmósfera de triste preocupación ante los acontecimientos que se avecinaban.

Abril había sido un mes nefasto, tras lo ocurrido en el Fuerte Sumter algunos exaltados habían salido de sus madrigueras y empezado una escalada violenta hacia aquellos que consideraban simpatizantes del Norte. Atacaron la granja de Hurlock y le abrieron la cabeza cuando intentó proteger su propiedad. Murió dos días después sin que el doctor Hockton pudiera salvarlo. Aquellos hombres portaban uniformes confederados y se movían por Oakville, orgullosos y altaneros, mientras sus conciudadanos los vitoreaban y las mujeres los miraban con devoción. Se creían lo amos del pueblo y campaban a sus anchas sin que nadie los llamase al orden.

—Vuestros vecinos están convencidos de que la guerra durará unas pocas semanas —dijo Steven sonriendo con tristeza—, creo que no se dan cuenta de que son sus vidas las que están en juego.

—Nuestros hombres son los más valerosos. Son excelentes jinetes y saben disparar, los yanquis deberían estar asustados —dijo Julia con evidente orgullo.

Olivia se dio cuenta de que había sido una pésima idea haberla invitado, era el elemento discordante en aquella reunión y todos tenían necesidad de decir cosas que ella no debería escuchar.

Hockton miró a Julia con semblante serio.

—Las balas no distinguen entre uno y otro bando, señorita Rill. Muchos de esos hombres que ahora están tan ufanos prometiéndoselas muy felices regresarán mutilados, enfermos o en una caja de madera. No creo que haya ningún motivo para el optimismo.

Julia se estremeció ante el escenario que el doctor le presentaba y su mano tembló haciendo tintinear el tenedor contra el plato. Soltó el cubierto y se limpió la boca con la servilleta.

—Doctor, sé que parezco ajena a todo lo que pasa, pero soy plenamente consciente de que la guerra es algo terrible.

—Pues cuando la oigo hablar no es eso lo que escucho —dijo él con dureza.

—Tengo un hermano que viste el uniforme confederado —respondió muy seria—. No quiero pensar en verlo mutilado, enfermo o muerto.

—¿Cree que por no pensarlo no ocurrirá? —siguió atacándola el médico—. Lo siento, señorita Rill, el sufrimiento y el dolor no desaparecen porque finjamos no sentirlo. Te corroe las entrañas y te destroza por dentro mientras tú estás sentado a la mesa cenando tranquilamente con unos amigos.

Su rostro había empalidecido por completo y sus manos estrujaban la servilleta sin darse cuenta de ello. Julia se preguntó cómo había podido cambiar tanto su opinión sobre él. Claro que con los rumores que corrían por el pueblo sobre su relación con una esclava...

—Alexander... —musitó Olivia tratando de que regresara del pozo oscuro en el que se había perdido.

Desde aquella aciaga noche de diciembre no había vuelto a ser el mismo. Día tras día había visitado a Martha tratando de curar su alma al tiempo que sanaba las heridas de su cuerpo. Pero su mutismo y el hecho de que a la joven parecía no importarle su presencia habían ido minando su ánimo y arrastrándolo a ese pozo oscuro en el que de vez en cuando desaparecía.

—Discúlpenme —dijo poniéndose de pie de golpe como si acabase de despertar de una pesadilla—. Señorita Rill, no era mi intención... Necesito tomar el aire.

Olivia hizo ademán de ponerse de pie, pero Tyler la cogió de la mano y la miró con un elocuente gesto para que lo dejara.

—Creo que el doctor debería regresar a Illinois —dijo Julia cuando la puerta se cerró.

Olivia la miró decepcionada por su falta de delicadeza.

—Lo digo por su bien —aclaró su amiga rápidamente—. La semana pasada la señora Kernighan lo mandó a buscar porque sufría de una terrible y persistente jaqueca y asegura que se comportó de un modo frío y distante con ella.

Olivia la miraba sin dar crédito a lo que oía.

—Estoy segura de que el doctor Hockton no ha desatendido a ninguno de sus pacientes.

—No digo que la desatendiera, digo que hay modos y modos de hacer las cosas.

—¿Qué esperaba la señora Kernighan? ¿Su hijo estuvo a punto de matarlos a él y a Martha! Por no hablar de las cosas que le hizo a ella... —Olivia enmudeció al sentir la mano de su esposo apretando la suya con suavidad—. Mejor será que dejemos esta conversación.

—Sí, mejor será —dijo Julia apretando los labios con evidente disgusto—. No quiero hablar de esos horribles rumores que circulan por ahí...

—¿Rumores? ¿A qué rumores te refieres? —preguntó Olivia.

—Ya he dicho que no quiero hablar de ello...

—¿Por qué no vienes a Washington conmigo, Tyler? —preguntó Steven tratando de desviar el

tema.

—Tengo que solucionar algunas cosas antes... —dijo su amigo con mirada esquivada.

—¿A Washington? —Julia los miró con frialdad—. Es peligroso para un sureño viajar al Norte en estos momentos.

Los dos hombres la miraron sin responder manteniendo una expresión indiferente.

—Usted es yanqui —siguió Julia—, pero el señor Hudson nació aquí...

Olivia vio algo en los ojos de su amiga que no le gustó nada.

—Para no querer tocar temas desagradables, no haces otra cosa, amiga mía —dijo contenida.

—¿Qué he dicho? —Julia la miró sorprendida—. ¿Acaso no es ciertamente un yanqui? Te recuerdo, Olivia, que el Norte nos ha declarado la guerra...

—En realidad eso no es exacto —dijo Steven—. El ejército confederado atacó el fuerte Sumter y expulsó a sus legítimos ocupantes...

—¿Legítimos? ¡Esos yanquis estaban en suelo confederado! —exclamó Julia soltando la servilleta de golpe en la mesa y apartando la silla para ponerse de pie—. Nuestro gobierno le pidió al suyo reiteradamente que lo abandonasen, pero Lincoln ni siquiera recibió a nuestros enviados.

—¿Su gobierno? —Steven la miraba con acero en los ojos—. ¿De qué gobierno habla? ¡Solo hay un presidente y es Lincoln!

—¿Cómo se atreve? —Julia estaba roja de ira—. Debería volver al Norte inmediatamente.

—Julia, por favor —dijo Olivia poniéndose de pie también—. Siéntate y terminemos de cenar en paz.

—¿En paz? —Su amiga la miró sin dar crédito—. ¿Cómo voy a cenar en paz escuchando lo que he escuchado aquí? Nuestros hombres van a luchar en el frente, es posible que mueran o algo peor. ¿Y quieres que me quede tranquila escuchando las ofensas de este... este...?

Steven la miraba con sorna esperando a que encontrase el calificativo que buscaba.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquila —siguió Julia—. ¿Es que no te preocupa lo que le pueda pasar a tu marido en la guerra? ¿Es que no ves que él es nuestro enemigo?

Olivia empalideció y se hizo un estremecedor silencio. Julia los miró a todos con el ceño fruncido y el desconcierto pintado en su rostro. Después sus ojos se abrieron desmesuradamente al germinar la semilla de la verdad.

—Ahora lo entiendo todo —musitó horrorizada—. No me lo puedo creer, estáis confraternizando con el enemigo.

—Julia, tú no eres así... —Olivia miraba a su amiga con tristeza.

—¿No soy cómo? ¿Creías que no era una patriota? ¿Que sería capaz de traicionar a los míos? He tolerado muchas de las cosas que dices porque te consideraba una buena amiga, pero...

—¿Me considerabas?

—Sí. No puedo seguir siéndolo después de lo de esta noche. Me habían dicho muchas cosas sobre ti y tus pensamientos abolicionistas, pero siempre creí que eras una mujer digna de respeto.

—Nunca te he ocultado mi manera de ver ese tema —dijo Olivia sintiendo que los ojos se le humedecían—. Creí que el que fuésemos amigas, a pesar de pensar de un modo tan distinto, era lo que haría que nuestra amistad fuese inquebrantable. Veo que me equivocaba.

Julia pareció dudar un instante, pero finalmente levantó la barbilla y la miró con frialdad.

—Lo siento, pero no traicionaré a Sur ni por ti ni por nadie. Discúlpenme, caballeros —dijo acompañando la disculpa con una leve inclinación de cabeza.

Olivia la siguió hasta su coche. Thomas había avisado al cochero, que estaba cenando en la cocina, y el hombre corrió a subirse al pescante en cuanto hubo ayudado a sentarse a su ama.

—Siento que te vayas así —dijo Olivia limpiándose una lágrima antes de que cayera de sus pestañas.

—Yo también lo siento, pero no puedo seguir fingiendo que no sé lo que pasa en tu casa, Olivia. Lo del doctor Hockton y esa esclava y ahora esto... Sabes que te quiero, pero en las presentes circunstancias es mejor que no volvamos a vernos. —Giró la cabeza y Olivia se apartó para que el cochero pusiera el carruaje en marcha.

—Cuídate mucho, amiga —dijo haciendo un gesto de despedida.

Olivia vio alejarse el carruaje con sentimiento de pérdida y una sincera tristeza.

—Lo siento muchísimo, Olivia —dijo Steven Parry en cuanto ella regresó al comedor—. No debería haber...

—No te disculpes, Steven —dijo sentándose—. Julia nunca me ocultó que era una mujer del Sur en el más amplio sentido de la palabra. Nunca se sintió avergonzada por defender la esclavitud y era de esperar que tarde o temprano se viera obligada a elegir un bando. Ha sido culpa mía, no debí invitarla esta noche.

—Una cena accidentada —dijo Tyler rellenando las copas de vino—. ¿Dónde narices habrá ido Hockton?

—El doctor también está en peligro —apuntó Steven—, con Ernest Kernighan por ahí comandando un pelotón...

—¿Creéis que se presentará en el pueblo? —preguntó Olivia tratando de disimular lo mucho que temía ese escenario.

Steven y Tyler se miraron buscando en los ojos del otro cuál sería la respuesta más conveniente.

—No hace falta que vayáis con pies de plomo conmigo —dijo Olivia y después suspiró con cansancio—. ¿Por qué creéis los hombres que debéis protegernos de la verdad? La mayor parte del tiempo nos damos cuenta de las cosas antes que vosotros.

Steven sonrió divertido.

—Eso es cierto —dijo asintiendo.

—Si os dierais cuenta de lo tontos que parecéis a veces cuando intentáis protegernos, os aseguro que dejaríais de hacerlo.

Su marido extendió la mano y la colocó sobre una de las suyas tratando de infundirle consuelo. Se avecinaban tiempos muy difíciles para ambos. Para todos.

—¿Cuándo zarpa tu barco? —preguntó Steven mirando a Olivia.

—En una semana —dijo ella bajando la mirada para no mostrar lo mucho que le afectaba ese tema.

Tyler la miró con ternura.

—John conocerá por fin a sus abuelos —dijo tratando de sonreír con sinceridad—. Tus padres están deseando veros a los dos.

Su mujer lo miró emocionada y asintió con los ojos húmedos. Tyler suspiró y cogió su copa de vino para apurar su contenido.

—Tengo un regimiento esperándome —dijo mirando a Steven con semblante serio—. No puedo retrasarlo más.

Steven asintió y bajó la mirada hacia su plato. El silencio inundó la sala y extendió su frío aliento por toda la casa como un fantasma.

Capítulo 16

El edificio del *Garçonnière* se mostró ante él con fantasmagórica presencia. La luna brillaba en lo alto del cielo y revelaba sus bellas formas con impunidad. En su cabeza volvió a escuchar las voces de aquellos hombres gritando y blasfemando mientras daban rienda suelta a la barbarie.

Abrió la puerta y entró en la gran sala vacía con el sonido de sus pisadas como única compañía. Entonces ante él apareció una figura siniestra, una sombra que emergía de las sombras y portaba en su mano un enorme cuchillo con el que lo amenazaba. Al principio no vio su rostro, pero supo quién era porque el olor de su piel y sus cabellos estaba grabado a fuego en su mente.

—Martha —susurró—. Soy yo, Alexander.

La joven esclava siguió blandiendo amenazador el cuchillo de grandes dimensiones. Ahora podía verla y sus ojos eran los de alguien en trance, ajeno a lo que ocurría. El médico comprendió que no era a él a quien veía y que su vida corría peligro.

—¿Recuerdas cuando te clavaste un clavo en el pie y yo te curé? —dijo sin moverse utilizando su voz más suave—. Te gustaba caminar descalza, como ahora. —Señaló sus pies sonriendo con ternura—. Sigues haciéndolo, a pesar de que me prometiste que no lo harías más.

Martha se miró los pies como si los viese por primera vez. Hockton podría haberle quitado el cuchillo entonces, pero no se movió y siguió hablando.

—Unos días después viniste a buscarme a la biblioteca. Viste que estaba triste y quisiste hacerme compañía. Me dijiste algo que no he podido olvidar en todo este tiempo. Dijiste que en este pueblo hay toda clase de personas, mujeres y hombres crueles. Pero también me hablaste de la buena gente que tan solo cierra los ojos porque no pueden soportar ver aquello que no les gusta y que endurecen su corazón para no sentir la desolación que nos embarga a nosotros dos. Profetizaste que mi corazón también se endurecería después de un tiempo viviendo en el Sur. Pero ¿sabes qué? —preguntó negando con la cabeza—, mi corazón no se ha endurecido. A pesar de lo que hemos sufrido y de que no puedo dormir por las noches sin escuchar tus gritos de auxilio. — Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin que quisiera impedirlo—. A pesar de verte todos los días sin poder escuchar tu dulce voz susurrándome al oído, de no poder abrazarte y consolarte como desearía... Mi corazón sigue intacto porque, a pesar de todo eso me, siento agradecido de que tú estés aquí. Sigues viva y eso me hace levantarme cada mañana, agotado y sin fuerzas, pero agradecido. Martha... —Dio un paso atrás al ver que el temor no desaparecía de sus

ojos—. Me sentaré ahí, al fondo de la sala, muy lejos de la puerta, para que veas que puedes escapar, aunque yo no quiero hacerte daño.

Hizo lo que decía y fue a sentarse en el lugar en el que tantas noches habían hecho el amor tumbados sobre unas cuantas mantas. Martha lo observaba todo confusa. Su mirada de terror era ahora de curioso desconcierto, pero no bajó el cuchillo y siguió apuntándole en la distancia.

—Hace unos días recibí carta de Harry —siguió Alexander al tiempo que se recostaba contra la pared—. Le escribí explicándole todo lo que había pasado, necesitaba contárselo porque él es mi mejor amigo y me conoce mejor que nadie. Mi corazón rebosaba dolor y tristeza y me sentía completamente abrumado por esas emociones. Nada me consolaba ni calmaba mi angustia.

El brazo de Martha que sostenía el cuchillo bajó lentamente.

—Llevo su carta en el bolsillo —dijo Alexander al tiempo que la sacaba—. La llevo siempre conmigo y la releo cuando me siento desfallecido. ¿Me dejas que te la lea?

Martha no dijo nada. Ni siquiera se movió.

—Lo tomaré como un sí —dijo el médico limpiándose las lágrimas que habían seguido cayendo de sus ojos. Empezó a leer:

«Querido Alexander.

»He tardado unos días en poder sentarme a escribirte porque he sentido tu dolor como si fuese el mío y he necesitado de tiempo y ayuda para calmarlo y ser capaz de sobreponerme a él. Si yo me he sentido de este modo, no puedo ni imaginarme lo que estaréis sufriendo Martha y tú. Permíteme que la llame Martha, para mí es ya una hermana.

»Tuve que pedir ayuda a nuestros padres para contener la rabia y la impotencia que sentía contra esos blancos que os atacaron. Y precisamente fue tu padre quien me hizo ver que era el hecho de considerarlos «blancos» lo que alimentaba mi rabia y mi frustración. Me preguntó si mi dolor menguaría al saber que no habían sido blancos sino negros quienes os habían dañado de tal modo. Y me di cuenta de que, de algún modo, sí menguaba. Entonces él me hizo ver que yo pensaba como un blanco. Que aquello que despreciaba y que creaba mi frustración era ver el mundo como lo ven esos blancos que os atacaron. Si ellos mandan en lo que soy, ellos ganan.

»Lo que nos hacen no puede definirnos, hermano. Solo nosotros podemos decidir eso. Solo nosotros podemos darles la llave para ser nuestros dueños. Ellos no deciden, solo actúan como lo que son. Nosotros podemos hacer lo mismo: actuar como lo que somos. Y yo decido no odiar. Porque si odio toda mi vida estará definida por actos en los que no tengo nada que ver.

»Esto vale igual para vosotros. Si permitís que lo que os hicieron os defina seréis esclavos de esos hombres el resto de vuestras vidas. Vosotros decidís. No permitáis que ganen.

»Sobreponeros. Levantaos. Nada es más importante que el amor que sentís el uno por el otro. Recordad lo que de verdad importa y desechad lo que no os pertenece. El dolor, la injusticia, la crueldad... todo eso no es vuestro, es de esos hombres malvados cuyas vidas se rigen por esos

sentimientos.

»Regresa a casa, Alexander, y trae a tu mujer contigo. Martha encontrará en nosotros a su familia.

»Tu hermano que te quiere,

»Harry».

Martha seguía inmóvil y con la mirada fija en Alexander. El médico dobló la carta y volvió a guardarla en su bolsillo. Esperaba que las palabras de su amigo calasen en el cerebro de Martha como habían calado en el suyo. Después de unos interminables segundos comprendió que no había conseguido traspasar la capa de desesperanza que la envolvía y se puso de pie decepcionado.

—Voy a salir fuera —dijo con la voz ronca por la emoción—. No me iré para no dejarte aquí sola, pero no te molestaré más. Cuando quieras volver a casa te seguiré a cierta distancia. No me acercaré, no temas.

Caminó hacia la puerta.

—No...

Alexander se detuvo y un escalofrío recorrió su espalda antes de girarse a mirarla.

—No te vayas —pidió Martha con una voz extraña y áspera.

El médico sintió su corazón latiendo desbocado. Martha soltó el cuchillo y siguió mirándolo sin decir nada. No supo cuánto tiempo permanecieron en aquel silencio inmóvil. Después, él se acercó despacio, esperando que ella lo detendría de manera brusca, pero Martha cayó de rodillas con las manos apoyadas en su regazo y la espalda erguida. Sin llorar. Sin hablar. Cuando Alexander se arrodilló frente a ella lo miró como si lo reconociese por primera vez.

—Ese hombre quería mi alma —dijo—. Y yo sabía que no se puede vivir sin alma.

Alexander sintió un dolor intenso en el pecho y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Martha extendió el brazo y capturó una de aquellas lágrimas con un dedo. Después colocó la palma de la mano en su mejilla y lo acarició con ternura.

—Creí que estabas muerto —susurró—, y lo único en lo que podía pensar era en reunirme contigo. Espero que Dios pueda perdonarme.

Alexander sintió que se rompía por dentro, se dobló lentamente y apoyó la cabeza en el suelo mientras los sollozos lo sacudían con violencia. Martha se inclinó sobre él y lo abrazó, como se abraza a un niño que ha estado perdido y por fin ha encontrado su casa. Ella no lloró. Tardaría mucho tiempo en volver a tener lágrimas.

Tyler la miraba embelesado. Olivia dormía plácidamente mientras él permanecía de lado observándola en silencio, con la cabeza apoyada en la mano. Aquella increíble mujer era suya. Suya. Ningún otro hombre había podido acariciarla como él, nadie había escuchado su cálida voz

susurrándole al oído lo mucho que lo amaba. Su corazón albergaba el sentimiento más delicado y profundo que había sido capaz de sentir y sabía que sería capaz de cualquier cosa por ella. Nunca imaginó que sentiría algo así ni que conocerla sería algo tan abrumador y desconcertante.

Olivia se movió lánguidamente acercándose a él, buscando su cuerpo. Tyler se dejó abrazar con una sonrisa satisfecha.

—¿Qué haces despierto? —dijo somnolienta—. ¿Cuánto llevas ahí mirándome?

—No lo sé, pero podría estar así toda la vida.

Ella se desprendió y después se abrazó a él de nuevo. Se acurrucó cuando la rodeó con sus brazos.

—Dentro de una semana zarpará vuestro barco —dijo Tyler—. Tenemos que hablar de ello.

Olivia se apretó contra él sin decir nada. Llevaban meses preparándose para ese momento.

—Estaremos bien —dijo esforzándose en sonar convencida—. Siempre que tú vivas, claro.

Tyler habría deseado prometerle que así sería, que cuando todo acabase estaría allí esperándolos. Pero no podía, sabía que ella no era de la clase de persona a la que le gusta que la traten como si fuese a romperse.

—Haré todo lo que esté en mi mano para mantenerme vivo —dijo con suavidad—. Hoy reuniremos a los esclavos y les comunicaremos nuestra decisión.

Olivia se apartó con desgana y se incorporó. Colocó la almohada y se sentó recostándose contra ella. Tyler también se sentó y la miró de frente.

—¿Crees que abandonarán Sunset Bayou? —preguntó Olivia.

—Algunos sí —dijo Tyler asintiendo.

—¿Has hablado ya con Jayden? ¿Sabe lo que pretendes?

Tyler asintió de nuevo.

—Al principio no le gustó mucho la idea —dijo sonriendo—, pero después de una buena charla y algún que otro grito acabó consintiendo.

—Supongo que preferiría regresar a Carolina del Norte con su familia.

—Era su intención, sí —reconoció Tyler.

—Oh, Tyler... —Se levantó de la cama inquieta y preocupada—. No es justo. No podemos anteponer nuestros planes a los suyos. Si yo me quedara podría ocuparme de todo. ¿De verdad tengo que irme? ¿Crees que aquí corremos algún peligro?

—Olivia... —Tyler endureció su expresión.

—Lo sé, lo sé, te lo prometí. No tengo intención de hacer nada en contra de lo que acordamos... A no ser que cambies de parecer.

—No voy a cambiar.

—Escúchame. —Se subió de nuevo a la cama y se sentó sobre sus pies poniéndose de rodillas frente a él—. Aquí hay más de doscientas personas que nos protegerían a John y a mí.

—Olivia, no.

Ella lo miró unos segundos en silencio y finalmente asintió.

—Lo prometí y cumpliré mi palabra —dijo con seriedad—, pero creo que te equivocas.

—Y yo tomo nota de tu observación —dijo su marido bajando de la cama y dando por terminada aquella conversación.

Olivia lo observó mientras se vestía y el nudo en su estómago se fue apretando más y más. Corrió a abrazarlo apretando la mejilla contra su espalda. Su marido giró y la envolvió con sus brazos conteniendo su propia emoción. No resultaba fácil para él saber que, lo que más quería en el mundo, iba a estar a miles de kilómetros en otro continente. Tan solo el hecho de saber que estarían a salvo mitigaba su tristeza.

Acarició su mejilla mirándola con intensidad antes de besarla. No era tan solo un beso de deseo, era algo mucho más profundo. Olivia le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo, ansiosa y aterrada al mismo tiempo. No quería pensar, no quería llorar, tan solo sentirlo dentro de ella. Ojalá pudiera llevarlo consigo, protegerlo de lo que se avecinaba.

Sin separar sus labios regresaron a la cama. El beso se hizo más intenso y posesivo. Había cierta urgencia en ambos y sus gestos y caricias parecían bordear el sendero de la desesperación. Se desnudaron arrancándose la ropa y volvieron a abrazarse, necesitaban el contacto del otro para soportar la angustia que los abrumaba. A pesar de la ansiedad que sentía, Tyler la penetró suavemente, con movimientos lentos y pausas controladas. Olivia imprimió a sus gemidos una mezcla de dolor emocional y placer físico que consiguió conmoverlo y excitarlo aún más. La besó con palabras mudas y promesas un millón de veces pronunciadas. Sus manos danzaron por su cuerpo, dibujándolo y aprendiéndolo para que perdurara en su recuerdo cada porción de carne y hueso que lo conformaba.

Olivia quería que aquel momento no acabase nunca. Protegerlo entre sus piernas y mantenerlo a salvo. El placer la inundó por completo, bañando cada fibra de su ser, subiéndola a una ola cálida y ascendente que parecía no tener fin.

Pero el fin llegó.

Alguien golpeó en la puerta insistentemente. Olivia se cubrió con la colcha y su marido se levantó de la cama y se puso una bata antes de abrir.

—¿Qué ocurre? —preguntó irritado por la insistencia. Apenas había amanecido.

Eliza lo miraba con preocupación.

—Señor Hudson, debería vestirse y bajar cuanto antes. Steven Parry y el doctor Hockton están abajo esperándolo. Dicen que Ernest Kernighan viene hacia aquí.

Tyler frunció el ceño.

—Está bien, ahora mismo bajo. Lléalos al comedor y que les sirvan el desayuno, Eliza.

—Ya lo he hecho, señor.

Cuando Tyler cerró la puerta y se volvió, Olivia ya estaba a medio vestir.

Capítulo 17

—Tienes que marcharte —sentenció Bobby, a lo que los demás asintieron.

En el salón estaban, además del capataz y de Olivia, Steven, Hockton y Jayden, y todos miraban a Tyler con suma preocupación.

—¿Queréis que salga corriendo porque viene ese pedazo de mierda?

—Trae a una compañía con él —dijo Jayden—. Se han desviado de su camino solo para pasar por aquí. ¿A qué crees que viene? Te la tiene jurada, Tyler.

—Puedes venir conmigo —dijo Steven—. Es una excusa perfecta. Un yanqui que necesita protección para atravesar el Sur sin que lo maten. Igualmente pensabas alistarte en breve, el General Williams ya cuenta contigo.

—Yo iré también —dijo Jayden.

—¡No! —exclamó Tyler—. Tú no te mueves de aquí.

Los dos hombres miraron a Olivia y el capataz comprendió.

—¿Queréis que me vaya y la deje sola? Debéis pensar que estoy loco.

—No la dejas sola —dijo Bobby—. Aquí hay más de cien hombres que se dejarían matar por protegerla.

—Muchas gracias, Bobby —dijo Olivia tratando de sonar serena—, pero no necesito que nadie muera por mí. Ernest Kernighan no tiene nada en mí contra, no me hará daño. Sobre todo delante de sus soldados.

—Avisaré a Ward —dijo Hockton de pronto—. Y a Fairfax, Lutt y los demás plantadores.

Tyler parecía un gato enjaulado. Sabía que si se quedaba y Ernest lo mataba dejaría a Olivia completamente desprotegida, por no mencionar que eso la destrozaría. Y la otra opción era que lo matase él, lo que pondría una soga alrededor de su cuello. Pero la idea de dejarla allí a expensas de ese monstruo...

—Aún falta una semana para que zarpe tu barco —dijo con preocupación.

—No pasa nada, amor mío —dijo ella como si no se percatase de que no estaban solos. Colocó las palmas de las manos en el pecho—. Bobby y Jayden cuidarán de nosotros y de la plantación. Tú debes irte cuanto antes.

—Maldita sea —dijo entre dientes, muerto de preocupación—. Lo tenía todo planeado para no dejaros atrás. Yo no debía marcharme hasta que estuviéseis a salvo.

—Las cosas han salido así y no podemos hacer nada para evitarlo. —Se volvió hacia Steven—. ¿Cuánto tardará?

—Llegarán esta noche —respondió el escritor.

—Hay tiempo entonces. Prepararemos tu equipaje y te marcharás enseguida. Cuando lleguen ya estaréis muy lejos —dijo reflexiva—. Si vais a caballo en lugar de en coche iréis más rápido.

Tyler la miraba ansioso, quería negarse, no soportaba la idea de huir dejándola sola con su hijo.

Olivia comprendió que aquello no era algo que pudiese hacer con aquellos tres hombres observándolos nerviosos. Se volvió hacia ellos.

—Steven, ¿cómo ibas a viajar? Es igual, haz que traigan tu equipaje y dejarás aquí lo que no puedas llevar en un caballo. Usted, doctor Hockton, vuelva a casa y atienda su consulta, pero no se olvide de hacer esas visitas a los propietarios, después de que Tyler y Steven se hayan marchado. En especial avise a Harrison Kernighan, debe saber que su hijo se dirige hacia aquí.

—Ya lo sabe —dijo Parry—. Es a través de sus padres como hemos conocido la noticia. Uno de sus esclavos los escuchó hablar anoche durante la cena y le hizo llegar la información al doctor.

—Pero estoy segura de que no sabe que vendrá a hacernos una visita a nosotros —dijo Olivia—. Y no creo que le guste la idea. Bobby, tú encárgate de preparar los caballos más frescos y fuertes que tengamos y busca a un par de esclavos que quieran ir voluntariamente con ellos al Norte. Asegúrate de que quieren ir, no quiero que les obligues. Jayden, cuando se hayan ido ven a verme y hablaremos de todo esto y de cómo afrontar la llegada de Kernighan.

Los tres hombres asintieron y salieron del salón dispuestos a obedecer. Cuando se quedaron solos Olivia miró a su esposo, que parecía furioso y aterrado al mismo tiempo.

—No puedo dejaros...

—Tienes que hacerlo.

Tyler lanzó un gruñido animal y maldijo una y otra vez dándole la espalda. Olivia entendía su estado de ánimo, ella misma habría querido gritar hasta quedarse afónica. Después de unos minutos de ebullición Tyler consiguió calmarse y la miró con semblante pálido.

—John y yo podríamos ir con vosotros al Norte —dijo Olivia—. Quedarnos con la familia de Steven...

—No. Debéis ir a Inglaterra. No sabemos cuánto va a durar esto. Ni cómo irá la guerra, Olivia. Estoy convencido de que el Norte ganará, pero ¿y si no es así? Debemos estar preparados para cualquier eventualidad.

Su mujer asintió. Ya contaba con aquella respuesta.

—Entonces, no se hable más —dijo—. Nos iremos a Inglaterra.

—No sabemos lo que encontraremos en nuestro camino hacia Washington, pero estoy seguro

de que no es seguro para viajar con una mujer y un niño pequeño.

—He dicho que no se hable más —dijo ella tratando de sonreír.

—Todavía no tengo claro que vaya a irme...

Olivia lo miró apretando los labios y soltó el aire por la nariz.

—Claro que vas a irte. No te arriesgarás a que ese malnacido cumpla su venganza y te mate delante de mí y de tu hijo. Porque sabes que si eso pasa, después tendrá que matarme a mí.

Tyler se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Olivia sintió que le crujían algunos huesos, pero no le importó, necesitaba aquel abrazo más que el aire que respiraba.

—Perdona —dijo él mirándola a los ojos—, ¿te he hecho daño?

Olivia sonrió con ternura.

—Voy a echar mucho de menos tus abrazos de oso —dijo contenida.

—¿Eso es lo único que añorarás? —Sonrió con tristeza—. ¿Y que me dices de mis besos?

Se inclinó y su aliento se coló en su boca en intrépida avanzadilla. Después la besó con total entrega, como si en aquel beso depositase el alma en sus labios para que se la guardase. No quería pensar en nada, no quería atormentarse con la idea de que, quizá, la intimidad que habían compartido aquella mañana sería la última. Quizá una bala llevaba su nombre y pronto su cuerpo yacería inerte y frío en el suelo de algún campo de batalla. Si eso ocurría quería que su alma permaneciese para siempre a su lado y por eso, en ese momento, mientras su lengua acariciaba con avidez la boca de su amada, rogó a Dios que le permitiese vivir para siempre en ella.

—Mi pequeño... —Tyler sostenía a su hijo mirándolo con el corazón en los ojos—. Haz caso a mamá y no juegues con el agua de la acequia. Tienes que ponerte bueno para que ella no se preocupe.

—«Zi, papá». —El niño asintió al tiempo que se limpiaba los mocos con la manga de su camisa.

Tyler sonrió y lo abrazó con ternura, después se lo entregó a Eliza. Se dirigió entonces a Betty, que llevaba un rato limpiándose las lágrimas para que no resbalaran por sus mejillas.

—Cuento contigo, Betty —dijo sonriendo—. Sé que te encargarás de que este muchacho se porte bien, aprenda mucho y sea obediente.

—Sí, señor Hudson, yo lo cuidaré, no se preocupe. Y a la señora también.

—Vas a viajar en barco —dijo él sonriendo—, menuda aventura.

—Ya sabe que me da miedo el agua.

—Lo sé, pero eres una chica muy valiente y no habrá mar que se te resista.

La niña volvió a asentir y Tyler le dio unos golpecitos en la cabeza. Betty no pudo contenerse y lo abrazó llorando a moco tendido.

—Vamos, vamos... —dijo su abuela cogiéndola con la mano que tenía libre—. Ven, vayamos a la cocina y dejemos que el señor se despida de su esposa.

Tyler se giró y Olivia se echó en sus brazos sin darle tiempo a decir nada. La besó con el fuego desesperado que le quemaba las entrañas, como si quisiera dejarle una impronta permanente en los labios y asegurarse de que aquel beso perduraría en su recuerdo para siempre.

Cuando se separaron se miraron unos segundos sin decir nada. No había palabras que pudieran expresar lo que sentían y lo único que conseguirían si daban rienda suelta a sus temores y deseos sería extender el miedo que los atenazaba a ambos.

Tyler la soltó, fue hasta su caballo, se subió en él y tiró de las riendas para guiarlo hacia el camino, donde le esperaban Steven, Evan y Anthony en sus monturas, mientras hablaban con Jayden y Bobby, que esperaban de pie junto a ellos. No se volvió a mirarla, no habría soportado hacerlo. Olivia lo observó con serenidad, aguantando estoica por si lo hacía, no quería que la viese derrumbarse.

—Cuidad de todo —pidió a sus capataces.

—Lo haremos, descuida —dijo Jayden—. ¿Verdad, Bobby?

—Sobre todo... —Tyler hizo un gesto indicando la casa, pero sin volverse.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Bobby—. Son nuestra familia.

Jayden lo miró fingiendo sobresalto y después sonrió y le guiñó un ojo a Tyler.

—Marchaos de una vez —dijo el capataz dándole una palmada en el lomo al caballo de Steven—. Y no os metáis en líos.

Los cuatro hombres hicieron un gesto de saludo y se pusieron en camino. Tyler no pudo resistirse y, antes de llegar al punto del camino en el que sabía que ya no podría verla, se giró un instante. Y allí estaba ella, de pie en el mismo sitio en el que la había dejado. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no dar media vuelta y mandarlo todo a la mierda. Espoleó a su caballo y se lanzó al galope huyendo de su debilidad lo más deprisa que pudo.

—¿Tendré que irme a Inglaterra? —Martha miraba a Alexander con los ojos desorbitados—. ¿Y tú no vendrás conmigo?

—Tienes que irte. Ernest sigue siendo un peligro para ti...

La mujer empalideció al escuchar aquel nombre.

—¿Por eso...? ¿Por eso se ha marchado el señor?

Alexander la cogió de las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No dejaré que se acerque a ti, te lo prometo.

—Tengo que marcharme... —Se soltó y caminó errática por la biblioteca—. Tengo que irme cuanto antes. ¿Cuándo llega? ¿Dónde...?

—No podemos irnos de aquí ahora, sería muy peligroso. Aquí estás a salvo. Solo hay que esperar una semana, el barco te llevará a miles de kilómetros de él.

—Una semana. —Sus ojos parecían los de una loca—. Una semana es muchísimo tiempo. Vendrá a buscarme otra vez... No parará hasta...

Se dobló como si alguien la hubiese golpeado en el estómago y un desgarrador gemido salió de su garganta. Alexander trató de abrazarla, pero ella comenzó a gritar.

—¿Qué ocurre aquí? —Olivia había entrado en la biblioteca y al ver el estado de Martha corrió a atenderla—. ¿Qué ha pasado?

—Le he dicho que Ernest...

—Dios mío, Alexander —lo reprendió Olivia.

Moviendo la cabeza la sujetó por la cintura y la llevó hasta el sofá, donde la esclava se tumbó temblando y sin dejar de llorar. ¿Por qué a los hombres les gustaba tanto coger a los toros por los cuernos?

—Será mejor que nos deje solas —pidió.

—Pero...

—Vaya al salón y tómese un *whisky* con Jayden. Y pídale que me disculpe. Iré en cuanto pueda.

Olivia no dejó de consolar a Martha hasta que la joven dejó de temblar y pudo sentarse.

—Lo siento mucho, señora... —dijo entrecortadamente a causa del hipo.

—No tienes que disculparte. Tómame todo el tiempo que necesites, yo estaré aquí a tu lado.

—No entendía por qué el señor tenía que irse tan precipitadamente. No imaginaba...

Olivia cerró un instante los ojos y respiró hondo por la nariz esforzándose en mantener una serenidad que pendía de un hilo.

—No va a pasarte nada —aseguró—. Hasta que nos marchemos no saldrás de casa sola. Siempre irás acompañada a todas partes. Dentro de unos días zarparemos hacia Inglaterra y allí no tendrás nada que temer. Serás una mujer libre y todo el mundo te tratará con respeto.

Martha comenzó a llorar de nuevo, esta vez sin hacer apenas ruido. Las lágrimas caían una tras otra mientras sus ojos miraban a Olivia con una mezcla de desconcierto y afecto.

—¿Por qué es tan buena conmigo? —preguntó—. Su marido acaba de marcharse para luchar en una guerra, debe estar destrozada, y está aquí consolándome. A mí, una simple esclava.

—Sabes que para mí eres una amiga, no una esclava —dijo Olivia—. En cuanto a lo de Tyler, hace mucho tiempo que me he preparado para este momento.

—¿Cree que algún día olvidaré lo que ese hombre me hizo?

Olivia negó con la cabeza, muy seria.

—No voy a hablarte como si yo supiera por lo que has pasado, sería una necia, pero creo que no puedes dejar que ese monstruo se salga con la suya. Que tú estés aquí, sana y salva, es su mayor fracaso. La rabia debe estar reconcomiéndole por dentro y estoy segura de que no lo dejará vivir en paz el resto de su vida. Cada momento feliz que tengas será un dolor para él. Y no digo que tengas que ser feliz por eso, no, pero sí te digo que debes alegrarte cada día por estar viva.

—Pero estoy muerta por dentro.

—No, no lo estás. —Olivia la cogió de las manos—. Tienes a un hombre que te ama y que daría su vida por ti. Solo conozco a otro hombre capaz de amar así —dijo sonriendo emocionada. «Y ahora ese hombre se aleja de mí y no sé cuándo volveré a estar en sus brazos».

Martha cogió sus manos y la miró con ternura y afecto.

—Siento que el señor haya tenido que irse por mi culpa.

—No es por tu culpa. Todo esto es culpa de ese malnacido y de nadie más. Tú y yo saldremos de esta, Martha.

Después de un rato hablando Martha se serenó por completo y pudo incluso sonreír.

—No pienso salir de Sunset Bayou si no es que alguien le pega fuego —dijo.

—Esta noche sí —dijo Olivia muy seria.

—Pero usted ha dicho...

—Sí, sé lo que he dicho, pero me refería a los próximos días, cuando sepamos las intenciones de ese... —Soltó el aire de golpe de sus pulmones—. Te irás a casa del doctor Hockton.

—¿A su casa? —preguntó con evidente desconcierto.

—Sí. Tranquila —sonrió—, no debes temer por tu reputación, Prissy también irá. Quiero que estéis las dos a salvo y esa es la mejor opción.

Martha asintió al fin, confiaba en Olivia y si ella decía que esa era la mejor solución, no había nada más que decir.

—¿Cómo está? —preguntó Hockton en cuanto entró en el salón.

—Vaya con ella —respondió Olivia mientras se servía una copa de licor—. Está bien. Le he dicho que pasará la noche en su casa. Y Prissy también.

El médico lo pensó unos segundos y asintió con firmeza.

—Muy bien pensado —dijo.

—Le daré un arma —dijo Jayden—. No la necesitará porque pararemos a Kernighan, pero eso le dará tranquilidad.

Alexander asintió y salió del salón para reunirse con Martha.

—¿Quieres una copa? —preguntó Olivia mirando a Jayden.

—No. Necesito tener la cabeza despejada. ¿Le sirvo un licor?

Olivia asintió y ya con la pequeña copa en su mano escogieron un par de butacas para sentarse.

—Para todos, mi marido ha llevado a Steven Parry de vuelta a Washington y...

—...Cuando no vuelva fingiremos no saber nada —terminó Jayden—. Lo sé, Tyler me lo ha explicado todo.

—Esperaremos a que Ernest Kernighan se marche con su grupo y reuniremos a todos los esclavos para explicarles que son libres —siguió Olivia.

—Eso no es lo que me ha indicado Tyler.

Olivia frunció el ceño.

—Sé que esa era la idea original —siguió el capataz—, pero en ese plan él se quedaba hasta que usted se marchaba. Con los nuevos e inesperados acontecimientos, no es buena idea decirles que son libres antes de que el barco haya zarpado. Eso podría desencadenar una serie de sucesos imprevistos que les impidiese coger ese barco.

—¿Qué clase de imprevistos?

—Imprevistos significa que no se pueden prever. No tengo ni idea de qué era lo que temía Tyler en concreto, pero ha sido muy claro al respecto. Usted tiene las cartas firmadas y yo me encargaré de entregarlas una vez haya zarpado el barco.

Olivia frunció el ceño, no le gustaba nada la idea de postergarlo. Además, quería ser ella la que les comunicase la buena nueva.

—Lo haremos la mañana de nuestra partida —dijo después de pensarlo un rato—. Cuando tengamos todo preparado reunirás a todos los esclavos frente a la casa y les daré la noticia. Después tú te encargarás de darles las cartas uno a uno y John, Martha, Betty y yo nos marcharemos. Prepararemos una pequeña celebración en el poblado y todo el mundo permanecerá en Sunset Bayou hasta que nos marchemos. Nadie de fuera sabrá nada.

A Jayden no le gustaba mucho la idea, sabía que cuando Tyler decía algo quería que se cumpliesen sus órdenes a rajatabla y no estaba seguro de que eso se ajustase a esa premisa. Pero también conocía a Olivia y sabía que no cedería todo el poder sin luchar. Así que quizá aquella era la única opción que le quedaba.

—Dependerá de los acontecimientos —dijo fingiendo resistirse—. Lo decidiremos el último día, pero si no es posible lo dejaré en mis manos.

Olivia lo miró fijamente a los ojos y, cuando se convenció de que no había ninguna artimaña, asintió.

—Te dejaré un documento que estipula que, en nuestra ausencia, eres el responsable de la plantación. Habríamos querido que fuese algo conjunto, Bobby y tú, pero si las cosas se ponen feas poner su nombre en ese documento le podría traer serios problemas.

—Bobby sabe que él será tan responsable como yo. Ya lo hemos hablado y le he dicho que

tomaremos todas las decisiones juntos. No importa qué nombre hayan puesto en ese documento, para mí el suyo también está ahí.

Olivia sonrió agradecida.

—Siento que te hayamos retenido aquí. Sé que querrías estar con tu familia.

—Escribí una carta a mi padre explicándole la situación y mis motivos para no regresar a casa en un momento tan crucial. Sé que lo entenderá. De hecho, mi viaje fue idea suya.

—Nunca me has contado esa historia. —Olivia se recostó en el respaldo y se llevó el vaso de licor a la boca—. Me iría bien que me distrajeras.

—Soy el pequeño de los Sexton y estaba destinado a vivir de la generosidad de mi hermano mayor. Él es el heredero de la fortuna de mi padre y el encargado de proporcionar todo lo necesario a mis hermanas. En la plantación hay trabajo más que de sobra y podría haberme quedado allí como su mano derecha. Pero mi padre me conocía muy bien y sabía que no era eso lo que yo querría. Me dio dinero y me dijo que me marchara en busca de mi destino. Siempre nos ha insistido en que teníamos la suerte de pertenecer a un país muy diverso y sorprendente y que no debíamos tener miedo de aprender de aquellos que eran diferentes a nosotros. Él lo hizo.

—Veo que tu padre es un hombre sabio.

—Lo es —dijo Jayden asintiendo orgulloso—. Estos no deben ser buenos tiempos para él. Es un hombre eminentemente de paz.

—Pues, gracias por quedarte—dijo sincera—. Estoy segura de que sabes que yo no quiero irme y abandonar la plantación, pero lo prometí y debo cumplir mi promesa. Saber que tú y Bobby os encargaréis de todo en nuestra ausencia lo hace más llevadero.

Jayden asintió sin decir nada.

—¿Crees que la lucha llegará hasta aquí? —preguntó Olivia.

El capataz se encogió de hombros.

—Todo dependerá de cómo evolucione la guerra.

Zachary entró en la casa de Samuel muy serio y los encontró sentados a la mesa cenando. Prissy entrecerró los ojos y escudriñó la expresión grave de su amigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Samuel poniéndose de pie.

—Ernest Kernighan viene hacia aquí —dijo Zachary—. La señora no cree que haya ningún peligro para Prissy, pero por si acaso prefiere que esta noche no duerma aquí. El doctor va a llevarse a Martha con él y dice que Prissy puede acompañarles.

Samuel miró a su hija y a su mujer. Belinda temblaba como una hoja.

—Hija, ve a por una muda, date prisa —ordenó su madre.

La niña obedeció rápidamente, se le había quitado el hambre de golpe.

—¿Estarán a salvo con el médico? —preguntó Samuel desconcertado.

—Es lo que opina la señora. Además, solo nosotros sabremos dónde están —dijo asintiendo—. Yo creo que sí estarán a salvo.

Samuel se acercó al muchacho y puso una mano en su hombro.

—¿Iras tú también? —preguntó con tono de súplica—. Mi hija confía en ti, se siente segura a tu lado. Y yo también estaré más tranquilo.

Zachary tardó unos segundos en responder y finalmente asintió.

Prissy caminaba arrastrando los pies, como si le costase un esfuerzo enorme. Zach la miraba por el rabillo del ojo imaginando lo asustada que estaba y sin saber qué decir.

—Hasta los siete años nunca salí de Sunset Bayou —dijo él de pronto—. Yo era un niño miedoso que creía que fuera de estas tierras me acechaban terribles peligros. Había escuchado montones de historias de hombres despedazados por perros, ahogados en el pantano, colgados de los árboles... Cuando escuchaba ladrar a los perros me escondía aterrado...

—Como yo el día que me encontraste detrás de la acequia —dijo Prissy con ojos curiosos.

Zach asintió y luego sonrió con ternura.

—Mi hermano Leo era muy valiente y no le temía a nada y yo lo miraba y me preguntaba cómo podía hacerlo. Un día el amo Caswell...

—¿El tío de la señora Olivia?

—Sí, él era el amo entonces. Pues el amo Caswell me subió un día a su caballo y me llevó con él al pueblo a comprar algo que necesitaba, no recuerdo qué era. Lo único que recuerdo es lo asustado que estaba y la historia que me contó por el camino.

—Y tú vas a contarme esa historia —dijo Prissy con aquella mirada inteligente que afloraba de vez en cuando abriéndose paso a través de su miedo.

—Si tú quieres.

La niña asintió y Zach empezó su relato.

—Había un rey muy poderoso. Tan poderoso que solo mencionar su nombre provocaba el terror más profundo en los soldados enemigos. Todos sabían que ningún prisionero salía jamás con vida de su palacio. Contaban que había una enorme sala en la que esperaba un grupo de arqueros, y allí era donde el rey llevaba a sus enemigos cuando los capturaban sus soldados. En esa sala había una enorme puerta de hierro forjado en la que habían grabado un sinfín de monstruos y calaveras aterradoras. Nadie sabía con seguridad a dónde daban aquellas puertas, pero lo que sí sabían era que quien las atravesaba no regresaba jamás.

Prissy se estremeció y se rodeó a sí misma con los brazos. Zach sonrió para tranquilizarla y siguió con su relato.

—Cuando los prisioneros llegaban a esa sala temblaban como niños porque sabían que no

saldrían vivos de allí. Recreaban con su imaginación toda clase de tormentos temiendo que los obligasen a atravesar aquellas puertas y fuesen a parar directamente al infierno. Y entonces, el poderoso rey los hacía colocarse en círculo y les obligaba a elegir entre morir bajo las flechas de los arqueros o atravesar las puertas. ¿Qué crees que elegían siempre?

—Las flechas —dijo Prissy sin dudar.

—Así es.

—Pero ¿qué había detrás de aquellas puertas? —preguntó la niña con enorme curiosidad.

—Uno de los soldados del rey que luchaba junto a él le salvó la vida y el rey le otorgó el privilegio de pedirle lo que deseara, convencido de que le pediría riquezas y poder. Pero lo que el soldado quería era saber que había al otro lado de la puerta, sin que para ello tuviese que cruzarla.

—¡Qué listo! —exclamó la niña.

—El rey aceptó, lo llevó a la sala de los arqueros, que en esos momentos estaba vacía, y le dijo que podía abrir la puerta y mirar. «Si hago eso, ¿moriré?», preguntó el soldado de mente prodigiosa. «No, tienes mi palabra», le dijo el rey. El soldado abrió la puerta con temor pero decidido y enseguida se sorprendió al sentir los rayos de sol que entraban fulgurantes atravesando la abertura. Cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad exterior vio sorprendido que ante él tan solo había un camino que llevaba a la libertad. Se volvió a su rey con expresión desconcertada y el poderoso guerrero le dijo: «Siempre les doy a mis prisioneros la oportunidad de ser libres, pero ellos prefieren morir porque temen más a la libertad que a la muerte. Pero ¿no sería más justo decirles lo que hay al otro lado para que supieran a lo que se enfrentan en lugar de dejar que su imaginación sea la que los guíe?». El monarca sonrió y cruzó los brazos delante de su pecho antes de responderle. «Pero entonces no hallarían la libertad, tan solo continuarían en la misma oscuridad en la que ahora viven».

Prissy lo miraba sin comprender y Zach sonrió al pensar que él se había sentido igual cuando el amo Caswell le contó aquella historia.

—El amo me contó esto mientras me llevaba a Oakville con él, como te he dicho, y después de comprar lo que necesitaba subió a su caballo y se fue dejándome allí. Me había acercado a la escuela y miraba a través del cristal a aquellos niños sentados en sus pupitres preguntándome qué era aquello que les contaba la maestra. Cuando me di cuenta de que el amo se marchaba ya estaba demasiado lejos para alcanzarlo. Aun así corrí tras él, aterrado. ¡No podía irse sin mí! Cuando me encontré en medio del camino, solo y perdido, me puse a llorar con desesperación, pensando en todas las cosas malas que me podían ocurrir, temiendo no poder regresar nunca a Sunset Bayou y no volver a ver a mis padres y a mi hermano. Empecé a caminar y después de unos minutos me limpié las lágrimas y pensé en el cuento que el amo me había contado. Mis pies se movían como si supiesen el camino y al mirar a mi alrededor me di cuenta de que todo me resultaba familiar. Eran

los mismos árboles, las mismas piedras y el mismo sol que me calentaba todos los días. Me crucé con un par de mujeres y les pregunté si sabían hacia dónde estaba Sunset Bayou. Me dijeron que siguiera el camino. La siguiente vez que pregunté ya estaba en las tierras que pertenecen a la plantación. Resultó que las tierras del amo eran muchísimo más grandes de lo que yo había imaginado. Cuando llegué frente a la casa grande el señor me estaba esperando sentado en los escalones de la entrada. Yo tenía la cara llena de chorretones por las lágrimas y sentía una extraña emoción en mi estómago. «¿Has entendido la parábola del miedo?» Me preguntó. Yo asentí. «Bien, ahora ya sabes que de lo que más miedo hay que tener es del propio miedo. Si estás vivo te pueden pasar cosas malas, pero si te escondes en un agujero para protegerte de todo eso que podría pasarte será como si ya estuvieses muerto y enterrado. Hay un mundo ahí fuera, muchacho, no lo olvides».

—¿Y si todo lo que hay en ese mundo es tan feo como Ernest Kernighan? —preguntó Prissy.

—¿Vives bien en Sunset Bayou? ¿Te parece que yo soy horrible? ¿O la señora Olivia? ¿Betty es horrible?

Prissy no dejaba de negar con la cabeza.

—El mundo es muy grande, Prissy, no dejes que tu miedo te meta en un agujero.

La niña se quedó pensativa durante algunos minutos y Zach respetó su silencio convencido de que necesitaba tiempo para asimilar lo que le había dicho.

—He visto cómo peleáis tu hermano y tú —dijo Prissy de pronto—. ¿Me enseñarás?

Zach frunció el ceño desconcertado.

—No me meteré en un agujero, pero tampoco voy a dejar que nadie vuelva a hacerme lo que él me hizo —dijo decidida—. Aprenderé a luchar, a montar y a disparar como un hombre.

Poco a poco una enorme sonrisa se dibujó en los labios del muchacho.

Capítulo 18

Cuando escuchó el galope de los caballos acercándose, Olivia dejó sobre la mesilla el libro que estaba leyendo y salió de la biblioteca para dirigirse a la entrada. Fuera de la casa estaban Bobby y Jayden, que se colocaron tras ella al pie de la escalinata. Ernest Kernighan y su compañía de unos sesenta hombres se detuvieron frente a la casa.

—Vaya, vaya —dijo el capitán Kernighan bajando de su caballo—, un comité de bienvenida. No esperaba menos de usted, señora Hudson.

Olivia lo vio acercarse y tuvo que contener el deseo de escupirle a la cara y gritarle lo que pensaba de él. No hizo nada de eso y mostró una serena sonrisa.

—Buenas noches, capitán. ¿A qué debo tan inesperada visita?

—Buenas noches..., señora —dijo golpeándose el muslo con el mango del látigo—. He venido a ver a su esposo.

—Pues siento desilusionarle —dijo Olivia sonriendo taimada—, precisamente hoy ha tenido que acompañar al señor Parry de vuelta a Washington. Ya sabe, tal y cómo están las cosas no es seguro para un yanqui viajar solo en estos tiempos.

La mandíbula de Kernighan se marcó prominentemente en su mejilla y su falsa hilaridad desapareció de sus ojos.

—Qué inconveniente —dijo entre dientes.

—Cuando mi marido regrese le contaré que vino a visitarlo, supongo que estará desando llegar a casa de sus padres para descansar. Que tengan una feliz noche, caballeros. —Olivia se dio la vuelta dispuesta a entrar en casa y rezando porque se marchara sin dar problemas.

—En realidad... —dijo deteniéndola—, ya que no está su esposo, tendrá que ser usted la que me ayude. Tengo entendido que Martha ha vertido sobre mí muy feas acusaciones. —Chasqueó la lengua varias veces seguidas al tiempo que se daba con el mango de la fusta en la mano—. Estos esclavos son cada día más desagradecidos. Como comprenderá, no puedo permitir que esa zorra mancille mi nombre sin darle un escarmiento. Por eso le pido que haga venir a esa esclava inmediatamente para que me diga a la cara esas cosas de las que me acusa.

Olivia respiró hondo y mantuvo sus manos crispadas sujetando la falda de su vestido sin apartar la mirada de aquellos ojos de rata.

—Martha no puede salir. Aún está recuperándose del ataque que sufrió.

—Oh, qué contrariedad —dijo Ernest con expresión apenada—. No hay problema, entraré yo...

Olivia le interceptó el paso y sus dos capataces se colocaron a ambos lados de ella. El capitán los miró, primero a uno y luego al otro, y después se giró hacia sus hombres. Varios de ellos desmontaron y se acercaron sin prisa.

—Será mejor que le diga a sus perros que se aparten o también tendré que darles un escarmiento —dijo golpeándose de nuevo el muslo con el mango del látigo.

—Señor Kernighan...

—Capitán —la corrigió mirándola con frialdad—, ahora soy el capitán Kernighan, señora.

—Capitán —dijo Olivia—, es tarde y deben estar cansados. Lo mejor es que se marchen a su casa y nos dejen en paz.

Ernest tenía una expresión perversa, su mirada era la de un loco y Olivia adivinó que aquel era rostro que Martha había visto durante su cautiverio.

—Deje que me lleve a Martha y me iré sin dar problemas —susurró sin apartar la mirada.

—Martha no irá a ninguna parte con usted —dijo Olivia con una firmeza y seguridad que estaba lejos de sentir.

—Cuánto lo siento —dijo él guardándose el látigo en el cinto—. No quería tener que emplear la fuerza, pero no voy a irme de aquí sin esa zorra. Esperaba que su marido estuviese en casa y poder charlar de todo esto con él. Además de preguntarle por su cercanía con los yanquis, pero veo que ha salido corriendo como el sucio traidor que es.

—Capitán —Jayden llamó su atención. Cuando Ernest lo miró la mano del capataz descansaba sobre su pistola—. Puede ser una noche muy corta para algunos. La cuestión es si merece la pena.

—La merece, Jayden, la merece —dijo con desprecio—. Yo no quiero que nadie salga herido, por eso mis hombres y yo no hemos desenfundado nuestras armas... aún. Somos soldados de la Confederación, no asaltantes de caminos. Hemos venido a hablar con un traidor a su patria y nos encontramos con que ha huido como un cobarde.

—Eso no es...

—Señora, no se esfuerce tanto, sé perfectamente quién es Tyler Hudson —dijo mirándola con el mismo desprecio con el que había hablado.

—Todo el mundo sabe quién es Tyler Hudson —dijo Jayden sin apartarse un centímetro de él y sin quitar la mano de su arma—, el mayor propietario de Oakville y sus alrededores.

—Jayden, traigo conmigo una compañía de sesenta patriotas perfectamente armados, no creo que quieras seguir por este camino.

Olivia se mantuvo serena. Martha no estaba en la plantación, ni Prissy tampoco, así que, pasara lo que pasara, ese monstruo no se la iba a llevar. Aun así mantuvo su postura, no quería que sospechara y decidiese ir en su busca.

—¿Y qué van a hacer esos sesenta patriotas? —preguntó con altivez—. ¿Entrar en una casa ajena y violentar a una mujer indefensa? ¿Es ese el primer logro que quiere que conste en su expediente, capitán Kernighan?

El galope de dos jinetes hizo que todos se volvieran hacia el camino. Ernest se puso rojo de ira y miró a Olivia con profunda rabia.

—¿Quién le ha avisado? —preguntó entre dientes.

—¿Se puede saber qué haces? —Kernighan se acercaba a su hijo con expresión airada—. ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre utilizar tu compañía para esto?

—Padre... —Ernest se sintió momentáneamente fuera de lugar y tardó unos segundos en recuperar la compostura—. Señor, no me hable de ese modo. Ahora soy capitán del ejército y me debe respeto.

Harrison Kernighan lo miró incrédulo, ¿de verdad le había dicho semejante memez? ¿Quién sino él le había comprado ese título de oficial? Apretó los labios para obligarse a callar, no quería ridiculizar a su hijo delante de sus hombres. Suponiendo que le tuviesen algún respeto, ver cómo su padre lo regañaba lo pondría a los pies de los caballos. Respiró hondo varias veces por la nariz antes de decir nada más.

—Vamos a casa, hijo —dijo con voz suave y mirada dura.

—He venido a limpiar mi nombre, padre —dijo Ernest—. Quiero ver si esa zorra se atreve a acusarme en mi cara...

—Eres capitán del ejército confederado —dijo su padre pasándole el brazo por los hombros con firmeza—, tienes misiones más altas, hijo. Vamos a casa, tu madre ha preparado todo lo necesario para que tus hombres estén cómodos. ¿Tenéis hambre, muchachos?

—¡Sí! —gritaron todos casi al unísono.

Ernest se giró para mirar a Olivia con rencor.

—Ya ve que debo marcharme, señora Hudson. Siento que no hayamos podido entendernos. Quizá la próxima vez... —Inclinó ligeramente la cabeza y se dirigió a su caballo.

Olivia los vio alejarse mientras su corazón volvía lentamente a su ritmo normal.

Aquella mañana de principios de mayo amaneció brillante y luminosa. Aunque el ánimo de Olivia no pudiese disfrutarla. Se sentía triste y apática. Por primera vez en su vida, cualquier control de la situación por su parte era una quimera.

—Señora, están todos esperando frente a la casa —dijo Eliza.

Olivia estaba sentada en el suelo sobre la alfombra de juegos, ayudando a John a levantar su construcción de madera, mientras Betty realizaba uno de sus bellos dibujos. El pequeño de la familia llevaba varios días acatarrado y no lo dejaban salir a jugar fuera para que no se enfriase.

El viaje en barco era largo y sería aún más tedioso para todos si el niño no se encontraba bien.

—John, cariño —dijo con ternura mirando a su hijo—. Mamá tiene algo que hacer. Eliza te ayudará a hacer tu castillo, ¿de acuerdo? ¡Nos vamos de viaje!

—Bieeeeeen —dijo el pequeño dando palmas con sus manitas. Tenía los ojos brillantes y las mejillas arboladas.

Betty la miró con una enorme sonrisa. Sabía lo que iba a ocurrir y estaba feliz por ello. Olivia había hablado con ella la noche anterior y le había mostrado la carta de libertad que había firmado su padre cuando ella nació. Le explicó toda su historia y por qué no le había contado todo aquello antes. Después le contó con qué intención había viajado ella a América y sus deseos de liberar a todos los esclavos de la plantación desde el principio. Aquel día había llegado por fin y la niña se sintió testigo de un momento muy especial.

Olivia salió del cuarto de juegos y Betty se puso de pie para ir hasta la ventana. La entrada estaba abarrotada de gente, todos los esclavos de la plantación habían dejado sus trabajos para acudir a la casa grande. Parecían preocupados y hablaban en corrillos. Betty sonrió y sintió una cálida paz al pensar en su madre. Sabía que ella también era libre desde su nacimiento, que John Caswell las había liberado a las dos. Ahora comprendía el enorme amor que debió sentir por él pues, a pesar de ser una mujer libre, prefirió seguir viviendo como una esclava para permanecer a su lado.

Pero la guerra lo había cambiado todo. Ahora sí había motivos para la esperanza y por eso la noticia que Olivia estaba a punto de darles a todos era tan importante.

—Buenos días a todos —dijo Olivia desde lo alto de la escalinata—. Sabéis que Betty, Martha, mi hijo y yo partimos hoy hacia Inglaterra. Vuelvo a casa de mis padres.

Todos asintieron y un rumor de preocupación se extendió entre ellos.

—Tranquilos, no voy a abandonaros, pero tengo mucho que deciros, debéis escucharme hasta el final para entender cómo serán las cosas a partir de hoy.

—¡Callaos! —ordenó el tío Nat—. Abrid bien las orejas y cerrad la boca.

Obedecieron y fijaron su atenta mirada en la señora. Olivia sonrió.

—Tío Nat tan mandón como siempre —dijo y todos rieron al tiempo que asentían—. Me marchó, pero mi corazón se queda aquí, en esta tierra que he aprendido a amar y que considero mía. Vuelvo a Inglaterra, donde sé que me sentiré una extraña. Añoraré este brillante sol, el aroma de la tierra caliente, la brisa dulce que salta la colina, el rumor del río que tanta paz me provoca. Pero, sobre todo, os añoraré a vosotros. A todos. Sois parte de Sunset Bayou, siempre lo habéis sido. Esta tierra no sería nada sin vuestro esfuerzo y vuestro trabajo. El amor que ponéis en todo lo que hacéis y el sacrificio en los malos momentos ha convertido este lugar en lo que es. Os lo agradezco de todo corazón, en mi nombre y en el de mi esposo.

Hubiera querido bajar aquellos escalones y hablar con cada uno de ellos, pero no había

tiempo, así que permaneció sobre la escalinata para que pudieran verla y escucharla bien.

—Tyler debería estar aquí, a mi lado. Él es tan partícipe de esta decisión como yo misma. Y mi tío John, también.

—¡Que Dios lo tenga en su gloria! —exclamó la vieja Polly.

Olivia asintió.

—John Caswell siempre fue un hombre justo, que odiaba la esclavitud y luchó toda su vida para hacer que la vida de los esclavos fuese mejor. Sé que sabéis que, tanto mi esposo como yo, hemos tratado de continuar con su legado. Aun sintiendo un rechazo visceral hacia este sistema de vida tan injusto, he procurado que se os tratara con el respeto que merecéis, pero siempre he tenido en mi corazón el peso de no poder daros lo que es vuestro.

Se giró y le hizo un gesto a Bobby, que se acercó a ella con un fajo de documentos.

—Estos son los certificados de libertad para todos y cada uno de los esclavos pertenecientes a la plantación de Sunset Bayou. Ahora iré leyendo vuestros nombres de uno en uno para que subáis a recogerlos.

Un silencio conmovedor la ensordeció. Sostenía el primer papel en sus temblorosas manos y una enorme emoción la sacudió por dentro cuando dijo en voz alta el primer nombre. Martha soltó la mano de Alexander y recorrió el camino que la separaba de Olivia. Subió la escalinata y cogió el documento.

—Eres libre —dijo Olivia con los ojos húmedos, y la abrazó.

Martha también lloraba. Aunque lo sabía desde hacía tiempo comprendía el simbolismo de aquel momento. A Martha la siguieron sus hermanos, sus padres y todos los aquellos con los que había compartido su vida en Sunset Bayou. Uno tras otro subieron las escalinatas de entrada y recogieron su certificado de libertad de manos de la que, hasta ese momento, había sido su ama.

Sin embargo, algunos de aquellos esclavos, sobre todo los más viejos, no parecían contentos con la noticia y miraban aquel papel con reticencia y preocupación. Olivia terminó de entregar hasta el último documento antes de volver a hablar.

—No tenéis nada que temer —dijo sonriendo a aquellos que mostraron su miedo—. Nadie tiene que marcharse de aquí si no quiere. Sunset Bayou no puede funcionar sin gente que trabaje la tierra. Podéis quedaros si queréis, pero ya no seréis esclavos al servicio de un amo. El que quiera trabajar en esta plantación lo hará por un salario justo. Sin temor a que os vendan en caso de que las cosas vayan mal.

—Pero yo soy vieja y no puedo ya trabajar. Yo no sirvo para nada. ¿Qué será de mí? No quiero irme... —sollozó la vieja Polly.

Olivia la miró con ternura y respiró hondo para tratar de controlar las lágrimas que se empeñaban en querer salir.

—Trabajaste mucho cuando pudiste hacerlo, Polly... Para ti nada cambiará si no quieres,

seguirás viviendo en tu casa como hasta ahora. Cuidaremos de ti.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la anciana llorando—. ¡Gracias, ama, gracias!

Olivia sonrió con tristeza. Después de aquellos años viviendo entre ellos ya sabía que algunos no estaban preparados para ser libres.

—Esto vale para todos. A nadie se le echará de Sunset Bayou. Podéis quedaros y formar parte de esta familia, como siempre. Los que podáis trabajar lo haréis por un sueldo y tendréis días de descanso. Pero hay algo que debemos decidir hoy aquí —dijo poniéndose seria de nuevo—. Si hacéis público que sois personas libres, todos en Oakville nos verán como a traidores. Eso podría ser peligroso para la plantación y también para vosotros. Yo voy a marcharme hoy porque así se lo prometí a mi esposo mucho antes de que estallara la guerra...

—Deberíamos quedarnos callados —dijo el tío Nat tomando la palabra—. Lo importante de ser libre no es ir contándoselo a la gente, lo importante es que lo sepáis vosotros y vuestros amos. Ser conscientes de que ya nadie podrá venderos. Yo soy libre desde hace treinta años y nunca he tenido la necesidad de decírselo a nadie.

—Callaremos —dijo Samuel con firmeza—. Esperaremos hasta que acabe la guerra y el presidente Lincoln libere al Sur. Entonces todos nuestros hermanos serán libres como nosotros y ya no habrá que esconderlo.

—La señora llegó aquí con la decisión tomada —dijo Bobby—. Desde el primer momento su única motivación fue que todos los esclavos que poseía fuesen libres. Si miráis los certificados, veréis que están fechados el día en que se cumplieron los tres años de su matrimonio, pero puedo juraros sobre la Biblia que esos documentos fueron redactados antes de la boda. Excepto los de los nuevos esclavos de la plantación Coulson, claro. No podía liberarnos antes porque John Caswell así lo estipuló en su testamento.

—¿El amo Caswell no quería que nos liberase?

—Sí quería —dijo Olivia—. Por eso me eligió su heredera. Sabía muy bien lo que yo pensaba sobre la esclavitud, pero también me conocía y comprendió que no estaba preparada para afrontar lo que hubiese supuesto tomar esa decisión. Yo tenía la idea de dismantelar la plantación —confesó—. Liberaros y abandonar este lugar para que se lo comiesen las ratas. Odiaba todo lo que tuviese que ver con este modo de vida y no tenía intención de continuar con su legado. Así que mi tío ingenió un plan para que me quedara durante tres años, convencido de que en ese tiempo aprendería lo que necesitaba saber.

—¿La obligó a casarse con el amo Hudson? —preguntó Bonnie pensando en las veces que los había oído «jugando» en la alcoba.

Olivia asintió.

—Nuestro matrimonio fue concebido como un modo de protegerme frente a los otros propietarios —confesó sincera—. Pero uno de los motivos por los que amo tanto a esta tierra, es

por el amor que siento hacia mi esposo. Ya no concibo mi vida sin ninguno de los dos.

—No se enfade, señora —dijo Milli, una esclava robusta y de fuerte carácter—, pero ¿qué mérito tiene que nos libere ahora, si Lincoln va a hacerlo de todos modos?

Todos miraron a Olivia esperando su respuesta.

—Sois estúpidos —dijo Thomas detrás de ella.

El mayordomo había salido de la casa sin que ella se percatase y se acercó a la escalinata mirando a los libertos con enfado.

—¿Qué garantías tenéis vosotros de que Lincoln va a ganar la guerra? ¿Habéis tenido una visión, acaso? ¿Os lo ha susurrado el Altísimo mientras dormíais? La señora os acaba de entregar vuestra libertad. Ahora. Aquí. Es vuestra y nadie podrá arrebatárosla si cerráis el pico y os quedáis hasta que las cosas se calmen. Sea cual sea el resultado de la guerra, nosotros somos libres hoy.

Un asentimiento general recorrió las cabezas de los allí presentes.

—¿Y de qué me sirve ser libre si tengo que trabajar todos los días en esos campos? —insistió Milli.

—Ya os he dicho que podéis hacer lo que queráis, no estáis obligados a quedaros en la plantación —dijo Olivia tomando la palabra de nuevo—. Sois libres de decidir y de hacer lo que deseáis.

—Nosotros queremos irnos —dijeron Leo y Zachary, los hijos de Dominic y Louella—. Queremos alistarnos en el ejército de la Unión. Buscaremos al señor Hudson y nos uniremos a su compañía.

Louella se echó a llorar y Dominic la abrazó para consolarla.

—¿Estáis seguros? —preguntó Olivia, a lo que los dos jóvenes asintieron con firmeza—. Está bien. ¿Alguien más quiere irse?

Milli dio un paso al frente y Olivia asintió.

—Los demás —dijo Bobby con voz profunda—, ¿estáis de acuerdo en mantener vuestra libertad en secreto?

La respuesta afirmativa fue unánime.

Cuando Olivia entró en la casa, todos los miembros del servicio la esperaban en el *hall* para recibir sus certificados de libertad. Esta vez no pudo contener las lágrimas, aquellas personas la habían acompañado, ayudado y servido durante los tres años y medio que llevaba viviendo en Sunset Bayou. Eran de su total confianza y sentía un especial afecto por ellos. Thomas dejó que lo abrazara con reticencias y provocó que las lágrimas se mezclaran con la risa ante la incomodidad evidente que sentía el viejo esclavo.

—Señora, la vamos a echar muchísimo de menos —dijo Sara llorando.

—Voy a volver, Sara, no te quepa duda. No os quepa duda a ninguno. Por favor, cuidaos mucho. Dios sabe que no me voy porque así lo quiera, desearía quedarme con vosotros, pero...

Echó a correr y subió las escaleras para ir hasta la sala de juegos. Cuando entró y cerró la puerta estaba llorando con mucho sentimiento.

—Señora. —Eliza se apresuró a abrazarla.

—Por fin, Eliza —sollozó—, por fin he podido hacerlo. ¡Sois todos libres!

La criada asintió y la llevó hasta una butaca.

—Mamá llora —dijo el pequeño John haciendo pucheros.

—Es de alegría, John —le explicó Betty sonriendo—. Tu mamá llora de felicidad.

Olivia se acercó a su hijo y lo abrazó para tranquilizarlo, pero cuando el niño empezó a toser de manera intensa, lo apartó con preocupación poniéndole las manos en las mejillas.

—Está ardiendo —dijo mirando a Eliza—. Betty, trae agua, rápido. John, cariño, intenta calmarte.

Eliza se había arrodillado junto al pequeño y le dio varios golpecitos en la espalda, pero la tos era cada vez más angustiada.

—Que vayan a buscar al doctor Hockton —dijo Olivia cogiéndolo en brazos y dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Rápido!

Alexander entró en la habitación de Olivia y se acercó a ver a John. El niño se veía muy pequeño en aquella enorme cama y los dos, madre e hijo, estaban tan blancos como las sábanas.

—Cuando tose no puede respirar y tiene mucha fiebre. Se ha puesto azul, creí...

—Olivia —dijo el médico cogiéndola de las manos—, debe mantener la calma. Por el bien del niño. Él percibirá su nerviosismo y eso lo alterará, que es lo último que necesita en estos momentos. Debe tranquilizarse y si no puede hacerlo entonces es mejor que salga de la habitación.

Ella lo miró asustada y después asintió con la cabeza al tiempo que respiraba hondo y se soltaba de sus manos.

—Tiene razón —aceptó.

—Bien —dijo el médico complacido—, ahora voy a examinarlo.

Después de unos minutos y de muchas preguntas, Alexander ya tenía un diagnóstico.

—Lo que me temía, es *pertussis* —dijo y haciéndole un gesto a Olivia se apartaron de la cama para que el niño no pudiera escucharlo—. Es grave, Olivia, no voy a engañarla. Ese ataque de tos que ha visto se repetirá y puede provocarle complicaciones. Además, hay infección, lo que lo debilitará aún más.

Olivia sintió que una mano helada le atravesaba el pecho y le estrujaba el corazón.

—Hay que bajarle la fiebre —musitó—. Está ardiendo...

—Voy a quedarme con usted —dijo el médico consciente de la angustia que trataba de

contener—. Me quedaré todo el tiempo que dure la fase aguda.

Olivia asintió con los ojos húmedos pero una firme determinación.

—Haré que le preparen la habitación de al lado. Tiene una puerta que comunica...

—No creo que eso sea lo más aconsejable —la interrumpió el médico—. Su marido no está en casa y puede dar lugar a...

—¿Cree que me importa algo lo que digan, doctor? No pienso dormir hasta que mi hijo se recupere, y mucho menos voy a preocuparme por habladurías.

—Aun así, dormiré en otra habitación, si no le importa —dijo el médico tratando de sonreír—. Me consta que Tyler tiene puños de acero.

Prissy vio a Zach desde la ventana de la cocina y se limpió las manos al tiempo que corría a su encuentro.

—¿Cómo está el pequeño John? —preguntó el muchacho visiblemente nervioso.

—Tose muchísimo y parece que se vaya a ahogar. El doctor Hockton está con él casi todo el tiempo y no nos dejan entrar en la habitación por miedo al contagio.

Zach asintió y permaneció allí de pie sin decir nada más.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Prissy mirándolo a los ojos—. Creía que éramos amigos.

—Claro que lo somos. Ha sido idea de Leo.

—Y tú haces todo lo que quiere tu hermano —dijo molesta.

—¿Te parece mal que queramos luchar por nuestra libertad?

—Nosotros ya somos libres —dijo ella con severidad—. Lo que queréis es vivir aventuras, pero la guerra no es ninguna aventura.

—¿Por qué te molesta tanto que nos vayamos? ¿A ti qué más te da?

—Prometiste que me enseñarías a luchar para que pudiera defenderme de personas como Kernighan.

—Aquí estás a salvo, Prissy.

La niña torció una sonrisa y levantó una ceja con mirada cínica.

—Una persona indefensa nunca estará a salvo en ninguna parte. Pero no te preocupes, Bobby me enseñará, así que no te necesito, puedes irte adonde quieras.

Prissy se dio la vuelta con resolución y se alejó de Zach dejándolo con el corazón acelerado y una desconocida y sorprendente emoción en el estómago.

Los accesos de tos del pequeño John se repitieron incontrolables día tras día. Después de

cada uno de ellos el niño quedaba exhausto y respiraba con enorme dificultad. Casi siempre vomitaba lo poco que había comido, por lo que la debilidad de su cuerpo iba en aumento sin que Olivia pudiese hacer nada para evitarlo. La conjuntiva de sus ojos tenía pequeños derrames que le daban un aspecto estremecedor, pero Alexander la tranquilizó asegurándole que no revestían mayor peligro. Los momentos de crisis resultaban angustiosos para todo el que estaba presente, la sensación de que el niño iba a asfixiarse era desesperante. Olivia tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantener la calma en esos momentos, sabía que su hijo necesitaba a alguien fuerte a su lado y no iba a fallarle. Pero después, cuando todo se calmaba y el niño conseguía dormirse, a pesar de su respiración jadeante y aquellos pitidos que salían de su garganta, ella lo dejaba con Martha o Eliza y se ocultaba en algún lugar en el que pudiese estar sola para llorar hasta quedar completamente exhausta.

Olivia escribió a Tyler después de pensarlo mucho. Alexander era partidario de que le dijese los verdaderos motivos por los que no habían viajado a Inglaterra, era su padre y tenía derecho a saber lo que estaba ocurriendo. Pero Olivia sabía que eso lo llevaría a dos escenarios terribles: o lo obligaría a volver, con el consiguiente peligro para su integridad como soldado enemigo del Sur, o tendría que luchar con el temor de que su hijo podía morir en cualquier momento. No estaba dispuesta a permitir ninguno de aquellos escenarios, de manera que le escribió arrogándose toda la culpa. Le dijo que en el último momento no había podido subir a ese barco y que, en contra de lo prometido, había decidido quedarse en Sunset Bayou. Lo prefería enfadado a desesperado.

Durante el tiempo que duró la enfermedad de John el ambiente en la casa se mantuvo en una extraña y aterradora calma. Todos tenían un único y permanente pensamiento que se manifestaba en su ánimo. Olivia apenas comía y dormía sentada en una butaca situada junto a su enorme cama, en la que el pequeño cuerpo de John parecía aún más pequeño. Alexander le había prohibido terminantemente que se tumbara con él, para minimizar el riesgo de contagio. Tan solo Martha, Eliza y Olivia, además de él mismo, entraban en aquella habitación y Alexander las obligaba a llevar un pañuelo, tapándoles nariz y boca, la mayor parte del tiempo, sobre todo durante los ataques de tos.

Martha observaba a Alexander procurando que él no percibiese la turbación que le producía verlo actuar en su papel. Hora tras hora fue asimilando la enormidad de su misión en la vida. Aquel hombre podía salvar vidas, arreglar lo que se estropeaba en el cuerpo humano como si practicara alguna clase de magia. Ver su grandeza hizo que ella se sintiese cada vez más pequeña, torpe y vacía. Se vio a sí misma como una enorme piedra con la que el cirujano tendría que cargar. Ella solo podía entorpecer su ascenso, cerrarle todas las puertas que, de manera natural, iban a

abrirle.

Aquella semilla que plantó ella misma en su cerebro germinó y fue creciendo sin pausa hasta hacerse tan grande como una montaña que jamás podría escalar.

Capítulo 19

—Luchamos para conseguir un mundo mejor.

Tyler miró a Aaron Tobin, el muchacho que había dicho eso y que estaba a dos metros de distancia de donde él se encontraba sentado. Llevaba un rato intentando escribir aquella carta mientras fumaba en su pipa, algo a lo que se había aficionando en los últimos tiempos. Fumar lo relajaba y necesitaba estar relajado ante lo que pudiese ocurrir al día siguiente.

El chaval, que no tendría más de diecisiete años, era un rubio barbilampiño, con aspecto afeminado y pocas luces, que no dejaba de dar su opinión sobre cualquier tema que se tratase y lo hacía como si alguien le hubiese soplado las respuestas al oído antes de soltarlas al resto del grupo. Por suerte, aún no había tenido que entrar en batalla. Tyler creía que, llegado el momento, no sabría correr en la dirección correcta y temía que cayese bajo fuego amigo.

—Háblanos de eso, Aaron —pidió interesado y secretamente aliviado por tener una excusa para dejar la ardua tarea de responder a la carta de Olivia—. Cuéntanos cómo vamos a hacer para que este mundo sea mejor.

El muchacho se sintió orgulloso de que su capitán se dirigiese a él con tanta familiaridad y se mostrase interesado en su opinión.

—Pues verás, capitán. Recuerdo unas Navidades, cuando yo era un chaval de no más de quince años —dijo sin saber qué provocó aquella irónica sonrisa en su superior—. Mis padres invitaron a comer a un caballero de Virginia, al que mi padre había conocido en su juventud. Con él vinieron su esposa y dos de sus hijas, muy guapas, por cierto.

—Al grano, Aaron —le espetó Charlie, un tipo impaciente y algo malcarado que en el fondo era un trozo de pan.

—Vale, vale —concedió el muchacho—. Mis padres nos advirtieron a mi hermana y a mí de que no mencionásemos el tema de la esclavitud, y yo me preguntaba por qué podía hacerse pero no hablar de ello. Durante toda la cena aquella pregunta me rondaba la cabeza y no me dejaba pensar en otra cosa. Porque está claro, ¿no? Los equivocados eran ellos, aunque parecieran tan agradables y simpáticos. Lo cierto es que lo eran, agradables y simpáticos, digo. En realidad eran encantadores...

—¡Uy, qué noche más larga nos espera! —dijo Charlie poniendo los ojos en blanco y colocando su mochila sobre una piedra para apoyar la cabeza.

—La mujer era elegante y distinguida, tenía una manera de moverse que encandilaba —siguió el muchacho haciendo oídos sordos a su compañero—, pero yo seguía dale que te pego con el tema en mi cabeza. Hasta que al final no pude aguantarme más y lo solté, así, sin preparación ni aviso ni nada. Les pregunté si no les parecía mal tener a personas como si fuesen perros o gallinas.

Tyler no dejaba de mirarlo y cambió de posición inclinándose hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas. Eso animó a Aaron, que se puso de pie para dirigirse a su entregado público.

—Aquella señora me miró como si yo fuera imbécil...

—Una lumbreras, no hay duda, no entiendo cómo se le ocurrió pensar eso de ti, con lo listo que pareces —dijo Will riéndose y provocando la carcajada del grupo.

—«Tú no lo entiendes», me dijo —siguió Aaron, que tenía una capacidad asombrosa para ignorar aquello que no le interesaba—. «Deberías haber convivido con negros para entenderlo. No son personas como nosotros, aunque lo parezcan». Por supuesto, le dije que se equivocaba, que los negros eran personas como nosotros y que lo que hacían estaba mal, y entonces me dijo algo que me hizo girar la cabeza como una peonza. ¿Y cómo estás tan seguro de que tú tienes razón? ¿Y si te equivocas? ¿Has pensado lo que pasará si cuando mueras y estés frente al Creador descubres que nosotros teníamos razón? ¿Le dirás que está equivocado?

Todos habían dejado de reírse y lo miraban interesados. El silencio en el campamento resultaba inquietante.

—¿Cómo podemos estar seguros de que tenemos la razón en algo? —preguntó con preocupación—. Lo que es malo para mí es bueno para otro y él está tan convencido como yo mismo. He consultado la Biblia y dice una cosa y la contraria...

—Nadie es igual que nadie —intervino Will—. He conocido a muchos hombres que no merecerían ser considerados como tales. A algunos de ellos los habría fustigado con uno de esos látigos que usan los esclavistas, con mucho gusto. Y os aseguro que no me habría temblado la mano. Pero nunca he visto que eso tuviese que ver con el color de su piel.

—¿Y qué opinas de los pieles rojas? —preguntó Charlie—. Siempre hablas de los problemas que tuvieron tus padres con los *Comanches*.

Will asintió con la cabeza antes de responder.

—Eso es diferente —dijo—. Los colonos ocuparon las tierras en las que ellos habían vivido durante siglos. Aquello no era una cuestión del color de la piel, era algo meramente práctico. Esos indios pensaron que veníamos a robarles la riqueza que habían disfrutado durante años sin tener que pagar por ella. Mi padre trataba de hacerles entender que el hecho de que hubieran llegado antes no los convertía en dueños absolutos, que el mundo no funciona así, pero no querían aceptarlo, por eso dieron problemas. Si hubieran sido blancos nos hubieran tratado igual.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Aaron—. ¿Qué tiene que ver tu padre con mi historia?

—Al final va a resultar que la señora esa de Virginia tenía razón —dijo Will riéndose—. Eres más tonto que las piedras.

—¡No me insultes! —dijo el muchacho dándole un puñetazo en el brazo.

—Lo que yo opino —dijo Charlie—, es que ningún hombre es bueno o malo por el color de su piel. En mi pueblo un negro liberto violó a una viuda que le había dado trabajo. La rajó de arriba abajo y se quedó en la casa con la muerta durante una semana, hasta que los vecinos se dieron cuenta de que pasaba algo porque hacía días que no la veían. Cuando fueron a ver qué ocurría se encontraron con el cuerpo de la pobre mujer descomponiéndose en su cama. Al preguntarle por qué lo había hecho, él se encogió de hombros y dijo que le molestaba la voz melosa con la que le hablaba. Que quería oírlo gritar.

—Ese negro estaba tarado —dijo Will—. Todo es mucho más sencillo en cuanto a la esclavitud. Si alguien me hiciera trabajar todo el día sin otro aliciente que esperar un nuevo día para seguir trabajando, ¿qué anhelo me impulsaría a seguir? ¿Qué me motivaría?

—El látigo de tu amo —dijo Charlie y después escupió parte del tabaco que mascaba—. Y la amenaza de ser vendido.

—¿Eso me haría desear que mi amo fuese más rico? ¡No! Tan solo me haría ver que debo aprender a ingeniármelas para sacar el mayor partido de mi desgraciada existencia. La esclavitud es un mal negocio y en el Sur acabarán dándose cuenta.

—O haremos que se la den —dijo Walter, que rara vez participaba en sus conversaciones.

—¿Y por qué los negros se ríen tanto? ¿Alguien lo sabe? —preguntó Charlie con curiosidad—. Siempre me ha llamado la atención eso. Siempre se ríen, y cantan a todas horas. No me extraña que sus amos estén convencidos de que son felices.

—¿Has escuchado lo que dicen sus canciones? —intervino Tyler—. Si prestas atención descubrirás que sus palabras son las más tristes que hayas oído nunca.

—Pues entonces son muy buenos actores —insistió Charlie encogiéndose de hombros.

—Está claro que tú no estás aquí para conseguir la abolición de la esclavitud —dijo Aaron torciendo una sonrisa.

—Hasta ahora nunca me había preocupado ese tema —confesó el otro sonriendo con cinismo—. La única esclavitud que conozco es la que tenía mi padre con la botella.

—Lo que de verdad importa son nuestros actos, Charlie —dijo Tyler poniéndose de pie y vaciando el contenido de su pipa contra la piedra en la que había estado sentado—, y tú eres un buen tipo. Solo la justicia ha de medir con su vara a todo hombre, sin importar su color o su procedencia. Y eso es lo que hacemos aquí, Aaron —pasó junto al muchacho para dirigirse a su tienda—, buscar justicia. Y ahora, a dormir todo el mundo, que mañana tenemos que estar

descansados.

Las descargas de los rifles en mitad del bosque sonaban como el crepitar de una hoguera. Los hombres disparaban y se adherían al tronco del árbol que habían escogido como salvaguarda mientras suplicaban, cada uno a su Dios, que les permitiese seguir respirando un día más. Una bala pasó silbando muy cerca de la cabeza de Tyler y se maldijo por haber permitido que encendieran la hoguera que había delatado su situación. No esperaba un ataque y, aunque conocía bien la zona, despertarse en medio de la noche con el sonido de los disparos de fusil no ayudaba mucho a mantener la cabeza fría.

Transcurrieron los minutos sin que ninguno de los dos bandos se atreviese a dar el paso definitivo hacia el otro, y de repente los disparos cesaron y el silencio hizo presa de aquel pedazo de bosque sin que nadie de la compañía Hudson saliese herido. Esta vez los rezos habían llegado a tiempo a su destino.

—Capitán, usted conoce bien la zona. —Aaron cabalgaba a su lado y, como siempre, tenía ganas de charla—. ¿No teme encontrarse con alguien? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —lo cortó Tyler.

Aaron asintió levemente en silencio mientras su mente seguía dándole vueltas al asunto.

—A mí me daría pánico —dijo el muchacho retomando la charla—. Si alguno de mis amigos estuviese en el bando contrario...

El capitán lo miró malhumorado. ¿Es que ese muchacho no tenía ni un ápice de cerebro?

—Soldado —dijo muy serio—, ve a darle la tabarra a Charlie, que no tengo ganas de charla.

Aaron sabía que al capitán no le gustaba tener que repetir las cosas, y con un leve saludo de cabeza guio a su caballo hasta su compañero dejando a Tyler solo con sus pensamientos.

Llegaron al campamento con la puesta de sol, habían puesto las tiendas en la ribera derecha del río. Tras los pinos, frente a una gran explanada. Tyler bajó de su caballo y oteó el horizonte. Se respiraba una tensa calma. El vello de su nuca se erizó, como siempre que intuía el peligro sin verlo.

—Capitán... —Walter había descabalgado también y siguió su mirada cuando Tyler le hizo callar.

—El aire huele a batalla —susurró Hudson con voz apenas perceptible.

Aquel era territorio confederado y los soldados grises se envolvieron en la niebla previa al amanecer. Se movían sigilosos, tirando suavemente de sus riendas para mantener a los caballos

los más juntos posible, murmurando sus órdenes para no despertar a los yanquis, que aún dormían en el campamento.

El mayor Gregory se alzó sobre los estribos con el sable en alto, pero no gritó ninguna orden. Todos sabían lo que debían hacer y su mayor arma era la sorpresa. En cuanto el oficial diese la señal aquellos quinientos hombres pondrían sus monturas a galope tendido y rodearían el campamento yanqui sin que los soldados azules tuviesen tiempo de subirse los tirantes y quitarse las legañas de los ojos para ver lo que se les venía encima.

A pesar de las cuatrocientas yardas que los separaban, Tyler escuchó perfectamente el grito que profería la voz de mando al iniciar el ataque.

Una turba gris inundó el prado verde, pero, contrariamente a lo que habían planeado los rebeldes secesionistas, los confederados se encontraron con una barrera azul que emergía de entre los pinos, imparable y monstruosa.

En ese momento el mayor Gregory ya sabía que había caído en su propia trampa y que había mordido el anzuelo como un estúpido, pero ya no había marcha atrás. La luz cegadora rebotaba sobre las hojas desnudas de los sables mientras se escuchaban los primeros disparos de los fusileros y los gritos de ambos bandos atravesaron el espacio entre los árboles. Un caballo recibió el primer disparo y cayó de costado lanzando a su jinete a los pies de los otros caballos, que pasaron sobre él sin detenerse. Y llegó el brutal impacto, la carga indiscriminada.

Tyler logró zafarse de un soldado confederado que, habiendo desmontado, se lanzó directo hacia el flanco derecho de su caballo. Lo atravesó con su sable y apenas tuvo tiempo de detener el ataque por la izquierda que le asestaba un jinete desde su montura. Se llevó la mano a la sien y palpó la sangre que brotaba de una herida. Había estado cerca.

—¡Capitán, a su espalda! —gritó Will desde el suelo mientras recibía en su estómago el sable de un soldado gris.

Tyler se libró de su atacante y comprobó de una ojeada el estado de sus hombres. Muchos habían sido ya desmontados, pero la mayoría permanecían sobre sus caballos.

—¡Mantened la posición! —gritó con firmeza—. ¡Que no rompan la línea!

Cuando el ataque confederado perdió fuerza, los de la Unión avanzaron empujándolos en su retroceso hasta que el mayor Gregory ordenó la retirada.

El prado se había convertido en un cementerio improvisado. Los cuerpos desmembrados, exangües y fríos se extendían por doquier. Tyler estaba arrodillado junto a uno de ellos, sujetando su mano con fuerza.

—No lo vi venir, capitán —dijo Will sin apenas voz—. ¿Es muy grave? Me duele mucho...

Tyler desvió ligeramente la mirada y se estremeció al volver a contemplar el tajo por el que se escapaban sus tripas.

—Tranquilo, ahora vendrá el médico —dijo con voz serena.

Will trató de reír, pero no pudo.

—Capitán, miente usted muy mal.

—Siempre me lo dicen —respondió esforzándose en sonreír—, pero soy tu superior y te ordeno que me creas.

—¿Querrá hacer algo por mí? —preguntó el muchacho apretando su mano en un espasmo de dolor.

—Lo que quieras.

—Dígales a mis padres que los quiero profundamente y que he luchado con honor.

—Estoy seguro de que ya se sienten orgullosos de su hijo, soldado.

—Lo siento por Ruby. Ella no lo sabe aún, pero íbamos a casarnos.

—¿Ruby? ¿Quién es Ruby? Nunca me has hablado de ella.

—A mí sí —dijo Aaron, con los ojos llorosos—. Está convencido de que está coladita por él.

—Pero si está con ese Jonas —dijo Charlie con los ojos húmedos también.

—Eso no tiene futuro —respondió Will sin apenas voz y ya con los ojos cerrados—. Jonas no puede hacerla feliz. Solo yo...

Aaron se llevó el puño a la boca para contener un gemido de angustia y miró a su alrededor con un peso enorme en el corazón. Tyler soltó la mano de Will y le buscó el pulso. Permaneció unos minutos a su lado, en silencio. Después se puso de pie.

—Poned atención para no olvidar el lugar exacto en el que lo enterráis —ordenó—. Sus padres merecen saber dónde está su hijo.

Se alejó de ellos. Debía reunirse con el resto de oficiales, pero estaba demasiado furioso con el mayor Tinner y necesitaba calmarse para no hacer una estupidez. Aquella actuación había sido demasiado arriesgada y habían muerto demasiados hombres por su cabezonería. Teniendo el factor sorpresa de su lado no deberían haber esperado tanto para actuar. Cuando llegó al campamento y advirtió al mayor de que iban a ser atacados él se mostró cauteloso y desconfiado. Si le hubiese hecho caso y los hubiesen rodeado... Aquellos pensamientos solo servían para enervarlo aún más, debía controlarse si no quería acabar frente a un pelotón de fusilamiento.

Olivia recibió la respuesta de Tyler a su carta. La enfermedad de John había empezado a remitir y los ataques de tos eran mucho menos agresivos y repetitivos. El pequeño empezaba a comer con más apetito, aunque seguía muy débil y no se sostenía en pie. Olivia lo abrigaba bien y lo sacaba al jardín durante las horas más cálidas del día, y aquellos momentos parecían estar haciéndole efecto a ambos.

A su ánimo, que estaba extraordinariamente sensible, le resultó insoportable leer las duras

palabras de su esposo en aquella carta y comprender lo muy decepcionado que se sentía de ella. No había podido engañarlo y se lamentaba de que lo hubiese intentado siquiera. Tyler sabía ahora que ocurría algo malo y su preocupación era mucho mayor al tener como único fundamento su propia imaginación.

Olivia comprendió que los pensamientos de su esposo en aquellos difíciles momentos no eran los mejores para ese menester. Estaba rodeado de muerte y sufrimiento. Se sintió desfallecer al darse cuenta de que con su mentira no había conseguido su único propósito, que era no preocuparlo. De nada sirve tratar de evitar un daño si con ello causamos otro del que no podemos predecir su alcance. Volvería a escribirle para contarle toda la verdad, pero lo haría con la angustia de saber que la carta podía tardar semanas en llegar hasta él.

—Pasarán meses antes de que esté completamente restablecido —dijo Alexander—. Ha sido una dura prueba para su pequeño cuerpecito.

El doctor Hockton se marchaba después de ocho semanas viviendo en Sunset Bayou y Olivia se sentía apenada por ello, se había acostumbrado a su compañía y ahora lo consideraba un miembro más de la familia.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por nosotros —dijo con una enorme sonrisa y una confianza que dejaba a un lado las normas de cortesía—. Espero haber sido capaz de trasmitirte lo mucho que te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecerme —dijo el médico satisfecho—. Estoy enormemente feliz de ver a John recuperado.

Olivia se acercó a Martha y la abrazó.

—Gracias por estar a mi lado —susurró con cariño—. Tampoco lo olvidaré nunca. Me habría vuelto loca sin vuestra ayuda.

Se separó limpiándose una lágrima y regresó a la casa consciente de que querían intimidad para.

Martha se veía feliz cuando Alexander se giró hacia ella.

—Todo ha acabado bien —dijo aliviado.

—Eres un hombre extraordinario —respondió poniéndose seria—. Y lo que haces por los demás es...

Alexander sonrió con ternura y jugueteó con uno de sus rizos.

—Me gustaría poder cuidar así de la gente —añadió Martha.

—¿Quieres ser médico?

Martha levantó una ceja y lo miró como si se estuviese riendo de ella.

—¿Te burlas de mí?

Alexander miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los veía y rodeó su cintura atrayéndola hacia él. Últimamente no habían tenido tiempo para estar juntos y la echaba muchísimo de menos.

—Estás loco —dijo ella tratando de apartarlo.

—Completamente —asintió él—. Loco por ti.

—Suéltame —dijo ella al tiempo que se zafaba de su inapropiado abrazo—. Alguien podría vernos.

Alexander la miró muy serio. Al principio creyó que el cambio de actitud de Martha se debía a la situación que se vivía en la casa, pero ahora ya no le cabía la menor duda de que pasaba algo más.

—De verdad creo que podrías ser médico —dijo él sin bromear—. He visto lo rápido que aprendes, la curiosidad que sientes por todo lo que te apasiona. Yo podría enseñarte. Cuando estemos casados y vivamos en Illinois podríamos...

—No voy a ir a Illinois contigo —dijo rotunda.

Alexander frunció el ceño desconcertado.

—¿No quieres conocer a mi familia?

Martha movió la falda de su vestido como hacía siempre que algo la inquietaba.

—No quiero que sigas engañándote. No vamos a casarnos y jamás viviremos en Illinois como un matrimonio.

—¿De qué hablas? Es lo que habíamos decidido...

—No —dijo muy seria—, es lo que tú habías decidido. ¿Formar una familia tú y yo? ¿Crees que nuestros hijos serían aceptados? ¿Que podría pasear de tu brazo como si tal cosa? Nadie iría a tu consulta y no podrías ejercer como médico.

—Penaba que ya había quedado claro que no me importa nada de eso —dijo enfadado—. Si tengo que dejar de ser médico para estar contigo, lo haré sin dudarlo. Trabajaré en la tienda de mi padre, conozco el oficio...

—¿Tú, sastre? Me contaste lo mucho que deseabas ser cirujano y lo poco que te gustaba el oficio de tu padre. ¿Vas a coser pantalones en lugar de salvar vidas? ¿Crees que yo permitiré que hagas eso?

—¿Qué estás tratando de decirme, Martha? —preguntó visiblemente asustado.

—Esto no puede seguir —dijo sin saber de dónde sacaba la fuerza para no derrumbarse—. Lo nuestro no tiene ningún sentido. Jamás podremos estar juntos y no quiero seguir alimentando una fantasía que solo me hace daño. Quiero que te marches y no vuelvas a buscarme. Márchate a Illinois, busca una buena mujer y cástate con ella. Una mujer blanca y con clase que te permita ser la persona que debes ser.

—¿Una persona infeliz? —preguntó él con la desolación en los ojos.

Ella apretó los labios con fuerza y se retorció la falda con las manos.

—Te debes a los demás, Alexander. Tienes el don de poder salvar la vida de otras personas, no puedes permitirte el lujo de pensar solo en tu felicidad... o la mía.

El médico la miró decepcionado y triste.

—¿Ya no me quieres?

Martha puso el corazón en sus ojos, pero no varió su dura expresión.

—Te quiero, Alexander. Te quiero como no querré jamás a nadie, pero no tengo fuerzas para luchar contra el mundo por ti. No, sabiendo que con ello te arrastro a un oscuro pozo en el que deberemos vivir para siempre. Prefiero alejarme de ti y permitirnos a los dos una vida apacible y tranquila.

—No hablas en serio —dijo él tratando de cogerla de nuevo.

—Sí hablo en serio. —No permitió que la abrazara—. Muy en serio. Si no hubiésemos estado juntos Ernest Kernighan jamás nos habría torturado del modo que lo hizo. Nuestro amor no nos ha traído más que sufrimiento y es lo único que podremos obtener de él si continuamos con nuestro empeño y cerrazón. Sé que te duele escuchar mis palabras, yo misma siento cómo el corazón se me rompe en pedazos, pero también sé que sobreviviremos y que el día de mañana disfrutaremos al sentir el sol en nuestros rostros...

—¿De qué estás hablando? —dijo enfadado—. ¿¿De qué estás hablando!?

Martha comprendió que estaba perdiendo el control y miró detrás de él. Cuando Alexander se giró y vio que Bobby se acercaba a ellos la miró desconcertado.

—¿Qué...?

—Quiero que te olvides de mí, Alexander —dijo decidida—. Lo nuestro se acabó. Soy una mujer libre y puedo decidir cómo quiero vivir.

Bobby se mantuvo junto a ellos sin decir nada y Alexander se sintió humillado.

—¿Tienes miedo de que te haga daño? —preguntó incrédulo—. ¿De verdad piensas...?

—No —lo interrumpió Martha al borde de su límite—. No tengo miedo de ti, Alexander, pero tampoco quiero que esto se eternice y creo que si hay un testigo todo será más rápido.

Alexander Hockton sentía una profunda impotencia, una rabia monstruosa que amenazaba con hacerle estallar la cabeza. No podía estar pasándole aquello. No después de todo...

—Eres un cobarde —dijo imprimiendo su dolor en cada palabra—, así de sencillo. Quieres permanecer escondida, encerrada en tus libros, que es el único lugar en el que puedes vivir siendo libre de verdad. Desde el principio te dejaste querer y yo me preguntaba qué había en mí que no te inspiraba el suficiente amor, pero ahora creo que es tu miedo el que no te deja amarme. La noche que Hudson se marchó, cuando Leo, Prissy y tú vinisteis a mi casa, te observé mientras ponías la mesa y servías la cena. Imaginé que eras mi esposa y que Prissy era nuestra hija. ¿Y sabes qué sentí? —Las lágrimas y la rabia salían ya sin freno—. Una profunda tristeza, porque en mi interior

sabía que eso jamás ocurriría. Que tú no lo permitirías.

Martha también lloraba, pero no lo interrumpió ni rebatió ninguna de sus palabras.

—Te dices que es por mí, porque quieres protegerme, pero no es cierto. No me amas lo bastante, esa es la única verdad.

El médico temblaba sacudido por la emoción y ni siquiera la vergüenza de estar llorando frente a otro hombre pudo disminuir sus lágrimas.

—Doctor Hockton —susurró Bobby conmovido—, será mejor que se marche.

Alexander cerró los ojos y giró la cabeza buscando la serenidad que había pedido por completo. Después caminó hacia su caballo y subió a él, pero se mantuvo inmóvil aún unos minutos más sobre su montura, contemplando las riendas que sostenía entre sus manos.

—Yo habría luchado contra gigantes por ti. No hay ningún escenario peor para mí que al que acabas de condenarnos.

Tiró de las riendas de su caballo suavemente y dejó que le animal decidiera el ritmo. Martha lo observó alejarse despacio consciente de que aún podía correr tras él y desdeirse de todo.

—¿Estás segura de lo que haces, Martha? —le preguntó Bobby visiblemente apesadumbrado.

Ella asintió, sin dejar de mirar la espalda del hombre al que amaba, y Bobby se marchó dejándola sola.

Olivia esperó paciente a que Martha se calmase. Llevaba una hora sin dejar de llorar y sin poder decir una palabra. Eliza les trajo té y algo de comer y volvió a dejarlas solas, a pesar de mostrarse visiblemente preocupada por Martha, a la que quería como a una hija.

—¿Puedes explicarme ya lo que ha pasado? —preguntó Olivia cuando hubieron terminado el té y los sollozos dejaron paso a una exhausta melancolía.

—Se acabó —dijo Martha.

—¿Qué se acabó? —preguntó Olivia—. ¿Ha ocurrido algo con Alexander?

—Lo he intentado. He intentado creerme esa fantasía de que íbamos a casarnos y a vivir felices en Illinois con su familia... De verdad que lo he intentado.

Olivia cerró los ojos un instante cuando la joven no la miraba. Temía que ese momento llegase. Ahora comprendía el estado emocional que sufría Martha.

—Ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida —susurró agotada.

Fijó la vista en los libros de las estanterías. Cada uno de aquellos libros era un recuerdo constante. Aquel sofá en el que estaba sentada, era un recuerdo constante...

—Me ha dicho que soy una cobarde. Cree que no lo amo lo bastante como para luchar por él. —Miró a Olivia con desesperación—. Lo amo tanto que moriría por él.

Olivia asintió consciente de que aquella no era una frase retórica.

—No entiende que seguir con esto acabaría destruyéndonos. Y no solo a nosotros. A su padre, a aquellos a los que considera sus hermanos. ¿Y si tuviéramos hijos? ¿Qué sería de ellos? — preguntó negando con la cabeza—. Uno de los dos tenía que tomar la decisión y él no iba a hacerlo.

Olivia comprendía la desolación que debía estar sintiendo Martha. No entendía cómo podía ser tan fuerte para dejar al hombre que amaba. Si ella tuviese que separarse de Tyler para siempre...

—Si me hubiese pedido que viviera con él como su criada... —Miró a Olivia a los ojos con absoluta rendición—. Creo que lo habría aceptado. A pesar de que me aborrezco por ello, le habría entregado mi libertad con gusto.

—Él jamás aceptaría algo así.

—No, no lo aceptaría —confirmó Martha—. Por eso no había otro camino que no fuese la separación definitiva. Es un médico excelente, un cirujano con un brillante futuro si sabe moverse en los círculos adecuados —dijo sonriendo con tristeza—. No voy a arrebatarle eso, ni voy a privar al mundo de un gran hombre que salvará muchas vidas a lo largo de la suya.

—Eres una mujer increíble, Martha —dijo Olivia con sincera admiración—. No conozco a nadie tan fuerte como tú.

La antigua esclava no pudo contenerse más y se abrazó a su señora y amiga rompiendo de nuevo a llorar.

—No soy fuerte... —sollozó—. Tiene que ayudarme, señora, no sé a quién más podría acudir. Olivia le acarició el pelo con cariño.

—Puedes contar conmigo para lo que sea, ya lo sabes.

Martha se apartó y la miró decidida.

—Quiero ir a Inglaterra.

—¿A Inglaterra?

—Su familia es muy especial. Me ha dicho muchas veces que sus padres y los amigos de estos no tratarían a nadie como inferior por el color de su piel.

—Y así es, pero...

—Su madre podría buscarme un trabajo de criada, no pretendo que me den nada...

—Si yo te ayudase a ir a Inglaterra no sería para convertirte en criada —dijo Olivia frunciendo el ceño—. Seguro que mis padres podrían encontrarte una ocupación mejor que esa, más acorde a tus capacidades. Podrías vivir con ellos...

—¿Lo hará? ¿Me ayudará una vez más?

Olivia asintió.

—Si de verdad es lo que quieres, escribiré a mi madre.

—¿Mañana mismo? —la apremió Martha.

—Mañana mismo.

Martha la abrazó agradecida y después salió de la biblioteca rápidamente. Olivia se quedó un rato pensativa, dándole vueltas a todo lo que aquella charla le había removido por dentro. La voz de Tyler resonó en su cabeza repitiendo las palabras que le escribió en su última carta:

«... los hombres luchan creyendo que lo hacen para salvar y proteger a los suyos. De uno y otro bando, su motivación es la misma. Pero cuando puedes mirarlos a los ojos, antes de que la chispa se apague y el corazón se te rompa en pedazos, ves en ellos la única verdad, que la vida es una maldita y cruel broma en manos de unos estúpidos dementes».

—No solo en las guerras —musitó.

Capítulo 20

Tyler se hallaba tumbado en su tienda y releía por enésima vez la carta de Olivia que había llegado aquella mañana. En un primer momento la furia lo había invadido de un modo apenas soportable. Saber que su hijo había estado tan enfermo y que podría haber muerto mientras él estaba lejos le hizo hervir la sangre. A ese sentimiento lo sustituyó una potente rabia hacia él mismo por haberlos dejado solos, imaginando lo terrible que debía haber sido para Olivia. No pudo evitar que sus torturados pensamientos mezclasen la muerte de Will, y de tantos otros muchachos, con la de su propio hijo haciendo que se pusiera en la piel de esos pobres padres a los que tendría que dar la noticia. El dolor que sintió le desgarró el pecho como un afilado cuchillo.

«...cada día que permanecí al lado de la cama de nuestro hijo añoré tu presencia y cuando cerraba los ojos, en un duermevela constante, te imaginaba atravesando la puerta y subiendo los escalones de dos en dos para venir a abrazarme. Te escuchaba diciéndome que todo iba a ir bien, que nada malo iba a pasarle a nuestro pequeño.

»Espero que hayas podido perdonarme, amor mío. Lo único que deseaba era protegerte del dolor que me partía el alma. Pero te doy mi palabra de que jamás volveré a mentirte, sean cuales sean las circunstancias. Debes poder confiar en mí ciegamente y esa confianza es algo que solo puede sustentarse sobre valores férreos que no se dobleguen ante ningún posible escenario.

»John está bien. Ríe y juega como siempre y ha recuperado el peso perdido. Pregunta por ti y yo le cuento aventuras imaginarias en las que casi siempre eres un héroe o un pirata. Estoy sonriendo, amor mío, espero que tú también sonrías al leerme...».

Tyler se apretó los ojos para tratar de contener los sollozos que pugnaban por salir. Las imágenes de lo vivido en cada batalla se colaban en sus pensamientos como macabras escenas dantescas. Sangre, dolor y sufrimiento, padecido e infligido, que cada vez tenía menos sentido. Pero algo se había roto en su interior después de lo ocurrido en la plantación Antram.

Los hombres estaban cansados y hambrientos cuando llegaron hasta la plantación de los Antram, en Virginia. Allí se encontraron con una casa habitada por tres mujeres, cinco niños y un anciano, además de unos pocos esclavos, que no los habían recibido como a libertadores, precisamente. Tyler estaba casi seguro de que todo había empezado cuando una de las esclavas

escupió en el café del mayor Tinner, un hombre agrio que rezumaba maldad por todos sus poros. Los hombres que formaban la compañía Hudson no se sentían a gusto sirviendo bajo las órdenes de aquel hombre ni formando parte de su ejército. Su crueldad con el enemigo era manifiestamente excesiva, no le bastaba con matarlos, disfrutaba viéndolos sufrir. Y tampoco tuvo ninguna consideración hacia aquellas mujeres cuyos hombres luchaban en el ejército confederado. Para Tyler eran madres, esposas e hijas de hombres de honor, cuyo único pecado era defender lo que creían justo. Que lucharan en el bando equivocado no les granjeaba su odio.

Tyler no era ningún estúpido, desde que se unió al ejército de la Unión había visto cosas que le costaría olvidar, pero lo sucedido en aquella casa excedía todo lo que había vivido hasta entonces y ocuparía un lugar imborrable de su memoria.

Los hombres actúan de manera insospechadamente mezquina cuando sienten que lo han perdido todo y se enfrenan casi a diario a una muerte sin sentido. Después de lo ocurrido había vomitado todo lo que había comido y necesitó de una botella de *whisky*, que lo hizo caer inconsciente, para no saltarle la tapa de los sesos al mayor Tinner. Se despertó por la mañana en las caballerizas, sobre un montón de paja y con un dolor de cabeza espantoso. Pero las imágenes de lo ocurrido en aquel salón seguían frescas en su memoria. Jamás olvidaría la expresión en los rostros magullados de aquellas mujeres, la dama más anciana ni siquiera había podido levantarse de la cama después de la tremenda paliza que le propinó el mayor. Tendría que cargar toda la vida con la vergüenza de no haberlo impedido. Fue el momento más peligroso para él de toda la guerra.

—¿Y tendrá lazos? ¡Quiero lazos azules! —Betty daba saltitos frente a Olivia, que intentaba marcharse desde hacía varios minutos.

—Ya os ha explicado Belinda cómo serán vuestros vestidos —dijo Olivia riéndose—. Prissy tiene los diseños que hizo, puedes volver a mirarlos otra vez. Y sí, tranquila, compraremos lazos azules.

—¡Síiiii! —exclamó la niña entusiasmada y luego fue a abrazar a su amiga—. ¿Tú quieres lazos, Prissy? Pídelos ahora, antes de que se vayan

—No necesito nada —dijo la joven sonriendo.

—Prissy —dijo Olivia acercándose a ella—, puedes pedir lo que quieras.

La niña la miró agradecida.

—Pues sí hay una cosa, señora.

—Dime.

—Querría que Belinda me cosiera unos pantalones de mi talla —dijo estirando la cintura de los que llevaba puestos—. Estos son de muchacho y me van enormes.

Olivia miró a Belinda que asintió.

—Unos pantalones para montar, pues —dijo la señora sonriendo.

—Y para pelear como le ha enseñado Bobby —dijo Belinda con evidente desagrado—. ¿Dónde se ha visto que una mujercita se comporte de ese modo?

Olivia apartó la mirada con disimulo. Estaba segura de que a Belinda no le gustaría saber su opinión al respecto. Le hizo un ligero gesto a Prissy para que supiese que estaba de acuerdo antes de volverse hacia la modista.

—Bien, vayámonos ya, Belinda.

—¿Martha no viene? —preguntó la modista mientras atravesaban el vestíbulo.

—No —negó Olivia mirándola con preocupación.

—Desde que el doctor se marchó parece un alma en pena —dijo Belinda bajando la voz.

Olivia no dijo nada en voz alta, pero en su cabeza se lamentó de que el buen doctor Hockton hubiese decidido unirse también al ejército en un arranque de impotencia muy masculino. No quería ser egoísta, pero saber que ya no contaba con él la llenaba de intranquilidad con respecto a John, aunque el niño estaba más fuerte cada día que pasaba.

Subieron al carro en el que esperaba Jayden.

—Disculpa que hayamos tardado tanto —dijo Olivia acomodándose a su lado en el pescante, como hacía siempre—, Betty no nos dejaba irnos con sus peticiones.

El capataz sonrió burlón y puso el carro en marcha. Las niñas los despidieron con efusivos saludos y las dos mujeres respondieron sonrientes.

—Las mimas demasiado —dijo Jayden cuando se alejaron de la casa.

—Lo sé —dijo Olivia sonriendo—. No puedo evitarlo. Lo he intentado, pero soy muy desgraciada cuando soy severa.

Jayden la miró con un brillo divertido en sus ojos.

—¿Severa? No creo que sepa lo que significa esa palabra.

—¡Oye! Yo puedo ser muy dura si me lo propongo —dijo mirando hacia los campos en los que seguían trabajando la mayor parte de los antiguos esclavos—. El otro día regañé a Dominic.

—Por trabajar demasiado —dijo Jayden con expresión de sorpresa—. ¿Eso le parece que es ser severa?

—Bueno, llevaba todo el día con el arcón y apenas tenía luz para seguir trabajando. Tuve que ponerme muy seria para que me hiciera caso.

Jayden soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes? ¿Crees que no podría ser dura si fuese necesario? Lo he hecho cuando ha sido menester, lo que ocurre es que casi nunca lo es.

—Ya, claro.

—Bueno, la próxima vez que tenga que regañar a alguien haré que vayan a buscarte para que seas testigo.

—Esperaré ansioso ese momento. Espero no hacerme viejo esperando.

Olivia lo miró fingiendo enfado y Jayden se rio con más ganas. Siguieron el camino en silencio durante unos minutos.

—Por cierto —dijo Jayden como si acabara de acordarse—. ¿Sigues pensando en ir a la fiesta de Año Nuevo que organizan los Coulson?

—No he salido de Sunset Bayou desde que se fue Tyler. Nadie me invita a su casa ni cuentan conmigo para sus celebraciones. Excepto la señora Howells, a la que le dije que no, siguiendo tus consejos. —Esperó a que el capataz dijese algo en su descargo, pero al ver que no hablaba siguió ella—. Creo que tus miedos son exagerados. Estoy de acuerdo en que debo evitar la casa de los Kernighan o de James Ward, pero eso no significa que tenga que mantenerme enclaustrada. No es bueno para la plantación ni para el futuro de mi hijo. Los Coulson van a celebrar una velada sencilla, con pocos amigos, y han tenido el detalle de invitarme. ¿Qué hay de malo en que vaya?

—Los Coulson han sido apartados de su círculo de «amigos». Ya nadie los tiene en cuenta para nada, por eso la han invitado. Pretenden utilizarla como diversión para atraer a sus invitados.

Olivia siguió mirando hacia los campos para que no viese en su expresión que le había dolido escuchar aquello. Sabía que tenía razón, nadie que se considerase importante en Oakville, aparte de la viuda Howells, contaba con ella en sus eventos y aquella repentina invitación era de lo más sospechosa.

Jayden comprendió que había sido demasiado duro y se maldijo mentalmente. No le gustaba tener que hacer siempre el papel del malo, pero sabía que Olivia era demasiado buena como para no necesitar que alguien velase por ella. No quería que le hicieran daño.

—Sé que invitaron a la señorita Rill y rechazó la invitación al saber que también la habían invitado a usted —dijo con firme resolución—. Si insiste en acudir a esa fiesta puede encontrarse con que no haya ningún amigo.

Olivia lo miró ahora y sus ojos brillaban por las lágrimas, pero miraban sin prevención.

—Lo sé —dijo rotunda—, pero he decidido arriesgarme. No he hecho nada malo y no merezco el trato que se nos dispensa a mi hijo y a mí. No actuaré como si creyera que lo merecemos. A partir de ahora tendrán que ser ellos los que actúen con total claridad, porque yo no voy a recluirme más.

Jayden apretó los puños alrededor de las riendas.

—Van a hacerle daño —dijo entre dientes.

Olivia levantó la barbilla.

—Mi marido está luchando en una guerra —dijo con orgullo—. Lo que esos hombres tienen que sufrir es el único daño que estoy dispuesta a considerar. Lo demás son estupideces.

Jayden la admiró por su determinación y su manera de pensar, pero no pudo librarse de la furia que lo atenazaba al ver que estaba decidida a ponerse a tiro de sus despreciables y

mediocres conciudadanos.

La tienda del señor Yeates estaba abarrotada de gente. Todo el mundo quería comprar cosas para las Fiestas Navideñas y disimular por unos días la tristeza que se había instalado en la mayoría de los hogares sureños. Cuando Olivia entró, acompañada de Belinda, las otras mujeres se giraron a mirar, pero no respondieron a su saludo ignorándola con premeditación. Entre esas mujeres se hallaban Courtney Rill, su hermana Julia y Katie Clark.

—Señora Hudson —dijo el tendero tan solícito como siempre—, bienvenida. Enseguida la atiende.

—Tranquilo, señor Yeats. Si me lo permite miraré las telas con Belinda mientras usted atiende a sus clientas.

—Por desgracia no nos ha llegado nada nuevo a causa del bloqueo. El barco que debía proporcionarme nuevos tejidos de Europa ha sido confiscado por los yanquis.

—Malditos yanquis —dijo Courtney—. No se contentan con matar a nuestros hombres, que, además, se entretienen en robar nuestras telas. ¿Para qué quieren nuestras telas? Como si a sus mujeres les fuesen a servir para algo. Primero tendrían que tener algo de gusto para saber qué hacer con ellas.

—Y si solo fuese eso... —dijo Katie Clark—. Mi marido me explicó hace un par de noches que los soldados no tienen consideración con las mujeres. Son capaces de violarlas y golpearlas sin importarles su edad. Se cuenta cada cosa...

—¿Incluso a las ancianas? —preguntó Courtney Rill horrorizada.

La esposa de Ryan Clark asintió repetidamente.

—¡Válgame Dios! —exclamó una mujer de edad llevándose la mano al pecho, como si necesitara notar que el corazón seguía laténdole—. ¿Qué clase de monstruos hacen semejante cosa!

—Esos yanquis son el mismísimo demonio —dijo Julia mirando a Olivia—, y los que luchan con ellos merecen la misma consideración.

Las otras mujeres se persignaron varias veces tratando de ahuyentar a los malos espíritus.

—¿Desean algo más? —las increpó el tendero con expresión seria.

—Yo quiero unos botones nacarados —dijo Julia Rill.

—Y yo me llevaré estos guantes y esta cinta de raso —respondió su hermana.

Olivia miró unos segundos más a la que había sido su amiga, que siguió ignorándola. Después se volvió y caminó hasta el lugar en el que el señor Yeats tenía almacenadas las telas y se concentró en escoger junto a Belinda las que fuesen más adecuadas para los vestidos que habían diseñado.

Contrariamente a lo que pensaba, los Coulson no cancelaron su invitación para la cena y el baile de Año Nuevo en su casa. Todos los invitados asistieron, más incluso de los que Olivia esperaba. Pero tras la primera sorpresa que hacía presagiar una velada agradable, pronto comprendió que Jayden había acertado por completo en sus previsiones. El motivo por el que aquellas personas habían decidido asistir a una humilde velada en casa de los Coulson, cuando la mayoría los habían tachado de sus listas de amistades, no era otro que el de tratar de humillarla todo lo que fuera posible. Durante la cena tuvo que escuchar un sinfín de comentarios que hacían alusión a lo salvajes que eran los yanquis en el campo de batalla, la crueldad que empleaban con sus prisioneros y el nulo código de honor que los caracterizaba. No escatimaron detalles a la hora de dar testimonio de semejante comportamiento, hasta el punto que la señora Coulson tuvo que pedir, en repetidas ocasiones, que se cambiase de tema. Entonces optaron por alabar las gestas de su propio ejército, con la misma profusión de detalles.

Olivia aguantó estoicamente aquellos comentarios sesgados y poco ecuanímenes sabiendo que necesitaban reforzar sus creencias con aquella clase de bravatas injustas. No había que leer demasiado para comprender que ninguna guerra es justa y que ningún ejército es honorable siempre y en todo momento. Sabía que muchas de las cosas que contaban de los yanquis eran ciertas, igual que sabía que se producían del mismo modo en el otro bando. Aun así, mantenía una fe ciega en que su marido jamás haría cosas como las que contaban aquellas mujeres con la única finalidad de humillarla.

Bobby observaba a Prissy con expresión incrédula. Aquella muchacha era puro fuego sobre el caballo, el animal parecía una continuación de su propio cuerpo. Y no solo eso, además, era una tiradora extraordinaria, capaz de acertar a su objetivo con precisión milimétrica. Sonrió al verla saltar del caballo todavía en marcha.

—Te vas a romper la crisma, niña.

—No soy ninguna niña —dijo ajustándose el cinturón de sus pantalones nuevos.

—Tienes razón —dijo el capataz poniéndose falsamente serio—. La señora te espera en su despacho. Yo me encargo de tu caballo.

—¿Dónde si no? —dijo Prissy corriendo hacia la casa—. ¡Gracias!.

Bobby tiró de las riendas del animal y se preguntó adónde había ido aquella muchacha asustada que apenas podía hablar y no levantaba la mirada del suelo.

—¿Me buscaba, señora Hudson?

—Sí, Prissy —dijo Olivia levantando la cabeza de los papeles que revisaba—. Siéntate, por favor.

La muchacha obedeció sin protestar y esperó alguna clase de reprimenda, pero Olivia la miraba con cierta tristeza y eso hizo que cambiase de actitud.

—¿Le ocurre algo? Si está preocupada por algo que yo haya hecho, le aseguro que no...

—Esta mañana ha venido tu padre a hablar conmigo —la interrumpió—. Está pensando en marcharse de aquí. La guerra no parece tener visos de acabar pronto y tiene miedo de que si os quedáis en Sunset Bayou acabe ocurriéndote algo malo.

La joven no pudo disimular el temor que esa idea le producía.

—No podemos irnos —dijo nerviosa—. Este es nuestro hogar ahora. Mi madre se moriría de pena si tiene que dejarla a usted.

—Yo tampoco quiero que os marchéis, Prissy, pero no puedo reteneros. Sois libres. Estoy segura de que tú sabes mejor que nadie por qué está preocupado tu padre.

La muchacha se dejó caer contra el respaldo y bufó con fuerza por la boca.

—Es por mi comportamiento, lo sé.

Olivia asintió.

—Cree que acabarás provocando un altercado grave.

—No soporta que vista como un chico, ni que monte mejor que ninguno de ellos.

—No es solo eso, Prissy, y lo sabes. Hace dos días tuviste un enfrentamiento con Rose Ward. Y hace una semana te pegaste con Joss, de la plantación Fairfax.

—Intentó subirse a mi caballo —dijo Prissy, con el ceño fruncido—. Nadie se sube a Relámpago y todos lo saben. Joss, también.

Olivia se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos con expresión severa.

—Acabarás metiéndonos a todos en un problema grave. Tu padre tiene razón.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó enrabiada—. ¿Me pongo un vestido y digo a todo que sí? ¿Así aceptará quedarse? No voy a volver a ser una estúpida que se encoge cuando alguien quiere hacerle daño. No permitiré que ningún hombre vuelva a acercarse a mí lo suficiente como para...

Olivia se levantó de la silla y dio la vuelta a la mesa para ir a sentarse a su lado. Cogió sus manos al ver cómo temblaban y clavó la mirada en sus ojos, brillantes por lágrimas de rabia.

—Lo único que pretendo es no vivir con miedo. Quiero sentirme segura. No despertarme en medio de la noche sintiendo su aliento en mi boca y sus manos apretujándome.

—Lo sé, pero quizá el camino que has elegido no es el mejor para que estés segura.

—¿Hay algún camino que garantice eso, señora? —preguntó Prissy.

La joven se despojó de toda aquella impostura que no tenía sentido mantener frente a ella. Sabía que a Olivia no podía engañarla.

—Debes mantener una imagen frente a los de fuera. Han de verte como ellos quieren que seas:

sumisa y obediente. Piensa que es tu coraza y tu escudo, con ellos te proteges de un posible ataque. Y mientras tanto te preparas para defenderte si ese ataque acaba llegando. Puedes vestir esos pantalones y montar a caballo como una auténtica lunática —dijo sonriendo—. El corazón ha estado a punto de salirse por la boca varias veces al verte hacer las cosas que haces.

Prissy sonrió orgullosa y su rostro se iluminó.

—En Sunset Bayou puedes ser tú misma, pero cuando salgas de aquí no atraigas la atención de nadie. Nunca se sabe quién puede ser peligroso.

La jovencita asintió varias veces con la cabeza.

—¿Cree que eso será suficiente para convencer a mi padre?

—Estoy segura. Solo quiere protegerte, debes dejar que crea que puede hacerlo. Un bonito vestido, nada de pegarte con otros chicos y verás como cambia de opinión. Por si acaso, yo le he dicho que me parece una falta de consideración marcharse sin esperar a que mi esposo vuelva para poder darle las gracias por vuestra libertad. Creo que esas dos cosas bastarán para que os quedéis.

—Gracias, señora —dijo Prissy llevándose las manos de Olivia a los labios para besarlas.

Olivia la atrajo hacia sí y la abrazó con ternura. Después de unos segundos Prissy se apartó y la miró con timidez.

—Quizá podría ponerme un vestido esta noche —dijo—. En el poblado celebramos el nacimiento del primer hijo de George y Sofia.

—Me parece una idea estupenda. Seguro que a tu padre le encanta. Pídele uno a Martha, está tan flaca como tú.

—¿Un vestido? —Martha la miró con los ojos muy abiertos—. No me lo puedo creer.

—Es para el baile de esta noche.

—Y para tener a tu padre contento, ya lo imagino. Ven, no es que yo tenga muchos vestidos bonitos, pero alguno hay.

Cuando entraron en el cuarto, Martha se apresuró a coger las hojas que había sobre la cama y las devolvió al sobre rápidamente.

—¿Otra vez, Martha?

La antigua esclava asintió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tienes que dejar de leer esa carta —Prissy se acercó a ella y le cogió las manos—. ¿No ves que te hace daño?

Martha no quería hablar de ello y mucho menos aguantar los consejos de una niña que no sabía nada del amor.

—¿Has sabido algo de Zach? —preguntó desviando la conversación.

Prissy asintió con la cabeza antes de contestar.

—Sus padres recibieron carta hace unas semanas. Su hermano y él aún no habían conseguido reunirse con el capitán Hudson.

—¿A ti no te ha escrito?

Prissy negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a escribirme? Yo no soy nada suyo.

—Prissy... a mí puedes hablarme con sinceridad.

La joven bufó con hartazgo.

—No hay nada que decir, ya te lo he dicho un millón de veces. No me dijo nada antes de irse y se despidió de mí como de los demás. ¿Por qué voy a esperar que me escriba? No quiero saber nada de chicos, no me interesan.

—Quizá no quería obligarte a que lo esperases.

Prissy jugaba con la parte que colgaba de su cinturón por ser demasiado largo.

—¿Es que no has oído lo que te he dicho? No me interesan los chicos.

Martha sonrió con incredulidad.

—Prissy, deberías ser menos beligerante, así resultarías más convincente.

—¿Me enseñas los vestidos o qué?

Capítulo 21

El general Benjamin Butler, con un ejército de cinco mil hombres entró en Nueva Orleans el 1 de mayo de 1862 sin encontrar resistencia. Tyler se sintió aliviado al saber que no tendría que luchar en su propia tierra y su corazón latió emocionado al saberse tan cerca de casa.

—Cierto, cierto —dijo Butler sonriendo—. Es usted de Oakville.

—Así es, mi general.

—Apéeme el tratamiento. Estamos en confianza. ¿Lo considera apropiado? ¿No cree que podría suponerle algún problema?

—Nueva Orleans es desde hoy territorio de la Unión, y Oakville no está lejos de aquí —dijo Tyler con una sonrisa complaciente.

—¿Cuánto lleva conmigo?

—Cuatro meses, señor.

—Cuatro meses, sí. Su esposa debe echarlo de menos. Tiene un hijo pequeño, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Bien, bien. Veamos, le propongo algo. Vamos a estar aquí una larga temporada, pero acabamos de llegar. Hay mucho que hacer y necesito a mis oficiales cerca para organizar las cosas. ¿Puede esperar un par de meses más? Le prometo que podrá pasar unos días con su familia durante el verano. ¿Qué le parece?

Tyler se sintió decepcionado, pero no mostró expresión alguna que lo delatase.

—Gracias, mi general.

—Bien. Ahora pongámonos con el tema que nos ocupa. William Bruce Mumford, ese canalla que se atrevió a pisotear nuestra bandera.

—Ha sido detenido, señor.

—¿Qué opina usted?

Tyler frunció el ceño.

—No lo conozco, señor.

—Pero sabe lo que hizo: arrió la bandera de la Unión, la hizo pedazos y después pisoteó y escupió sobre esos pedazos.

—Sí, señor.

—Convendrá conmigo en que hay que hacer un escarmiento para que estos desagradables

sucesos no se vuelvan a producir. No debemos confundirnos por el mero hecho de que los ciudadanos de Nueva Orleans no hayan ofrecido resistencia. Son nuestros enemigos y no nos quieren bien. Ya ha escuchado los gritos de algunas mujeres al paso de nuestros soldados. —El general Butler parecía muy enfadado por ello—. Es imperdonable y no pienso consentir que esas estúpidas engreídas desprecien y ofendan a mis hombres. De ningún modo.

Tyler no supo qué responder a eso. No era agradable recibir los insultos de las damas, pero no veía cómo podían impedirlo. Había que entender que algunas de esas mujeres eran madres, hijas, hermanas o novias de soldados confederados que estaban en el frente.

—Respecto a Mumford, general, no hay que olvidar que cuando realizó esa acción todavía estaba sobre suelo confederado...

Butler lo miró entornando ligeramente los ojos con expresión disgustada. Todo el mundo sabía que no era muy dado a aceptar que se le contradijese.

—Debemos hacer un escarmiento, capitán Hudson —dijo con severidad—. Es lo primero que debe hacerse después de tomar un fuerte enemigo. Si nos ven flaquear saldrán otros como él de debajo de las piedras. Solo cuento con cinco mil hombres en una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes. No puedo permitirme ser blando.

Y no lo fue. A finales de mayo emitió una orden general que prohibía expresamente a las mujeres insultar o despreciar a un oficial o soldado de la Unión bajo pena de ser considerada una prostituta y pudiendo ser vejada y humillada públicamente por cualquiera de esos soldados. En cuanto a William B. Mumford, fue ajusticiado por ahorcamiento el 7 de junio de ese mismo año.

—¡Baton Rouge está siendo atacada! —El general Butler dio un puñetazo en la mesa.

—¿Debemos enviar tropas, mi general? —preguntó el comandante Hawkins.

—Las órdenes son proteger Nueva Orleans contra cualquier amenaza y no puedo privarme de muchos hombres. Pero, si Baton Rouge cae, nosotros también caeremos. Por eso he escogido su compañía, capitán Hudson, para que se una al general Williams. Creo que usted y sus hombres podrán hacer más que un batallón.

Tyler hizo un gesto de agradecimiento a sus palabras, aunque demasiado serio como para denotar entusiasmo.

—Usted y sus hombres permanecerán bajo el mando del general de brigada hasta que él lo ordene. Después volverá aquí.

—Sí, mi general —dijo Tyler.

—¿El capitán no tenía permiso para visitar a su familia? —preguntó el comandante Hawkins, que conocía bien los deseos de Tyler por pasar unos días en Sunset Bayou—. Quizá podría enviar al capitán Lowell...

—Estamos en guerra, caballeros —dijo Butler muy serio—, saben lo que eso significa. No hay familia, ni hogar para un soldado, más que sus hombres y el campo de batalla. ¿Tiene algo que decir, capitán?

—No, señor —respondió Tyler sin expresión.

—Bien, pues vaya y cumpla mis órdenes.

Tyler no le contó a Olivia que pensaba visitarles. En sus cartas solía ser ambiguo en cuanto a sus destinos y hablaba del campo de batalla sin mencionar nombres concretos. No quería que lo esperara ansiosa y tener que decepcionarla una y otra vez. Por eso aunque los vecinos de Oakville supieron que la Unión volvía a tener el control del estado de Luisiana y que los soldados federales se hallaban a pocas millas de allí, Olivia nunca supo que Tyler era uno de los oficiales destinados en Nueva Orleans.

Durante meses corrieron rumores terribles sobre la actuación de los yanquis en Nueva Orleans, todo el mundo hablaba, despotricaba y escupía sobre el general Butler y su despreciable forma de tratar a las mujeres sureñas. Sin embargo, resultó sorprendente la reacción de muchas de esas personas cuando el mayor Palmer, del ejército yanqui, llegó al pueblo con su compañía.

James Ward les ofreció sus tierras para montar el campamento en el que permanecerían los soldados y el mayor Palmer fue invitado a vivir en la mansión, como correspondía a un oficial de alto rango. Si había algo que James Ward sabía hacer bien era precisamente arrimarse al sol que más calienta.

Las Navidades de 1862 no se parecieron en nada a las que Olivia sufrió un año antes. Al parecer ella y su marido ya no eran personas *non gratas* y fue invitada tanto a casa de los Ward como a la de los Fairfax o los Kernighan. En los meses siguientes dejó de ser señalada o ninguneada cuando visitaba la tienda del señor Yeats o cualquier otro establecimiento de Oakville. Luisiana volvía a ser territorio de la Unión y todo el mundo se afanó en no significarse por temor a recibir un trato desfavorable en aquel nuevo escenario.

—De buen grado los habría mandado a todos a pastar con sus animales, pero debo tragarme mi orgullo si no quiero perjudicar a mi hijo —dijo mirando a Jayden con expresión furiosa.

—La guerra establece extraños compañeros de baile —dijo el capataz—. Reconozco que me resulta curioso ver a James Ward paseando con el mayor Palmer.

—Es un hombre educado y afable, lo vi en la cena que dieron los Fairfax hace dos meses, para Año Nuevo, y fue muy amable y encantador conmigo.

—Quizá debería invitarlo a cenar —apuntó Jayden entregándole una copita de jerez para después ir a sentarse en la otra butaca junto a la chimenea.

—Sí —asintió ella—, ya lo he pensado. Debo confesar que al principio lo miré con recelo. Estaba molesta. ¿Por qué no enviaron a Tyler en su lugar? ¿Quién mejor que alguien que es de la zona y conoce y entiende a sus habitantes para mantener la paz? Pero a saber dónde está...

—El mayor no cree que permanezcan aquí mucho tiempo. Parece que las cosas no están demasiado tranquilas, los confederados no dejarán de intentar recuperar Luisiana.

—Ya veo que has podido hablar con él de temas serios. Conmigo se limitó a conversaciones banales sobre el clima y la vida sureña —dijo Olivia arrugando el ceño.

—¿No mencionó a su esposo?

Olivia lo miró sorprendida.

—Sí, me dijo que lo conocía. Pero solo un poco.

—Combatieron juntos en la batalla de *Blair's Landing* —explicó Jayden—. Tiene muy buena opinión de él.

Olivia juntó las manos y se las llevó a la boca como si rezara.

—He sido muy descortés, ¿verdad? Ahora me doy cuenta, debí haberlo invitado en cuanto llegó. No quería unirme al grupo de aduladores interesados y me equivoqué. Pensaré que soy una mujer muy arrogante por haberlo ignorado todo este tiempo.

—Estoy seguro de que nadie podría pensar eso de usted.

Olivia no se percató de la intensa mirada que le dedicó su capataz, concentrada como estaba en sus propios pensamientos.

La puerta del salón se abrió y apareció Betty llevando a John de la mano.

—Hora de irse a la cama —dijo Betty con voz cantarina.

Olivia extendió las manos y John corrió hacia ella.

—¿Cómo está mi niño querido? —preguntó al tiempo que le daba un montón de besos en las mejillas—. Tengo un cuento precioso para contarte, ¿sabes? —Se giró hacia su capataz sonriendo feliz—. El placer me reclama.

Jayden la observó mientras salía de la habitación seguida por Betty, que no dejaba de hablar de lo que habían estado haciendo. Era una madre maravillosa, totalmente entregada a su hijo y que, sin embargo, era capaz de llevar la plantación con enorme solvencia. Se preguntó dónde podría encontrar él una mujer así, suponiendo que esa posibilidad existiese.

—Mayor Palmer. —Olivia le tendió una mano, que él besó cortésmente—. Bienvenido. Espero que me disculpe por haber esperado tanto para invitarlo. En mi descargo le confieso que llevo una vida de ermitaña y no suelo recibir visitas.

—Señora Hudson, es para mí un honor y un placer visitar Sunset Bayou. Su marido me habló de este lugar y de usted —dijo sonriendo— y, teniendo en cuenta lo poco que habla el capitán, debo decirle que es usted, sin duda, su tema de conversación favorito.

Olivia sonrió y el rubor tiñó sus mejillas de un suave tono rosado. Le indicó que la siguiese al salón y le ofreció una copa de vino antes de la cena.

—Cuando nos vimos en la cena de Año Nuevo no tuve ocasión de profundizar en el tema de mi esposo. ¿Hace mucho que lo vio por última vez? —preguntó tratando de no sonar ansiosa.

—Pues hace realmente poco tiempo. Estuvimos juntos en Nueva Orleans...

Olivia lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tyler esta en Nueva Orleans?

—Bueno, en realidad ya no. Se marchaba hacia Fredericksburg, habían destituido al general Butler y a él lo habían destinado a otro mando.

Olivia se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo de vino buscando algo que la reconfortase. ¿Tyler en Nueva Orleans? ¿Por qué no había ido a visitarlos? ¿Por qué no se lo dijo en sus cartas? ¿Habría ido ella a verlo!

—Ya veo que su marido no le dijo donde estaba —dijo el mayor—. Probablemente no quería que cometiese la temeridad de ir a verlo.

Olivia lo miró sorprendida de que pudiese leer tan fácilmente en ella. El mayor Palmer sonrió con simpatía.

—Es lo que haría cualquier mujer enamorada. Debe saber que su esposo pidió en varias ocasiones que le permitiesen venir a verles, pero siempre ocurría algo que se lo impedía. El general Butler no es muy sensible a estos temas, por desgracia.

—¿Mi marido ha tenido algún problema? Ha dicho que han destituido al general...

—No debe preocuparse, no tuvo nada que ver con su marido. El general Butler es un hombre de firmes convicciones y no cede en su empeño cuando se propone conseguir algo. No se avenía con la gente de Nueva Orleans y finalmente fue sustituido por el general Banks. Su esposo no tenía nada que ver con estos asuntos, son cuestiones meramente políticas, señora Hudson.

—Aquí se habló mucho del general Butler y su ley contra las mujeres sureñas —dijo Olivia.

—Ciertamente no fue muy indulgente con las opiniones autóctonas —dijo sonriendo—. El general no soportaba escuchar los insultos que algunas damas proferían contra sus tropas y decidió prohibirlo por ley. A decir verdad, a ningún soldado le gusta escuchar esa clase de insultos, pero yo no me escandalizo, comprendo que debe ser irritante vernos pasear tranquilamente, mientras sus esposos e hijos están por ahí arriesgando la vida. La cuestión es que el presidente Lincoln pensó que podría hacer mejor su labor lejos de Nueva Orleans y, como comprenderá, no soy quién para discutir sus decisiones.

—Sigo sin comprender por qué enviaron a mi esposo a Fredericksburg... estando tan cerca de

casa —insistió Olivia con evidente disgusto.

El mayor la miró con simpatía.

—Supongo que lo que no entiende es por qué no lo enviaron a él aquí en lugar de a mí. No puedo responder a eso, pero, en cualquier caso, creo que eso no sería nada bueno para el capitán Hudson. De momento las cosas están calmadas y los habitantes de Oakville y alrededores no han dado ningún problema grave, pero ¿qué pasaría si eso cambiase? El capitán debería tomar decisiones que podrían ser muy difíciles y que harían que sus conciudadanos lo miraran como al enemigo. —Hizo una pausa para asegurarse de que se comprendía bien su mensaje—. Una vez acabe la guerra deberá volver a casa. ¿Entiende lo que quiero decir? Hay heridas que nunca cicatrizan, señora Hudson, le aseguro que es mejor así.

Olivia asintió comprensiva y se puso de pie mostrándole su más sincera sonrisa.

—Vamos a cenar, mayor. Mi cocinera le ha preparado una comida al más puro estilo sureño, estoy segura de que no olvidará las delicias de Bertha en mucho tiempo.

—Ahora que estamos en confianza —dijo el mayor cuando iban ya por el segundo plato—, quería mencionar un tema delicado.

—¿Delicado para quién? —preguntó Olivia con expresión desconcertada.

—Para mí —respondió el mayor con una sonrisa turbada—. Hay una persona en Oakville que se ha convertido en alguien muy especial para mí. Hace un par de días otra vecina del pueblo habló conmigo e insinuó cosas que no me gustaron. Esa persona mencionó también que ustedes dos eran amigas.

Olivia no sabía hacia dónde iba la conversación y lo miró con interés para animarlo a continuar.

—Puede hablar en confianza, mayor.

—Me refiero a la señorita Goble.

Olivia no pudo disimular su desconcierto y evitó la mirada escrutadora del mayor.

—Señora Hudson, usted y yo no nos conocemos, pero debe saber que soy un hombre de honor. Jamás en mi vida he faltado a mi palabra. Por eso no quiero tomar una decisión de la que más tarde tenga que arrepentirme, y menos en un tema tan delicado como este. No conozco a nadie en Oakville de quien pueda fiarme. Excepto usted.

—Mayor, yo...

—Llámeme Kieran, por favor.

Olivia asintió y bebió de su copa antes de seguir hablando.

—Está bien, Kieran —dijo y suspiró dándose por vencida—, pregúnteme lo que quiera. Sí la señorita Goble y yo... somos amigas.

—¿Detecto un ápice de duda en esa afirmación?

Olivia carraspeó suavemente y dobló la servilleta antes de volver a colocarla sobre su regazo.

—Últimamente no tenemos mucha relación.

—Necesito que sea muy sincera, señora Hudson. No soy un hombre muy experimentado en estos lares. He cumplido ya los cuarenta años y nunca me he casado. Soy de buen carácter y tengo tendencia a fiarme de las personas que no me dan motivos para lo contrario. No quisiera estar cometiendo un error del que tuviese que arrepentirme. Mi compañía y yo mismo no tardaremos en marcharnos de aquí y no creo que tenga demasiado tiempo para afianzar mis conocimientos respecto a la persona que he mencionado. Antes de comprometer mis sentimientos necesito saber que no voy errado.

—¿Qué le han dicho que lo ha hecho desconfiar?

—Me han hablado de Ernest Kernighan.

Olivia endureció su expresión sin darse cuenta y sus ojos se volvieron fríos y temibles.

—Ya veo que no le resulta indiferente —dijo Kieran con preocupación y disgusto.

—Mire, mayor Palmer, las cosas en un pueblo pequeño como Oakville no son fáciles para una mujer sola. Ernest Kernighan es hijo de uno de los hombres más influyentes y, aunque su carácter siempre fue desagradable, nadie imaginaba que tuviese inclinaciones tan depravadas. La señorita Goble rompió su compromiso en cuanto descubrió la clase de hombre que era —sentenció— y eso es lo único que debería importarle respecto a este tema.

—¿Y no debe preocuparme que estuviese dispuesta a casarse con alguien tan depravado? —El mayor dejó salir sus temores sin subterfugios—. Como mínimo denota una absoluta falta de instinto.

—Doy fe de que se sintió horrorizada al conocer la verdadera personalidad de su prometido —insistió Olivia—. Si me atreviese a darle un consejo, lo que le diría es que no la juzgue por lo que los demás digan de ella. Tiene razón en que no nos conocemos, pero me da la impresión de que es usted un hombre sensible que jamás se fijaría en una mujer que no mereciese su atención.

—La persona que me habló de ello me aseguró que usted me prevendría contra ella...

—Pues esa persona se equivocaba. Considero a Maddison Goble una mujer con grandes cualidades, inteligente, bella y con buenos sentimientos. Nuestros caracteres son muy distintos y también nuestra visión del mundo, pero jamás diría nada malo de ella. De hecho, hubo un tiempo en el que pensé que podría convertirse en la esposa de mi hermano.

—Tengo entendido que su hermano vive en Londres.

—Así es —sonrió Olivia—. Pero viajó conmigo desde Inglaterra y permaneció aquí unos meses. Y fue entonces cuando fantaseé con la posibilidad de que la señorita Maddison y Daniel acabasen concretando una relación, algo que finalmente no sucedió.

La expresión del mayor hizo que Olivia se preguntase si no acababa de meter la pata.

—No es que ocurriese nada entre ellos. Solo eran amigos...

—Tengo entendido que también fue muy amiga de su esposo.

Olivia se puso seria de nuevo.

—No sé quién ha emponzoñado su mente con semejante mezcla de ideas, pero sea quien sea merece todo mi desprecio por ello. —Serenó su ánimo antes de continuar—. No puedo darle un consejo en este tema, no me atrevería, pero estoy segura de que si escucha a su corazón él le dirá lo que necesita saber.

—Es usted una mujer muy inteligente, señora Hudson —dijo sincero.

Y continuaron hablando de temas menos comprometidos.

El señor Yates les mostró los guantes y Olivia miró a Betty interrogadora.

—¿Te gustan? —preguntó.

La niña lo pensó un momento y finalmente asintió.

—Pónganos esos, señor Yates —dijo Olivia mirando al dueño de la tienda.

—Le preparo el paquete enseguida —dijo él con expresión satisfecha.

Cuando se quedaron solas Olivia llevó a Betty a ver el precioso vestido que el señor Yates tenía en exposición.

—¿Te gusta? —le preguntó a la niña.

—¡Me encanta!

—Había pensado regalárselo a Martha, ¿qué te parece?

—¡Oh! —dijo la niña admirada—. Estará preciosa con él.

La puerta de la tienda se abrió en ese momento y entró Maddison Goble. Cuando la maestra se acercó Olivia la saludó con cortesía.

—¿Podría hablar un momento contigo, querida Olivia?

—Betty, por favor, ¿podrías ver si Prissy y Belinda han terminado en el colmado?

La niña comprendió que querían quedarse solas y no puso ningún impedimento. Maddison la cogió del brazo y la llevó hasta un rincón apartado para evitar que alguien que entrase pudiese escucharla.

—Quería darte las gracias, el mayor Palmer me confesó que habíais hablado sobre mí. — Bajó el tono y la miró con expresión tierna—. Sabía que no le dirías nada malo, tú no eres así.

—¿Así, cómo? —preguntó Olivia sin maldad pero con una mirada inquisitiva.

—Como el resto de mujeres de este pueblo. Cualquiera de ellas me despellejaría viva si ese buen hombre les preguntase. Pero tú no eres como ellas. —Cogió las manos de Olivia y la miró a los ojos con total sinceridad—. No tienes por qué creerme, pero te aseguro que jamás te volveré a considerar como a las demás. El mayor Palmer me gustó desde el primer día que lo vi y anoche,

por fin, me pidió que me casara con él.

Olivia tenía una expresión serena y no mostró reacción alguna.

—Quiero irme de este pueblo para no volver nunca y creo que la vida me está dando una oportunidad única —dijo con los ojos brillantes por las lágrimas—. Kieran Palmer es un hombre honesto y bueno, muy caballeroso y suficientemente atractivo para mí. No quiero seguir dando clases a esos mocosos desagradecidos en este pueblo de chismosas y engreídas. Viviré en Carolina del Norte y tendré una casa y un jardín. Por fin cumpliré mis mayores deseos.

Se le cortó la voz y tuvo que parar de hablar un momento para contener el llanto que pugnaba por salir.

—Podría haberme casado con ese monstruo —susurró estremecida—. Y me habría tenido completamente a su merced.

Olivia puso una mano en su brazo para tratar de infundirle calma.

—Todo eso ya pasó y, como has dicho, la vida te da una nueva oportunidad. El mayor Palmer es un hombre excelente y estoy segura de que seréis muy felices.

Maddison no pudo contener ya las lágrimas.

—Por una vez en mi vida voy a ser completamente sincera, exponiéndome a sufrir tu desprecio. Amé a Tyler —susurró la maestra— y me sentí despechada por no ser la elegida. Eso me hizo que no fuera del todo honesta contigo y ahora me arrepiento muchísimo de ello. Pienso que, de haber sabido la excelente persona que eras, podríamos haber sido las mejores amigas.

Maddison se limpió las lágrimas y salió de la tienda. Olivia se volvió hacia el mostrador y vio al señor Yates esperándola con su paquete. El hombre le sonrió afable y ella se acercó para pagarle.

Después de la boda de Maddison Goble con el mayor Palmer, los recién casados se trasladaron a Nueva Orleans y Oakville quedó de nuevo libre del ejército unionista. Las cosas estuvieron tranquilas hasta que Lincoln emitió la proclamación de la emancipación de los esclavos el 1 de enero de 1863. Algunos esclavos escaparon de sus amos. Ward, Fairfax y Kernighan, entre otros, formaron cuadrillas de hombres y perros para hacerles volver y ante su resistencia no dudaron en matar a algunos para dejar claro que no permitirían la sublevación, con emancipación o sin ella.

Algunos de esos esclavos buscaron refugio en Sunset Bayou, animados por Prissy, que los recogía con uno de los carros de la plantación. Tanto Olivia como sus capataces intentaron protegerlos, pero no podían enfrentarse a sus vecinos sin ofrecerles nada a cambio. La plantación no pasaba por un buen momento económico, el ejército de la Unión había confiscado la mayor parte del algodón y las finanzas de los Hudson estaban bajo mínimos, por lo que Olivia no pudo

comprarlos y tuvo que dejar que se los llevaran para evitar que fuesen asesinados allí mismo.

Ese episodio duró un par de meses y acabó con la muerte de doce esclavos y otros tantos que lograron escapar. El aire en Oakville se vio enrarecido de nuevo y la gente se volvió susceptible y agresiva. Todos desconfiaban de todos y Sunset Bayou volvió a ser territorio enemigo.

A pesar de lo tenso de la situación, solo hubo un par de episodios alarmantes. Una noche alguien rompió la ventana del salón con una piedra que golpeó a Olivia en la cabeza. Pero aunque la sangre provocó un gran susto en quienes la acompañaban en ese momento, no hubo que lamentar males mayores. Jayden y Bobby trataron de localizar al intruso sin éxito y a partir de ese momento aumentaron aún más la vigilancia cerca de la casa.

El otro suceso fue más doloroso para Olivia porque atacó directamente a sus sentimientos.

Las damas de Oakville se habían reunido en la escuela para decidir si buscaban una nueva maestra para el pueblo o cerraban la escuela definitivamente. Olivia recibió aviso de parte de la señora Howells y se presentó puntual, para no aumentar la animosidad que ya de por sí esperaba encontrar, pero se llevó una sorpresa al ver que la reunión había terminado.

—He llegado puntual, a la hora que ponía en la nota que me envió —dijo desconcertada mirando a la señora Howells.

—Te pedí que enviaras a alguien a avisar a la señora Hudson del cambio de planes. —La anciana mira a la señora Ward, visiblemente incómoda.

—¿No la han avisado? —preguntó la esposa de James Ward con expresión inocente—. Esas negras holgazanas... nunca hacen lo que se les manda.

—Señora Hudson —dijo la viuda Howells con expresión compungida—. Disculpe mi error, la nota que le mandé era correcta, pero la señora Ward me invitó a comer a su casa ofreciéndose a traerme hasta aquí para que me resultase más cómodo y no fue hasta la hora de la comida que me enteré de que habían cambiado la hora.

Olivia comprendió la treta de aquellas avisadas mujeres y sonrió con ironía.

—Supongo que ya han decidido lo que harán con la escuela —dijo.

—Vamos a cerrarla —dijo Katie Clark.

—Si esa decisión se debe a que no han encontrado una maestra adecuada, yo tengo una propuesta que podría interesarles.

Julia la miraba con una fría expresión y su hermana se giró hacia Amber Nagel.

—Hemos tomado una decisión, ¿no? —preguntó.

—Así es —dijo Hanna Fairfax—. Estamos en guerra, no podemos perder el tiempo en tonterías. Los padres de esos muchachos no pueden permitirse el lujo de prescindir de los brazos de sus muchachos y las madres necesitan a sus hijas para las tareas del hogar.

—¿En qué había pensado, señora Hudson? —preguntó Daisy Howells con simpatía.

—Matha, ya la conocen, es una excelente maestra y podría dar clase a estos niños

perfectamente. Además, su salario podría ser...

—¿Salario? —Ellie Kernighan la miró asombrada—. ¿Pretende que le paguemos un salario a una esclava? ¿Pero por quién nos toma?

—Sería poco dinero y solo...

—¿Una negra dando clase a esos niños? —la cortó Alice Ward—. Verdaderamente usted no tiene límite.

Olivia la miró interrogadora.

—¿Por qué me habla de ese modo?

—¿Quiere que esa esclava dé clase a unos inocentes niños? —intervino Julia—.

¿Precisamente «esa»?

Olivia la miró sorprendida. Sabía perfectamente la buena educación que tenía Martha. Ella mejor que nadie podría haber dado fe de su buen hacer. Pero lo que más la conmovió fue la mirada de asco que vio en sus ojos.

—Julia, tú sabes...

—Haga el favor de no tratar a mi hermana con tanta familiaridad, señora Hudson. Y deje de inventarse historias, que todos sabemos de qué pie calza. Váyase a su casa y deje de maquinar maneras de ayudar a esos malditos yanquis.

Olivia miró a Courtney Rill con atención.

—¿Malditos yanquis? ¿Se refiere a yanquis como el mayor Palmer, al que usted y su esposo invitaron a cenar en su casa en numerosas ocasiones?

La mujer apretó los labios con rabia.

—¿Y qué quería que hiciésemos? Esos hombres podían matarnos cuando les viniese en gana. ¡Lo único que hacíamos era proteger nuestros hogares!

—El esposo de mi hermana está luchando en el frente —dijo Julia molesta—. ¿Cómo se atreve a acusarla de confraternizar con el enemigo?

—No la acuso de nada, Julia, tan solo digo la verdad.

—¿La verdad? —dijo su antigua amiga acercándose y señalándola con el dedo—. ¡Qué sabrá usted de la verdad! Durante mucho tiempo me hizo creer que era una persona digna de mi confianza y aprecio. La defendí cuando nadie más lo hacía. ¿Y qué hizo usted? Me echó de su casa por no querer escuchar comentarios desagradables y ofensivos contra el Sur.

—Yo no te eché, Julia, fuiste tú la que decidiste...

—Usted eligió quiénes eran sus amigos y estaba claro que no me incluía entre ellos. Prefirió acoger a un yanqui traidor en lugar de a una buena y fiel amiga. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran lo más profundamente en la mente de Olivia—. Una amiga que nunca habló mal de usted, no como la señora Palmer, con quien siguió manteniendo su amistad a pesar de todo lo que dijo sobre usted y su familia.

—Siempre la traté con cariño y respeto, y en aquella cena usted fue la que se comportó de un modo muy poco apropiado, no el señor Parry —dijo Olivia con serenidad—. En cuanto a lo que insinúa sobre la señora Palmer yo no...

—Yo no insinúo nada —la cortó Julia—. Sé muy bien de lo que hablo y si no le doy más detalles es porque no quiero hacerle daño.

—Cuéntaselo —dijo su hermana, ofendida—, no se merece tu consideración después de cómo te trató. ¿Sabe lo que pensaba de usted la señora Palmer? ¡Que era una fría y tiesa engreída! Eso decía. «Con sus aires de grandeza, con su pedigrí inglés...». Y también se burlaba de su hermano siempre que alguien lo mencionaba. Aseguraba que él le había pedido que se casara con él, pero ella lo había rechazado por no considerarlo lo bastante hombre. La señorita Goble, quiero decir la señora Palmer, creía que las preferencias románticas de su hermano serían imposibles de satisfacer por ninguna mujer, por mucho que lo intentase. Usted ya sabe a lo...

—¡Señoras! —gritó la anciana Howells con expresión horrorizada—. Parece mentira que se llamen damas actuando como unas vulgares... Debería darles vergüenza comportarse de este modo con esta pobre mujer.

Olivia había empalidecido por completo y trataba de contener la furia que pugnaba por emerger del centro de su ser.

—¿Pobre mujer? —se encaró Amber Nagel—. ¡Su esposo está matando a nuestros hombres! Claro, como usted no tiene que temer que le maten a nadie, se puede permitir el lujo de ser compasiva con el enemigo.

—Mi yerno está en la guerra igual que tu esposo —dijo la anciana enfadada.

—¡Su yerno! Todo el mundo sabe que lo detesta.

—¡Eso es falso! Espero que no te atrevas a decir semejante mentira delante de mi...

—No discutan más —pidió Olivia preocupada por el estado de salud de la anciana—. Siento haberlas incomodado con mi presencia, no volveré a importunarlas. Que tengan un buen día.

Salió de la escuela con paso rápido y acabó echando a correr hacia el carruaje que la esperaba. Se había puesto su mejor vestido y había cuidado todos los detalles para no despertar antiguas animadversiones. De verdad quería ayudar, pero lo que se llevaba de allí era una amarga verdad que iba a tener que tragarse. Podía aceptar la certeza de que Maddison la hubiese criticado a ella a sus espaldas mientras se hacía pasar por su amiga, pero que hubiese ofendido a Daniel de aquel modo, que hubiese ultrajado su buen nombre sin ningún fundamento... Mientras regresaba a casa no podía dejar de mortificarse por haber sido colaboradora necesaria para que el mayor Palmer decidiese hacerla su esposa y rogaba encarecidamente porque ese buen hombre no tuviese que arrepentirse jamás.

Capítulo 22

—¡Leo, Zach! ¿Qué hacéis aquí? —Tyler se acercó a los dos hermanos, que estaban en una cola frente a la tienda de comandancia.

—¡Capitán Hudson! ¡Por fin! —exclamó Leo con una enorme sonrisa—. ¡Qué alegría verlo tan bien!

Tyler los cogió a los dos por los hombros y los sacó de la cola llevándoselos aparte para hablar con tranquilidad en un lugar menos concurrido.

—¡Pero qué sorpresa encontraros aquí! —dijo con evidente alegría—. ¿Cuánto hace que os alistasteis?

—Unos meses después de marcharse usted, señor —explicó Leo—. Al principio estuvimos buscándole, pero nos reclutaron y nos llevaron a Texas. Hemos estado en todas partes, señor, y allí adonde llegábamos preguntábamos por el capitán Hudson.

—Ya no soy capitán, me ascendieron a mayor hace unos meses —dijo sacudiéndolos antes de soltarlos—. Qué contento estoy de ver vuestras feas caras.

—Hemos visto al doctor Hockton —dijo Leo—. Él fue el que nos dijo que estaba usted aquí. Tyler asintió.

—Llegó hace tres días con la caballería. Sufrieron un ataque confederado y hubo muchos heridos.

—Lo hemos visto —dijo Zach—. Tiene un buen hospital de campaña.

—Es un hombre testarudo y muy convincente, sin duda, siempre consigue que algún propietario le ceda su casa para tratar a los heridos. Me alegra ver que vosotros os habéis mantenido a salvo —dijo Tyler con una enorme sonrisa.

Se sentía realmente contento de verlos, era como si le trajesen un pedacito de Sunset Bayou.

—Al menos Luisiana sigue siendo de la Unión —dijo Zach—. Eso habrá hecho que nuestra gente haya vivido tranquila, y supongo que cuando regresemos no nos odiarán tanto por allí.

Tyler no dijo nada, pero no estaba muy seguro de eso.

—¿Dejasteis alguna novia en Oakville, muchachos?

Leo miró a Zach y le hizo un gesto para que respondiese, por lo que su hermano le dio una colleja. Tyler frunció el ceño.

—Díselo, desaborido.

—No hay nada que decir —respondió Zach, malhumorado.

—Le gusta Prissy —dijo Leo sin hacer caso a la expresión de reproche.

Tyler no pudo disimular su sorpresa.

—¿Prissy?

—Solo somos amigos, señor.

—Y unas narices, amigos —dijo Leo riéndose—. Lo que pasa es que son dos lerdos de mucho cuidado y no han querido confesárselo el uno al otro. Por imbécil se la va a encontrar casada cuando vuelva y a mí me va a dar la risa.

—Serás... —Zach le dio un empujón y el otro se lo devolvió.

—Chicos, chicos, parad —dijo Tyler interponiéndose entre ellos—. Aquí no nos gustan las peleas, ya tenemos bastantes en el campo de batalla. ¿Y qué pasa contigo, Leo? ¿Qué hay de Lisi?

—Lisi no me quiere, señor, y usted lo sabe mejor que nadie.

—No le haga caso —dijo Zach—. Le dijo que lo esperaría.

Tyler miró a los dos muchachos con un sentimiento agridulce. Se alegraba de verlos, pero también sabía que la guerra no era ninguna broma y eran demasiado jóvenes para morir.

—Deberíais volver a casa —dijo de pronto—. Ya habéis luchado bastante. Puedo arreglarlo si queréis...

Leo lo miró frunciendo el ceño.

—¿Ahora que por fin lo hemos encontrado? —dijo Leo torciendo una sonrisa—. No iremos a ninguna parte sin usted, señor.

—Estamos aquí para ayudarlo, capitán —dijo Zach asintiendo—, regresaremos cuando usted regrese.

—Mayor —dijo Tyler con suavidad.

—Sí, se... mayor —dijo Zach poniéndose firme.

—Bien, desde hoy estáis bajo mi mando. Id a comer algo y descansad hasta que yo os busque. No os metáis en líos y nada de peleas.

—¿Prissy! ¡Prissy, ven aquí ahora mismo! —Betty miraba a su amiga con expresión severa y las manos en la cintura.

La otra muchacha saltó de su caballo y corrió hacia su amiga con expresión sonriente.

—¿Qué pasa ahora, gruñona?

—¿Que qué pasa? Te dije que no te vistieras para montar, que quería que me acompañases al pueblo a ver a la señorita Marty.

—Y yo te dije que no iría más a ver a esa embustera.

—No hables así, Prissy —le pidió su amiga—. Podría echarte mal de ojo si se entera.

—Eso son paparruchas. No voy a contribuir a que esa charlatana te saque los cuartos. Si te

empeñas en volver a ir tendrás que hacerlo sola.

La hija de Belinda la miraba decidida hasta que vio cómo se arrugaban los labios de Betty, lo que era señal de que se pondría a llorar. A pesar de que ya no era ninguna niña, Betty seguía teniendo el poder de hacer con ella lo que quería, tan solo tenía que soltar alguna lágrima y ya la tenía en el bote.

—¡Oh, Betty, eres muy mala!

—Yo no soy mala y te quiero mucho —dijo la pequeña abrazándola.

—Espérame, iré a cambiarme. Pero tú ve a decirle a la señora que vamos al pueblo, por si necesita algo.

Olivia hablaba con Jayden junto al almacén. El capataz no disimulaba su preocupación.

—El coronel Banks no es como Palmer —dijo Jayden—. A pesar de sus suaves palabras, es mucho más exigente en cuanto a sus necesidades y las de sus hombres.

—¿Ese hombre no sabe que nosotros también comemos? —dijo Olivia malhumorada.

—Cuando llegan sus hombres no se les puede discutir nada. Se les llena la boca diciendo que estamos en guerra, como si no supiésemos para qué emplean lo que confiscan.

Olivia asintió, eran de sobra conocidas las juergas que se daban los militares yanquis. El nuevo destacamento llevaba ya un año en Oakville. Se instalaron en la propiedad de la viuda Howells, y Olivia creía saber el motivo por el que la habían elegido. Una viuda sola y sin energías para rebelarse contra sus egoístas maneras era lo más cómodo para aquellos hombres. Sabía que deambulaban por la casa como si fuese suya y se reían de las débiles protestas de la anciana. Finalmente su hija se la había llevado a su casa con ella y la propiedad Howells se convirtió en el cuartel general del coronel Banks. Aquellos hombres se movían por el pueblo como si fuese suyo y no dudaban en «visitar» las plantaciones requisando toda clase de suministros.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Olivia visiblemente enfadada—. Habrá alguien a quien podamos recurrir.

Jayden se encogió de hombros.

—Como no quiera escribir una carta al presidente Lincoln...

Olivia pensó en lo que diría Tyler si viera lo que el representante del ejército federal estaba haciendo en Oakville. Las carencias causadas por la confiscación sistemática del algodón que recogían en las plantaciones ya habían mermado en gran medida las arcas y los almacenes de los propietarios. Pero la desagradable actitud de aquellos hombres al exigir cuanto querían sin tener la más mínima consideración resultaba demasiado intolerable para ella.

—Señora Olivia —dijo Betty a su espalda.

Olivia se giró y trató de que su sonrisa pareciese sincera.

—Dime, Betty.

—Prissy y yo vamos a ir al pueblo a ver a la señorita Marty...

—¿Otra vez, Betty? —dijo mostrándole su disconformidad—. Creí que después de lo que hablamos el año pasado habías decidido...

La muchacha bajó la mirada y puso aquella cara compungida que sabía que le funcionaba tan bien.

—¿Por qué te empeñas en regalarle tu dinero?

—Me dice cosas bonitas de mi madre, señora —dijo la niña con voz temblorosa—. Ya sé que usted y Prissy creen que solo me dice lo que quiero oír, pero ¿qué mal hay en creer que mi madre puede escucharme? Me consuela escuchar esas palabras y pensar que mi madre sigue cuidando de mí.

Olivia se acercó a la jovencita y acarició sus cabellos rizados y rebeldes. Realmente no había argumento para rebatir aquello. A Betty la hacía feliz ir a ver a la vieja Marty una vez al año, cuando se cumplía el aniversario de la muerte de Clarissa, y por más que pensara no podía encontrar ningún mal en ello. Sonrió con ternura.

—Tienes razón —dijo tocándole la punta de la nariz—. ¿Os acompañará Bobby?

—Puedo ir yo —dijo Jayden acercándose a ellas—. Tengo que ir al pueblo igualmente.

—¿Y esperará a que termine? —preguntó Betty—. La señorita Marty suele tardar una hora, más o menos.

Jayden sonrió y le guiñó un ojo al tiempo que asentía.

—¡Bien! —exclamó sonriendo entusiasmada—. Prissy debe estar lista. ¿Podemos irnos ya?

Jayden miró a Olivia.

—Pensaré en todo esto que hemos hablado —dijo ella asintiendo.

El capataz y la niña se despidieron y Betty corrió sin poder contener su entusiasmo.

—Has comido como un campeón —dijo Olivia al tiempo que limpiaba la boca de John.

—Seré tan grande como papá —dijo el niño orgulloso de su proeza.

Olivia lo bajó de la silla y le arregló la ropa.

—Ahora tienes que hacer tus tareas mientras mamá trabaja un poco, ¿vale?

—¿Puedo ir contigo a tu despacho? —preguntó el pequeño.

—Claro que sí —dijo su madre.

Dominic le había fabricado un escritorio en miniatura y una silla imitación a la suya que Olivia había instalado en un espacio de su despacho. Al principio el pequeño la distraía de sus tareas, pero poco a poco ambos habían ido encontrando el equilibrio y ahora podían trabajar juntos y en silencio por largos espacios de tiempo.

Una hora después Olivia escuchó los gritos que provenían del vestíbulo.

—Quédate aquí —le dijo a John con suficiente firmeza para que el niño supiese que hablaba en serio.

En el vestíbulo vio que Jayden sostenía a Betty en los brazos mientras Eliza y Thomas lo interrogaban con gran preocupación. La niña parecía inconsciente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó acercándose y cogiéndola de la mano.

—Hemos tenido un percance en el pueblo —dijo Jayden.

Olivia lo miró a la cara y comprendió que algo muy serio había pasado.

—Llévala a su habitación, por favor —dijo señalando las escaleras y después se volvió hacia Thomas—. Mande a alguien a buscar al médico y después pídale a Martha que se encargue de John, lo he dejado en mi despacho haciendo unos dibujos. Tú Eliza, ven con nosotros.

Cuando hubieron dejado a la niña en la cama al cuidado de su abuela, Olivia y Jayden se encerraron en la biblioteca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó tensa.

—Será mejor que se siente —pidió el capataz.

—Jayden...

—Está bien. Hemos tenido un problema con Ellie Kernighan.

Olivia quedó completamente desconcertada.

—¿Ellie Kernighan?

Jayden asintió con la cabeza antes de continuar.

—Prissy se empeñó en esperar a Betty en la calle, junto a la tienda de comestibles de Ginsberg. Ellie Kernighan iba a entrar a la tienda y le ordenó que se quitara de su vista.

Olivia imaginó la reacción de la muchacha y cerró los ojos previendo lo que ocurrió a continuación.

—La señora Kernighan la golpeó con su sombrilla y Prissy no solo no se apartó sino que se interpuso en su camino y le dijo algo que no le gustó nada a la esposa de Harrison Kernighan.

—¿Dónde está Prissy?

—La han detenido.

—¿Que la han detenido? ¿Por qué?

—Ella jura que no hizo nada, pero la señora Kernighan insiste en que le levantó la mano. La señorita Marty dijo que Prissy estaba en el suelo sin defenderse y que por eso Betty corrió a ayudarla. Ella fue la que me contó lo que había pasado. Yo estaba en la herrería.

—¿Y qué ocurrió con Betty? ¿Por qué está inconsciente?

—Parece ser que la señora Kernighan pensó que iba a atacarla y la empujó, con tan mala fortuna que Betty se golpeó la cabeza con una piedra.

Olivia se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—No será nada, ya verá —dijo tratando de tranquilizarla.

—Dios mío —susurró Olivia con abatimiento—. Tengo que ir a buscar a Prissy...

Jayden la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo.

—No debe precipitarse. Es la palabra de la señora Kernighan contra la de Prissy. Nadie quiere contradecirla, la gente le tiene miedo a los Kernighan. Si va hasta allí solo pasará un mal rato.

Olivia lo miró confusa.

—Has dicho que la señorita Marty...

—Ningún juez creará nada de lo que diga esa mujer. Es mejor que pensemos detenidamente qué hacer antes de actuar.

—¿Me estás diciendo que la deje allí?

Jayden la soltó y dejó caer los brazos.

—Me temo que en estos momentos no hay nada que pueda hacer.

Olivia apretó los puños tratando de contener las emociones que la desbordaban.

—¿De verdad crees que me voy a quedar de brazos cruzados sin hacer nada?

—No puede intervenir —insistió Jayden muy serio—. Son sus leyes y debe respetarlas si no quiere acabar en otra celda.

—¿Le dirás tú eso a Samuel y a Belinda? —preguntó enfadada.

—Si es lo que me pide, lo haré.

Bobby entró en el salón en ese momento.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo acercándose a ellos con expresión preocupada—. Ha venido Elías y dice que la han llevado donde el juez Hamilton.

—Ese hombre no tiene corazón —musitó Olivia aterrada.

Sin esperar respuesta de sus capataces se dio la vuelta y salió del salón para dirigirse a la puerta.

—¡Thomas! —llamó al mayordomo a voz en grito, y cuando apareció le ordenó que preparasen un caballo para ella—. Sara, tráeme el abrigo.

—Señora, ¿adónde va?

—Al pueblo —dijo resuelta.

—Iré a por los caballos —dijo Jayden saliendo de la casa dispuesto a acompañarla.

—Por favor, señora —suplicó Bobby consciente del peligro.

—No dejaré que le hagan daño, no voy a quedarme de brazos cruzados. Ya no pueden juzgar a nadie por la ley de los esclavos, no voy a permitirlo.

Bobby bufó impotente. Sabía que debía proteger a su señora, pero era cierto que Prissy corría grave peligro.

En ese momento Samuel y Belinda entraron en la casa con expresión aterrada.

—Señora, ¿qué ha ocurrido? —preguntó la modista con el temor en los ojos—. ¿Dónde está

mi hija?

Al ver el rostro de preocupación de Olivia, comprendió que era grave y enmudeció.

Samuel tenía la expresión más oscura que Olivia había visto nunca en su rostro y supuso los pensamientos que rondaban su cabeza. Se acercó a él y le cogió las manos.

—No te acerques al pueblo, Samuel. Voy a ir a buscar a Prissy y la traeré sea como sea.

—Mi niña... —sollozó Belinda—. Dios no puede abandonarla otra vez, ya ha sufrido demasiado.

Olivia salió de la casa seguida de Bobby. Jayden la esperaba ya en su caballo y Bobby la ayudó a montar a mujeriegas. Jayden levantó una ceja ante la mirada enfadada de su señora, sabía que le molestaría que le pusiera aquella silla, pero el capataz no quería añadir más problemas a los que ya tenían. Solo faltaba que la vieran llegar montada como un hombre y con las faldas arremangadas.

—Bobby, te quedas a cargo de todo —dijo Olivia antes de poner su caballo al galope.

Bobby los observó hasta que solo quedó una nube de polvo elevándose en el camino. Cuando se volvió hacia la casa, Samuel seguía de pie en lo alto de la escalinata y su mirada era el presagio de la misma muerte.

En la plaza del pueblo había una multitud congregada. «Personas decentes», pensó Olivia con desprecio. En el centro habían colocado a Prissy, a la que habían puesto cadenas para que no pudiese escaparse. Olivia se bajó del caballo sin esperar a su capataz.

—¿Qué están haciendo? —gritó colándose entre la gente para llegar hasta el juez Hamilton—. Esta muchacha pertenece a Sunset Bayou.

Martin Sudley se volvió hacia ella con fingida sorpresa.

—Señora Hudson, qué inesperado honor tenerla aquí.

—Señor Sudley, no sé qué cree que está haciendo, pero le ordeno que...

—Me parece que aquí hay algún error —dijo el capataz entrecerrando los ojos—. Prissy es una mujer libre y debe responder por sus actos.

—Señor Sudley, aunque es una mujer libre vive en Sunset Bayou y trabaja para mí...

—Ya, ya, ya. Lo que pasa es que esta jovencita se atrevió a golpear a una dama de nuestra comunidad cuando intentaba entrar en la tienda del señor Ginsberg, aquí presente.

—Eso no es cierto —negó Olivia—. Ella no la golpeó, tan solo...

—¿Estaba usted presente cuando sucedieron los hechos? —la interrumpió Sudley.

—No —negó contenida.

—Entonces entenderá que su opinión no es pertinente en este caso. ¿Me equivoco, juez Hamilton?

—No, señor, no se equivoca —dijo el juez dando un paso al frente—. Hemos interrogado a todos los testigos y nadie vio cómo sucedieron los hechos. De manera que debemos fiarnos de la palabra de la señora Kernighan.

—¿Por qué? —lo encaró Olivia, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Por qué debemos creer a la señora Kernighan? Prissy es una joven libre y tiene derecho a ser escuchada. ¡Mírenla! Es evidente que la única que recibió golpes fue ella.

—La señora Kernighan tenía varias marcas rojas cuando hizo la denuncia, señora Hudson —dijo el juez.

—¿Marcas? Quiero verlas —exigió.

—¿Cómo se atreve? —preguntó Ellie Kernighan roja de ira—. ¿Cómo se atreve a cuestionar mi palabra? ¿Es usted, una, una...?

—¿Una qué? ¡Termine la frase! —exclamó Olivia furiosa.

—Señoras, por favor —pidió Martin Sudley, que no disimulaba lo mucho que se estaba divirtiendo—, mantengan la calma. Esto es una cuestión de acatamiento de la ley y no hay discusión posible. Prissy ha sido juzgada y condenada y ahora mismo vamos a cumplir la sentencia del juez Hamilton. Usted, señora Hudson, puede quedarse o marcharse, como guste. Una vez Prissy cumpla con el castigo que se le ha impuesto podrá regresar a Sunset Bayou, si así lo desea.

—¿Qué castigo es ese? —preguntó Olivia con temor.

Martín Sudley señaló hacia uno de sus hombres, que portaba una carreta en la que había una pequeña barrica que contenía un líquido humeante. Olivia se estremeció.

—¿Qué hay ahí? —preguntó temblando.

—Brea líquida —dijo Sudley sonriendo—. La sentencia es que Prissy deberá meter la mano con la que se atrevió a pegar a la señora Kernighan en esa barrica y contar hasta cien. Si deja de contar en algún momento o se equivoca, tendrá que volver a empezar.

Olivia abrió los ojos desmesuradamente. El líquido negro de la barrica borboteaba mostrando la enorme temperatura a la que lo habían sometido. Miró a Prissy y su expresión resignada y abatida la destrozó por completo.

El penetrante olor del alquitrán se coló en las fosas nasales de Olivia, que no pudo disimular su repugnancia.

—No lo permitiré —dijo rotunda—. El juez Hamilton no tiene ya jurisdicción aquí. Ahora es el coronel Banks quien debe firmar las sentencias.

La ceja de Sudley subió ligeramente sin que pudiera controlar su desconcierto, y Olivia vio ahí una pequeña posibilidad de escape. Se acercó a Prissy y la cogió de la mano.

—Nadie hará daño a esta muchacha hasta que el coronel Banks sepa lo que está ocurriendo. —Miró a Jayden con intensidad.

El capataz comprendía perfectamente lo que esperaba de él, pero no quería marcharse de allí dejándola sola, podría ocurrirle cualquier cosa en su ausencia y no se lo perdonaría. Miró a su alrededor y vio que Isaac Beatson estaba entre los curiosos. El granjero había regresado de la guerra después de que le amputaran el brazo y desde entonces se paseaba por el pueblo como un alma en pena. Había dejado su granja abandonada, al no poder sacar adelante las cosechas, y su mujer y su hijo se habían vuelto a Arkansas a casa de su familia. No sentía el más mínimo aprecio por los Kernighan ni por ningún otro plantador, pero sabía que respetaba a Tyler.

—Isaac, ve a buscar al coronel —ordenó Jayden con decisión.

El granjero dudó un segundo, pero finalmente asintió.

—No conseguirá nada con esto —dijo Sudley con cara de pocos amigos.

—Lo veremos —dijo Olivia decidida.

—¿Va a dejar que esa mujer lo mangonee? —preguntó Ellie Kernighan con inquina—. ¡Haga lo que le han ordenado inmediatamente, Sudley!

Olivia miró al capataz con expresión resuelta y se colocó delante de Prissy interponiéndose entre el capataz y ella. Jayden se apresuró a acercarse e interceptó a Sudley antes de que cometiese el error más grave de su vida.

—Esperaremos al coronel —dijo Jayden con frialdad—. Esto no es cosa nuestra, Martin, deja que decidan los que deben hacerlo.

El otro hombre sabía que Jayden tenía razón, si daba un paso en falso podría pagarlo muy caro.

—Tenemos que esperar —dijo mirando a su señora—. Su esposo no querría que nos enemistásemos con los yanquis.

Julia Rill estaba junto a Ellie y Olivia la miró con indiferencia cuando cogió a su amiga del brazo para reconfortarla.

—¿Qué ocurre aquí?

El coronel Banks era un hombre alto y fuerte con expresión gatuna y unos penetrantes ojos azules. A Olivia no le resultaba nada simpático y, al contrario de lo que sucedió con el mayor Palmer, no hubo ninguna clase de acercamiento amistoso entre ellos en todo el tiempo que llevaba viviendo en Oakville. Olivia se arrepintió de ello en el mismo momento en que lo vio aparecer.

—Esa mujer me agredió —se adelantó la señora Kernighan, a la que el coronel parecía conocer bien—. El juez Hamilton la ha condenado e iba a procederse a ejecutar dicha condena cuando la señora Hudson...

—¿No hay ningún hombre que pueda explicarme lo ocurrido? —la interrumpió—. Discúlpeme, señora Kernighan, pero este es un asunto de importancia y prefiero oír las explicaciones de uno.

Martin Sudley se acercó a él y le explicó lo ocurrido, siempre desde el punto de vista de su señora.

—Bien —dijo el coronel con voz potente al tiempo que se acercaba a Olivia—. Y por lo que veo, usted no está nada de acuerdo con estos hechos.

—No, señor. Prissy no ha golpeado a la señora Kernighan, ha sido al contrario, como puede ver.

El coronel miró a la joven y comprobó de un simple vistazo que había recibido una buena tunda. Se volvió hacia Ellie Kernighan con expresión burlona.

—Parece imposible que sea capaz de dar estos golpes con lo pequeñita que es —dijo haciendo sonreír a los asistentes—. ¿Era su esclava?

Olivia asintió.

—Pero ahora eres una mujer libre gracias a Lincoln, muchacha —dijo dirigiéndose a Prissy directamente—. ¿Por qué te quedaste en la plantación en la que te habían esclavizado?

—Hace dos años que la señora me liberó —dijo la joven mirándolo a los ojos con descaro—. El señor Lincoln aún no ha hecho nada por mí.

El coronel soltó una carcajada y volvió a mirarla, ahora con otros ojos.

—Vaya, vaya, parece que eres una muchachita respondona.

—Sí, señor, lo soy —dijo con sinceridad—. La señora me lo dice a menudo y que mi cabezonería me traerá problemas, como así ha sido.

—¿Pegaste a esa dama? —preguntó el coronel al tiempo que señalaba a la señora Kernighan.

—No, señor. Y no es porque no tuviera ganas o no se lo mereciera. No lo hice porque jamás pondría en una situación semejante a la señora Hudson, que es la mujer más buena que hay en este mundo. —Prissy no pudo evitar que cayeran dos lágrimas de sus ojos, aunque su aspecto no era la de alguien lastimero—. La señora Kernighan quería que me fuera donde no pudiera verme y le dije que no tenía por qué irme, que soy una mujer libre y que tengo derecho a estar donde quiera. Me aparté para dejarla pasar, pero ella cogió su sombrilla y me golpeó con tanta furia que me hizo tambalearme. Me puse de rodillas y traté de taparme la cabeza con las manos para que no me matara mientras ella seguía golpeándome con saña delante de todos esos que dicen que no vieron nada.

El coronel se volvió a mirar a los allí asistentes, muchos de los cuales apartaron la mirada avergonzados.

—¿Por qué quería usted que se apartara de su vista? —le preguntó el coronel a la señora Kernighan.

—Es una negra mentirosa —dijo con desprecio.

El coronel entrecerró los ojos, consciente de que allí había muchas cosas que no le iban a contar, al menos no delante de testigos.

—¿Puede mostrarme algún golpe de esos que le propinó esta muchacha? A ella no necesito pedírselo, son demasiado evidentes.

La señora Kernighan lo miró estupefacta y poco a poco sus mejillas se fueron tiñendo de rojo al tiempo que una expresión airada se dibujaba en su rostro.

—¿Cómo se atreve a cuestionarme?

—Verá, señora —dijo acercándose a ella muy despacio—. Estoy aquí para mantener la paz o, lo que es lo mismo, para mantener la guerra lo más alejada que pueda. Esta señorita... ¿Prissy? —preguntó mirándola, a lo que la joven asintió—. Bien, Prissy es una persona libre, y no se puede ir pegando a la gente simplemente porque nos molesta su color de piel. Ahora no.

El coronel se había puesto muy serio y la dureza de sus facciones dio cuenta de que, aunque su actitud en Oakville era la de un hombre tranquilo y sin complicaciones, en realidad era un soldado experimentado en muchas batallas.

—En vista de los hechos voy a dejar que esta jovencita se marche con la señora Hudson, que parece tener un gran aprecio por ella. —Se dirigió al juez Hamilton y lo cogió por los hombros—. En cuanto a usted, mi querido señor Hamilton, ya hablamos de esto hace unos meses cuando colgaron a aquellos dos pobres diablos. Le dije entonces que no volviese a actuar sin mi consentimiento, pero veo que no le quedó clara la situación, así que lo dejaremos una temporada en arresto domiciliario y bajo vigilancia para que pueda meditar sobre ello y asimilar la situación actual. Ya sabe, esto es como una montaña y usted está llegando a la cima. ¿Y que hay en lo más alto?

No hizo falta responder a la pregunta, hasta el borracho y poco honorable Mason Hamilton comprendía la amenaza implícita en aquella alegoría.

—Suéltela —le ordenó el coronel a Sudley, que se apresuró a obedecer sin protestar.

Olivia miró a su alrededor, al montón de personas congregadas en aquella plaza, y vio en sus ojos una mezcla de horror y satisfacción. Reconoció a la señora McFerson. Su hijo había muerto hacía apenas dos meses y lo habían enterrado en un lugar que jamás podría encontrar. También estaba la viuda de Alan Morrison y los hijos de Jake Foster. Todos ellos habían perdido a alguien querido y seguro que había más que se encontraban en su situación. Pero ¿qué alivio les iba a proporcionar causar daño a Prissy? Todos ellos la conocían y sabían que la señora Kernighan mentía, pero estaban dispuestos a contemplar aquella atrocidad sin hacer nada. Sin decir ni una palabra.

Cuando Prissy estuvo lista la cogió por la cintura y la guio hasta su caballo. La joven se subió al animal con agilidad, a pesar de los dolores que sentía por todo el cuerpo, y Olivia montó a horcajadas tras ella ignorando los rumores maledicentes de algunos de los presentes. Jayden subió también a su montura y las siguió con parsimonia. No tenían prisa, habían ganado.

Capítulo 23

20 de marzo de 1865, Bentonville, Carolina del Norte.

—Tenemos a nuestros regimientos de infantería, uno detrás de aquellos árboles y el otro a unos trescientos metros más allá —dijo el general Woods señalando con su sable desenvainado—. Cuidado con las fortificaciones en el camino.

Tyler miró a sus hombres desde el caballo, como hacía siempre antes de una batalla. Había una conexión especial entre esos hombres y él y necesitaba verles los ojos antes de entregarse a la lucha.

—Vamos a zurrar a esos perros hasta que no quede ni uno —gritó Woods levantando el sable en alto—. ¡Adelante, soldados!

El estruendo de una batalla no se parece a ningún otro sonido. Ensordece y mutila antes de sentir la fría hoja cortando y atravesando la carne sin descanso. Un río imparable de hombres indiferentes al paisaje y al suelo que pisan. Con la mirada fija en el enemigo, que aún no tiene cara y ojos. Tan solo un uniforme, un color en la distancia.

A pesar del ruido y la tensión que arrastraban con ellos mientras se adentraban en el campo, para sus hombres, la voz del mayor Hudson sobresalía por encima de las demás. Tyler se movía siempre atento a lo que sucedía a su alrededor. Tenía la capacidad de presentir el peligro que amenazaba a sus soldados y era capaz de advertirles antes de que fuese tarde.

Se irguió sobre los estribos y la luz del atardecer lo cegó al reflejarse en la hoja brillante de un sable. Treinta rifles lanzaron sus proyectiles en ese mismo instante y su caballo se precipitó al suelo llevándolo con él. Se levantó de un salto y de un rápido vistazo comprobó que la batalla principal se desarrollaba a la izquierda de su posición. Sus soldados lo seguían sin detenerse, afanándose en sembrar de cadáveres aquellos pastizales. Avanzaban sin dar tregua mientras se animaban unos a otros con gritos y bravuconadas con las que trataban de minar la moral de los uniformes grises. Sable en mano, Hudson predicaba con el ejemplo derribando al enemigo que se ponía a su alcance para allanarles el camino. La sangre de esos hombres salpicaba su rostro, su cabello y su ropa como una lluvia pegajosa que le nublabla la visión. No había nada heroico allí, nada que debiese hacer sentir orgulloso a un hombre. Tan solo soledad, desolación y muerte.

Los soldados se movían con dificultad a causa de los rifles, las mochilas, las bolsas de

munición y el resto de equipamiento con el que cargaban. El humo que provocaban los fusileros los envolvió. El olor a sudor, a pólvora y a muerte se fue extendiendo por el campo de batalla, alumbrado por los relinchos de los caballos que habían sido derribados y agonizaban en el suelo.

Tyler elevó la mano para limpiarse el sudor y la sangre que empapaban su cabello y caían sobre sus ojos. Fue entonces cuando sintió el primer disparo.

—¡Mayor...!

Oyó la voz de Zach en la distancia, pero no tuvo tiempo de situar dónde estaba el muchacho porque otra bala le acertó de lleno en la pierna y perdió el equilibrio cayendo de rodillas. Apenas había recibido la información que enviaban sus nervios a su cerebro cuando una tercera bala impactó en su pecho. Todo ocurrió muy deprisa, Tyler trataba de localizar a quien le disparaba, pero no podía concentrar su atención. Sentía que su cuerpo ralentizaba al ritmo de su mente y no podía reaccionar. Hasta que entre la marabunta de uniformes, grises y azules, vio al hombre que corría hacia él, bayoneta en mano y con una mirada de odio animal. Uniforme gris como la niebla y una sonrisa que se iba haciendo cada vez más y más grande.

Tyler respiraba agitadamente y su corazón latía desbocado mientras una vocecita en su cerebro le gritaba que se levantara, que no debía abatirlo tirado en el suelo como a un perro. Haciendo acopio de toda su fuerza se puso de pie y mordió el dolor con los dientes. El brazo derecho no respondía a ninguna de sus órdenes, así que trató de coger el arma con la mano izquierda, aun siendo consciente de que no podría dispararla. Apoyado sobre una pierna y sangrando profusamente por las heridas, se preparó para morir. Ernest corría hacia él como si no hubiese nadie más en aquel campo de batalla. Gritaba como un poseso y aquella diabólica sonrisa daba a su rostro un aspecto aterrador. En el último momento Leo se lanzó sobre Tyler, lo derribó en el suelo y con una rapidez sorprendente se enfrentó a Ernest, que lo atravesó con su bayoneta. Cuando Aaron y Zach llegaron junto a ellos el hijo de los Kernighan se alejaba en la distancia cubierto por los disparos de los fusileros.

El cirujano colocó el bisturí y la sonda dentro de la herida. La enfermera Morris le limpió el sudor que le nublabla la visión. Con los brazos rojos hasta los codos y sin camisa, el doctor Hockton atendía a los heridos. Aquel día estaba siendo especialmente virulento para los soldados de la Unión, y el improvisado hospital que se había instalado en Harper House no dejaba de recibir heridos venidos del campo de batalla.

—Mayor a bordo —gritaron Zach y Aaron entrando en la sala—. Mayor Hudson, heridas de proyectil en pierna izquierda y brazo derecho. Ha perdido mucha sangre.

Alexander Hockton tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no soltar el bisturí y levantar la vista de lo que hacía, pero después de un instante de ansiedad siguió con su tarea sin

dejar que ningún pensamiento lo distrajera. Terminó la sutura y se limpió las manos en un trapo que dejó completamente inservible.

—¿Puede terminar, Paige? —preguntó mirando a la joven que había sido su sombra desde que llegó a Carolina del Norte.

—El mayor Hudson esta con el doctor Sherman —dijo la enfermera—. Apresúrese.

Alexander corrió hasta el sector que correspondía a su colega y separó al viejo médico antes de que utilizara ninguna herramienta peligrosa. Si su aspecto daba poca confianza, no digamos el temblor de sus manos, fruto de su profundo amor por el *whisky*.

—Yo me ocupo —dijo Hockton apartándolo sin demasiado miramiento.

—Tampoco hace falta avasallar, hombre...

Alexander lo ignoró por completo y se dirigió a Zachary.

—¿Estabas con él?

—Sí, señor —dijo escueto—. Y debo... debemos volver.

Hockton miró a Aaron, que estaba a su lado.

—¿No estáis heridos? —preguntó al tiempo que se deshacía de la ropa de Tyler—. Da igual, os necesito aquí, no podéis marcharos.

Tyler había perdido mucha sangre y su corazón latía muy despacio. El proyectil del brazo había salido, pero el de la pierna seguía alojado en su muslo y el del pecho, también.

Zach temblaba como una hoja y Alexander lo miró con preocupación.

—¿Qué ocurre Zach?

—Mi hermano... Leo está muerto.

El médico maldijo entre dientes, pero miró al joven con firmeza.

—Ahora te necesito, Zach. Os necesito a los dos. Tú, Aaron, sujétalo por los tobillos. Así. Muy bien. Zach, tú ponte en los hombros. Tengo que sacarle las balas y os aseguro que no sobrevivirá si le secciono una arteria. En esta operación sois tan importantes como el que sostiene el bisturí. Concentraos y no permitáis que se mueva, por lo que más queráis.

Zach hizo lo que el médico le pedía mientras las lágrimas caían a borbotones de sus ojos.

Aaron miraba al doctor con expresión admirada. Los dos habían salido fuera para respirar un momento y dejaron a Zach vigilando a Tyler.

—Deja de mirarme como si fuese un dios —dijo Hockton sonriendo—. Tú podrías hacerlo si te enseñase, no son más que conocimientos.

—Nunca había visto nada parecido —dijo Aaron.

—¿Estabas con él cuando ha pasado? —preguntó el médico.

—Un soldado ha ido a por el mayor.

—¿Y Leo?

—El tipo ese se ha lanzado contra el mayor para atravesarlo con su bayoneta desnuda después de acribillararlo con su fusil. Leo se ha interpuesto entre ellos dos y ese confederado lo ha trinchado.

—Pobre Leo —musitó Alexander con amargura.

Había visto morir a muchos hombres. Había desmembrado a otros enviándolos sin brazos o sin piernas a sus casas, con sus familias... La guerra era un maldito infierno del que le gustaría poder escapar. Al principio el dolor de su corazón era tan intenso que estar allí era como estar en casa. Pero ahora, después de años viendo la insensatez de los hombres solo pensaba en volver a Illinois.

—Ese confederado... El mayor lo conocía. Lo ha llamado por su nombre.

—¿Ernest Kernighan? —preguntó con la mirada perdida en el horizonte.

—Sí, señor. ¿Le conoce?

—¿Lo matasteis? —preguntó Alexander con voz helada.

—No, se nos escabulló.

El médico empalideció y lanzó un gruñido al tiempo que golpeaba el aire con el puño apretado.

Tyler abrió los ojos y el dolor le taladró el cerebro como una estaca. Gimió contenido y sopló varias veces antes de tratar de incorporarse. Alexander se acercó rápidamente y lo obligó a permanecer tumbado.

—Quieto ahí, soldado —dijo sonriendo con cariño—. Deja que tu cuerpo se acostumbre a la vida de nuevo.

Tyler lo miró con los ojos empañados por el dolor.

—Se escapó —dijo entre dientes—. Ese maldito se escapó...

Alexander asintió poniéndose serio.

—Caerá, ya lo verás. Tarde o temprano alguien le dará caza.

—¿Y Leo? —El temor en sus ojos daba cuenta de lo difícil que le resultaba aquella pregunta y el terror que le provocaba la respuesta.

—Está muerto —dijo Alexander a quemarropa.

Tyler gruñó enrabiado y se golpeó la pierna con el puño.

—Eh, eh... —dijo el médico sujetándole la muñeca—. Me ha costado mucho reparar el desastre, no lo empeores. Tengo una buena noticia que darte.

—La guerra ha terminado —dijo Tyler con un nudo en la garganta.

Hockton asintió.

—Ya puedes descansar —dijo con expresión solemne.

—Envíalos de vuelta a casa —dijo Tyler con voz ronca—, que Dominic y Louella puedan enterrar a su hijo.

El médico asintió.

—Ya están de camino. Tú tendrás que quedarte un poco más.

—¿Por qué es tan testaruda? —Jayden miraba a Olivia enfadado, con las manos en la cintura en una pose a que ella le recordó mucho a Tyler.

—No me hables de ese modo —dijo poniéndose seria—. No eres mi marido y no vas a decirme a donde puedo ir y a donde no.

—¡Esa gente la odia! ¿Por qué se empeña en ponerse a tiro de sus malas artes? —Se movió visiblemente nervioso—. Es que no lo entiendo, de verdad.

—El yerno de la señora Nagel ha muerto, debía presentar mis respetos.

—Pero ¿por qué ir usted personalmente? Podría haberme enviado a mí.

—No lo consideré oportuno.

—Ya, y prefirió encontrarse con su buena amiga, la señorita Rill, que en lugar de saliva segrega veneno.

—No era mi intención encontrarme con ella, ha sido casualidad. Y tampoco ha sido para tanto, me ha dicho un par de impertinencias, pero nada que no pueda soportar.

—¿Qué consideraría insoportable? Porque ya no sé si eso existe.

—Bueno, ya basta, Jayden —dijo Olivia y después soltó el aire que había retenido en sus pulmones—. No quiero discutir contigo.

—Tyler tenía razón —masculló él.

—¿Qué has dicho? —Se acercó a él con expresión severa—. Repítelo.

—Es usted muy difícil de proteger —dijo él con cierta turbación—. No me lo pone nada fácil.

—Siento darte demasiado trabajo. —Estaba realmente molesta por aquel comentario.

—No es eso, pero debería hacerme caso.

—¿Es que acaso eres mi marido?

—No he dicho eso.

—¿Y por qué te comportas como si lo fueses? Lo que Tyler tenga que decirme no es cosa tuya. Tú eres mi capataz, no mi esposo, espero que lo tengas claro.

Jayden apretó los dientes y no dijo nada, pero su mirada habló por él y Olivia sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

—Hoy ya no te necesitaré, puedes hacer lo que te apetezca.

—Me quedaré en la casa —dijo él rotundo.

—No, no te quiero aquí hoy. Puedes ir a la fiesta en el poblado esta noche.

—No voy a dejarla sola —insistió retándola con la mirada.

Olivia respiró hondo por la nariz y dio los tres pasos que la separaban de él. Lo miró fijamente a los ojos con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

—Me has servido fielmente, espero que no sea este el día en el que nuestra relación se acabe definitivamente.

Él la miró dolido y Olivia comprendió que había sido demasiado dura con él.

—Jayden...

—Estaré en mi casa por si necesita algo...

El capataz hizo un gesto de cabeza antes de darse la vuelta y salir del salón como si lo persiguiese una manada de búfalos salvajes.

Olivia entró en el *Garçonnière* y sonrió al ver a Martha barriendo.

—¿Por qué sigues viniendo a limpiar? —preguntó acercándose a las ventanas para cerrarlas.

—Por lo mismo que vienes tú casi todos los días a revisar que todo está bien —dijo Martha sonriendo también—. Mantenemos la escuela en condiciones porque pensamos que volverá a funcionar.

—No pensemos en cosas tristes —dijo Olivia quitándole la escoba de las manos y cogiéndola de la cintura para salir de allí—. La guerra ha acabado y pronto todo volverá a la normalidad. La vida nos da una nueva oportunidad. Y tú, ahora mismo, te vas a ir al poblado para disfrutar de la fiesta de primavera con los demás. Te espera una sorpresa.

Martha la soltó de la cintura y se detuvo a mirarla a la espera de una explicación.

—George ha llegado hace un rato —dijo Olivia sin poder disimular su alegría—. Está perfectamente, Martha, no le han hecho ni un rasguño. Al menos ninguno que se vea a simple vista.

—¡Oh! —Martha se abrazó a ella riendo—. Ese botarate seguro que ha sido un dolor de cabeza para su unidad.

Olivia la cogió por los hombros sin dejar de sonreír.

—Debemos alegrarnos de las cosas buenas que nos pasan —dijo—. Ve y disfruta de tu familia. Tus padres merecen un poco de alegría, ya han sufrido bastante.

Martha corrió sin hacerse de rogar, se moría de ganas de abrazar a su hermano.

Cuando Olivia llegaba a la casa se cruzó con la cocinera y sus dos ayudantes que se marchaban hacia el poblado. Les deseó que se lo pasaran muy bien y Bertha le dijo que había dejado la cena preparada en la cocina, tal y como ella había pedido.

En el vestíbulo la esperaba Betty emocionada.

—¿Estoy guapa?

Lucía el precioso vestido color rosa que le había hecho Belinda para la ocasión. Se estaba convirtiendo en una bella mujercita y su parecido con el tío John era ya un secreto a voces.

—Estás guapísima —dijo Olivia dándole un beso en el pelo—. Y hueles de maravilla.

—Me he puesto un poquito de tu perfume —dijo con expresión culpable.

Olivia sonrió ampliamente.

—¿Dónde está Prissy? —preguntó—. Quiero ver cómo le queda el vestido...

—Está empeñada en que no quiere ir. Me voy con mis abuelos. No quiero que me deprima y no para de decir tonterías tristes.

Olivia suspiró sin dejar de sonreír.

—Eres una jovencita muy inteligente, Betty.

—Y muy escandalosa —dijo Eliza que llegaba en ese momento acompañada de Thomas—. Señora, yo prefiero quedarme con usted...

—De eso nada —negó Olivia riendo—. Os vais a ir todos y me dejaréis tranquila. Hablaré con Prissy y trataré de convencerla, pero si se empeña en quedarse le haré compañía.

Los acompañó hasta la puerta.

—El señor Jayden está en su casa. Me ha dejado dicho que si usted lo necesita vaya a buscarlo antes de irme —dijo Thomas.

—No necesito a nadie —dijo Olivia moviendo la cabeza—. Parece mentira que penséis que soy tan inútil como para no poder hacer las cosas yo misma.

—No es eso, señora...

—Iros ya —cortó a Eliza y sonrió señalando a Betty con el dedo—. No comas muchos dulces que luego te duele la pancha.

Esperó hasta que se alejaron por el camino hacia el poblado y cerró la puerta satisfecha. Aquella fiesta era solo de ellos y se sentía orgullosa de haber sido la instauradora de dicha costumbre. Atravesó el vestíbulo y se dirigió a la biblioteca, donde sabía que estaría Prissy, enfurruñada. Y allí estaba, sentada en un sillón, con las piernas colgando de uno de los reposabrazos, en una postura muy poco femenina. Olivia se sentó frente a ella.

—Parece que esta noche vas a hacerme compañía. Todos se han ido ya.

Prissy no levantó la mirada del libro que leía y pasó la página cuando llegó a la última línea.

—Le dije a Bertha que me dejase la cena en una bandeja en la cocina —siguió Olivia—. Seguro que hay suficiente para las dos.

Prissy cerró el libro, consciente de que no iba a dejarla seguir, y la miró con fijeza.

—¿Por qué va a dejar que se vaya? —preguntó enfadada.

—¿Martha te lo ha contado?

—No quería, pero es difícil engañarme.

—Lo es —aseguró Olivia asintiendo.

Prissy bajó los pies al suelo y la miró con fijeza.

—Es un error.

—Es decisión suya, Prissy, y nosotras no podemos tomarla por ella.

—¿Qué va a hacer en Inglaterra? Allí las cosas serán igual que aquí, seguirá siendo negra.

—Inglaterra abolió la esclavitud hace muchos años. Los ingleses estamos más preparados para aceptar...

—¿En serio se cree eso? ¡Míreme! ¿Cree que podría pasearme por los salones de Londres sin que me pidieran que les trajese el té?

—No seas cínica conmigo, Prissy.

La joven miró a Olivia con tristeza

—Perdóneme —dijo con mirada sincera—. Es que me da mucha rabia que se marche. Allí no tendrá a nadie y sé que va a sufrir muchísimo. ¿Por qué no espera hasta que regrese el doctor Hockton?

Olivia suspiró.

—He tratado de convencerla muchas veces de que hable con él, pero no hay nada que pueda hacer para que cambie de opinión. Lo tiene decidido y ya sabes que Martha es muy testaruda, cuando se le mete algo en la cabeza...

—Lo sé, pero me da mucha rabia.

Olivia le acarició la mejilla y sonrió con ternura.

—Y tú, ¿cuándo vas a ir al pueblo? Desde que ocurrió aquello sé que lo evitas. No debes tener miedo, no volverán a...

—¿Cree que tengo miedo de ellos? —preguntó Prissy con expresión burlona.

—¿No lo tienes?

La joven lo pensó unos segundos antes de responder.

—Tengo miedo, es cierto, pero no de lo que usted cree. No temo que me vuelvan a hacer daño, ni que alguna de esas «damas» quiera darme otra paliza. Pero sí, es cierto, no he vuelto a ir al pueblo porque sé que si alguien lo intentase otra vez...

Olivia frunció el ceño esperando que terminase la frase, pero fue su mirada fría y determinada la que habló por ella.

—Prissy, no...

—Lo sé, sé que sería un suicidio para mí, señora, pero jamás volveré a permitir que me hagan daño sin devolverlo. No dejaré que nadie me golpee y me humille como lo hizo la señora Kernighan. O su hijo. Jamás.

—Entiendo cómo te sientes, pero pensar así...

—Discúlpeme, señora —la cortó tratando de no sonar demasiado dura—. Sé que tiene un corazón de oro y que no hay un ápice de maldad o injusticia en usted. Pero no se engañe, usted no

sabe cómo me siento.

Olivia se mordió el labio dolida.

—No quiero molestarla, sabe lo mucho la que la quiero. —Prissy fue a sentarse junto a ella en el sofá y la cogió de las manos mirándola casi con devoción—. Usted es blanca y una dama, ni en sus mayores pesadillas podría siquiera imaginar lo que significa haber nacido con este color de piel en este lugar, haber sido tratada como mercancía, haber sufrido el escarnio público y el ultraje más abyecto, sin poder siquiera exigir justicia. Lo que ese hombre me hizo, no lo hizo solo en mi cuerpo, también dominó mi mente. Me hizo sentir débil y expuesta a cualquiera que quisiera hacerme daño. Cualquier daño. Pero lo que me hizo esa mujer... Me golpeó una y otra vez sin que yo me defendiese, y, mientras estaba en el suelo agazapada, cubriéndome con las manos la cabeza y rogando a Dios que no me matara, en lo único que podía pensar era en levantarme, agarrarla del cuello y devolverle cada uno de los golpes que me estaba dando. Y ¿sabe por qué no lo hice? No fue porque creyese que no lo merecía o que yo no tenía derecho. No lo hice porque sabía que eso sería mi muerte. Me condenarían y me colgarían de una soga.

—Es lo que habría pasado —dijo Olivia con tristeza.

—Pero después de aquello comprendí algo, algo que lleva tiempo germinando en mí y que sé que no tardará mucho en convertirse en una raíz profunda e inquebrantable. Una certeza absoluta: No-lo-permitiré-nunca-más —dijo poniendo énfasis en cada palabra—. No dejaré mi vida en manos de esas personas que se consideran mejores que yo porque su piel es más clara. La próxima vez me defenderé. Esa mujer sabía que no movería un músculo y que dejaría que me hiciese lo que quisiera, igual que lo sabía su hijo. Y no se crea que porque te resignes y te doblegues dejan de hacerte daño, no, aún disfrutan más. Esa mujer cristiana, esa dama respetable quería que me destrozaran la mano y me convirtiesen en una inútil, sabiendo que no lo merecía. —Los ojos de Prissy se llenaron de lágrimas—. La próxima vez tendrán que matarme.

Olivia no pudo contenerse y la atrajo hacia sí abrazándola con fuerza.

—¡Oh, Prissy, no sabes cuánto lo siento!

La joven mantuvo su mejilla apoyada en su pecho y cerró los ojos dejando que Olivia la abrazase como lo hacía su madre.

—Claro que lo sé —musitó—. Lo sé bien.

—Las cosas cambiarán —dijo Olivia—. La guerra tiene que haber servido para algo. Tantos muertos y heridos tienen que servir para algo.

Prissy no dijo nada y dejó que el calor del abrazo de Olivia y sus palabras entrasen en su cerebro como un bálsamo. Lo necesitaba. Necesitaba creer o se volvería loca.

Después de unos minutos en los que permanecieron abrazadas en silencio, Olivia se separó y se limpió las lágrimas al tiempo que se ponía de pie.

—Vaya dos tontas —dijo tratando de sonreír—. Vamos a cenar, venga. Esta noche seremos

dos amigas que cenan tranquilamente en la cocina.

—¿En los dominios de Bertha? —preguntó Prissy sonriendo también—. Como toquemos algo va a estar refunfuñando durante un mes.

—Por lo menos —dijo Olivia riendo a carcajadas.

—Mi hermano Daniel es un hombre guapísimo. Todas las jóvenes de Londres estaban enamoradas de él. Imagino que ahora que es un marido respetable las cosas serán diferentes —dijo Olivia orgullosa.

—Si se parece a usted, me lo creo —dijo Prissy sonriendo.

Terminaron de recoger los platos y los dejaron en el fregadero. Habían estado hablando durante más de un hora. Sin tapujos y sin convencionalismos.

—Puedo fregarlos ahora, así Bertha no se enfadará —dijo Prissy.

—Está bien, yo te ayudo —dijo Olivia.

—Puede hacerlo, si quiere —dijo Prissy sonriendo—, pero yo preferiría que me siguiese contando cosas de Londres.

La joven se arremangó la blusa que llevaba y comenzó a fregar los cacharros.

—No sé qué más quieres que...

Las dos se miraron con preocupación al escuchar ruido de cristales rotos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Prissy frunciendo el ceño.

—No lo sé, voy a ver. Aprovecharé para subir a mi cuarto, tengo una foto de mi hermano que quiero enseñarte.

Olivia salió de la cocina y fue hasta el vestíbulo, de donde creía que había venido el ruido.

Capítulo 24

—Vaya, vaya, vaya...

Se detuvo en seco y un frío helado subió desde su pecho hasta su garganta, apretándola como si de una garra se tratase. Se volvió muy despacio hasta toparse con los ojos de Ernest Kernighan. Estaba en un estado deplorable. Lucía en su ropa numerosas manchas que parecían de sangre, llevaba el pelo grasiento, barba descuidada y mugre en toda la piel visible.

—¡Cuánto me alegro de verla, señora Hudson! No se imagina las ganas que tenía de ver una cara bonita.

Olivia tenía la mirada fija en él, pero su visión periférica y su cerebro estaban tratando de trazar un plan de escape plausible. Así fue como vio que Prissy subía silenciosa los peldaños desde la cocina y al verlo daba marcha atrás con la misma discreción. Rezó mentalmente porque la joven lograra huir saliendo por la cocina y fuese a buscar ayuda.

—Está usted herido —dijo señalando su brazo izquierdo—. Déjeme que vaya a buscar algo con lo que curarle...

—¿Esto? —dijo señalando la sangre que manchaba su camisa con la punta del cuchillo que sostenía con la otra mano—. No se preocupe, no es nada grave. Tuve un problemilla al venir hacia aquí. Me topé con Bobby y tuvimos algo más que palabras.

Olivia empalideció y su respiración se volvió agitada.

—¿Qué le ha hecho?

—Lo he ayudado a dejar una vida miserable —dijo limpiándose las uñas con la punta del cuchillo—. La sangre se mete por todas partes.

Olivia se dio la vuelta sin pensar y corrió hacia la puerta de la casa, pero Ernest la alcanzó y la agarró de los pelos tirándola al suelo. La arrastró por el hall sin ninguna delicadeza mientras ella trataba de evitar que le arrancase la cabellera de cuajo sujetándose allí donde nacía la raíz. La golpeó contra la pared, Olivia sintió cómo su cabeza rebotaba contra ella y escuchó el grito que salió de su garganta.

—Veo que sigue cultivando sus malos modales, señora Hudson —dijo chasqueando la lengua—. ¿Le parece bonito huir de una visita? Ni siquiera me ha ofrecido algo de beber.

Olivia se incorporó sujetándose la cabeza y buscó con los dedos alguna herida abierta. Le dolía horrores, pero no parecía que hubiese nada roto. Estaba aterrada, no tenía escapatoria

posible. Todo dependería de lo que tardase Prissy en traer ayuda así que lo mejor era que ganase tiempo.

—¿Le... le apetece una copa, sseñor Kernighan? —preguntó titubeante al tiempo que le señalaba el salón.

—¡Claro! ¡Qué amable! —dijo empujándola hacia allí—. Y después le pediré que me enseñe su habitación. Esa en la que fornicaba con el hijo de puta de Hudson. Por cierto, ¿sabe que le pegué tres tiros?

Olivia no se detuvo y continuó hasta llegar al mueble de las bebidas. El temblor de sus manos era muy visible y por más que se esforzaba en disimular su angustia no conseguía el más mínimo resultado.

—Le disparé tres veces y después me lancé sobre él para insertarle mi bayoneta —dijo gesticulando para escenificarlo—, pero ese estúpido de Leo, el hijo de Dominic, se interpuso en mi camino y lo pinché como a una albóndiga. —Soltó una carcajada—. Valió la pena solo por verle la cara a Hudson.

El corazón de Olivia latía desbocado y su respiración era muy agitada cuando le entregó el vaso.

—No pude matarlo —siguió Kernighan—, a su marido, digo, porque a Leo lo dejé frío para los restos. Pero no todo está perdido, quizá una de las balas diera en el sitio adecuado...

Apuró el contenido del vaso sin quitarle ojo a Olivia, no era tan estúpido como para creer que no iba a volver a intentarlo.

—De todas maneras, por si acaso no palma, he pensado en venir a beneficiarme de su mujercita —dijo acercándose a ella y agarrándola por la cintura hasta pegarla a su cuerpo—. Me muero de gusto al pensar lo que sentiría al regresar a casa y descubrir que me la follé hasta hartarme antes de matarla.

Olivia apartó la cara cuando acercó su pestilente aliento y él soltó una carcajada.

—Cuanto más remilgada, más disfrutaré —dijo susurrando—. Supongo que esa zorra de Martha ya le habrá explicado lo que me gusta y cómo satisfacerme. Espero que grite mucho y que se resista todo lo que pueda. Quizá así la mate enseguida.

—Piense en su madre... Esto la destrozará. Sus vecinos...

Ernest la calló de una bofetada y la lanzó al suelo del golpe.

—No vuelva a mencionarla. ¡Ni se le ocurra nombrar a mi madre! —gritó—. Si me cabrea le juro que la mantendré viva toda la noche y tendrá que suplicarme que la mate.

—Todo el mundo está en el poblado —dijo Olivia con los ojos llenos de lágrimas—. No saldrá vivo de aquí si no se marcha ahora mismo.

Ernest no respondió. Sin dejar de mirarla se llevó el vaso a los labios y apuró el resto de *whisky* de un trago.

Prissy ya debería haber vuelto con Jayden. De pronto se dio cuenta de que Prissy no sabía que el capataz estaba en su casa, debió pensar que estaba con los demás. Seguro que había ido hasta el poblado a pedir ayuda. No llegarían a tiempo de salvarla. Estaba claro que toda aquella verborrea formaba parte de la estrategia de Ernest para aterrorizarla, pero ella sabía que no iba a perder el tiempo violándola. Lo había visto en sus ojos, quería matarla y huir de allí cuanto antes. Cada minuto que permanecía en la casa podía suponer un riesgo mortal.

Olivia miró por el rabillo del ojo la figura de plata que descansaba sobre la mesilla y calculó el tiempo que tardaría en alcanzarla. No iba a salir viva de allí, pero quizá podía hacerle daño o al menos provocar que se marchase cuanto antes. John estaba durmiendo en su cuarto y no podía arriesgarse a que se despertara, bajase a buscarla y Ernest...

Se levantó despacio, como si le costase un enorme esfuerzo, y en cuanto estuvo de pie corrió hacia la estatua y la cogió dispuesta a abrirle la cabeza con ella. Pero Ernest parecía haberle leído el pensamiento y consiguió desarmarla casi sin esfuerzo para después darle un puñetazo en plena cara que la derribó de nuevo. Una vez en el suelo, comenzó a patearla sin piedad mientras ella trataba de protegerse con los brazos sin conseguirlo.

—¡Déjela! —La voz de Prissy retumbó en toda la habitación y Ernest se volvió sorprendido.

—¡Pero bueno! ¡Mira a quién tenemos aquí! Si es la pequeña Prissy.

—Apártese de ella ahora mismo o le pego un tiro —dijo sin dejar de apuntarlo con el fusil—. Le advierto que tengo muy buena puntería y le atravesaré la cabeza con el primer disparo.

—Vaya, vaya, Prissy, hay que ver cómo has cambiado. La última vez que te vi eras solo una cría asustada que llamaba a su madre. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, rata asquerosa. Olivia, ¿puedes venir hasta aquí?

—Ella no va a ninguna parte —dijo él señalándola con el cuchillo—. Si se mueve la rajo.

—Si se mueve usted le reviento la cabeza —dijo la niña.

—¿Quieres jugar a esto? —dijo él riendo—. Yo también tengo muy buena puntería, puedo clavarle el cuchillo entre los ojos antes de que dispare. Además, no está claro que aciertes tu objetivo, he visto a muy buenos tiradores errar el tiro una de cada tres veces. ¿Vas a arriesgar la vida de tu señora?

—No fallaré —dijo Prissy con total seguridad—. Olivia, ven aquí.

—No te muevas —insistió él.

Olivia cerró los ojos un instante. Sentía la sangre que salía de entre sus piernas y apenas podía respirar. No tenían muchas posibilidades.

—¡Dispara! —gritó con todas sus fuerzas.

Antes de que Ernest tuviese tiempo de reaccionar Prissy accionó el percutor, la bala viajó directa a su cabeza y quedó incrustada en su cráneo. Cayó de rodillas y, después de unos segundos vacilante, Ernest Kernighan se dio de bruces contra el suelo rompiéndose los dientes. Prissy

accionó el cerrojo del arma en un acto instintivo y se acercó sin dejar de apuntarle. La sangre se iba esparciendo lentamente alrededor de su cabeza. Le dio la vuelta con el pie y vio que tenía la mirada fija y la expresión de la muerte en el rostro. Entonces corrió a ayudar a Olivia a levantarse y vio la sangre que manchaba su vestido.

—Salgamos de aquí —dijo Prissy cogiéndola de la cintura.

Solo pudieron llegar hasta el *hall*. Olivia se tumbó en el suelo, abrazándose, y en ese momento entró Jayden con expresión aterrada.

—He oído un disparo... —Se detuvo al ver la sangre en el vestido de Olivia—. ¡Dios mío! Se lanzó al suelo y la cogió en sus brazos.

—Ernest Kernighan está muerto... —dijo Olivia con voz entrecortada—. Le he disparado. Me ha atacado y me he defendido con ese... esa arma.

Jayden miró el fusil que sostenía Prissy debajo del brazo y luego miró a Olivia.

—Usted no sabe disparar.

—Sí sé —insistió ella—. Tú me enseñaste.

Jayden frunció el ceño mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Me enseñaste para que pudiera defenderme si era necesario. Y ha sido necesario. Ernest Kernighan ha entrado en la casa rompiendo una de las ventanas, me ha atacado y yo me he defendido para salvar nuestra vida. —Suspiró como si le faltasen las fuerzas.

Jayden apretó los dientes tratando de contener la furia que lo invadía.

—¿Dónde está la herida? —preguntó mirando su estómago, pero sin atreverse a tocarla.

—La ha arrastrado de los pelos —dijo Prissy furiosa—, le ha dado un puñetazo en la cara y cuando estaba en el suelo la ha pateado sin misericordia. Debe haberle roto algo por dentro...

—Hay que avisar al doctor Blakey —dijo el capataz—. Coge tu caballo y ve al poblado. Que envíen a Bobby...

—Bobby está muerto —dijo Prissy—. Ese monstruo se cruzó con él cuando venía hacia aquí.

Jayden lanzó un gruñido estremecedor y la furia lo invadió como un veneno.

—Yo iré a buscar al médico —dijo Prissy caminando hacia la puerta—. Puedo montar más rápido que cualquier hombre.

—¡No! —pidió Olivia con un hilo de voz agarrándose a la camisa del capataz—. No puede ir sola... es peligroso.

—Ve al poblado —insistió Jayden al tiempo levantaba a Olivia del suelo—. Date prisa, Prissy.

La joven volvió la cabeza y vio cómo el capataz subía las escaleras rápidamente con Olivia en los brazos.

—Así que quiere que diga que usted le disparó —dijo él tratando de sonar relajado mientras la llevaba hasta su habitación—. Y lo hizo después de que ese desgraciado la pateara en el suelo.

—Baja la voz, no debemos despertar a John —musitó Olivia esforzándose en mantener los ojos abiertos—. Tenía el fusil preparado...

—¿Dónde lo tenía? ¿Apoyado en la mesita del té? Qué extraño que no lo haya visto nunca.

Entró en la habitación abriendo la puerta de un empujón y se apresuró a dejarla sobre la cama.

—Tengo mucho frío —susurró Olivia con los ojos cerrados—. Cierra la ventana...

Jayden comprobó que estaba cerrada y la tapó con la colcha, pero no era suficiente, Olivia seguía temblando violentamente. Sin pensarlo se metió en la cama con ella y la abrazó cubriéndola con las cobijas en varios dobleces. Olivia se acunó contra su pecho y sonrió.

—Por fin has vuelto, amor mío —musitó ella—. Te he echado tanto de menos...

Jayden comprendió que estaba delirando y maldijo en su cabeza al malnacido de Ernest Kernighan y a él mismo por no haberse quedado en la casa cuando todos se marcharon.

—Prissy disparó —dijo Olivia en sueños—. Le disparó en la cabeza para que no me matara. La colgarán, Tyler, debemos decir que fui yo. Yo disparé. Yo disparé.

—Chssssss —susurró Jayden—. Tranquila. Tú no disparaste, ni tampoco Prissy. Fue Jayden, él lo hizo, y no tienes nada que temer.

—Ha perdido mucha sangre —dijo el doctor Blakey lavándose las manos en una palangana.

—¿Corre peligro, doctor? —preguntó Eliza con voz temblorosa.

—Manténgala caliente y cuando se despierte y diga que tiene hambre denle un caldo de verduras y carne —ordenó el médico sin responder a la pregunta—. Volveré a verla mañana. Si ocurriese algo, envíe a alguien a buscarme. Aunque no me deberían haber llamado a mí, sino a Jackson, yo ya estoy jubilado.

El médico cogió su maletín y abandonó la habitación.

—Martha, ve a la cocina y dile a Bertha que...

—Por favor, Eliza —pidió Martha—, deje que me quede con ella.

—Está bien —dijo la gobernanta asintiendo—, iré yo.

Jayden interceptó al médico en el vestíbulo.

—Doctor...

—No puedo darte una respuesta —dijo Blakey adelantándose a la pregunta—. Las próximas horas serán cruciales. Está muy débil, ese desgraciado la golpeó con saña y le ha provocado lesiones irreparables en su aparato reproductor, además de una gran pérdida de sangre.

Jayden tenía profundas ojeras y estaba pálido, su ropa manchada de sangre evidenciaba su cercanía con los hechos acaecidos aquella noche en Sunset Bayou. El médico puso la mano en el hombro del capataz y lo miró a los ojos.

—De no haber estado con ella, probablemente estaría muerta. Cuando despierte habrá que darle la noticia y sería mejor que lo hiciese una mujer en quién ella confie. —Movi6 la cabeza apesadumbrado—. Es demasiado joven, demasiado joven...

Jayden asintió como un aut6mata y acompa6o al doctor hasta la puerta. Cuando el m6dico se alejaba en su carro vio a Prissy que llegaba por el camino desde el poblado.

—¿D6nde est6? —pregunt6 la joven visiblemente emocionada.

—Lo he llevado a mi casa. El doctor le ha cosido las heridas y est6 descansando.

—¿Puedo verlo? —pregunt6 la joven.

Jayden asintió y Prissy corri6 hacia la casa del capataz.

Bobby tenía los ojos cerrados, pero su boca se estir6 en una sonrisa en cuanto percibi6 el dulce aroma de Prissy junto a 6l. Abri6 ligeramente un ojo.

—¿Est6s despierto?

—Ahora sÍ —dijo burl6n.

—¡Oh! —Prissy no pudo contenerse y lo abraz6 contraviniendo toda clase de normas y provocando una ristra de maldiciones.

—Lo siento —se disculp6 con una enorme sonrisa.

—Siéntate en esa silla, bien lejos de mí —dijo 6l con expresi6n de dolor.

—¿Qu6 pas6? —pregunt6 Prissy despu6s de obedecerle.

—Me pill6 desprevenido —confes6—. Tenía la guardia baja, por eso me caz6, el muy hijo de puta... Lo cierto es que ahora mismo debería estar muerto, asÍ que puedo estar contento. Supongo que despu6s de acuchillarme y ver que no me movía dio por sentado que había hecho un buen trabajo, pero era Ernest, ese necio era incapaz de hacer nada bien.

—Podrías haber muerto desangrado en medio de los algodones.

—Soy aÚn m6s duro de lo que pensaba —dijo sonriendo.

—Yo lo mat6 —confes6 la joven—. Le dispar6 un tiro en la cabeza.

—Debes haberlo soñado —respondió Bobby con expresi6n burlona—, porque fue Jayden el que le abri6 un boquete en el cr6neo. Y ni se te ocurra volver a decir eso o te dar6 una paliza que no olvidar6s en tu vida.

Prissy sonri6 y se limpi6 una l6grima furtiva.

—Ha sido una noche horrible —dijo emocionada—. Casi la mata.

Bobby se puso muy serio.

—Nunca me perdonar6 haberla dejado sola —dijo apesadumbrado—. Nunca.

—No estaba sola, yo estaba con ella. Y Jayden estaba muy cerca...

—Pero no lo suficiente.

—¿Y qui6n iba a pensar que ese demonio iba a cometer la estupidez de venir hasta aquÍ? —dijo Prissy y un escalofrío recorri6 su espalda.

—Le he fallado a Tyler y tendré que ver sus ojos cuando se lo diga.

Prissy se mordió el labio, no quería pensar en ese momento.

—¿Tú estás bien? —preguntó Bobby.

—Sí, a mí no me tocó.

—Es la primera vez que matas a un hombre —dijo el capataz.

Prissy lo miró con frialdad.

—Eso no era un hombre.

En unas semanas Tyler pudo dar las gracias a los dueños de *Harper House* por haber convertido su casa en un hospital de campaña y haberle permitido dormir en una cama.

—¿Cuándo se lo vas a pedir? —preguntó señalando a una de las enfermeras.

Alexander siguió su mirada y frunció el ceño.

—¿Pedirle el qué?

—Que se case contigo.

El médico lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—No puede ser que no te hayas dado cuenta —siguió Tyler sin dejar de mirarla—. Está loquita por ti.

—No digas tonterías. Es una enfermera muy eficiente y una buena amiga.

—¿Es por Martha?

La expresión relajada de Alexander cambió por completo y su rostro se transformó en una máscara dura.

—Eso se acabó hace años.

—Así que sí fue por ella que te alistaste —dijo el otro moviendo la cabeza lentamente—, me dijiste que no.

—No fue por eso, lo hice porque creí que mis servicios serían de utilidad.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces?

Tyler frunció el ceño y volvió a mirar a la enfermera que en ese momento se giró y sonrió con una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Pues tienes que aclararle lo que sientes —dijo Tyler disimulando—, porque está claro que ha puesto sus ojos en ti y no se merece que jueguen con ella.

Alexander miró a Paige que iba de un lado a otro atendiendo a los soldados que estaban distribuidos por el *hall* de la casa Harper. Claro que se había dado cuenta, sería un necio si no lo hubiese visto. Era una buena chica. La mejor que había conocido, excepto...

El 14 de abril de 1865, cinco días después de que el general Lee se rindiese ante el general de la Unión, Ulisses S. Grant, en Appomattox, Virginia, Abraham Lincoln fue asesinado por John Wilkes Booth. Este hecho hizo que los esclavos que lo consideraban como su libertador y protector temieran por su futuro y muchos de ellos no quisieran regresar al Sur, a pesar del fin de la guerra.

Zach, en cambio, regresó llevando a su hermano muerto en una carreta. Aaron y Walter lo acompañaron para asegurarse de que no se encontraba con problemas en el camino.

Tyler tardó un poco más, pero la espera se vio recompensada cuando pudo contemplar las tierras de Sunset Bayou. Todo parecía seguir igual y un cálido e intenso sentimiento aceleró los latidos de su corazón cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada de la casa.

—¡Dios mío! —gritó Eliza al verlo—. ¡Señor Hudson!

Tyler sonrió a la vieja gobernanta y se acercó a ella cojeando.

—Me alegro mucho de verte, Eliza. ¿Cómo están todos por aquí?

—Estamos bien, señor, pero ¿y usted? —preguntó mirándole la pierna con preocupación.

—Aún no bien del todo, pero es solo cuestión de tiempo.

—Iré a avisar a la señora —dijo la mujer dándose la vuelta con premura.

—No, Eliza, quiero darle una sorpresa.

La vieja criada asintió sabedora de lo mucho que necesitaba Olivia buenas nuevas.

—Zach, ¿llegó bien? —preguntó interesado.

—Sí, señor —dijo Eliza—. Dominic organizó un bonito entierro para su hijo al que asistimos todos.

Tyler asintió apesadumbrado.

—La señora está en el jardín trasero —dijo la gobernanta, que no quería que se pusiera triste cuando regresaba por fin a casa.

Tyler se sorprendió de que no estuviese en su despacho trabajando como siempre, pero su ansia por verla era tal que apenas podía respirar de la emoción. Rodeó la casa para no encontrarse con nadie que lo entretuviese y solo se detuvo cuando la tuvo a la vista. Estaba sentada en una mecedora y se balanceaba con suave cadencia mientras contemplaba el paisaje. Se mantuvo allí, a un par de metros de distancia, sin dar un paso. Memorizando el instante, haciéndolo suyo y guardándolo para siempre en su corazón.

Olivia sintió un escalofrío y giró la cabeza ligeramente. Su corazón dio un vuelco cuando sus ojos lo vieron y no supo si gritar, llorar o reír. Se levantó como un torbellino y corrió hacia él para abrazarlo, besarlo y asegurarse de que era realmente Tyler y no una de sus repetitivas fantasías.

—Amor mío —repetía él entre besos—. Amor mío...

Olivia apoyó la mejilla en su pecho y escuchó los latidos de su corazón con los ojos cerrados. Y, de repente, toda la angustia que había estado soportando durante aquellos años explotó en su interior y rompió a llorar con profunda amargura.

—¿Dónde está mi muchacho? —dijo Tyler entrando en la habitación de juegos.

John estaba sentado en el suelo jugando con los bloques de construcción que le había hecho Dominic. Betty lo ayudaba y fue la niña la que corrió a los brazos de Tyler mientras el niño lo miraba con curiosidad e interés manifiesto.

—¡Señor Hudson! —gritó Betty cuando él la levantó del suelo—. ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! John, ven, es tu papá —dijo cuando la bajó.

El niño se levantó y fue hasta él con expresión dudosa. Tyler se agachó para que pudiera verlo bien y sintió una emoción intensa al comprobar lo mucho que había crecido en aquellos años.

—Estás hecho todo un hombrecito —dijo con ternura.

—¿Eres mi papá? —preguntó el niño con mirada inteligente.

—Así es.

—¿Has estado en la guerra? Betty me contó lo que es la guerra y me dijo que tú estabas allí.

Olivia miró a la niña con evidente disgusto.

—Mamá siempre me decía que estabas haciendo algo importante, pero nunca me quería contar qué era.

Tyler asintió muy despacio.

—Sí, he estado en la guerra.

—¿Te han hecho daño?

—Un poco —dijo poniéndose de pie y caminando para que viese que cojeaba.

El niño se quedó unos segundos pensativo.

—Yo también me hago daño cuando hago cosas importantes. Me pinché en un dedo cuando quise ayudar a Betty a coger algodón.

Tyler sonrió con ternura. Se moría de ganas de coger a su hijo y abrazarlo, pero no se decidió hasta que el niño levantó sus bracitos hacia él.

La primera noche juntos no fue para nada como él la había imaginado. Olivia se excusó de mantener relaciones aduciendo un terrible dolor de cabeza causado por la emoción de su llegada. Tyler aceptó sus excusas, después de todo él tampoco estaba en su mejor forma física y ella habría tenido que hacer casi todo el trabajo. Pero después de eso observó con sorpresa que se metía en el baño para ponerse el camisón, lo que demostraba una total pérdida de la intimidad que habían compartido. Se dijo que quizá había estado fuera demasiado tiempo y para las mujeres esa

distancia requería de un nuevo y paulatino acercamiento. Se conminó mentalmente a ser paciente con ella y a darle espacio y tiempo para habituarse a su presencia.

A Tyler le costaba recuperar su antigua vida. Se sentía un extraño en su propia tierra. Los esclavos eran libres y no dejaban de darle las gracias por esa libertad, a pesar de que seguían trabajando como lo habían hecho siempre y se retiraban al poblado cada noche. La dificultad para moverse a causa de la herida de su pierna lo irritaba sobremanera y los esfuerzos que hacía constantemente para controlar y disimular esa irritabilidad provocaban un cambio visible en su carácter.

No quiso ver a ninguno de sus vecinos y tampoco pudo enfrentarse a Dominic durante los primeros días desde su regreso. Evitaba al carpintero conscientemente y cambiaba de dirección en cuanto lo veía a lo lejos.

Pero lo que más le afectaba era el cambio que percibía en Olivia. Ella debía ser la brújula que le haría encontrar el camino de regreso, pero su aguja giraba imparable sin señalar destino alguno. Después de la primera noche y su evidente pérdida de confianza con él, la observó con disimulo tratando de ver si era algo profundo o una simple cuestión de hábitos. Sintió pánico al pensar que hubiese dejado de amarlo y ese temor exacerbó su irritabilidad.

—Siento tanto todo lo que has tenido que pasar... —dijo Olivia mirándolo con un profundo sentimiento.

Estaban en su lugar preferido junto al río. Sentados bajo un árbol y charlando, como hacían antes en los días de calma. Tyler no era hombre de muchas palabras y le resultaba obsceno verbalizar sus propias angustias, pero en su relato relajado y superficial Olivia supo entrever parte de las terribles experiencias que había sufrido, a pesar de sus esfuerzos en ocultarle los detalles.

Tyler la miró con devoción provocando que se sonrojara.

—Deja de mirarme así —dijo Olivia sonriendo también.

—¿Así, cómo?

—Como si fuese una diosa a la que debes adorar.

—Eres una diosa, y te adoro —dijo él atrayéndola hacia su cuerpo para besarla.

Reclamó su boca con una suave caricia, tan suave como la brisa primaveral que movía sus cabellos y arrastraba las fragancias de las flores que los rodeaban. Olivia se aferró a él como a una tabla salvavidas, tratando de borrar de su mente los gritos de angustia que profería su corazón.

Tyler percibió algo salvaje en aquel beso, una desesperación que se movía dentro de su boca, y lejos de despertar sus instintos masculinos lo hizo apartarla para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué ocurre, Olivia?

¿Por qué tenía que conocerla tan bien?

—No ocurre nada —dijo ella arreglándose la ropa y poniéndose de pie.

Tyler la imitó sin dejar de escudriñar con su mirada el rostro de su esposa.

—Creí que habías dicho que entre nosotros nunca volvería a haber mentiras.

Olivia lo miró unos segundos mientras su mente buscaba frenéticamente una salida.

—Primero debes acomodarte —dijo con preocupación—, recuperar tu vida...

Tyler frunció el ceño desconcertado.

—Ahora sí que vas a tener que contármelo —ordenó sin finezas.

Su esposa lo miró pensativa y comprendió que no podría librarse de él si no le daba algo.

—Está bien. Siéntate, te lo contaré.

Capítulo 25

—¿Cómo permitiste que se metiera en un lío semejante? —Tyler miraba a Jayden con severidad.

Olivia le había contado lo que ocurrió con Prissy en el pueblo.

—Le pedimos que no fuese, pero tu esposa no es fácil de convencer.

—¿Podrían haberle hecho daño! —exclamó.

—Estuve con ella todo el tiempo. No lo habría permitido.

Tyler se paseaba por el salón evidentemente irritado y Jayden no podía dejar de pensar en lo que ocurriría cuando descubriese todo lo demás. El capataz era consciente de que Olivia le había dado algo para distraerlo de la verdadera cuestión.

—¿Dónde está Bobby? ¿Por qué no está aquí dando la cara?

—Bobby está en... Nueva Orleans —dijo improvisando.

Tyler frunció el ceño.

—¿Nueva Orleans?

—Nos hablaron de un hombre que trabaja en una modificación para la desmotadora.

Sorteamos quién iba a investigar y le tocó a él.

—Luego hablaré detenidamente con Prissy —dijo Tyler caminando hacia el mueble de bebidas para servirse una copa—. ¿Quieres algo?

—Un *whisky*, por favor —pidió el capataz. Necesitaba algo que calmase sus nervios.

Tyler le entregó el vaso y después se llevó el suyo hasta el ventanal para poder mirar el paisaje.

—He imaginado estas vistas todos los días desde que me marché —dijo pensativo—. Podía sentir los aromas y la brisa colándose entre los árboles. Durante todo ese tiempo soñé cómo sería mi regreso a casa. —Se volvió a mirar a su capataz—. Y te aseguro que no se parecía en nada a lo que me he encontrado.

Jayden apartó la mirada, sintiéndose cada vez más culpable. Tyler se sentó frente a él y durante unos segundos lo miró esperando una reacción.

—Creía que éramos amigos.

—Y lo somos —respondió el capataz mirándolo al fin.

—¿Qué es lo que me ocultáis todos? Este es un pueblo pequeño, no tardaré en enterarme y estoy seguro de que, sea lo que sea, será mejor saberlo por alguien a quien le importe.

Jayden asintió muy despacio y, después de soltar un largo suspiro, apuró el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesilla.

—Maldita sea —dijo golpeándose los muslos con fuerza.

Tyler comprendió que algo muy malo había ocurrido.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó con preocupación.

Jayden soltó el aire de sus pulmones y lo miró a los ojos. No sabía cómo empezar. Quizá debía ponerlo en antecedentes, hablarle de la fiesta de primavera que había instaurado Olivia y los motivos por los que él no se quedó en la casa...

—Ernest estuvo aquí.

Un espectador externo habría tenido dificultades para dirimir cuál de los dos se mostró más sorprendido ante aquella afirmación.

—¿Qué has dicho? —La mano de Tyler se crispó apretando el vaso que sostenía.

—Todos habían ido al poblado para una fiesta —siguió Jayden, que parecía poseído por alguna clase de espíritu de la verdad—. Ernest rompió una ventana y se coló en la casa. Tu esposa y Prissy estaban solas...

—¿Solas? —Tyler sentía el terror apoderándose de su cerebro—. ¿Dónde estabas tú? ¿Dónde estaba Bobby?

—Yo estaba en mi casa, no fui a la fiesta, pero tampoco me quedé aquí. En cuanto a Bobby, estaba tirado en uno de los algodones con tres puñaladas. Ernest se había topado con él...

Tyler apuró el contenido de su vaso y se levantó para rellenarlo.

—¡Continúa! —ordenó contenido.

—¿Es necesario que entre en detalles?

Tyler se giró hacia él con mirada asesina.

—No te dejes ni una coma —ordenó.

—Tu esposa y Prissy cenaban en la cocina y escucharon el ruido de cristales rotos. Prissy fregaba los platos, así que fue Olivia quien salió a ver qué ocurría y se encontró con... él.

Tyler apuró de nuevo el contenido de su vaso sin conseguir que relajase la terrible tensión que lo oprimía.

—¿Qué... ocurrió? —preguntó con voz temblorosa.

—La golpeó. Mucho.

Tyler apretó los dientes y los puños mientras la sangre le bajaba hasta los pies transformando su piel en puro mármol. Respiraba agitado, una furia inhumana se estaba apoderando de él.

—Está muerto y enterrado —dijo Jayden plenamente consciente de lo que su amigo estaba sintiendo. Lo sabía bien porque era lo mismo que sintió él—. Prissy lo mató de un tiro en la cabeza.

Tyler cerró los ojos y trató de recuperar la cordura suficiente para escuchar el resto de la

historia.

—Nadie sabe que fue Prissy, excepto ellas dos, Bobby y yo mismo. Para todos los demás, fui yo el que disparó.

Tyler asintió.

—¿Por qué no estabas aquí? —preguntó con voz amenazadora—. ¡Os pedí que la protegierais!

Jayden tardó en responder, no porque quisiera eludir el tema, sino porque él mismo no sabía cómo exponerlo.

—Creo que ha llegado el momento de que lo sepas. Me marchó. Vuelvo a casa.

—¿Qué?

—Te hice la promesa de quedarme y cuidar de tu familia y debía mantenerla hasta que tú estuvieses aquí, pero hace tiempo que lo tengo decidido.

—¿Qué tiene eso que ver con que dejases sola a Olivia?

—Ella me echó de la casa —dijo el otro poniéndose de pie y dejando el vaso sobre la mesilla—. Me ordenó que me marchara y te aseguro que cuando Olivia ordena algo solo hay una persona que puede desobedecerla.

Lo miró de un modo intenso y revelador.

—Si hubiera imaginado remotamente que ese desgraciado podía venir hasta aquí, me habría quedado pegado a la puerta. ¿Pero qué clase de loco hace eso?

—La clase de loco que es capaz de coger a una mujer y hacerle lo que le hizo a Martha. La clase de loco que abusa de una niña. Esa clase de loco, Jayden.

El capataz asintió.

—Ni te imaginas lo que sentí cuando vi a Olivia tirada en el suelo del vestíbulo, con el vestido lleno de sangre...

Tyler se agarró al mueble que tenía más cerca y apretó tan fuerte que la madera crujió bajo la presión.

—Mientras Prissy iba en busca de ayuda yo la llevé a vuestro cuarto, me tumbé con ella en la cama y la abracé hasta que llegaron Eliza y Martha.

Tyler lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué estás diciendo?

—Temblaba del frío y las mantas no eran suficiente —siguió Jayden muy serio—. Había perdido mucha sangre y deliraba. Ella creía que eras tú quien la abrazaba.

Tyler golpeó el mueble con el puño una y otra vez descargando la rabia que se iba acumulando en su cuerpo.

—¡Escúchame! —le gritó Jayden—. ¿No querías saberlo todo? Pues esto es todo.

Tyler llegó hasta él y lo agarró por la camisa empujándolo hasta la pared más cercana.

—Maldito traidor, te voy a partir el alma...

—Jamás te he traicionado —dijo el otro entre dientes—. Jamás he dado un solo paso hacia ella. Los dos sabemos que no habría servido de nada porque te ama por encima de todo.

Tyler mantuvo la presión durante unos segundos sin apartar la mirada de los ojos de su amigo. Finalmente, lo soltó y se apartó de él.

—Lárgate de esta casa —dijo con desprecio.

—Me iré, pero no así —dijo el otro—. Soy tu amigo, siempre lo he sido y no dejaré que pienses lo contrario.

Tyler se volvió hacia él furioso.

—Ahora mismo te conviene quitarte de mi vista.

—Se moría, Tyler —dijo Jayden ya sin ningún cuidado—. ¡Olivia se moría! Se desangraba y yo no sabía cómo parar la hemorragia. Tan solo podía darle calor, por eso lo hice. Si, siento algo por ella, pero no fue por eso por lo que dejé que pensara que eras tú. Quería que, si ocurría lo peor, sintiera que tú estabas ahí. ¿No lo entiendes? Creí que eso es lo que tú habrías querido.

Tyler se llevó las manos a la cabeza y tiró de su cabello con fuerza hacia atrás. Necesitaba calmarse o iba a explotarle el corazón.

—Nunca he dicho o hecho nada que puedas recriminarme. Hasta esa noche ella no se dio cuenta de lo que sentía. Y no fue porque yo se lo confesara, fue mi preocupación por su seguridad la que se lo reveló. Por eso me echó de la casa, incluso me amenazó con despedirme, Tyler. Fui un necio por irme, puedes odiarme por ello. ¡Yo me odio por ello! ¡Dios! —gritó con rabia—. No pude desahogar mi furia por lo que hizo ese canalla y me sentí como te sientes tú ahora.

—Lárgate, Jayden —susurró bajando la cabeza derrotado.

—Ha sufrido mucho y te necesita más que nunca —dijo el capataz caminando hacia la puerta—. No me marchó porque haya hecho nada indebido. Me marchó porque merezco encontrar lo que tú tienes y no lo lograré teniéndola a ella cerca.

Tyler no dijo nada y después de que el capataz se hubiese marchado siguió inmóvil en medio de aquella habitación dejando que su mente lo torturase durante mucho, mucho rato.

Jayden bajó de su caballo y lo dejó junto a un árbol sin atar las riendas. Sabía bien que aquel animal nunca se alejaba de él, así que no hacía falta. Entró en el *Garçonnière* y miró a su alrededor con las manos en los bolsillos.

—A pesar del tiempo que ha pasado, aún se me hace raro no verlo lleno de críos —dijo mirando a Olivia.

—Estoy pensando en volver a abrirla —respondió ella sonriéndole—. John lo pasaría mejor si puede aprender junto a otros niños.

—He venido a despedirme —dijo Jayden sin más preámbulos.

Olivia frunció el ceño y se puso de pie rápidamente.

—¿Despedirte?

Jayden asintió.

—Me marcho. Vuelvo a casa.

—¿Ocurre algo? ¿Tu padre está bien?

—Hace un año murió mi hermano y él ha estado llevándolo todo como antes. Ya está viejo y me necesita.

—¿Qué? —Olivia se le acercó mirándolo apenada—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—No quería preocuparla.

Ella bajó la cabeza sintiéndose culpable.

—Deberías habérmelo dicho. Pero ¿de verdad tienes que irte?

Jayden asintió.

—El rancho exige mucho trabajo.

Olivia comprendió.

—Ahora eres tú el heredero, claro.

Jayden asintió con una sonrisa cínica.

—Nadie me creería si dijese que no es lo que quiero.

—Yo te creo.

El capataz sonrió, lo conocía muy bien.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy.

—¿Por qué tan pronto? No creo que a tu padre le importe que nos des unos días para que nos hagamos a la idea...

—Debo irme enseguida —insistió él—. Y usted lo sabe mejor que nadie.

Olivia bajó la mirada.

—Tyler lo sabe —dijo él sin apartar la suya.

Olivia cerró los ojos un instante y cuando los abrió de nuevo estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué sabe?

—Lo que pasó aquella noche. Todo lo que pasó. No hemos hablado de ello, pero aquella noche lo supo, ¿verdad?

Olivia asintió.

—Por eso se enfadó tanto.

—No me enfadé contigo —se apresuró a aclarar—. Me enfadé con la situación en la que me ponías. Yo no creo haberte dado pie a...

—No, no, no —la interrumpió él—. Jamás ha hecho nada para alentar lo que siento. A no ser

que consideremos el hecho de existir como una acción por su parte.

Olivia sonrió, lo que provocaba un anacronismo con las lágrimas de sus ojos.

—¿Por qué se lo has contado?

—No merece seguir en esa oscuridad. Bastante tiene con la que ha vivido durante estos años de guerra.

Olivia asintió, comprendiendo que tenía razón.

—Bien —dijo Jayden dando vueltas a su sombrero—, ha llegado el momento de despedirnos.

—Ojalá no tuvieras que irte —dijo Olivia con sinceridad.

—Ojalá —respondió él asintiendo muy serio y con una mirada que haría estremecer a cualquier mujer.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta colocándose el sombrero.

—Escribe —pidió Olivia.

Jayden giró la cabeza y asintió, después se tocó el ala del sombrero y salió del *Garçonnière*.

—Que encuentres al amor de tu vida, Jayden Sexton —deseó en un susurro.

Cuando Tyler salió de la casa para dirigirse al que había sido el hogar de Jayden durante aquellos años y que antes lo fue suyo, el capataz ya se había marchado.

Encontró a Bobby sentado en el pequeño salón en el que besó a Olivia por primera vez.

—Ahora vives aquí.

Bobby lo sabía todo, Jayden se lo había explicado antes de irse y estaba preparado para aquella visita.

—¿Vienes a echarme?

Tyler no respondió y avanzó por la habitación con su paso renqueante hasta sentarse frente a él en el sofá.

—Supongo que Jayden te ha puesto en antecedentes.

—Supones bien

—Se ha marchado —dijo Tyler sin expresión.

El capataz volvió a asentir.

—Lamento que se haya ido así —dijo sincero—. Sé que he sido demasiado duro con él. ¿Tú lo sabías?

—¿El qué?

—Que estaba enamorado de mi esposa.

—No creo que él mismo lo supiese hasta hace poco. Pero sí, yo lo sabía.

—¿Pensabas decírmelo?

—Esperaba no tener que hacerlo —confesó Bobby.

—Cabrón.

El capataz se encogió de hombros.

—Entiendo que estés enfadado con nosotros. No cumplimos lo que te prometimos.

—A ti casi te mata —dijo señalándolo—. ¿Estás recuperado del todo?

—Bueno —dijo levantándose la camiseta para mostrar las cicatrices—. Aún me duele, pero supongo que sí.

Tyler suspiró y reclinó la cabeza hacia atrás mirando al techo.

—Aún recuerdo cuando vivía en esta casa. Mi vida era mucho menos complicada.

—No hace tanto que eras el capataz de Sunset Bayou. Quizá debería plantearme cómo sería mi vida siendo el dueño de una gran plantación.

Tyler lo miró y asintió sonriendo.

—Claro que sí —dijo burlón.

—Ha debido de ser muy duro —dijo Bobby—. En especial lo de Leo.

—Muy duro —confirmó Tyler pensativo—. He visto morir a muchos hombres, a algunos los maté yo, pero lo de Leo...

—Lincoln está muerto y el mundo sigue adelante sin él —dijo el capataz encogiéndose de hombros otra vez—. Todos podemos morir. Lo que pasó no fue responsabilidad tuya, él se colocó frente a la bayoneta.

—Puedes quedarte esta casa, si quieres —dijo Tyler—. Y deberías buscarte una mujer.

Bobby levantó una ceja con expresión cínica y Tyler se levantó del sofá para marcharse. Antes de salir del salón se volvió a mirarlo.

—Por cierto, ¿puedes montar?

—Sí, claro.

—Bien. Tienes una tarea para mañana. Deberás ir a Abbeville, al rancho de Tobías Mel. Louis ha estado viviendo allí desde que Mel se lo compró a Jack Heller de mi parte.

Bobby entrecerró los ojos.

—¿Louis? ¿El chico de Amy?

Tyler asintió.

—Di mi palabra.

Se despidió con un gesto de cabeza y salió de la casa. El semblante de Bobby se distendió con una amplia y sincera sonrisa. Tyler Hudson había vuelto.

Durante la cena Olivia y Tyler hablaron de temas banales. Ninguno de los dos quería entablar «aquella» conversación delante de los criados, así que tuvieron que esperar a estar solos en el dormitorio para poder enfrentarla.

—¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa? —preguntó ella visiblemente turbada.

Tyler sonrió.

—Tranquila, estoy bien, pero quizá deberíamos hablar con nuestras ropas puestas. No creo que pudiese hacerlo si te veo desnuda, después de tanto tiempo deseando que llegue ese momento.

Olivia se ruborizó y su esposo sintió una reconfortante y cálida sensación al ver reflejado en ese gesto la inocencia y dulzura que tanto había añorado.

—No sé si algún día podré perdonarme por lo que te pasó —empezó él—, pero necesito saber que tú podrás hacerlo.

—¿Perdonarte? —Olivia se acercó a él sin comprender—. ¿Por qué habría de perdonarte a ti?

—Por marcharme. Debí quedarme a tu lado, protegeros y cuidaros era mi obligación. Pero confundí mi deber. La guerra no es más que un juego en manos de unos necios. Muerte y destrucción que podrían evitarse si esas personas tuvieran conciencia. Mi auténtica misión en esta vida no era luchar por que se preservara la Unión, mi función en este mundo es cuidar de mi familia.

—Y eso es exactamente lo que has estado haciendo —dijo Olivia poniendo una mano en su pecho—. En esa guerra no luchabas por la Unión, luchabas por nosotros.

—No pude matarlo —dijo él con rabia contenida—. Dejé que escapara y viniese aquí...

—Nada de lo que pasó es culpa tuya. En ningún momento, ni en los más terribles, sentí el menor resentimiento hacia ti. Te he echado de menos cada segundo de cada día, pero me siento agradecida porque estás aquí conmigo. Nada más importa.

Tyler la rodeó con sus brazos y la apretó con ternura contra su pecho.

—Dios, no sabes cuánto te amo.

Olivia cerró los ojos un instante buscando las fuerzas que necesitaba para hablar. Se separó despacio y le dio varias palmaditas en el pecho mientras apaciguaba su respiración.

—Hay algo más que debes saber. Sé que he estado muy extraña contigo, casi distante. Debes saber por qué.

Tyler se estremeció.

—Ven, sentémonos en la cama. —Olivia lo llevó de la mano y se sentó a su lado sin dejar de mirarlo—. Ernest me golpeó con mucha violencia...

Tyler quiso levantarse.

—Tienes que escucharlo —pidió Olivia—. Ya pasó y estoy recuperada, aunque no del todo... Su marido abrió los ojos asustado.

—El doctor Blakey dice que es muy poco probable que pueda tener más hijos.

Tyler tardó unos segundos en comprender aquel terrible mensaje. Frunció el ceño, miró sus manos, después volvió a fijar la vista en los ojos de Olivia, que lloraban silenciosos. Y de pronto la realidad tomó posesión de su mente y comprendió el mensaje oculto de aquellas palabras.

—Podrías haber muerto —dijo con voz ronca—. No puedo imaginar un escenario más terrible que ese, amor mío. Tenemos un precioso hijo y a mí me basta porque te tengo a ti.

Olivia lo miraba sin saber si reír o gritar. Allí estaba él, sonriendo aliviado y mirándola con tanto amor como siempre.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó él—, porque tengo muchas ganas de abrazarte y de quitarte la ropa para hacerte mía.

Olivia rio entre lágrimas y negó con la cabeza.

—No hay nada más —dijo.

—Entonces, venga usted aquí, señora Hudson —dijo al tiempo que la tumbaba con delicadeza—. Quiero besar cada porción de piel de tu cuerpo y borrar el rastro de dolor que ese desgraciado te causó.

—Y yo acariciaré tus heridas —dijo Olivia con ternura— y las convertiré en un mapa que llevará mi nombre.

Capítulo 26

Tyler tardó unos días en darle a Martha lo que había traído para ella. No era que los asuntos de la joven le pareciesen menos importantes que los suyos, pero sus emociones habían cabalgado frenéticamente de un punto a otro de la escala humana de alegría y tristeza dejando poco espacio para pensar en ello.

Aquella mañana el sol brillaba en el firmamento y la suave brisa movía las hojas de los árboles con suavidad. Martha tendía la ropa limpia y tarareaba una canción, por lo que no se percató de que él se acercaba.

—¡Oh! —exclamó echándose a reír—. Me ha asustado, señor.

Tyler sonrió también.

—Pues no diría yo que camino de manera sigilosa con esta pierna...

Martha miró la pierna con pesadumbre.

—Tranquila —dijo él sin dejar de sonreír—, no me tengas lástima, pronto podré correr como antes. Pero sigue con lo que hacías, no quería interrumpirte.

Martha cogió una sábana y la colgó de la cuerda sin dejar de mirarlo a cada momento. Era evidente que quería decirle algo y supuso que no lo haría hasta que hubiese terminado, así que se afanó en darse prisa y en unos pocos minutos la colada estuvo tendida al sol. Cogió la palangana, se la colocó en la cintura y Tyler la acompañó hacia la casa.

—Pensé que me coserías a preguntas cuando regresara —dijo él después de unos segundos de espera—. Sé que sabes que estuvimos juntos en varios frentes. Olivia te lo contó.

Martha apartó la mirada y permaneció en silencio.

—Cuando nos despedimos, me dio una carta para ti —dijo deteniéndose y sacando el sobre del bolsillo.

Martha asintió manteniendo estoica una serena expresión. Cogió el sobre y le dio las gracias, después siguió caminando hasta la casa reprimiendo el impulso que la empujaba a la desesperación. Terminó sus tareas llevando en el bolsillo una llama ardiente que la quemaba a cada paso. Cuando por fin pudo alejarse de la casa fue hasta el *Garçonnière*, el lugar más adecuado para aquella misión.

Se sentó en el mismo lugar que tantas noches compartieron y sacó el sobre del bolsillo. Lo acarició suavemente, pasando el dedo por cada letra, por cada línea dibujada, imaginando la mano

que la había trazado. Cuando sacó las hojas escritas las lágrimas ya anegaban sus ojos, presentía el contenido y su corazón se estremeció de dolor.

«Querida Martha:

»Me hallo sentado sobre una piedra, en lo alto de una loma, lo más alejada posible del hospital de campaña que montamos en esta casa de Carolina del Norte. Llevo días planeando este momento sin encontrar las fuerzas para llevarlo a cabo. Han pasado ya dos años desde la última vez que nos vimos y tus palabras siguen resonando en mi cerebro como el martillo sobre el yunque, tratando de doblar mis anhelos sin conseguirlo.

»Debo ser un hombre muy inconsciente y estúpido, porque, a pesar de que tus palabras eran ciertas y tus predicciones exactas, sigo pensando que habría valido la pena intentarlo. Pero, tranquila, si algo he aprendido en esta guerra es que las decisiones que tomamos afectan siempre a otras personas de manera imprevisible. Por eso he aceptado que no puedo decidir que tú te arriesgues, que sufras, que mueras por mí. Y sé que lo harías. Lo sé bien».

Martha apretó la carta contra el pecho mientras los sollozos la sacudían inclementes. Un enorme boquete se estaba abriendo en su corazón con cada palabra que leía, consciente de que se trataba de una despedida. Después de unos segundos, se limpió las lágrimas que emborronaban su visión y continuó leyendo.

«Mi padre me escribió una larga carta en la que me decía que volviese a buscarte, pero que cuando lo hiciese fuese con la absoluta conciencia del daño te iba a causar y lo mucho que ibas a sufrir. Que el amor podía ser suficiente para soportarlo, pero no para evitarlo. Fue como si te escuchara a ti aquel día. Nuestro último día juntos.

»Sé que los dos tenéis razón, lo he entendido aquí en esta maldita guerra. Estos hombres no sabían por qué luchaban. No veían a su enemigo como tal, tan solo eran otros hombres con distinto uniforme, pero igualmente perplejos. Y ahora sé que esos hombres que mandan a miles de almas a la guerra son los mismos que nos impedirían vivir en paz.

»Esa sería nuestra guerra, una guerra perpetua a la que debería someterte a ti y a nuestros hijos sin esperanza de un final feliz, aceptando el desprecio de todos, el rechazo de todos.

»Al principio esperé que respondieras a mis cartas. Me negué a aceptar tus palabras, las de mi padre o las de mi propio raciocinio. Pero tú no respondiste. Nunca respondiste.

»Así que, poco a poco, me centré en mi trabajo, en curar a los demás sin pensar en si lo merecían, si habían hecho algo para estar aquí o si, por el contrario, solo eran buenas personas arrastradas por el fango de la necesidad.

»Y un día, entre tanta muerte y tanto sufrimiento, la vi a ella. Se llama Paige y es enfermera. Ha estado a mi lado desde que me alisté y nunca la he visto desfallecer. Me recuerda a ti. Es fuerte y decidida como tú. Sé que podríais ser buenas amigas.

»Está enamorada de mí, no me había dado cuenta, así de estúpido soy. Un amigo me dijo que

no merecía que jugase con ella, que debía ser sincero y abordar el tema. Y lo hice. Hablé mucho, ya me conoces. Sobre todo de ti. Ella me escuchó y me consoló. También fue muy sincera y me confesó que me amaba desde hacía mucho tiempo, casi desde el principio.

»He decidido que voy a amarla. Sé que aprenderé a hacerlo. Es buena y dulce y la respeto. Viviremos en Illinois. Abriré una consulta, como tú querías, y conseguiré hacerme un nombre como cirujano. Tendremos hijos y trataré de ser siempre un buen marido y un buen padre, para que si alguna vez sabes de mí no tengas que avergonzarte por haberme amado.

»Espero y deseo con toda mi alma que seas feliz, que la vida te colme de bienes y que tu corazón lata por muchos, muchos años.

»Y no olvides que:

*Aunque el resplandor
que en otro tiempo fue tan brillante
hoy esté por siempre oculto a mis miradas.*

*Aunque mis ojos ya no
puedan ver ese puro destello
Que en mi juventud me deslumbraba
Aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.*

»Jamás, por mucho tiempo que viva, dejaré de amarte.

»Tuyo siempre, Alexander».

Los desgarradores sollozos la sacudían con violencia mientras escuchaba su voz recitando los versos de William Wordsworth. Siempre llevaría aquel poema en su corazón como un imperecedero recuerdo de lo que una vez fueron.

Prissy y Zach no habían hablado desde que el joven regresó. Ella había respetado su luto y el de su familia, como correspondía, y ahora que las cosas iban volviendo a la normalidad se decidió por fin a dar el paso.

—¿Te apetece dar un paseo? Mi madre está preparando la cena, pero me ha dejado salir un rato.

El joven asintió y caminaron hacia los campos alejándose del poblado. Los dos habían cambiado mucho, ya no eran dos críos jugando a evitarse. Habían vivido experiencias que los

habían hecho avanzar más deprisa.

—¿Quieres hablarme de la guerra? —preguntó Prissy.

—No es un buen tema de conversación.

—Te has hecho mayor —dijo ella con evidente admiración.

Zach sonrió sin alegría. Sabía lo que significaba madurar y no le gustaba el modo en el que lo había aprendido.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo ella sincera.

Zach se detuvo en medio del camino.

—Prissy, tienes razón, he madurado y ya no quiero seguir con este juego. Mi hermano decía que era un estúpido y tenía razón. Estoy seguro de que sabes lo que siento y...

—Pues te equivocas —lo cortó ella con el desparpajo que la caracterizaba—. No tengo la menor idea. De hecho, creía que al menos éramos amigos, pero ni una mísera carta me has escrito.

—¿Cómo iba a escribirte? No me diste permiso para hacerlo.

—¿Y cómo iba a darte permiso si no me lo pediste?

Los dos se miraban muy serios, con una expresión casi dramática, y de pronto Prissy rompió a reír a carcajadas. Al principio a Zach le molestó que se riera, pero enseguida se vio contagiado y acabó sonriendo también.

—Leo debe estar riéndose de nosotros allí arriba —señaló al cielo.

—Estará gritando que somos dos zoquetes estúpidos. Casi puedo oírlo desde aquí.

—Yo también he madurado —dijo poniéndose serio—. Maté a Ernest Kernighan. Le disparé en la cabeza y vi cómo la vida se le escapaba por los ojos.

Zach abrió la boca sorprendido y sus ojos la miraron asustados.

—Creí que había sido Jayden...

Ella le explicó todos los detalles de aquella noche mientras seguían recorriendo el camino junto a los algodones y Zach le habló de la guerra. Le contó cómo fue la muerte de Leo y la desesperación que sintió al verlo morir sin poder hacer nada. Hablaron y hablaron durante horas y acabaron sentados bajo un árbol, contemplando las estrellas.

—Recuerdo cuando llegué a Sunset Bayou —dijo Prissy, dando vueltas a una ramita entre los dedos con mirada pensativa—. Solo pensaba en cerrar los ojos y no despertarme nunca. Quería borrar de mi cabeza la imagen de aquel monstruo, pero no dejaba de repetirse aquel momento una y otra vez, una y otra vez.

Zach no lo pensó, cogió una de sus manos y entrelazó sus dedos en ella. Prissy lo miró confusa, pero no la apartó.

—¿Y ahora? —preguntó el muchacho con temor—. ¿Qué piensas ahora?

Prissy sonrió y, sin decir nada, se inclinó hacia él y lo besó en los labios. Un beso dulce y suave que él recibió como un milagro. En su cabeza escuchó a su hermano en tono burlón: «¡por

fin, capullo!».

—El bastón que me hiciste es una auténtica obra de arte —dijo Tyler levantándolo para observarlo en detalle.

—No le hará falta mucho más tiempo —dijo Dominic, satisfecho de su trabajo.

Tyler lo miró apesadumbrado.

—No hemos hablado de tu hijo —dijo al fin—. De lo mucho que lamento que esté muerto por mi causa.

Dominic lo miró enfadado.

—No diga eso. No murió por su culpa, murió por salvarlo a usted, que es muy distinto.

—Siempre estaré en deuda contigo, amigo mío.

—Nada de eso. Si hay algo que me ayuda a soportar el hecho de que nunca volveré a ver a Leo es saber el motivo por el que murió. Siempre estuve orgulloso de mis hijos, pero lo que Leo hizo me hace ver que me quedaba corto.

—Le he ofrecido a Zach ser mi capataz, ahora que Jayden se ha marchado necesito a alguien que vigile a Bobby —dijo Tyler bromeando.

—Sunset Bayou es de las pocas plantaciones que no han perdido a casi ningún bracero. Los mayoría de los esclavos de Ward, de Fairfax y, sobre todo, de Kernighan se marcharon en cuanto Lincoln proclamó la emancipación, y los demás lo hicieron en cuanto acabó la guerra. —El carpintero miró a su alrededor—. Louella y yo pensamos en marcharnos también, pero nos dimos cuenta de que amamos esta tierra y no se nos ocurre un lugar mejor para envejecer y morir. Y ahora que Zach y Prissy están juntos quizá pronto tengamos nietos.

Tyler sonrió satisfecho.

—Hacen muy buena pareja —dijo sincero.

—¡Señor Hudson, señor Hudson! —Tyler se giró a los gritos de George—. El señor Ward lo espera en la casa, señor.

—Está bien, George, ahora voy.

El hermano de Martha saludó a Dominic y después siguió corriendo hacia el poblado.

—Ese muchacho siempre va corriendo a todas partes —dijo Tyler sonriendo

—No me extraña que no recibiera ni una bala —dijo Dominic sonriendo también—. No creo que haya balas tan rápidas.

Tyler levantó el bastón con expresión satisfecha y sonrió antes de darle la espalda para regresar a la casa.

Olivia vio a Ward desde la ventana de su despacho y se dispuso a salir para atenderlo, pero al

abrir la puerta se topó con Martha parada frente a ella.

—¿Qué hacías ahí parada? —preguntó desconcertada.

—Quería hablar contigo, pero no me decidía a entrar.

Olivia se apartó y le hizo un gesto para que pasara, después cerró la puerta con preocupación.

—¿Qué ocurre?

Martha se volvió a mirarla y sus ojos mostraban una firme determinación.

—Ha llegado el momento de marcharme.

Olivia cerró los ojos un instante y después la llevó hasta el sofá y se sentó junto a ella.

—Como ves, ya no hay lágrimas en mis ojos —dijo Martha con seguridad—. El amor no puede ser egoísta y el mío, desde luego, no lo es. Creo de verdad que Alexander será más feliz con la vida que ha escogido. Y yo lo seré por él. He esperado hasta librarme del dolor que me paralizaba. No quería irme huyendo y arrastrar esa debilidad a mi nueva vida. Ahora ya estoy lista.

—No quiero que te vayas —dijo Olivia poniendo una mano sobre las suyas. Ella sí tenía lágrimas en sus ojos—. Pero no te retendré, amiga mía.

—Tu madre y yo nos hemos estado escribiendo y creo que tiene razón en que me sentiré bien estando entre sus amigos. Son personas lúcidas y de pensamiento avanzado. No creo que mi color de piel les afecte más allá de verme como alguien estéticamente exótico.

Olivia sonrió al pensar en Samantha Mogilewski y su afición por las diferentes etnias del planeta. Asintió convencida.

—¿Escribirás esa novela de la que tanto hemos hablado? —preguntó con curiosidad.

Martha asintió.

—Estoy segura de que te irá muy bien —dijo Olivia limpiándose una lágrima sin dejar de sonreír—. Pero yo te voy a echar muchísimo de menos.

—Y yo a ti —dijo Martha abrazándola.

Cuando se separaron Olivia pareció darse cuenta de algo.

—Es curioso —dijo después de limpiarse las lágrimas y la nariz con un pañuelo—. Creí que Maddison Goble y Julia Rill habían sido las únicas amigas que conocí aquí, pero en realidad mi mejor y única amiga siempre has sido tú, Martha. Va a ser muy difícil no tenerte cerca para compartir todo lo que nos queda por vivir.

—Vendré a visitarte —dijo Martha con una enorme sonrisa—. Lo prometo.

Tyler entró en el salón anunciándose con el sonido que hacía su bastón sobre el mármol del suelo. No había visto a Ward desde que regresó y lo encontró muy envejecido. Había oído que su hijo Henry había muerto en la batalla de Bull Run y sabía que las cosas en la plantación no le iban

demasiado bien.

—Buenas tardes, señor Ward —dijo Tyler acercándose.

—Siento no haber venido antes a verle —respondió el otro saludándolo también.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó invitándole a sentarse.

—Un *brandy*, si no es molestia —pidió Ward.

Tyler le sirvió la bebida y fue a sentarse en una butaca, a corta distancia de su visitante.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Permítame primero que le pregunte por su salud —dijo Ward visiblemente incómodo—. Sé que lo hirieron mientras luchaba con los vencedores de esta guerra.

Tyler sonrió taimado, consciente del tono despreciativo.

—Pues sí, me hirieron en la última batalla de Carolina del Norte. Y supongo que ya sabe que fue Ernest Kernighan el que realizó tamaña gesta, en nombre del ejército confederado.

—¿Sabe que mi único hijo murió en Manassas?

La tensión era palpable, a pesar del tono relajado que ambos empleaban.

—Haciendo honor a la verdad, no debería decir que era su único hijo.

—Me refiero a mi único hijo varón —dijo el otro retándolo con la mirada.

—Tampoco era su único hijo varón. —Tyler lo dijo sin acritud, como si aquello no fuese con él.

James Ward dibujó una torcida sonrisa en su rostro.

—¿De qué está hablando?

—De mi madre y de usted.

—¿Su madre? —siguió con aquel tono burlón—. Creía que no sabía quiénes habían sido sus padres.

—John Caswell se esforzó en protegernos, tanto a mí como a la memoria de su esposa.

Ward se llevó el vaso a los labios sin apartar la mirada de sus ojos. Tyler comprendió que ya lo sabía y no pudo evitar mostrarse sorprendido.

—Así que Judy estaba embarazada cuando se casó con John —dijo James Ward con mirada pensativa—. Confieso que lo pensé entonces y volví a pensar en ello cuando murió junto a su hijo. También me resultó muy sospechoso que John recogiese a un crío blanco de la calle, un niño de la misma edad que habría tenido el que, supuestamente, había muerto al nacer. Ahora todas mis dudas quedan confirmadas.

—¿Y también sospechó que cuando usted abandonó a mi madre ella trató de suicidarse? —dijo Tyler con desprecio—. Cosió pequeñas bolsas a sus enaguas y las llenó de piedras. Después se fue al pantano y buscó un lugar profundo para ahogarse. ¿Se imagina cómo debía sentirse todo ese tiempo mientras cosía aquellos bolsillos?

—Judy, siempre tan dramática... —dijo Ward indiferente.

—John la encontró y consiguió sacarla liberándola de aquella ropa mortífera.

—Un héroe, no hay duda.

—Y se casó con ella —siguió Tyler, que no quería escucharlo

—¿He dicho un héroe? ¡Un santo, eso es lo que era!

Tyler mostró todo su desprecio en una torcida sonrisa.

—Pero, contra todo pronóstico, se enamoraron.

—Ahí se equivoca, Hudson. John siempre estuvo enamorado de Judy, no podía disimularlo, el pobre. En realidad siempre creí que le había hecho un favor al dejarla por Alice, así le permití vivir su corto sueño de amor. Aunque no me crea lo sentí mucho cuando murió. Sobre todo por él.

Tyler asintió.

—Estoy de acuerdo, a mi madre y a mí nos hizo un favor. Imagino lo triste que habrían sido nuestras vidas de haber formado parte de su familia.

—Pues no le fue mejor con John, le recuerdo que se deshizo de usted.

—Sí, tras la muerte de mi madre en el parto John perdió la cabeza. Yo no era su hijo y me consideró responsable de su muerte, pero nunca lo he culpado por ello, aunque sé que él sí lo hacía.

—¡Qué bonito! —Ward se llevó el vaso a los labios y bebió otro sorbo con expresión divertida—. Todo esto es muy...

—¿Sucio? ¿Ruin? —lo cortó Tyler—. Sí, señor Ward, lo es, pero ¿cómo iba a ser de otro modo si la empezó un ser sucio y ruin como usted?

—Muchacho, te equivocas de nuevo. Yo no la obligué, Judy se entregó a mí de forma más que voluntaria. De hecho, fue ella la que preparó nuestros encuentros...

—Ella lo amaba y pagó ese error bien caro.

—¿Y fue John quien te contó todo eso? —dijo abandonando la fórmula de cortesía.

—Durante mucho tiempo mi padre se esforzó en que no lo supiera, pero al final...

—Él no era tu padre —lo interrumpió con sorna.

—Lo era para mí.

—¿Y qué pretendes contándome todo esto ahora? —preguntó Ward con su cínica expresión de siempre—. ¿Crees que me importa? Yo solo he tenido un hijo varón y era Henry. Si pensabas causarme algún tipo de daño con esta confesión...

—No se dé tanta importancia —dijo Tyler muy serio—. Tan solo estoy deshaciéndome de un lastre que he arrastrado toda mi vida.

—Por un momento pensaba que me ibas a culpar a mí de haberte unido al ejército enemigo.

—Me uní al ejército de la Unión —dijo poniendo énfasis en ello—, porque desprecio profundamente el modo de vida que hemos mantenido en el Sur durante siglos. Al igual que John Caswell, al que considero mi padre, he tratado de hacer la vida de los esclavos lo menos dura

posible y los he ayudado siempre que ha estado en mi mano. Y sepa que para mí es motivo de orgullo haber luchado por una causa tan noble. Lo que se ha hecho con los esclavos durante...

—¿Noble? —lo interrumpió Ward con expresión de desprecio—. ¿Crees que servirá de algo lo que habéis hecho? Esos negros pagarán caro ser los causantes de tanta muerte y destrucción. El Sur nunca olvidará lo que ha ocurrido. Jamás serán nuestros iguales. Nunca. No importa cómo tengamos que hacerlo, pero te aseguro que no podrán dormir tranquilos en sus camas.

Tyler se puso de pie y lo miró con serenidad.

—Esta conversación ha terminado. Será mejor que salga de mi casa antes de que diga algo de lo que tenga que arrepentirse.

—Siento que te haya salido mal la jugada. No me importas, es cierto, nunca me has importado, pero te equivocas si piensas que te deseé algún mal. Ni a John. Durante años lo consideré un amigo y si no se hubiese enamorado de Judy probablemente lo habríamos sido hasta el final de sus días. Tú no sabes nada de mí y tampoco de tu madre. Es muy común idolatrar a los muertos, la muerte los convierte en santos. Lamentablemente Judy Cole era cualquier cosa menos una santa.

Tyler dio un paso hacia él con expresión amenazadora, pero una voz a su espalda lo detuvo en seco.

—Señor Ward, no sabía que había venido a visitarnos —dijo Olivia acercándose con premura.

—Señora Hudson. —Besó la mano que le tendía, con cierta crispación—. No había tenido ocasión de saludar a su esposo y quería tratar algunos asuntos de la comunidad, pero me temo que no es un buen momento. Debo marcharme ya.

—¡Oh! ¿Tan pronto? Bueno, déjeme que lo acompañe hasta su caballo —dijo cogiéndose de su brazo y caminando con él hacia la puerta—, así podrá hablarme de su nieta. Le confieso que no había visto una criatura más hermosa en toda mi vida...

Tyler los observó salir del salón sin poder borrar su expresión de absoluto desconcierto. Cuando Olivia regresó lo miró con expresión comprensiva, pero severa.

—Sé lo que sientes por él y no te culpo, pero debes saber que ese hombre fue quien trajo a Harrison Kernighan el día que te fuiste e impidió con ello que Ernest cumpliera sus amenazas entonces.

Tyler frunció el ceño, desconcertado.

—Y fue él quien tapó lo ocurrido en esta casa de manera que nadie conoce lo que me hizo ese cerdo. De no habernos ayudado probablemente Jayden estaría en la cárcel. Además, durante estos años de guerra intervino en varias ocasiones para evitar que saliésemos más perjudicados que los demás en cuanto a la venta de nuestro algodón. No te diré que sea un buen hombre, no llegaré a tanto, pero sí te digo que por algún extraño motivo se preocupó por Sunset Bayou y por nosotros.

Olivia se acercó a él y rodeó su cintura ofreciéndole una amplia sonrisa.

—Creo que a partir de ahora vas a tener que preguntarme antes de actuar —dijo benevolente—. Cumplirás mis ordenes, y te vestirás y harás solo lo que yo te diga.

—Ya veo —dijo él, dejando el bastón sobre una butaca para poder abrazarla también—.

Tendré que acatar los designios de mi ama.

—Me gusta como suena —dijo ella sonriendo ampliamente.

—No creo que me resulte difícil servirte.

—Estaré encantada de ayudarte con eso —dijo ella satisfecha.

Tyler la apretó contra su pecho y se inclinó para besarla, pero antes de tocar el suave terciopelo de sus labios se detuvo.

—Últimamente he pensado mucho en la primera vez que te tuve en mis brazos.

Olivia frunció el ceño tratando de recordar el momento exacto.

—Habías bebido —dijo él sonriendo.

—Oh, te refieres a... Vale, pero eso no fue exactamente «estar en tus brazos».

—¿Ah, no? ¿Y qué fue entonces?

—Bueno, yo me tropecé y tú evitaste que me cayera.

—Recuerdo que me acariciaste el pecho y creí que iba a estallar en llamas. Me pareció increíble que una mano tan pequeña tuviese tan enorme poder.

Olivia se mordió el labio con picardía y lo miró bajando la cabeza con expresión inocente.

—Anoche comprobé que aún conservo ese poder —dijo con picardía.

Tyler echó la cabeza atrás y soltó una potente carcajada.

—Vive Dios que es así. Y me temo que ahora no voy a poder conformarme tan solo con un beso.

—Siempre he querido preguntarte algo —dijo ella antes de que la besara—. ¿Te enamoraste de mí en cuanto me viste o fue cuando me emborrachaste?

—Yo no te emborraché —negó él con mirada provocadora—. Me enamoré de ti cuando me preguntaste si John me había hecho su mano derecha a los ocho años. En aquella cena comprendí que estaba ante la mujer de mi vida. ¿Y tú?

—La primera vez que te vi pensé que eras un engreído arrogante —dijo Olivia con sorna—. No me enamoré de ti hasta que reconociste haber leído Jane Eyre.

Tyler sonrió.

—No recuerdo haber confesado eso nunca.

—Lo hiciste —asintió ella—. Pero debo decir que tardé un poco más en decidir que nuestro matrimonio no sería un simple contrato de negocios.

—Así que lo decidiste tú —dijo él aguantándose la risa.

Olivia levantó una ceja.

—No te quepa la menor duda. Nunca tuviste la más mínima oportunidad conmigo.

Su marido se acercó a su boca sonriendo. Dejaría que creyera que había sido ella quien lo había cazado.

—Me conformo con que me ames el resto de mi vida —susurró y su aliento le hizo cosquillas en los labios.

Olivia le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él, provocadora.

—Hasta el fin de mis días.

Epílogo

Sunset Bayou, abril de 1867

Cerró los ojos poniendo atención a las aterciopeladas caricias de su lengua. Habían pasado la noche en vela a causa de su nerviosismo y Tyler había demostrado ser el hombre más paciente del planeta, aunque ahora no parecía deseoso de dormir, precisamente.

Continuó besándola despacio hasta escucharla gemir de placer y sin hacerse de rogar se colocó sobre ella dispuesto a satisfacerla. Olivia sintió su peso como un regalo y su dura virilidad como una excitante certeza. Lo buscó, lo acogió y se movió presa del insaciable deseo que seguía despertando en ella, a pesar de los años que llevaban casados.

El día los encontró abrazados, Olivia con la mejilla descansando sobre el pecho masculino mientras él acariciaba sus cabellos con los ojos cerrados en actitud somnolienta. Sara tocó a la puerta como cada mañana y esperó a que le dieran paso. Desde que los encontró en una posición que habría sonrojado a una mujer más avezada en el sexo, la criada esperaba a que taparan sus vergüenzas y se colocaran en una posición más o menos decente antes de entrar.

—Buenos días —dijo mirándolos de soslayo y atravesando el cuarto para descorrer las cortinas—. El desayuno está listo y Bobby ha salido con el carruaje a buscar a los invitados.

Olivia se estremeció con una mezcla de placer y temor y Tyler le sonrió tranquilizador.

—Estoy deseando poder estrechar la mano de tu padre al fin —dijo contento cuando volvieron a quedarse solos—. Y de ver a tu madre para hacerme una idea de cómo será mi esposa dentro de unos años.

Olivia arrugó el ceño y lo empujó para que se levantase.

—Mi madre es mucho más guapa que yo —dijo desperezándose.

—Lo dudo —dijo saliendo de la cama y caminando hacia el baño—. Deja de mirarme el trasero o harás que regrese a la cama.

Olivia se rio divertida sin dejar de mirarlo. Tenía unos andares tan masculinos...

—Corre, mamá.

John tiraba de ella para llevarla hasta el jardín. Tyler los esperaba con una enorme cometa lista para ser elevada en el aire.

—Mira, mamá, ya está terminada —dijo John orgulloso—. La he hecho casi toda yo, ¿verdad, papá?

Olivia rio ante el entusiasmo del niño y miró a Tyler con complicidad.

—Te ha quedado preciosa, hijo. Ahora debes hacer que vuele.

Permaneció con ellos un buen rato hasta que Eliza salió a buscarla para pedirle que pusiera paz en la cocina.

—¿Está todo listo? —preguntó a la gobernanta.

—Todo listo, señora. Todas las habitaciones están preparadas. Una para sus padres, otra para su hermano, su esposa y el niño, y la de Martha. —Sonrió ilusionada al mencionar a la antigua criada—. Estoy muy contenta y ansiosa por volver a verla, aunque ahora sea toda una señorita.

Olivia sonrió feliz al pensar en su amiga. Era maravilloso lo bien que se habían entendido su madre y ella. Cuando Martha se marchó a Inglaterra sabía que se encontraría a gusto viviendo con sus padre, era una mujer culta e inteligente y sabía que disfrutaría de las tertulias filosóficas que organizaba el círculo de amistades de los Turley. Nunca tuvo la menor duda de que se adaptaría a la perfección a su nueva vida. Pero no solo se había adaptado, se había convertido en una voz de referencia en la reivindicación de los derechos de los antiguos esclavos, sobre todo de las mujeres, gracias a su aclamada novela.

—¿Cómo dijo que se llamaba eso de escribir con otro nombre? —preguntó Eliza con curiosidad.

—Seudónimo —respondió Olivia sonriendo al ver el desconcierto de Eliza.

—No entiendo que la dejen firmar sus libros como si fuese un hombre. Demasiado complicado para mí —dijo la gobernanta cuando llegaban a la cocina.

Las dos cocineras estaban sentadas en sendos taburetes quitando las hebras a las judías.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Olivia mirándolas con simpatía.

—Señora, dígame a Amy que una compota no es un postre adecuado para unos invitados tan especiales —dijo Bertha con expresión de desprecio.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo esas tartas que ella hace no son más que una compota puesta encima de una torta —dijo Amy malhumorada—. Me he estado informando y...

—¿Informándote? ¿Y cómo te has informado? —dijo la cocinera mirándola como si fuera tonta.

—Ya te he dicho que hay unos libros en la biblioteca...

—¿Libros? ¿Van a enseñarme unos libros a cocinar?

—Si supieses leer, probablemente.

—¿Y para qué necesita una cocinera saber leer? Llevo muchos años...

—¿Ya vas a echarme en cara que llevas en esta casa más tiempo que yo? —le reprochó Amy con cara de enfado.

—Dejad de discutir —pidió Olivia—. Hoy no es un día para discutir. Estoy demasiado contenta para permitirlo.

Las dos cocineras se miraron con mala cara, pero Amy reaccionó enseguida esforzándose en cambiar de actitud. Besaba el piso por el que pisaban los Hudson. Gracias a ellos había recuperado a su único hijo y ni viviendo mil años podría pagarles semejante fortuna.

—¡Oh, señora, discúlpenos! —pidió—. Somos dos necias estúpidas.

—Señora Hudson, no queríamos molestarla —se unió Bertha—. No se preocupe, nos pondremos de acuerdo, ¿verdad, Amy?

—Pues claro, menuda tontería —dijo la otra—. Si quieres tarta haremos tarta.

—No, no —dijo la otra con expresión solícita—. Si en esos libros que has leído pone que a los ingleses les gustan las compotas, pues haremos compota.

—Mi madre odia la compota y a mi padre le encanta —dijo Olivia sonriendo—. Así que yo creo que lo mejor es que hagáis los dos postres o ninguno.

Las dos cocineras la miraron con preocupación.

—¿Cómo no vamos a hacer postre? ¡Es lo mejor de la comida! —exclamó Amy.

—Haremos dos postres —dijo Bertha con firmeza.

—Me parece estupendo —aprobó Olivia.

Después de solucionar el pequeño conflicto en la cocina Olivia regresó con Tyler y John y disfrutó con ellos del vuelo de la cometa hasta que el cordel se enredó en la rama de un árbol y tuvieron que cortarlo para recuperarla.

—Se ha roto —dijo John apesadumbrado.

—Pero ha tenido una bonita aventura, ¿no crees? Ha surcado el cielo y eso es algo que nosotros no podremos hacer.

—Podemos arreglarla —dijo su padre enseñándosela—, ha sido solo un contratiempo. Mira, ¿ves esta parte de aquí? Con un poco de tela, aguja e hilo se soluciona, ya sabes hacerlo.

—Iré a pedirle a Betty que me ayude —dijo el niño corriendo con la cometa hacia la casa.

Tyler se acercó a Olivia con paso seguro y una enorme sonrisa. Se había recuperado completamente y ya solo quedaban algunas cicatrices para recordarles la guerra. Las cicatrices y los cambios que se habían producido en su entorno. La cogió de la cintura y los dos contemplaron el paisaje en silencio, perdidos en sus propios pensamientos.

La tierra recogió su cosecha y cubrió de nueva vida los campos. Las plantaciones y ciudades quemadas, los muertos enterrados y los corazones rotos dieron paso a la recuperación de la vida con lentitud y tristeza. Para Sunset Bayou las cosas no habían cambiado demasiado. No tanto como para los otros propietarios.

Los Coulson vendieron la propiedad a un matrimonio del Norte que decidió cambiar el

algodón por el tabaco. Una idea que resultó muy interesante para Tyler, que sopesaba ya la idea de dedicar parte de las tierras a ese cultivo.

Los Kernighan acabaron arruinados al no conseguir mano de obra barata. Los sepultaron las deudas, ya no había dinero para criados, joyas y vestidos, por lo que se vieron aislados de los que habían sido sus amigos y permanecían enclaustrados como ermitaños.

James Ward seguía siendo el segundo mayor propietario de la zona y se comportaba como si nada hubiese cambiado. Pero no era el único, para la mayoría de vecinos de Oakville era así. El señor Yates siguió vendiendo telas en su tienda como había hecho toda su vida, los Colwell siguieron trabajando su granja. La señora Howells permaneció en su hogar y recibía la visita de sus hijos asiduamente. Frederic y Amber Nagel siguieron viajando por el mundo, que era su pasión, y el doctor Blakey vivía apaciblemente en una casita a las afueras del pueblo.

En cuanto a los Fairfax, fueron los que corrieron peor suerte. Los mataron mientras dormían. Fue Lucy, la esposa de Newby, el esclavo que escapó y al que Callum Fairfax mató sin contemplaciones. A ella y a sus dos hijos los vendieron por separado, a pesar de los esfuerzos que hizo Tyler por evitarlo. Después de la guerra la madre buscó a sus hijos incansablemente, pero no logró encontrarlos. Todos le decían que estarían muertos y un día Lucy perdió la cabeza. Decidió acabar con su vida y que no se iría sola. Se presentó en la casa de los Fairfax durante la noche, entró en su cuarto mientras dormían y les cortó el cuello, primero a él y después a ella. Luego buscó una cuerda, salió fuera y se colgó de la rama de un árbol.

—No deberíamos mencionar a Alexander y a... Paige —dijo Tyler sacándola de sus pensamientos.

Olivia lo miró con una dulce sonrisa.

—Martha y Alexander se escriben a menudo —dijo sorprendiéndole.

—¿Se escriben?

Olivia asintió.

—¿Y Paige lo sabe?

Olivia volvió a asentir.

—Alexander ha tenido mucha suerte, ha conocido a dos mujeres extraordinarias. Paige leyó la novela de Martha y supongo que eso la ayudó a comprenderlo todo aún mejor.

Tyler la abrazó pegándola contra su cuerpo.

—Para mí no hay más mujeres extraordinarias que tú.

—Señor Hudson, opino lo mismo de usted —dijo ella poniéndose de puntillas para besarlo en los labios.

—Señora —la llamó Eliza—, ya están aquí.

El corazón de Olivia dio un vuelco en su pecho y empezó a reír nerviosa.

—Ya están aquí —repitió ilusionada.

—Vamos a recibirles —dijo Tyler igualmente feliz.

Olivia no pudo contenerse y echó a correr, atravesando el vestíbulo ante la atenta mirada de su esposo, el pequeño John, Betty y Eliza, que rieron al ver cómo esquivaba a Thomas y frenaba en seco al llegar a la puerta.

Abrió rápidamente con una enorme y emocionada sonrisa en los labios.

—Bienvenidos a Sunset Bayou.

